

**LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA LATINOAMERICANA:
DERROTAS Y READECUACIONES**

Los casos del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, MLN-T, de Uruguay y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, de Chile.

Tesis presentada por **Oswaldo Torres G.**, a la Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Latinoamericanos, para la obtención del grado de Doctor en Estudios Latinoamericanos.

Director: Carlos Ruiz S.

Enero, 2011.
Santiago, Chile

INDICE

Resumen	4
I. Presentación	5
II. Marco Conceptual.	18
1. Acerca del enfoque del estudio.....	18
2. Despejando las definiciones sobre los temas de la Revolución.....	23
2.1. <i>Acerca del concepto Revolución.</i>	25
2.2. <i>El programa revolucionario, las fuerzas sociales y el partido.</i>	31
2.3. <i>La violencia armada como identidad revolucionaria</i>	36
2.4. <i>Democracia liberal y democracia popular</i>	41
2.5. <i>Sobre la Historia y la reconstrucción histórica.</i>	48
3. Estrategia metodológica.	54
4. La situación actual de ambas organizaciones políticas.	56
III. Algunas similitudes y diferencias sociopolíticas entre ambos países.	58
1. Relatos sobre la estabilidad democrática e institucional.	58
2. El Estado Protector.	63
3. La izquierda tradicional.	68
IV. Los “nudos históricos” y las decisiones políticas en el MIR y el MLN-Tupamaros.	73
1. El proceso fundacional.	75
1.1. <i>De las influencias teóricas.</i>	76
1.1.1. <i>En los Tupamaros.</i>	77
1.1.2. <i>En el MIR de Chile</i>	84
1.2. <i>De las generaciones que convergieron.</i>	90
1.2.1. <i>Los Tupamaros, la amalgama.</i>	91
1.2.2. <i>Los miristas, entre los viejos y los jóvenes.</i>	96
1.3. <i>De los documentos: su luz y sus limitaciones.</i>	101
1.3.1. <i>Tupamaros: La práctica como mensaje de una teoría revolucionaria.</i>	102
1.3.2. <i>El MIR y la teoría como guía para la revolución.</i>	107
1.4. <i>Sobre la violencia fundadora.</i>	113
1.5. <i>Las relaciones internacionales y las políticas nacionales.</i>	117
2. La gran derrota.....	120

2.1. <i>El golpe demoledor o la hora de contar lo muertos.</i>	121
2.2. <i>Los otros partidos y la represión.</i>	127
2.3. <i>Los antecedentes y el debate sobre las lecciones de la gran derrota.</i>	133
2.3.1. <i>Los Tupamaros, su fracaso y la posterior derrota popular.</i>	133
2.3.2. <i>De la derrota popular al fracaso del MIR.</i>	149
2.3.3. <i>La violencia de los revolucionarios y la democracia: su lugar en el desastre.</i>	161
2.3.4. <i>Las relaciones internacionales y las consecuencias sobre la política.</i>	166
2.3.4 <i>De la producción teórica a la consigna.</i>	170
3.1. <i>La transición uruguaya. El Pacto del Club Naval y la reorganización</i> <i>tupamara.</i>	173
3.1.1. <i>El diseño transaccional.</i>	173
3.1.2. <i>La situación y presencia de los movimientos sociales.</i>	174
3.1.3. <i>La adecuación a la transición.</i>	176
3.2. <i>Transición chilena. De las protestas al “Acuerdo Nacional” y la</i> <i>fragmentación del MIR.</i>	190
3.2.1. <i>La nueva situación.</i>	191
3.2.2. <i>La estrategia mirista desde las protestas a la división.</i>	197
3.2.3. <i>El ciclo 1977-1981. Política de retorno y Plan 78.</i>	202
3.2.4. <i>La división y dispersión.</i>	214
V. Conclusiones	223
1. Específicas.....	223
1.1. <i>El MLN-T</i>	223
1.2. <i>El MIR</i>	226
2. Generales.	230
VI. Bibliografía.	244

Resumen

La presente investigación busca responder a la pregunta de por qué dos organizaciones de la izquierda revolucionaria latinoamericana, las más significativa en sus países, que tuvieron similares propósitos y métodos de acción en sus años iniciales y enfrentaron desafíos y experiencias parecidas en sus respectivos contextos políticos, están hoy en situaciones diametralmente opuestas. En Uruguay, el MLN-T ha llegado al gobierno, formando parte de la alianza del Frente Amplio; en Chile, el MIR, tras sucesivas divisiones se desarticuló a principios de los noventa. En ambos casos sus postulados iniciales tuvieron giros inesperados y a la vez resistidos de distintas maneras entre sus propios dirigentes y militantes.

El estudio se centra en aquellas coyunturas políticas en que ambas organizaciones debatieron profundamente, tanto la experiencia desarrollada como su quehacer futuro, concentrándose allí el conjunto de lecciones, expectativas y destrezas políticas de sus dirigentes. Los momentos centrales de nuestra atención son: el período fundacional, el de las derrotas profundas sufridas por ambas organizaciones y el posterior desafío ante los procesos de transición democrática. Será en estas situaciones, condicionadas por los contextos político sociales –y también militares, para este caso-, donde se tomaron decisiones que definieron el destino de hombres y mujeres, mayoritariamente jóvenes, militantes de ambas organizaciones. Tanto el MLN-T como el MIR no estaban predestinados ni al fracaso ni a la victoria, como se puede constatar; ello dependió de los cursos de acción elegidos en los momentos fundamentales, y ésta es la materia de nuestro interés.

Por ser dos organizaciones de izquierda, que utilizaron las armas como parte de su estrategia política, se reflexiona también sobre y desde esas particularidades –la revolución y su teoría, la violencia y la sociedad- considerando siempre los hechos como parte de una realidad específica que es la de Latinoamérica. Esto implica situarse con un enfoque que asume este particularismo.

I. Presentación

El movimiento revolucionario de la izquierda ocupó en América Latina un lugar importante en los procesos políticos y sociales vividos desde principios de los años sesenta hasta fines de los ochenta. Con diferencias, según los lugares y tiempos, atrajo a un número significativo de jóvenes de los sectores medios y populares, a los movimientos campesinos, a los pobres de las ciudades y cautivó la simpatía de intelectuales y artistas.

En el plano político, sus hitos más importantes son las revoluciones cubana y nicaragüense, que fueron lideradas por movimientos que rompían con el molde clásico de la acción política que había impulsado la izquierda en el continente -desde los inicios del siglo XX-, siguiendo el modelo e influencia ideológica de la revolución bolchevique y mexicana. Esta izquierda revolucionaria podría tener su continuidad, con las reformulaciones del caso, en los nuevos fenómenos de la política latinoamericana tales como el gobierno de Chávez en Venezuela, Lula en Brasil, Morales en Bolivia, Funes de El Salvador o más recientemente Mujica en el Uruguay, ya que han pertenecido a las generaciones influidas por el pensamiento y la acción revolucionaria, o incluso militaron en alguna de las organizaciones que impulsaron la acción armada y/o reconocen sus lazos con los símbolos y luchas de este sector de la izquierda. Al llegar al gobierno por la vía electoral y con programas bastante distantes de los formulados en los años sesenta, hay una cierta continuidad generacional pero también rupturas políticas e ideológicas con su propio pasado.

En general, lo que en este trabajo denominamos izquierda revolucionaria de América Latina (IRLA) proviene de la ruptura con las estrategias reformistas o gradualistas del cambio social y político, que promovía en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado la izquierda tradicional de origen marxista y amplios sectores nacional populistas. Reforma que mostró características diferentes según las particularidades de cada nación.

Por otra parte, allí donde existían dictaduras militares, aliadas de ordinario a los sectores oligárquicos, había una base de legitimidad para la acción revolucionaria por la falta de democracia, por las profundas brechas de desigualdad social y porque los influyentes partidos nacionalistas y populares que habían sido protagonistas de importantes reformas en sus sociedades tenían una mayor disposición a implementar estrategias de acción violentas. Es el caso, de Venezuela, donde ya en 1958 Acción Democrática –de carácter nacional y popular- promueve, junto a los partidos de la izquierda, la insurrección popular que derroca al dictador Marcos Pérez Jiménez. También ocurre en Argentina, donde luego del fracaso de la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu (1955-58) y bajo la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962), se llevan a cabo políticas desarrollistas y de apertura democrática, lo que llegó a su fin con el golpe de Estado en marzo de 1962, gatillado por el triunfo del peronismo en las elecciones de ese año; hechos que van a disponer a la acción armada a distintos grupos peronistas y a otros desgajados de los partidos populares. Algo similar sucede en Perú, país que vivía un clima de inestabilidad política producto del veto al acceso al gobierno de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), de corte nacional-popular.

Existen otros ejemplos, como Brasil, Bolivia y Ecuador, que son expresivos de las crisis sociales y de la polarización política que tienen lugar hacia mediados y fines de los años cincuenta en América Latina, lo cual muestra, que el continente no sufría de inestabilidad democrática debido a la existencia de una izquierda armada o a la influencia marxista revolucionaria en las masas populares, sino más bien esta fragilidad del sistema democrático tenía su origen en factores económicos, disputas al interior de las clases dominantes y la falta de consensos en su seno, sobre el mejor tipo de régimen político para reproducirse.

Sin embargo, en Uruguay y en Chile la emergencia de la izquierda revolucionaria se da en un contexto de inexistencia de dictaduras, en medio de un orden democrático relativamente estable y en sociedades sin tradición en el uso masificado de la violencia en la acción política.

Tempranamente, en Uruguay y en Chile la izquierda tradicional, de origen marxista, caracterizó a los dos movimientos revolucionarios, al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, MLN-T, y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR,

como grupos políticos de poca significación, “ultra izquierdistas”, atrapados en la “enfermedad infantil del comunismo”, según un difundido escrito de Lenin de 1920. En el otro extremo, el discurso oficial estadounidense los tildó –luego de la revolución cubana- de grupos subversivos, respecto de los cuales era necesario desplegar una estrategia militar contrainsurgente, acompañada de algunas reformas especialmente en la propiedad de la tierra y la educación. El surgimiento de la Alianza para el Progreso en la época de J.F. Kennedy, fue ese intento de desplegar una política de modernización de los Estados nacionales de la región, incluidas las FFAA y su adoctrinamiento ideológico. Esta idea, debatida en la OEA y otras instancias regionales perdió coherencia poco después del asesinato del presidente de los Estado Unidos (Sofía Correa 2001:213-215) (Maiztegui 2008:289-295).

La relevancia de la IRLA no fue menor o un simple epifenómeno de los procesos de cambio que vivían las naciones involucradas, sino que se constituyó en una fuerza que incidió en los desarrollos históricos de cada uno de estos países. Por un lado, el discurso del poder la utilizó como “muestra” para el argumento que abogaba por la necesidad de una autoridad fuerte que resolviera la cuestión de la preservación del orden, impedir una espiral de violencia y no caer en manos del “castrocomunismo” (Tella 1997:201-244). Por otra parte, los sectores sociales que no encontraban representación política para sus intereses dentro del sistema, tales como los campesinos pobres, los sin tierra, los pobres urbanos sin viviendas, los cesantes, los estudiantes de la enseñanza pública y otros, vieron en estas organizaciones una posibilidad de transformación de sus condiciones de vida mediante la acción revolucionaria.

Todo esto quiere decir que, el hecho que el MIR chileno y el MLN Tupamaros se fundaran formalmente en 1965, y emergieran con estrategias de lucha armada -en contextos de regímenes democráticos, de Estados consolidados y con políticas sociales importantes-, es un fenómeno singular, más aún si se considera que las sociedades chilena y uruguayana eran vistas, respectivamente, como “los ingleses de América Latina” o “la Suiza de América Latina”, proponiéndose a veces a sí mismas como una suerte de “excepcionalidades históricas” para la región (Panizza 1990::80-83) (Sofía Correa 2001:226-229). También es importante agregar, que en ninguno de estos dos países existieron movimientos nacionalistas – populares, canalizados por partidos fuertes, como el justicialismo, el APRA o el Movimiento Nacionalista Revolucionario –MNR-

de Bolivia, que se confrontaron radicalmente con sus oligarquías y que fueron perseguidos por las Fuerzas Armadas durante la década del cincuenta (Mires 1988:224-278).

Lo anterior, pone en debate el carácter de la democracia representativa en ambos países y sus particularidades, así como su supuesta fortaleza histórica y su capacidad de construcción y expresión de los consensos sociales. En ambos casos, la democracia funcionaba en tanto existía un “Estado de compromiso” (Panizza 1990: 103-109) (Correa 2004: 250-251) que permitía que las oligarquías retuvieran el poder al no modificar la situación agraria, mientras que los movimientos sociales eran canalizados en sus demandas reivindicativas por los partidos tradicionales de la izquierda (caso chileno) y también por los partidos poli clasistas de los sectores dominantes (caso uruguayo). Este hecho, de sostener la democracia representativa bajo los compromisos de un Estado que mantiene al margen de su acción la propiedad latifundista y la productividad de la tierra y a la vez excluye de su integración a la población rural, tendrá en la década del sesenta importantes consecuencias socioeconómicas y políticas.

En Uruguay y en Chile hubo partidos socialistas y comunistas que competían por la representación política de los trabajadores desde comienzos del siglo veinte. En Uruguay los partidos Socialista y Comunista se fundan en 1910 y 1922 respectivamente, en tanto que en Chile, el partido Obrero Socialista del 1912 toma el nombre de Comunista en el año 1922 y el partido Socialista surge en 1933.

Por otra parte, el análisis del contexto histórico particular resulta indispensable, dado que ni el MIR ni los Tupamaros se entienden sin considerar los procesos de modernización que estaban en disputa en ambos países. Dinámicas modernizadoras contradictorias, complejas y zigzagueantes, en tanto colocaban a las viejas oligarquías ante una situación de cambios inevitables, a los empresarios en un horizonte crítico respecto de los procesos de industrialización conducidos por el Estado y a los sectores medios y populares, en un complejo de expectativas de bienestar.

Es importante destacar, que el modelo desarrollista, que desde la segunda postguerra impulsó la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), había ingresado a un estado de crisis hacia fines de los años cincuenta. Esto se expresaba tanto en los déficits

fiscales, como en la Balanzas de Pago, en el incremento de la inflación, en el aumento del desempleo y en la ampliación de la capacidad industrial ociosa (Salazar 1990:275-286) (Maiztegui 2008: 279-289). La crítica al modelo de industrialización sustitutiva de importaciones se fue generalizando entre los economistas y sociólogos de distintas orientaciones políticas, los que señalaban la necesidad de un cambio estructural. Mientras la derecha presionaba por liberalizar la economía, la izquierda se hizo más estatista y apuntó a las relaciones de inequidad y dependencia de las economías de la región respecto del centro imperialista, básicamente EEUU. Fueron los teóricos de la CEPAL los que influyeron de manera importante, al darle consistencia al discurso político sobre la nacionalización de los recursos naturales y financieros, para aumentar así el control por parte de los Estados nacionales de las fuentes de financiamiento del desarrollo, obligando al mismo tiempo a tener en cuenta la necesidad de modificar la propiedad latifundista de la tierra.

En este contexto, las situaciones de Chile y Uruguay se pueden ver no como un ideal de perfección democrática que fue roto por la irrupción de los movimientos revolucionarios armados, sino como un estado de conflicto de origen estructural, que se venía produciendo debido a la lucha por imponer determinados modelos de desarrollo. De ahí, que sea necesario referirse a la relación entre modernización, democracia representativa y organizaciones políticas.

Pero tampoco puede dejarse de lado la incidencia que tuvo la política exterior de intervención de los Estados Unidos, como aconteció en Guatemala (desde 1954 en adelante), en Santo Domingo (en 1961 y con la invasión de 1965), el determinante apoyo al golpe contra J. Goulart en Brasil en 1964 y luego en Bolivia (asesoría directa contrainsurgente, 1967). Política que tenía menos que ver con la promoción de la democracia, que con la defensa de los intereses estadounidenses en la región. Chile y Uruguay no estuvieron al margen de esta circunstancia.

Poner de relieve los factores anteriormente mencionados, permite alejarse de las interpretaciones más comunes o simplistas relativas a la influencia de la revolución cubana, en la constitución de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas de los años sesenta.

Alfonso Lessa (2005:31), en su libro *La Revolución imposible*, trabaja la hipótesis según la cual el fenómeno de los Tupamaros es, principalmente, un producto del “huracán revolucionario” de la revolución cubana. Desde esta interpretación se limita el análisis y no deja ver los elementos del desarrollo histórico propios de la sociedad uruguaya, las condiciones culturales de recepción de esa revolución, ni las adaptaciones que posteriormente asumieron los Tupamaros respecto de su política. Asimismo, el ya fallecido dirigente tupamaro Andrés Cultelli (Cultelli 2006) afirmaba en 1983, desde la antípoda, que ellos habían impulsado una “revolución necesaria”, en respuesta al deterioro del modelo de desarrollo.

Un aspecto más que interesa problematizar es el del sujeto histórico en el proceso modernizador a que se hace referencia. Es decir, interesa desde este ángulo el papel que asumen los sujetos sociales en la realidad en la que operan. Al respecto, Alain Touraine (Touraine 1992:208) señala que el sujeto se transforma en actor al insertarse en las relaciones que transforma, pues “el actor no es aquel que obra con arreglo al lugar que ocupa en la organización social, sino aquel que modifica el ambiente material y sobre todo social en el cual está colocado al transformar la división del trabajo, los criterios de decisión, las relaciones de dominación o las orientaciones culturales. Los funcionalismos de derecha y de izquierda sólo hablan de la lógica de la situación y de reproducción de la sociedad”, y luego agrega “la idea de sujeto está constantemente cargada de protesta, pues la sociedad moderna tiende a negar su propia creatividad y sus conflictos internos y a representarse como un sistema autorregulado, que escapa pues a los actores sociales y a sus conflictos”. Es decir, que el sujeto moderno es un disconforme por definición. En este sentido, las organizaciones revolucionarias, como el MIR y los Tupamaros, alentaron en aquellos marginados de la estructura política su constitución en sujetos históricos y disputaron proyectos políticos en sus respectivas sociedades. No caminaron por una historia que estaba escrita por otros, cuyo resultado era de antemano conocido, sino que se integraron a un proceso desde el cual buscaron representar a sujetos sociales que estaban excluidos y por esa vía se constituyeron en actores políticos relevantes.

Los historiadores y científicos sociales han escrito escasamente respecto de estas organizaciones. En el caso chileno, las menciones tienen cierta superficialidad, como la

del Premio Nacional de Historia, Mario Góngora (Góngora 1994:256) en su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, donde dice que:

Para el sector más extremo del Partido Socialista, el de Carlos Altamirano, y la Izquierda Revolucionaria (MIR), esta última más francamente partidaria de las tomas de fundos y fábricas y del 'poder popular' armado, la línea gubernativa (de Allende) era ilusa. El MIR ha sido el núcleo más fuerte del terrorismo después de 1973. (pág. 256)

Hay en estas palabras una caracterización que atiende más al método de lucha que a los postulados y que desconecta las acciones del MIR de la situación política del país.

Se puede agregar a la cita de Góngora lo que señala Mariana Aylwin (s/f) en *Chile en el Siglo XX*: “Hizo su aparición el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, nacido de los centros universitarios al calor del entusiasmo que en algunos jóvenes despertó la Revolución Cubana. Ellos planteaban el camino al socialismo a través del asalto armado al Estado, por la vía de la guerrilla” (Pág. 274). Sin desviarse mucho de la tesis de Góngora, Aylwin tipifica al MIR como un grupo guerrillero juvenil y universitario, influido por la revolución cubana, sin ahondar más allá de la que sería una pasión epocal.

Por su parte, Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn Holt, *et al.*, (2001), en *Historia del siglo XX chileno*, afirman:

La más importante de estas agrupaciones (dispuestas a hacer la revolución) fue el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, creado en 1965 en la Universidad de Concepción, bajo la inspiración de la guerrilla castrista. Entre 1967 y 1970, el MIR demostró su capacidad guerrillera en acciones urbanas de diversa índole: colocaron bombas, perpetraron asaltos armados y realizaron robos bancarios (Pág. 258)

Los autores no abordan el período más decisivo en la historia de la organización política, como es lapso del gobierno de Allende y los primeros años posteriores al golpe de Estado.

En el campo de la sociología, Tomás Moulian ha escrito:

La aparición del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en 1967 tuvo más importancia simbólica que política. Esos jóvenes, admiradores activos de la lucha armada y críticos del adocenamiento electoralista, arrojaron a la cara de sus mayores el baldón de la inconsecuencia. Les dijeron que la revolución no se hace entre los decorados neoclásicos del Parlamento, ni tampoco con masas indefensas (Moulian 1993:203)

En definitiva, Moulian reduce la importancia del MIR al plano de lo simbólico y en ese ámbito al choque generacional.

Como se puede apreciar, la literatura historiográfica y sociológica, no dedica mucho espacio a la influencia del MIR en los acontecimientos políticos ocurridos entre los años 1965 y 1990. Esto puede deberse, al peso subsidiario que tuvo el MIR en tales acontecimientos, pero también, se podría explicar como una consecuencia de la falta de una elaboración que rescate los significados subjetivos y no meramente institucionales de lo que el país vivió desde la década del sesenta en adelante.

De acuerdo a este estudio, la clasificación del MIR como una organización “terrorista”, “castrista”, “guerrillera” o “juvenil”, simplifica los hechos e impide obtener una interpretación más comprensiva del grado de desarrollo que adquirió un tipo de pensamiento político y una forma de hacer política, así como la manera en que cautivó a importantes sectores de la sociedad chilena.

El caso de los Tupamaros es diferente. Los historiadores y científicos sociales no dudan de la importancia casi decisiva que tuvo su accionar en los diez años previos al golpe de Estado de 1973. Como señala Adolfo Garcé (Garcé and . 2006:17), en la introducción de *Donde hubo fuego*: “A fines de los sesenta y comienzos de los setenta, el MLN-Tupamaros era noticia en todo el mundo [...] la irrupción de la guerrilla en Uruguay generó asombro e interés [...]”. Sin embargo, “a menos de seis meses después de que el parlamento uruguayo encomendara a las FFAA la tarea de ‘combatir la subversión’, aquel movimiento guerrillero, aparentemente tan poderoso, se desplomó con estruendo y sin remedio”.

Un enfoque distinto es el de Alain Labrousse (1971), en su libro *“Los Tupamaros, la guerrilla urbana en Uruguay”*, en el cual los trata como una fuerza definitoria de los acontecimientos políticos ocurridos entre los años 1969 y 1971, incluida su participación en el Frente Amplio a través del Movimiento 26 de Marzo; estrategia que se habría definido considerando la experiencia chilena de 1970.

El estudio de ambas organizaciones exige analizarlas como entes dinámicos y heterogéneos, a la vez que cohesionados en virtud de ciertos postulados teóricos. Así, si bien son organizaciones que emergen en los años sesenta influidas por la época, fueron en sí mismas procesos de búsqueda, autoidentificación y consolidación, lo que tuvo como resultado organizaciones con proyectos políticos propios y diferenciados de los otros ubicados en la izquierda.

Estos procesos de búsqueda y construcción no carecen de contradicciones internas, las que deben estudiarse, pues inciden en el rumbo que, como sujetos políticos, las organizaciones en cuestión adoptaron, al leer la realidad política, intentar representar ciertos sectores de la sociedad y avizorar como posibles ciertas transformaciones sociales.

En los primeros años de la década del noventa del siglo pasado, el tronco histórico del MIR terminó disolviéndose víctima de múltiples divisiones, en tanto el MLN-Tupamaros escogió adaptarse a la nueva situación uruguaya insertándose en la institucionalidad democrática. Hoy en Chile co-existen diversos grupos que buscan recuperar la trayectoria del MIR, sea como grupo de influencia cultural, la “Cultura Mirista” o que intentan reorganizarlo, como la “nueva Generación”, mientras que en la actualidad los antiguos Tupamaros tienen a uno de sus líderes como Presidente del Uruguay y participan de la coalición de centro izquierda, el Frente Amplio, que la da sustento político al gobierno.

Se tratará de dilucidar cuáles fueron los debates más importantes que se dieron en las direcciones del MIR y el MLN-T y cuyos resultados dieron origen a las prácticas políticas que derivaron en caminos de derrotas o victorias.

Buscaremos determinar algunas de las principales causas que puedan explicar esas decisiones. La investigación, se limitará al estudio de algunos hitos fundamentales del debate político que desarrollaron estas organizaciones y que las llevó a implementar sus estrategias, entre ellas la que determinó la actual situación. El período que cubriremos es el que se extiende entre los inicios de los años sesenta y principios de los años dos mil.

Entendemos que las sociedades viven distintos tipos de períodos, unos de transformaciones revolucionarias como otros de normalidad política o de contrarrevolución. Estos períodos pueden ser más o menos extensos, así como sus consecuencias pueden tener distinta profundidad en la sociedad. Tanto Chile como Uruguay han vivido este tipo de ciclos políticos con sus particularidades.

Lo importante para este trabajo es que un período revolucionario o “pre-revolucionario” como el larvado y vivido por una década en ambos países (’60-’73), tiene características específicas, tales como una crisis evidente en el proyecto de país que impulsaron las clases dominantes (división de los “de arriba”), malestar y movilización popular por resolver demandas históricas (el pueblo, “los de abajo” no quieren vivir como antes), pérdida de legitimidad de las instituciones tradicionales (incompetencia del parlamento para resolver crisis, salida de los cuarteles de los militares, etc.); estos elementos no son “creados” por un grupo, sino que se generan por una dinámica social y política que muestra el agotamiento de un ciclo histórico.

En los períodos “pre-revolucionarios” se producen reordenamientos políticos intensos, hay nuevas expectativas en la población y surgen nuevos imaginarios en disputa. En Chile y Uruguay los viejos partidos sufrieron escisiones, nuevas fracciones políticas se constituyeron en partidos y surgió –algo que no era inevitable- una “nueva izquierda”, una izquierda revolucionaria.

En este sentido, la Izquierda Revolucionaria es el resultado de un período fermental y de incapacidad de los propios partidos tradicionales, y cuyo propósito fue resolver a favor de las clases dominadas la crisis de la sociedad. Derrotados a principios de los ’70, ambas organizaciones fundamentadas en torno a la revolución, deberán hacer un gran esfuerzo por sostener un planteamiento político para condiciones radicalmente

diferentes como lo fue el ciclo contrarrevolucionario y luego el de las transiciones pactadas.

Es importante preguntarse, entonces, qué hay en las trayectorias políticas de estas organizaciones, qué las lleva a situaciones tan diferentes, si tienen un aparente origen común y un objetivo compartido.

Como estrategia del estudio se hará una comparación general de la evolución política y cultural de las dos organizaciones revolucionarias latinoamericanas particularmente de sus postulados ideológicos y de cómo éstas se relacionaron con los procesos sociales y políticos de sus países, siendo influidas e influyendo en ellos. Esto obliga a una comparación de los contextos en los que se desarrollaron y darle un seguimiento a sus posiciones respecto de la violencia, la democracia y sus relaciones internacionales, que se fueron desarrollando y transformando con el curso de la acción política y los aprendizajes en las distintas etapas.

En este sentido el trabajo no pretende hacer una reconstrucción histórica de ambos movimientos políticos, sino más bien analizar aquellos momentos históricos clave en que la discusión del núcleo dirigente opta por un determinado camino, que bien pudo ser otro. Nuestro foco estará en el grupo dirigente de cada nudo histórico seleccionado, pues es un hecho que los debates en estas organizaciones se dan en todos los niveles y no asumen siempre, en sus contenidos, una dicotomía base/dirección, pero por su estructura más centralizada y de restricciones a la democracia interna –por períodos largos-, lo decisivo está en la discusión en el colectivo dirigente, que puede estar más o menos permeado de la discusión interna y de la sociedad.

También la investigación permite entregar luces acerca de las influencias culturales, sociales y políticas que permitieron a un grupo reinsertarse y volver a actuar y al otro opacarse, quizás definitivamente.

Metodológicamente se establecen los momentos que se transforman en determinantes del curso de la acción política –que llamados nudos históricos-, pues en ellos se condensan el procesamiento del pasado, las expectativas respecto del cuadro político futuro y las condiciones de la acción en ese presente. Son coyunturas que ponen en

juego el conjunto de la experiencia acumulada, las formas de ver y analizar la situación de las sociedades y en particular la de los sujetos que se busca representar. En esos momentos la sociedad se hace presente al interior de las organizaciones, las que consideran esa presencia y a partir de tal procesamiento hacen determinadas opciones de acción política. No es menos cierto, que en estas coyunturas se expresarán los liderazgos individuales, como de alguna manera también aparecen los elementos que anticipan hacia dónde caminará la organización en el futuro. El análisis de estos “nudos históricos” permite evitar los relatos unilineales de la recomposición histórica, así como también la idea de una secuencialidad inevitable en los hechos y las decisiones. Resumiendo: en este enfoque no hay inevitabilidad histórica en los acontecimientos, ni resultados conocidos de antemano; tampoco existe una pura lucha de individuos fuera del contexto y la estructura en la cual operan sus organizaciones. El contexto puede condicionar la acción política, pero éste no determina ni exculpa de las decisiones de quiénes las toman.

Finalmente, esta investigación quiere aportar elementos de juicio a la reflexión acerca de un sector político poco trabajado, respecto del cual se han emitido opiniones superficiales, sostenidas en generalidades tales como “el influjo de la revolución cubana”, la “influencia del Mayo francés”, el “carácter extremista de su accionar”, el “radicalismo pequeño burgués” y otras, todas las cuales impiden ver el trasfondo cultural que posibilitó el desarrollo de las organizaciones involucradas, los valores que ellas portaban, las crisis que sufrieron, los efectos que la represión tuvo sobre su capacidad reflexiva, la sociedad que imaginaron y las formas como buscaron resolver el mantenimiento de ciertos principios sin perder identidad.

Siendo varios los gobiernos de la región –desde la década del noventa hasta la primera del siglo veintiuno-, que cuentan con organizaciones y militantes de esa izquierda revolucionaria en sus coaliciones, se puede afirmar que la experiencia y tradición de ésta también ha modelado la América Latina actual. Los fuertes vínculos de los gobiernos progresistas con esta izquierda revolucionaria de los '60, sea en lo orgánico como en lo político-ideológico se da con el gobierno de Chávez, que es influido por la experiencia guerrillera de Douglas Bravo y lo expresa la participación de Alí Rodríguez en su gobierno; en el gobierno de Brasil, están los ex militantes de VAL-Palmares Dilma Rouseff, ex ministra del Presidente I. da Silva y actual Presidenta de la

República; del MR-8 Marco Aurelio García, José Dirceu y José Genoino, todos hoy del Partido de los Trabajadores; en Bolivia, el Vicepresidente García Lineras, ex dirigente del Ejército Guerrillero Tupac Katari; Uruguay hoy son parte del gobierno; en Chile han participado en diversos gabinetes Carlos Ominami, Gonzalo Martner, José Goñi, Álvaro Erazo, Paula Quintana, todos ex miembros del MIR.

II. Marco Conceptual.

1. Acerca del enfoque del estudio.

Las ciencias sociales, organizadas como disciplinas académicas, tienen su origen en el contexto de la Europa convulsionada e imperial de fines del siglo XIX. Este contexto marcó el objeto de su atención y la reflexión, a través de las preguntas por el orden social (ante las guerras y revoluciones que azotaban ese continente), la normalidad de la convivencia (surge la teoría de la anomia y disfuncionalidad), por la constitución del Estado de burocracia moderna (para superar el gobierno aristocrático y el familiarismo), entre muchas otras. Así, el “objeto de estudio” se centró tanto en mejorar las condiciones de la dominación imperial sobre los nativos lejanos (antropología) o en la dominación por la ley y la moral al interior de la sociedad nacional. Esto influyó en las dificultades de las ciencias sociales para explicar los temas como el cambio social, las revueltas, revoluciones y la violencia, y cuando acometió la tarea lo hizo desde una posición en que dominó el tratamiento de estos temas como defectos o anormalidades sociales, como obstáculos de un arcaísmo y premodernidad que frenaban el progreso. La excepción fue el trabajo de Marx, Engels y algunos anarquistas que interpretaban los acontecimientos desde el conflicto de clases como “motor de la historia”, o desde el conflicto por la libertad y contra el Estado, pero que no fueron reconocidas en la academia.

Wallestrein (Wallerstein 1998 257-277) ha señalado que este origen es el que ha influido en que derivaran en unas ciencias sociales organizadas en disciplinas y conceptualizaciones, que han considerado el tratamiento de los fenómenos de la vida social como unidades auto contenidas y como datos empíricos, cuyos resultados deben ayudar a predecir los cambios, regularlos y producir un orden que mantenga las condiciones de reproducción de la sociedad. Este propósito separó la perspectiva idiográfica (la historia, lo que “efectivamente” había pasado) de las nomotéticas (las ciencias sociales que con base empírica buscaba definir leyes que permitieran regular los cambios).

Es así como desde la historia se han desarrollado diversos planteamientos críticos a la idea que se puede hacer “un relato verídico de cosas pasadas” o de tener una función de maestra (*historia magistra vitae*), que puede contar la “historia misma”(Koselleck 1993 :41-49). Desde otra perspectiva también se ha criticado la idea de historia de la humanidad en la que ésta “se convierte en objeto total y sujeto único de la historia, al tiempo que la historia se hace colectivo singular”. Así las nociones de “filosofía de la historia”, “filosofía del mundo”, “razón de la historia” como meta relatos universalizantes que dotaban de un sentido y objetivo a la Historia -pues el transcurso de los acontecimientos tenían una dirección y ciertas leyes incluso-, influyeron fuertemente en la disciplina (Ricoeur 2003:391-436).

Por su parte, a mediados del siglo XX en las ciencias sociales, los desarrollos norteamericanos se hicieron dominantes –particularmente en América Latina- con la sociología funcionalista, mezcla de Durkheim y Marx, que asentaba la idea sistémica de la sociedad y su integración funcional, cuyo referente básico era la sociedad industrial y de democracia liberal (Giddens, 1993; Frank, 1970). Este enfoque se consolidó como el parámetro “científico” de las ciencias sociales y separó casi definitivamente las relaciones entre las dimensiones económica, cultural, social y política, así como las categorías de lo individual y lo social, a la vez que consolidaba la idea que los procesos de luchas sociales, crisis políticas y revoluciones eran fenómenos anómalos, dañinos al funcionamiento del todo social, expresiones de las resistencias pre-modernas¹.

La perspectiva crítica a las insuficiencias de este tipo de historias o enfoques nomotéticos, provino en América Latina de los intelectuales ligados a los partidos nacional populares o desde los partidos marxistas, influidos por los debates europeos y por fuera de la academia hasta los años cincuenta. Entre los más destacados está JC Mariátegui, fundador del partido Comunista del Perú, que desarrolla unas tesis particulares ante la realidad peruana y latinoamericana, que fueron una ruptura con el pensamiento “marxista oficial” promovido desde la Internacional Comunista que realizaba una interpretación vulgar del marxismo, de carácter evolucionista y eurocéntrico. Este “marxismo oficial” sirvió para organizar partidos y luchas sociales

¹ Una temprana crítica se puede ver en (Frank, 1970)

pero no fue relevante para el desarrollo teórico de las ciencias sociales propias en y para el continente, con la excepción mencionada junto a algunos otros dirigentes políticos como JB Justo en Argentina y JC Mella en Cuba. Luego, con los giros en la política comunista de la Tercera Internacional de lucha contra la socialdemocracia - 1920 a 1935- y posteriormente de unidad con los partidos de las “burguesías progresistas” -1935 a1945- su desarrollo teórico será muy pobre(Lowy 1978 :11-59). De lo anterior es que la elaboración marxista no tendrá mucha incidencia en las universidades y en la formación académica hasta los años sesenta.

Otra vertiente del pensamiento crítico se alojará en los años cincuenta en la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, desde donde se generará una importante influencia teórica y política hacia las elites gobernantes y las universidades. A fines de los años cincuenta se conjugará un pensamiento social crítico relacionado con la caracterización de las sociedades latinoamericanas como periferia de un centro que se desarrolla (propuestas por Bagú y Prebisch), y la necesidad de aquellas de generar una industrialización “hacia adentro”, propia de cada nación, que ampliara sus mercados internos para romper con el “capitalismo colonial” y alcanzar su propio desarrollo. El modelo cepaliano –con cierta influencia marxista- se confrontaba con el modelo propuesto por la sociología funcional promovida desde el centro norteamericano, lo que permitió iniciar una reflexión menos euro centrada y más conectada con las realidades sociales y políticas del continente(López 2000 :257-260).

En el contexto actual, de crisis de las ciencias (Rodriguez 1990), de géneros confusos (Geertz 1980), de transdisciplinidades que buscan interpretar más que explicar, que entienden la complejidad de lo social como algo inabarcable por una disciplina, este trabajo busca aportar al proceso de re-pensar e impensar las ciencias sociales (López 2000). Se trata de re-leer los acontecimientos históricos buscando relacionar las categorías socioculturales y políticas con las relaciones de poder, en un tiempo espacio que no está fuera de los actores del proceso sino que es construido por éstos y que otorga un ritmo al desarrollo de las luchas políticas y entra en conflicto con los tiempos de las estructuras sociales.

Para entender adecuadamente el tema estudiado se requiere considerar una perspectiva relacionada con el lugar donde ocurren los acontecimientos y desde dónde se reflexiona. Los procesos políticos latinoamericanos no pueden analizarse extrapolando criterios eurocentrados (tipo de proletariado industrial, formas del desarrollo del Estado, conformación de partidos de masas, etc.) y aplicarlos como “tipos ideales” en esta zona del mundo, tanto porque son experiencias diferentes como porque la condición de dominio (académico, político y económico) proviene justamente de Europa y EEUU. Tampoco sería correcto analizar los hechos estudiados tomando juicios de valor *a priori* o clasificaciones tendenciosas, producidas por una matriz de análisis con pretensiones de universalidad y cuyo referente es la sociedad hiperdesarrollada, lo que no se condice con el tipo de modernidad constituida en la Región (Castro-Gómez 1998; Mignolo 2003).

Es así como esta investigación intenta situarse en lo que los estudios poscoloniales llaman la “alteridad no eurocéntrica”, que asume que los procesos sociopolíticos latinoamericanos no pueden ser comprendidos sin considerar la “colonialidad del poder”, es decir la hegemonía instalada sobre el continente desde la Conquista y que “articula raza, trabajo, espacio y grandes grupos humanos en beneficio del capital y de sus cultores” (Palermo s/f).

Se debe considerar también que uno de los aspectos poco trabajados en América Latina por las ciencias sociales y también la historia, ha sido el de las organizaciones políticas en general, las de izquierda en particular y las organizaciones revolucionarias en especial. Los actores subversivos, aquellos que los medios de comunicación señalan como extremistas de izquierda, han sido sectores muchas veces desestimados o tratados superficialmente, y no han tenido la atención necesaria de los estudios académicos. Influye en esto tanto el que muchas de estas organizaciones fueron destruidas por la represión, dispersados sus militantes, como porque las universidades demoraron en recuperar capacidad crítica y de elaboración luego de los gobiernos dictatoriales y de las políticas de “investigación aplicada” asociada a la búsqueda de recursos.

El presente esfuerzo trata de devolver a la escena como actores políticos a esas organizaciones y militantes que tuvieron y tienen grados de incidencia importante en los hechos ocurridos en los últimos 50 años, que expresan una aproximación particular a la

vida social y política de nuestros países, son portadores de cierta cultura política y tienen sus nuevos seguidores. Por ello corresponde integrarlos a una cierta tradición política latinoamericana, a una historia más que una excepcionalidad y asumir que no puede existir una clara comprensión de la política actual y sus potencialidades futuras sino se analiza el aporte de esta corriente política a las sociedades latinoamericanas.

En este sentido este trabajo enlaza el fenómeno de estudio, la izquierda revolucionaria en América Latina, a una tradición política y no a una “desviación” o “exabrupto histórico”, en tanto más allá de la situación orgánica de las dos agrupaciones estudiadas, muchos de los militantes de esas generaciones aún actúan políticamente y varios ocupan lugares importantes en los organismos del Estado que prometieron destruir, y lo hacen con la convicción de mantener la coherencia y a la vez haber asumido los errores.

Este trabajo, buscará en el desarrollo de la experiencia política de dos organizaciones de la llamada izquierda revolucionaria latinoamericana, el cómo se constituyeron sus relaciones con la sociedad y cómo fueron capaces de producir una lectura específica de sus realidades. Es decir, se intenta recuperar una forma de pensamiento y acción política producido en Latinoamérica, que recupere las conexiones entre lo político, cultural y socioeconómico en el trayecto histórico del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile, MIR como del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, MLN-T, poniendo en cuestión la división tradicional de las disciplinas para abordar estos temas generando enfoques más interdisciplinarios y a la vez más latinoamericanos. Es por ello que esta investigación no es de carácter histórico, ni antropológico o sociológico. Busca tomar prestado de estas corrientes disciplinarias enfoques teóricos y metodologías útiles para el propósito enunciado.

Es claro que un investigador escribe desde un lugar, una experiencia y una época, que fija de alguna manera las ventajas y desventajas sobre el tema de estudio. El revisitar la experiencia de la izquierda revolucionaria latinoamericana permite relacionar acontecimientos, ideas políticas y un clima cultural, con la ventaja de tener los resultados a la mano. Sin embargo, este proceso se transforma en un elemento útil para el presente, en tanto se sea capaz de evaluar cierta clave en los acontecimientos del pasado y cómo fueron leídos por aquellos actores directos y el qué podría explicar las formas de representación que se hicieron de esos hechos y las decisiones que adoptaron.

Esta tarea no esta centrada, entonces, en la reconstrucción histórica de las organizaciones políticas, más bien se desarrolla un enfoque que busca abarcar diversos ámbitos históricos, culturales, políticos y sociales, intentando generar una comprensión de los hechos centrales y las posibles lecciones.

Es por lo anterior que la metodología del estudio se basará en la recopilación de información de primer orden. Se utilizará la documentación de las dos organizaciones relativas a sus historias y en particular las relativas a lo que hemos llamado más arriba los “nudos históricos”. Esto permitirá contextualizar con información directa el cómo estas organizaciones apreciaban esos momentos políticos, evaluaban su accionar y definían sus tareas futuras. Este paso se hace en el entendido que los documentos oficiales de una organización política son la “política oficial”, pero no implica que sea lo que piensan todos, ni que haya sido esa la política que se impulsara. Una segunda fuente de información serán los textos de historiadores y científicos sociales como políticos que hayan desarrollado interpretaciones relativas a ambas organizaciones a objeto de obtener una mirada más integral y crítica sobre la trayectoria de las dos organizaciones. Finalmente, una cuestión clave serán las entrevistas a los dirigentes políticos más relevantes de ambas organizaciones o que tuvieron importancia en los momentos de decisiones que son de nuestro interés. Los entrevistados serán seleccionados de acuerdo a las distintas posiciones que sustentaron para aquellos “nudos históricos”, en que se resolvía el curso estratégico de acción de la organización política.

Hemos dejado de lado las entrevistas a los militantes de base de ambas organizaciones toda vez que éstos no tuvieron un rol decisivo en el curso de los acontecimientos que nos interesan, sea porque la consulta democrática no existió o porque éstas estuvieron determinadas previamente por las opciones definidas en los niveles de dirección.

2. Despejando las definiciones sobre los temas de la Revolución.

La lucha revolucionaria en América Latina tiene larga data y diversas formas (Mires 1988 :441-446). Se puede afirmar que las luchas independentistas del siglo XIX fueron revolucionarias, en el sentido de la ruptura con el viejo orden colonial, por la importante

participación de masas pobres en el proceso y la constitución de los Estados nacionales en el plano político. También, ya a inicios del siglo XX la revolución mexicana – antecesora de la revolución rusa- movilizó a amplias capas sociales tanto urbanas como rurales no sólo para derrocar a la dictadura porfirista, sino también para promover una importante reforma agraria, una mayor industrialización y control sobre los recursos naturales, que la llevaría a influir notablemente en la región. Esta también incidió y legitimó la gestación de propuestas de nacionalismo revolucionario y popular, que cristalizaron en la constitución de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, de Haya de la Torre en 1924², y más tarde el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia en 1942, que a mediados del siglo encabezaría la revolución boliviana que evolucionaría, de ser un proceso encabezado por las clases medias y obrera para llegar a ser campesina e indígena.

En esas experiencias, como en otras frustradas, la influencia de la izquierda marxista fue secundaria –con excepción del levantamiento campesino de El Salvador en la década del '30, que sorprendió al propio PC-, por lo que las revoluciones han sido orientadas por agrupaciones situadas a la izquierda, aunque no necesariamente marxistas; incluso muchas veces han ocurrido con la oposición inicial de los partidos comunistas como en el caso boliviano, cubano y nicaragüense.

En otras palabras. La izquierda marxista no ha sido la responsable exclusiva de los discursos revolucionarios ni del uso de la violencia “de los de abajo” en América Latina. Hay por lo tanto en la región una diversidad de actores, provenientes del mundo liberal (Colombia, Venezuela, Ecuador, entre otros) y nacional-populista (Argentina, Bolivia), que también han articulado programas y estrategias que consideraron el desarrollo de la lucha violenta como forma legítima de enfrentarse en sus sociedades virtualmente quebradas por las desigualdades o por las dictaduras oligárquico-militares. La idea actualmente dominante, que fueron los grupos de la izquierda revolucionaria los que introdujeron la violencia en la lucha política en la Región es incorrecta, y tiene su origen en la ideología anticomunista promovida por Estados Unidos desde el triunfo de la revolución rusa. Sin embargo, fue ésta izquierda la que la impulsó

² Fundada en su exilio en México, llegó a contar con secciones en varios países de la región, para finalmente limitarse al Perú. Tuvo una propuesta antiimperialista e indoamericanista. Lowy, M. (1978). Puntos de referencia para una historia del marxismo en América Latina. El marxismo en América Latina (desde 1909 hasta nuestros días) Antología. M. Lowy. Ciudad de México, Ediciones ERA.

protagónicamente en la década de los sesenta, incluso como parte de su identidad política.

Es evidente, entonces, que la violencia política armada en sí misma no define lo revolucionario o conservador, y es una metodología cuyo carácter político se define a) primeramente por sus propósitos programáticos, más que por su ideología; b) luego por la coherencia programática y su relación con quienes se supone son los actores que pueden luchar por ellos, y c) finalmente por el uso de métodos coherentes de acción política con los fines propuestos y a quiénes pretende representar.

Lo anterior abre diversas interrogantes que se necesitan despejar para precisar lo que se entenderá por Izquierda Revolucionaria en América Latina:

2. 1. Acerca del concepto Revolución.

¿Qué hace que una lucha sea revolucionaria?³

Lo político es el campo en que se desarrolla el antagonismo entre posiciones de interés general que se ubican en el eje izquierda derecha desde la Revolución francesa. En esto compartimos la posición N Bobbio (Bobbio 1995) y Mouffe (Mouffe 2007).

Es decir, lo político no admite el ocultamiento de posiciones diferentes, sino más bien es el espacio reconocido por todos para debatir y confrontar esas diferencias, por lo que es un espacio prioritariamente público, que se conforma fuera de los palacios y pasillos del poder. Desde la perspectiva que señala Gramsci (Gramsci 1972; Gramsci 1990 :12-13), ejemplificando que Maquiavelo escribe sobre el tema para llevar la política fuera de las exclusivas luchas de las elites hacia ‘quien no sabe’ (hacia el pueblo), la política moderna se masifica pues siendo un ámbito especializado del que hacer social, no está separada de la población. Es por esto que se entiende que lo político está en la sociedad y cada vez que se reduce su espacio se le “des-democratiza”, se “platoniza”, se le

³ Para responder a esta pregunta es necesario precisar lo que es el campo político y la política, pues hay revoluciones de distinto tipo como la industrial, tecnológica o de la moda que operan con otras categorías.

supone tarea de especialistas racionales que toman las mejores decisiones debido a su experiencia, su ilustración y capacidad de pensar según los “intereses superiores” sea de la nación, el Estado u otra categoría abstracta e interpretable. Entonces, si bien no toda lucha política es revolucionaria, una característica obligada es que ella suponga una politización de la sociedad, una idea de promoción del conocimiento de las alternativas que tienen las personas para definir cómo construir sus sociedades. En este sentido la política revolucionaria no tiene nada de elitista e implica una concepción acerca de la distribución del poder y de la democracia.

Pero si el campo de lo político es el del “agonismo”, la política es el ejercicio que las fuerzas sociales desarrollan en ese campo. Es decir, esas prácticas pueden ser impulsadas por múltiples actores en diversos momentos y por diferentes motivos. Para Mouffe (Mouffe 2007 :15-21) “la política” es el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político.

Esto implica que si bien hay un sistema especializado que administra la conflictividad política, y cuya forma es cambiante de acuerdo a las circunstancias históricas, no está cerrado sobre sí mismo, y más bien su estabilidad depende de la capacidad de permearse, representar y transformarse según sean las características del choque de las distintas prácticas políticas que se van produciendo. Mientras más “especializado” e impermeable a los conflictos sociales sea el personal político, más fragilizado será el sistema. Las crisis institucionales de los sistemas políticos, particularmente en América Latina, han estado asociadas –entre otros factores- a este fenómeno que se asienta en la idea conservadora que una suerte de tradición de las instituciones las haría más sólidas y fuertes para enfrentar períodos de crisis, por lo que cualquier desviación a ese referente “originario” debilitaría el sistema, el que por supuesto debería ser administrado por especialistas que ocupan posiciones hegemónicas y que provienen de los sectores que otorgan confianza a ese conservadurismo. Desde este punto de vista no se ve la propia incapacidad de la institucionalidad política para procesar los cambios que ocurren en la sociedad, lo que también ayudaría a debilitar el respeto a las reglas del juego democrático. Siguiendo a Maquiavelo (Wolin 1973:226-235), los asuntos humanos son fluidos y no pueden detenerse -a pesar de anhelar lo constante y seguro-, por lo que la política debía ser un cuerpo de conocimientos adaptados a un mundo en movimiento, y

no destinado a paralizarlo; ‘en un mundo vibrante de cambio, no parecía tener mucho sentido seguir buscando, como antes, un sistema político inmóvil’ y más bien requiere de aproximarse a la cuestión del poder como capacidad de dominar un complejo inestable de fuerzas en movimiento.

Otra reflexión que se deriva de lo anterior es que hay una relación dialéctica entre las políticas y la sociedad. La sociedad, hemos dicho, es un conjunto conflictivo de intereses sociales y valóricos que buscan resolverse en el campo de lo político con políticas de los distintos actores. Muchos científicos sociales tienden a explicarse los acontecimientos de crisis considerando la tensión que provocan “las masas” y sus reivindicaciones desmesuradas sobre un sistema político estable como si las fuerzas sociales debieran ser entes racionales con la obligación de comprender a quienes gestionan el sistema político. Por otro lado, cuando el sistema político se torna rígido y es incapaz de comprender la transitoriedad de sus formas institucionales produce una mayor tensión y agudización de los conflictos, impidiendo las salidas por cauces legales y legítimos. En otras palabras, al analizar una política revolucionaria no se puede “culpar” a los actores sociales, que sobrepasan las instituciones políticas tradicionales, sin interrogarse por la pertinencia de éstas para resolver los problemas o demandas que aquellos expresan. Una matanza de manifestantes populares, tan común en nuestro continente a lo largo del siglo XX, no es responsabilidad de quienes reivindican mayores derechos o autonomía, sino de quiénes en el sistema político son incapaces de procesarlas o las procesan violentamente. Los actores del sistema político – fundamentalmente los partidos- tienden a representar fuerzas sociales que con sus demandas dinamizan y explicitan los conflictos, y que buscan legitimarlas y legalizar en formas jurídicas, que al conseguirlas amplían los derechos reconocidos socialmente; el problema –en esta perspectiva- no es de quienes plantean las demandas sino de aquellos que las orientan, procesan y dan las respuestas políticas.

Cuando el sistema político procesa como ilegítimas las demandas, lo que hace es constituir una relación de ‘amigo-enemigo’, entre el que demanda y el poder. Lo “ilegítimo”, es un criterio histórico-arbitrario, que excluye a unos del juego institucional, generando las condiciones para una confrontación antidemocrática, pues no hay un reconocimiento de alguna base en común (Mouffe 2007 :21-28). Y, como es

sabido, la historicidad de lo que es legítimo en América Latina es parte de las luchas sociales por los Derechos.

Ahora bien, el eje izquierda derecha en política, se ordenó espacialmente según la Asamblea revolucionaria de la Francia del 1789 y que perdura hasta hoy. La izquierda se identifica con el desarrollo de programas y acciones vinculadas a la igualdad social y política, por lo que está buscando la transformación del orden (Bobbio 1995 :51, 129-132). Es así que, una lucha se caracteriza como revolucionaria cuando primero que nada se propone resolver las desigualdades en una sociedad, por lo que a la vez constituye en esta tradición a lo revolucionario como patrimonio exclusivo de la izquierda. Se entiende que la izquierda es “subversiva”, es decir que la búsqueda de la igualdad social y política requiere del cambio del orden jurídico e institucional para hacerlo posible. En tanto la derecha busca conservar ese orden o restaurarlo, y aunque en ese proceso – obviamente- no reconstruye la institucionalidad anterior, lo que siempre intenta asegurar es su situación de privilegio que genera desigualdad. Se puede discutir –como lo hace Bobbio- respecto de los nuevos significados de la palabra revolucionario como “revolución conservadora”, o Moulian con la “dictadura revolucionaria terrorista o revolución capitalista”, referida a las transformaciones del gobierno de Pinochet (Moulian 1997 :18-22), sin embargo utilizaremos esta palabra como patrimonio de la izquierda que recoge la tradición francesa, dejando para la derecha y los cambios que ha encabezado en distintas etapas históricas del capitalismo simplemente como contrarrevolución.

En H Arendt (Arendt 2004:45) encontramos, con otra perspectiva, la idea que “ni la violencia ni el cambio pueden servir para describir el fenómeno de la revolución; sólo cuando el cambio se produce en el sentido de un nuevo origen, de una forma completamente diferente de gobierno y da lugar a una formación de un cuerpo político nuevo, cuando la liberación de la opresión conduce a la constitución de la libertad, sólo entonces podemos hablar de revolución”. Para Arendt, que compara las revoluciones americana y francesa, tomando partido por la primera, resulta central el tema de la libertad política y es bastante crítica a la resolución revolucionaria de los problemas de la miseria social, y desconecta –como lo hacen los liberales- ambos aspectos de la libertad humana. Sus criterios de “nuevo origen”, “formación de un cuerpo político nuevo” y el paso de la opresión a la libertad son bastante generales y no permiten

trabajar los procesos revolucionarios independentistas latinoamericanos, las revoluciones contemporáneas del siglo XX como la mexicana, China, cubana o vietnamita. Hobsbawm (Hobsbawm 2008 :285-289) señala que la autora “no se toma las revoluciones tal y como vienen, sino que construye un tipo ideal y luego define el objeto de estudio, excluyendo lo que no cuadra”. Ella se atiene más a “las construcciones metafísicas o el sentimiento poético”, que al “interés por los simples hechos” y, mediante este procedimiento, Arendt no trabaja los temas de la generación de formas de participación popular en esos procesos, o afirma la idea –del todo imprecisa- de que cualquier intento de abolir la pobreza por medios políticos corrompe la revolución pues deviene en un régimen de terror.

La revolución, en su formato más latinoamericano, tomó como referente la revolución francesa y tendió a unir en su discurso los temas de la libertad y la lucha contra la miseria, pero no tuvo un “carácter de clase definido” ni un “destino predefinido” (Mires 1988 :434, 435, 441). Sin embargo, la idea de lo nuevo se combinaba apelando a lo perdido (el ejido, la independencia, al rey, etc.), y la violencia se aplicaba ante la resistencia al cambio, llevándola a ocupar un lugar central en las revoluciones en el continente, y vinculándola a los procesos que tendían a cambiar las estructuras políticas y sociales, aunque sus resultados fueron desiguales. En este sentido se podría decir que el concepto de revolución también tiene diferentes connotaciones, pues Marx utilizó como fuente inspiradora de su análisis, la filosofía de la historia (materialismo histórico) por una parte y las propias revoluciones europeas, tanto anteriores a la francesa (inglesa y campesina alemana) como posteriores (revolución o comuna de París) haciendo un análisis de las clases sociales y los propósitos de sus luchas en relación a la estructura económica, social y política, más que por los diversos grados de violencia utilizados por los bandos en pugna⁴. Será Lenin quien generará un concepto más restringido de revolución en tanto para él, también desde el materialismo histórico, construyó un proyecto político que entendía la revolución como procesos inevitables cuyas etapas eran la revolución burguesa y la socialista, donde quién debía liderar el proceso era el partido de vanguardia que conducía al pueblo en la tarea de destruir la vieja maquinaria

⁴ Sobre Marx y América Latina, ver J.M Aricó, Marx y América Latina, en Revista Nueva Sociedad N° 66 y en J.M Aricó, La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina, el prólogo de E. de Ipola, “Para ponerle la cola al Diablo” donde afirma que Marx en su escrito sobre Bolívar se refleja como 'un gran pensador que infiere conclusiones inopinadamente absurdas y por completo injustas, a partir de una teoría brillante y profunda que, por lo demás, él mismo ha forjado'... y si bien Marx ignoró a América Latina, ésta estuvo lejos de ignorar a Marx.

estatal de la clase dominante. En esta perspectiva el cambio revolucionario era la toma del poder del Estado por la clase dominada y esa posibilidad para la situación de Rusia de inicios del siglo XX, sólo era viable por la insurrección armada que derrocará al Zar. Se trataba de comprender que lo viejo se negaba a morir y lo nuevo no podía nacer, en este sentido la violencia que producía este conflicto era la partera de la nueva sociedad. Esta definición general se hizo dominante para gran parte de la izquierda mundial y fue cambiando de contenido y actores según las resoluciones de la Internacional Comunista hasta el inicio de la segunda guerra mundial.

Con el fin de la Segunda Guerra, otros “modelos” e ideas sobre lo que era la revolución - y que escapaban al modelo europeo- se empezaron a desarrollar y teorizar, a partir de los procesos de liberación nacional en el llamado Tercer Mundo (Vietnam, Argelia, Congo, etc.). Estos procesos fueron de enfrentamientos violentos entre ejércitos de ocupación imperial y sus apoyos locales, en contra de amplias coaliciones nacionales que usaron el terror, la guerra de guerrillas y la guerra de posiciones contra el invasor.

En este período se reabre un viejo debate sobre el uso de la violencia y el carácter que tiene, pues las tesis de Sorel son retomadas por Frank Fanon en su obra *“Los condenados de la tierra”*, planteando la violencia no sólo como un método legítimo para la liberación nacional, sino también como elemento capaz de dotar de dignidad y autonomía al oprimido, visto como subhumano por el poder colonial. *“Liberación nacional, renacimiento nacional, restitución de la nación al pueblo, Commonwealth, cualesquiera que sean las rúbricas utilizadas o las nuevas fórmulas introducidas, la descolonización es siempre un fenómeno violento (...) La importancia extraordinaria de ese cambio es que es deseado, reclamado, exigido. La necesidad de ese cambio existe en estado bruto, impetuoso y apremiante, en la conciencia y en la vida de los hombres y mujeres colonizados”* (Pág. 25). Y lo afirmó J.P. Sartre en el prólogo a su libro: *“Porque, en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente, por primera vez, siente un suelo nacional bajo la planta de los pies”* (Fanon 1963) (Arendt 2006 :23).

Será con la revolución cubana y la radicalidad que adquiere, que el concepto de revolución –en América Latina- recuperará la idea de toma del poder del Estado y la

destrucción de éste por una clase dominada –ya no exclusivamente por el proletariado-, para la creación de otro régimen que impulsa transformaciones sociales y económicas profundas y cuyo carácter devine en socialista. Es decir, que la idea sobre la revolución se hace predominantemente socialista.

Se puede afirmar que el “modelo” de la revolución cubana se impuso como idea de lo que es una revolución en América Latina (socialista y por la vía armada), cuestión que hasta ese momento no había sido así en la Región. Este hecho será trascendental para el debate teórico y político posterior, pues operará como referente de la estrategia de lucha y también del tipo de régimen político, alineando el debate en la izquierda sobre lo que era “ser revolucionario” y por tanto lo que era “ser reformista”.

En resumen, la revolución como concepto no tiene una única definición política y es parte del juego de fuerzas que se constituyen en torno a este campo. Es, como diría Koselleck (Koselleck 1993:67-69), parte de la historicidad de las palabras que cobran distintos significados según la época. Cómo veremos más adelante esto es crucial para estudiar el proceso de adecuaciones que vivieron las organizaciones revolucionarias en estudio.

2.2. El programa revolucionario, las fuerzas sociales y el partido.

La otra interrogante es: ¿qué hace coherente la relación entre los propósitos de una agrupación política con objetivos revolucionarios y los actores que pueden llevarlos a cabo? Esta pregunta es relevante, toda vez que las fuerzas sociales tienden a buscar representación política para que se procesen sus demandas (y nótese que se afirma que son las fuerzas y no clases sociales) pues lo colectivo tiende a expresarse en entidades concretas, las que empujan a la construcción de agrupaciones políticas significativas. Serán, entonces, sectores sociales en movimiento los que generan agrupaciones políticas en un proceso complejo que debe enlazarse con ideas (sobre los modos de ver la sociedad, en el relato de qué hacer con ella) y medidas que se debieran tomar (programa político que trasciende una coyuntura), cuestiones que son provistas por individuos concretos de generaciones que tienen particularidades respecto de otras. Cuando la

operación es a la inversa, es decir que la formación de una agrupación política es resultante de una conjura, una lucha fraccional personalista o sólo producto de las pasiones de la actividad política, generalmente no tendrá ningún peso en la historia política de una nación y tenderá a desaparecer si no logra expresar fuerzas sociales.

Tradicionalmente, los partidos políticos se originan para representar intereses sociales en el campo político, pero también para proponer proyectos de sociedad o programas para ésta, que tienden a promover entre los potenciales adherentes, haciendo de la representación una cuestión menos mecánica y más heterogénea socialmente. En este proceso los partidos se institucionalizan, porque se proponen conquistar el poder del Estado o cuotas de éste para impulsar sus medidas, lo que los lleva tradicionalmente al parlamento y los gobiernos. Los partidos operan como intermediarios entre las demandas sociales de tipo económico, político o cultural y el poder del Estado; y éste, que contiene una hegemonía político cultural específica que cristaliza en leyes y posee una capacidad de coerción y regulación de los conflictos entre los distintos intereses y grupos sociales, genera las respuestas según la resultante de las correlaciones de fuerzas en pugna y el clima cultural de lo que es aceptable o no en esas condiciones.

Lo anterior abre la pregunta sobre si el rol de los partidos políticos es relevante para la transformación de un sistema político o más bien los partidos son parte del éste. Hay una doble posición en la relación de los partidos con el pueblo, sea como canalizadores y, muchas veces, como conductores de sectores de éste y a la vez como instituciones pertenecientes al Estado por la vía de su representación en el parlamento y/o en el gobierno, los que los sitúa como estabilizadores del juego político y su institucionalidad (Neuman 1980 :59-62).

Fue con la emergencia de las concepciones leninistas especialmente, pero también de Rosa Luxemburgo, Trotsky y otros dirigentes marxistas europeos de principios del siglo XX, cuando emergieron nuevas teorías sobre el partido político, en este caso como instrumento político para hacer la revolución social. La tarea de los partidos comunistas de la época era el de aglutinar a una clase social, el proletariado (clase de vanguardia y fundamental para la revolución, según su doctrina) y reclutar a su fracción más decidida y clara –dotándola del conocimiento del socialismo científico- la que, adquiriendo la consciencia de clase “para sí”, pudiera organizar la revolución. Esta concepción

leninista fue discutida por Luxemburgo argumentando que las revoluciones no se hacen, éstas llegan producto de la dinámica de la sociedad capitalista y por tanto el partido no debe sustituir a las masas y menos una burocracia que dice representarla; en este sentido Luxemburgo abogaba para que se considerara al proletariado como el sujeto revolucionario y no al partido. Si para Lenin el partido era “jacobino” en tanto es aquel sector que implementa las decisiones en nombre de la revolución, para Luxemburgo y Trotsky esto era un error pues adquiriría tintes “putschistas”. Otro dirigente y teórico revolucionario húngaro de principios del siglo XX, Lukacs, afirmó que el partido es el mediador entre la teoría revolucionaria y la praxis de lucha que desarrollan los obreros, entendiendo el desarrollo de la consciencia de clase y el partido como un mismo proceso (Neuman 1980:62-75).

Como se aprecia, en los debates sobre la teoría del partido político en general, como en el marxismo en particular, no habrá una sola posición, aunque unas fueron más hegemónicas que otras en diversos momentos de la historia política, con consecuencias concretas para los sistemas políticos y sus actores. Es el caso de América Latina en que la tradición organizativa de la izquierda en partidos políticos va ha establecer variaciones según las adscripciones ideológicas y objetivos. Este debate también estará presente, de diferentes formas, entre las dos organizaciones estudiadas.

La irrupción de la izquierda revolucionaria en América Latina en la década del sesenta rompió con la tradición organizativa de los partidos comunistas, asumiendo diversas formas de organización y de dirección, unas próximas a los movimientos armados anticolonialistas de África y Asia y de la experiencia cubana, como otros relacionados con la crítica trotskista y luxemburguista sobre el partido político. Esto indicará una voluntad política no institucionalizadora y de recuperación de una relación menos directiva sobre los movimientos populares, los que serían vistos como movimientos con capacidades propias de desarrollo de sus luchas sociales.

En este sentido, la idea que los partidos son expresiones directas del interés objetivo de una clase social (de la consciencia ‘en sí’ hacia la consciencia ‘para sí’ que planteaba Lenin respecto del partido obrero revolucionario), se criticaba y recreaba en organizaciones políticas que expresaban amalgamas sociales y por tanto diversidad de intereses. También las organizaciones que emergieron en los años sesenta fundaron

relatos sobre su origen, lanzaron sus consignas y símbolos, a la vez que cosecharon tempranamente mártires y lugares de memoria que acentuaron una identidad propia. En otras palabras, estas organizaciones se configuraron de un modo particular, pero para comprenderlas no pueden ser analizadas como si fueran un ente abstracto y homogéneo (que actúa 'como un solo hombre'), que representan exclusiva y mecánicamente un sector social y que no tienen intereses específicos que defender (Offerlé 2004:21-29). Sus proyectos políticos son centrales pero no son lo único que define su lugar en la izquierda y la revolución, en el eje izquierda-derecha.

Los partidos u organizaciones políticas también desarrollan sus identidades según y para sus representados, de manera que sea un soporte para el llamado a la acción. La identidad de los partidos políticos es una cuestión crucial, pues es: a) el cómo se ven a sí mismos, b) cómo buscan ser vistos por la ciudadanía según el programa y métodos que proponen y, c) con quiénes buscan identificarse para obtener esa representación. Esta tríada es dinámica, pues siendo la política una actividad contingente, tanto porque los resultados no dependen exclusivamente de uno de los actores como porque la sociedad está en permanente cambio, demanda de los dirigentes una actualización identitaria sin abandonar los propósitos colectivamente compartidos. Los factores constitutivos de la identidad partidaria son varios y cobran distinto valor de acuerdo al período político y la experiencia: están los muertos y los héroes, las leyendas sobre algunos militantes, las luchas, los métodos de acción, y las formas particulares de militar de cada organización; en definitiva las vivencias y las formas de procesarlas según la estructura de pensamiento que los constituye.

Por tanto, hay aquí una dinámica evidente que no fija de manera definitiva la representación de un partido con un sector social concreto, ni su identidad. Es preciso ver cómo se va desarrollando esta relación, que permite comprender en parte los cambios de orientación política estratégica, simbólica y programática y cómo estos cambios a su vez siguen o no intentando representar a los sectores sociales que originariamente se pretendía. Es claro que con los cambios socio económicos se transforman las expectativas de la población, las clases y grupos sociales, y los partidos –como toda institución– pueden percibirlos de mejor o peor manera, generándose situaciones de desacoplamiento que drenan sus respaldos sociales o bien logran adaptarse a las nuevas condiciones y expectativas al modificar sus propuestas. Estas

posibilidades tienen un obstáculo concreto: la identidad “originaria” a la cual se apela en momentos críticos, de graves dificultades y que se establece como referente de pertenencia y de diferenciación con otros, pues más allá de las políticas concretas (la fidelidad a los fundadores; los héroes y mártires; las luchas “decisivas”, etc.), opera como freno tradicionalista, haciéndose culturalmente conservadora si no actualiza su tradición⁵.

En la tradición de los partidos de izquierda –y de América Latina en particular- existe el propósito de representar clases (el partido comunista a la clase obrera, por ej.) o sectores populares (los partidos socialistas al mundo del trabajo manual e intelectual), a diferencia por ejemplo de los partidos “nacional-populistas”, que buscan articular en el seno de sus partidos alianzas interclasistas amplias como el PRI mexicano o los nacional-populares de clase media (APRA en Perú) o nacional popular obreros (Peronismo), los que teniendo apoyo poli clasista, constituyen una hegemonía de clase media en el primero mientras que en el peronismo su columna vertebral es el sindicalismo obrero, pero subordinado a una ideología nacionalista que establece alianzas y pactos con otras instituciones como las FFAA, la Iglesia y los gremios empresariales (Tella 1997 :156, 345-347).

Se puede afirmar entonces que, la relación entre sectores sociales y las representaciones políticas es dinámica, y que las formas organizativas que adquieren los partidos políticos son diversas, generando heterogeneidad interna. Hay cierta coherencia en la representación en el caso de una organización revolucionaria, toda vez que la propuesta política efectivamente se proponga la transformación del orden social y político con la promesa de situar a sus potenciales representados en una situación de dominio que ponga fin a la exclusión pre-existente; pero esto tampoco es mecánico, toda vez que una misma organización política, a través de su historia, puede cambiar –no sin traumas- la base social que intenta representar. En este sentido, no es condición para caracterizar como revolucionaria una agrupación el que busque ser expresión exclusiva y excluyente de una clase social, se requiere más bien que trate de representar a aquellos sectores que están en condiciones de opresión en la sociedad capitalista, y que no se limite a la mera

⁵ Tradición entendida como el reconocimiento del pasado operando en el presente y tradicionalismo como aquello que se hacía o pensaba en el pasado para hacerlo en el presente.

representación ante el Estado de su demandas, en cuyo caso buscaría las reformas, como una organización más del propio orden institucionalizado.

También es importante considerar que la distinción entre izquierda revolucionaria y tradicional, se presentó como una dicotomía entre revolución y reforma desde la perspectiva de la primera. Pero, por su parte, la izquierda tradicional también se asumía como revolucionaria e insistía que su proyecto era el de impulsar una revolución –por vía democrática- de carácter popular y nacional como la primera etapa de lo que sería una posterior revolución socialista. En este sentido, no se puede entender la evolución de la izquierda revolucionaria sin relacionarla con los programas, métodos de lucha y las políticas que impulsó la llamada izquierda tradicional; el proceso de construcción de una identidad propia llevaba explícita o implícitamente la búsqueda de la diferencia con “la otra” izquierda, lo que influyó para construir una distancia política entre ambas. Para hacer más compleja la situación, no toda la izquierda en el continente y en particular en Chile y Uruguay, se declaraba marxista y menos se autodefinían leninista. La influencia del pensamiento marxista -de por sí diverso- tendrá un período de expansión sobre las organizaciones políticas de la izquierda, pero sus interpretaciones se irán haciendo más diferenciadas con las derrotas políticas que sufren en ambos países al inicio de la década del setenta (Aricó 2005:70-108).

2.3. La violencia armada como identidad revolucionaria

Debemos esclarecer ahora otro aspecto de importancia. La cuestión de los métodos de lucha. Es preciso plantearse si existen métodos de lucha intrínsecamente revolucionarios o si la violencia en sí misma es revolucionaria, lo que obligaría a toda agrupación que se precie de tal a utilizarla para cumplir sus propósitos.

Una primera cuestión sobre el tema de la violencia en la política, requiere de una revisión previa que permita asentar el criterio que ésta es básicamente un instrumento de intervención en las relaciones sociales, que tiene tanto grados de escalamiento como diversas amplitudes de impacto. Su uso no ha sido exclusivo de una posición de izquierda o derecha. Hobsbawn afirma que “los reaccionarios que reclaman la vuelta de

los balazos, los vapuleos y las ejecuciones sin discriminación se parecen a aquellos cuyos sentimientos han sido sistematizados por Fanon y otros, para quienes la acción mediante los fusiles o las bombas es *ipso facto* preferible a la acción no violenta”. Se trata entonces de asumir que la violencia es un fenómeno social que coexiste con la tranquilidad y que no tiene un signo político en sí misma, sino que depende de quiénes la utilizan hacia qué objetivos. Hobsbawm, 1978:302}.

Dicho lo anterior, puede haber violencia simbólica en las formas en que se califica a los adversarios, transformándolos, gracias a las palabras que se usen, en categorías despreciables y excluidas de una comunidad, sin que por ello se arremeta físicamente contra éstos. También puede haber una violencia aplicada sobre unos pocos como es el caso de la tortura a militantes o dirigentes sociales, pero cuyo resultado –el mensaje- es que el resto de los similares y la población en general entienden que pueden sufrir el mismo tipo de violencia, si sus conductas se aproximan a las de los violentados. Así las combinaciones son múltiples.

Por otra parte, se puede afirmar que la existencia de la violencia política aplicada por organizaciones no estatales (revolucionarias de izquierda o contrarrevolucionarias de derecha, o étnicas o religiosas), no está directamente asociada a la existencia de la democracia formal; es decir, existen democracias formales en contextos de aguda violencia política. Un caso, ininterrumpido por décadas, es el de Colombia, pero se pueden agregar varios casos más, como el mexicano, en donde la democracia liberal coexiste con la violencia política aguda, sea por períodos o en lugares acotados (Estados de Guerrero o Chiapas). Esto implica que si el sistema democrático tiene una cierta tradición en la sociedad y en las elites, es capaz de soportar conflictos violentos de gran escala, lo que vendría a invalidar de hecho las tesis que relacionan fuertemente la existencia de grupos “violentistas” con la destrucción de tales sistemas políticos.

Arendt (Arendt, 2006:20) entiende que el papel de la violencia en Marx “es secundario pues no era la violencia sino las contradicciones inherentes a la sociedad antigua lo que provocaba el fin de esa sociedad. El nacimiento de una nueva sociedad era precedida, pero no causada, por violentos estallidos”. La violencia política sería entonces un síntoma de una crisis social, en donde brota la rabia en la masa porque “existen razones para sospechar que podrían modificarse las condiciones y no se modifican; se reacciona

con rabia cuando es ofendido nuestro sentido de justicia. Sentido que no necesariamente es por ofensas personales, como atestiguan las revoluciones que sumaron a miembros de las clases altas”. Esta afirmación la ratifica Arendt (Arendt 2004 :27) al afirmar que las revoluciones incorporan en la era moderna la cuestión social cuando los hombres empezaron a dudar que la pobreza fuera inherente a la condición humana o un estado inevitable. Desde este punto de vista, la responsabilidad de la emergencia de una situación de violencia no está en quién sufre la situación de injusticia, sino en “la época” que hace legítima el cuestionamiento a esa condición y se abre culturalmente a poner en su horizonte una revolución. Este sería, aunque no lo explicita la autora, un caso de reacción de los dominados ante un orden desigual. En otras palabras, ni la violencia ni la revolución emergen por las solas condiciones “objetivas” de desigualdad e injusticia, sino porque la consciencia social de que ello es inaceptable se hace lo suficientemente amplia como para producir la situación.

Considerando la propia historia de las revoluciones independentistas en América Latina que se desarrollaron a través de la violencia armada, con propósitos políticos más que de revolución social, estuvieron lideradas por un pensamiento liberal de cuyas fuentes buscarán la legitimidad del uso político de la violencia la mayoría de las organizaciones revolucionarias del continente⁶. En términos del presente –y acentuando el carácter cultural del fenómeno de la violencia y su época- se puede afirmar que la actual desigualdad en el orden mundial (en el plano económico, político y social) es hoy más grande que ha mediados del siglo XX y las diferencias de ingresos al interior de los Estados nacionales de Latinoamérica se ha acrecentado, pero la violencia política revolucionaria se ha aplacado.

Como hemos visto anteriormente, Arendt reconoce la existencia de la violencia como una cuestión social pero la violencia organizada con un propósito político la ubica fuera de la política, como un argumento de la carencia de poder, de una tecnología utilizada cuando se carece del “número” de la fuerza social(Arendt 2006 :57). Nuevamente

⁶ Una contribución en este línea es un texto Urbina, G. L. y J. L. (2010). De independencias y revoluciones. Avatares de la modernidad en América Latina. Santiago, LOM., que toma en consideración diversas experiencias, disciplinas y países, para indagar sobre las articulaciones existentes entre las luchas de la independencia del siglo XIX y las de mediados del siglo XX, en América Latina. Sin embargo, el artículo de A. Kaempfer, “‘Por la soberanía nacional y popular’: el siglo XIX en las visiones del MIR y los Montoneros”, sobre valora en exceso el peso de lo “nacional” en el discurso del MIR, entre otros errores.

Hobsbawm (Hobsbawm 2008 :302) rebatirá este punto afirmando que las acciones violentas generalmente tienen un fin específico e identificable, no así la violencia privada. “El desentenderse de convivir con la violencia puede llevar a no aplicarle normas morales (...) los que creen que toda violencia es mala por principio no pueden hacer ninguna distinción sistemática entre los diferentes tipos de violencia práctica, ni percibir sus efectos tanto sobre los que la sufren como sobre los que la inflingen”

Engels, en la misma tradición, relaciona el uso de la violencia con el objetivo y no sólo con la “falta de poder”. En el *Anti Dühring* (Engels 1968 :172) afirma que “El simple hecho de que los dominados y explotados son en todo tiempo mucho más numerosos que los dominantes y explotadores –lo que quiere decir que la fuerza real está del lado de aquellos- basta para poner de manifiesto la necedad de toda esta teoría de la violencia y el poder”, contradiciendo a Düring que afirmaba que “el origen de las clases y las relaciones de dominio” se explicaban por la violencia, y no los objetivos económicos.

Si consideramos la perspectiva de Bobbio (Bobbio 2000:101-116), la distinción entre poder, violencia y política está asociada a los enfoques que utilizan diversos autores – tales como Aristóteles, Hobbes, Locke, Hegel, Dahl, entre otros- los que pueden ser sustantivistas, subjetivistas o relacionales, pero se requiere no de una axiología de lo que debería ser el poder político sino de una capacidad analítica para establecer el cómo es, y en este sentido el “poder político se identifica con la fuerza, y es definido como el poder que para obtener los efectos deseados (retomando la definición hobbesiana) tiene derecho de servirse, si bien en última instancia, como extrema ratio (razón extrema), de la fuerza”. Se puede afirmar que entre los criterios sobre el uso de la violencia “desde arriba”, por parte de las clases dominantes, están: a) el argumento de la tradición, como una búsqueda de legitimidad para preservar el orden existente; b) la aplicación de la ley que estaría de su lado como un discurso, no necesariamente como práctica y, c) si el poder que posee no es abrumador impone el recurso de la violencia.

En otro plano del debate sobre el uso de la violencia. En América Latina, la historia de las clases subordinadas muestra que son escasísimos los grupos que han concebido el uso de la violencia como una expresión elitista (acciones terroristas) y más bien han buscado su transformación en guerrillas, ejércitos o masas insurreccionadas. En este caso, la violencia se instrumentaliza como método para denunciar, atraer adherentes y

luego obtener poder, que se le ha concebido exclusivamente –en la mayoría de los casos- como el control del poder del Estado.

Es interesante integrar, entonces, la idea de una “economía de la violencia”, que desarrolla Wolin (Wolin 1973:237-242). Siguiendo a Maquiavelo, señala que la teoría política ha desarrollado diversos eufemismos para ocultar el hecho de la violencia, por lo que cuando entra en escena es considerada como anormal, lo que representa una adquisición en la tradición política occidental; “pero si se acepta con demasiada naturalidad, puede llevar a descuidar el hecho primordial de que el núcleo esencial del poder es la violencia, y que ejercer el poder suele ser aplicar violencia sobre la persona o posesiones de alguien”. Así, la ciencia de la política está en la aplicación controlada de la fuerza y en lo posible por el consenso más amplio, pues el “consentimiento popular representaba una forma de poder social que, adecuadamente, explotado reducía la magnitud de la violencia dirigida hacia la sociedad”, de esto que “cultivar el apoyo del pueblo” corresponde a una “economía de fuerza” que resulta de “una sensación de participación común en el orden político”. Citando a Maquiavelo, Wolin agrega que “cuanto mayor es su crueldad [la del príncipe], más débil se hace su régimen”. En este sentido se necesita aplicar una “economía de la violencia como medio para reducir la magnitud del sufrimiento en la condición política” y debe ser utilizada por aquellos que no son “moralmente obtusos” y que no creen en su uso “regenerador” de las sociedades decadentes.

De lo anterior es que se puede rastrear el concepto o tipo de “economía de la violencia” que implementaron las organizaciones revolucionarias en estudio, para tomar distancia de lo que algunos críticos imputan –para la dirigencia del MIR- como “iluminados” que veían en la violencia la única manera de construir una sociedad nueva moralmente⁷.

Como se aprecia, la violencia revolucionaria desde la perspectiva de una izquierda situada en América Latina, se nutre de algunos elementos de las vertientes anteriores pero aquellas no alcanzan a dar cuenta de las múltiples relaciones implicadas en su práctica en la Región, toda vez que la violencia política se ejerce en contextos socio

⁷ “Su diagnóstico apocalíptico [de la Dirección Nacional del MIR], del futuro de Chile ilustraba una desesperación en que el caos de la violencia política aparecía como la única alternativa racional posible, en la cual ellos serían los primeros en morir ejemplarmente para demostrarlo”, Vidal, H. (1999). Presencia del MIR. 14 claves existenciales. Santiago, Mosquito Comunicaciones.

institucionales diferentes respecto de los países de mayor desarrollo económico y protección social. En este sentido algunos autores -como recuerdan Bobbio y otros (Bobbio 1995:79)-, han planteado que la violencia de la Segunda Guerra mundial fue en realidad un “Guerra civil encubierta” en las sociedades europeas, más que una guerra clásica entre naciones. Este argumento permite rebatir la idea que la violencia al interior de las sociedades latinoamericanas es un componente de “incivilización”, “subdesarrollo”, “carencias”, para situarlo en un nivel mayor de complejidad que no se asocia únicamente a los temas de la desigualdad absoluta o relativa, ni tampoco a las ideas de Sorel (Bobbio 1995:73-76).

En resumen, los procesos de violencia política requieren ser vistos como procesos en que se vinculan las formas de reproducción de las condiciones sociales, el pensamiento político de los sectores hegemónicos como subordinados, la experiencia histórica y las formas cómo ésta se ha procesado (lecciones), la flexibilidad de la institucionalidad política y también, las expectativas que tienen los distintos grupos sobre su futuro.

De alguna manera, Engels, Lenin, Mao y otros políticos relevantes del marxismo asumieron la violencia como la “partera de la nueva sociedad”, pero no por una adicción a ella, sino como un “procedimiento” que permitía el nacimiento de algo que existe en el vientre de la vieja sociedad⁸. La violencia –en este enfoque- no crea la nueva sociedad, permite que ésta se despliegue, de allí su carácter político.

2.4. Democracia liberal y democracia popular

La conflictividad latinoamericana de mediados del siglo XX, tenía como centro de las discusiones los problemas de la desigualdad social, el atraso, las dictaduras y la intervención extranjera. Sin embargo, la discusión sobre la democracia y la calidad de ésta no estaba en el centro de la polémica. Para el caso de Chile y Uruguay esto es

⁸ “El señor Düring no sabe una palabra de que la violencia desempeña también otro papel en la historia, un papel revolucionario; de que, según la palabra de Marx, es la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva; de que es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigeceidas y muertas” Engels, F. (1968). *Anti-Dühring*. México, Juan Grijalbo. Es decir, partera de algo que existe y obra de un movimiento social; el “otro papel” que le asigna es el “contrarrevolucionario”, que tiende a destruir medios productivos y sus relaciones sociales.

evidente hasta principios de los años '60, pues el núcleo de las cuestiones políticas radicaban en los procesos de modernización y desarrollo (Ruiz 2005:115), para luego derivar en los temas de la dependencia, las trabas estructurales de la desigualdad y la revolución. Será con el incremento de la conflictividad social de esa década, los discursos políticos más radicalizados y el inicio de los golpes de Estado, que comienza una preocupación por los temas de la democracia y su vinculación con los procesos de transformación social (Lechner 1988:23-40)

Un debate importante que estuvo planteado en el continente en la década '60, es la relación entre los proyectos revolucionarios y la democracia, en tanto la existencia de la democracia liberal sería suficiente argumento para deslegitimar las expresiones de violencia política armada impulsadas por algunos partidos y movimientos en el período de estudio. Este argumento fue desarrollado por Salvador Allende en Chile para insistir en la "vía chilena al socialismo" respetando la institucionalidad, como por Ernesto Guevara en su visita a Uruguay a principios de los años sesenta, señalando que la lucha armada sólo era viable en países con regímenes dictatoriales⁹.

De lo anterior se desprende la necesidad de debatir sobre las concepciones de democracia que estuvieron y están en la disputa política, sobre todo cuando el sostén de ésta es la soberanía popular. Los procesos de ampliación de la democracia liberal en Uruguay y Chile no habían resuelto la marcada desigualdad (particularmente en Chile) y la discriminación en que vivían las masas populares (especialmente en Uruguay), por lo que el acto electoral como condición de igualación de derechos se había puesto en cuestión por sectores de las sociedades latinoamericanas.

Es sabido, J. J. Rousseau considera la República, como aquel Estado regido por leyes bajo cualquier forma de gobierno; su clave es que "todo gobierno legítimo es republicano" (Singer 2002 :54). En este sentido la garantía de la libertad está en el imperio de la ley, si las leyes generales han sido decididas por el pueblo. En la visión

⁹ "El 5 de agosto de 1961 se reunió la CIES en Punta del Este y vino el Che. Pocos días después lo tuvimos en el Paraninfo de la Universidad y nos dijo que mientras quedaran posibilidades legales era imposible e incorrecto tomar las armas. Al terminar de decirnos esto y cuando se iba, varios balazos fascistas que buscaban su espalda para contestarle encontraron el cuello de Arbelio Ramírez, un profesor de secundaria" Huidobro, E. F. (1988). Historia de los Tupamaros, los orígenes. Montevideo, TAE..Este hecho rebate la idea de que para el Che y "los guevaristas" la violencia tenía una función "purificadora" para crear el Hombre Nuevo y relativiza en él la absolutización de la violencia como método de acción.

rousseauiana las leyes que gobiernan la República sólo son legítimas si expresan la voluntad general y ésta no puede ser delegada, aunque las decisiones sí pueden ser implementadas por otros.

En el contexto anterior, para esta izquierda revolucionaria emergente, el sistema político democrático será un componente más que se requería cambiar, debido a su “incapacidad” para posibilitar mejores condiciones de vida de los trabajadores y las mayorías explotadas. Es decir, se le consideró como un instrumento político poco útil, que fue sometido a una dura crítica por su incapacidad para resolver las desigualdades sociales; la crítica tenía que ver con el desgaste de la democracia liberal para representar a los diversos intereses en conflicto; la escasa capacidad de los partidos para abrirse a la expresión de otros sectores sociales excluidos (campesinos, pobres rurales y urbanos, pueblos indígenas); el incremento de la corrupción en las élites políticas y su colusión con el poder económico (particularmente en el caso de Uruguay); el proceso de violación de la ley para ejercer la represión política (denuncias de tortura no sancionadas, particularmente en Uruguay). La democracia liberal, se le caracterizó como la expresión del interés de la burguesía nacional para mantener las condiciones de reproducción de un orden social, que estaba en una crisis ligada íntimamente a la crisis del modelo de desarrollo nacional.

En ese sentido, la poca valoración de la democracia liberal por parte del pensamiento de la izquierda revolucionaria estaba asociada al concepto alternativo de democracia de carácter participativo, que tendría la facultad de generar desde la política mejores condiciones de vida para la población. Este enfoque se asociaba a lo que Arendt (Arendt 2006:35,36) señala como una reivindicación generacional de los sesenta tanto en las sociedades de “Europa del Este” y de “Occidente”, vinculado a la tradición revolucionaria del sistema de Consejos obreros, Consejos tipo Comuna de París y los “Soviets”, que se formularon como una crítica a una democracia representativa controlada por burocracias partidarias de distinto signo. Demostrativo de esta idea es que tanto el MLN-T como el MIR repudiaron la invasión soviética a Checoslovaquia y el aplastamiento de su movimiento democratizador.

En otras palabras la propia emergencia de la izquierda revolucionaria reflejaba la impotencia del proceso político de generar condiciones de inclusión de otras fuerzas que

representaban o buscaban representar a sectores sociales que no se sentían representados en el sistema democrático liberal. Se evidenciaba que la sola competencia política no es suficiente para asegurar que la democracia produzca resultados justos; lo que no implica que no ayude instrumentalmente a promover la justicia social, o que exista otro sistema mejor de toma de decisiones. Así, lo preocupante resultaba ser la dificultad del régimen democrático liberal para producir resultados que redujeran las injusticias sociales. Este hecho se agravaba toda vez que el criterio de legitimidad del sistema es independiente de las reglas efectivas de deliberación, pues el resultado moralmente aceptable es el legítimo y el procedimiento debe subordinarse a él. Citando a Amartya Sen: “no es posible, en una democracia, obtener aquello que no es exigido” (Vita, 2002:90).

Así, la democracia liberal fue evaluada, por la izquierda revolucionaria, como un sistema caduco, incapaz de resolver la cuestión social y que políticamente servía más a los sectores dominantes –por su “carácter de clase” burgués- que a los sectores populares. Esta caracterización de “democracia burguesa” fue contrapuesta con la “democracia popular”, pero no en el sentido de los países de la órbita soviética, sino más bien en términos de participación directa del pueblo, de la generación de órganos de poder propio, alternativos inicialmente al orden instituido. Esta posición tendría su apogeo entre los Tupamaros en 1971-72 influidos en este punto por el pensamiento anarquista, y en el MIR entre 1970-1973 (Leiva s/f) por el legado trotskista.

Los Tupamaros, concibieron el “poder popular” en términos de poder paralelo, especialmente en el plano de la justicia, construyendo las “cárceles del pueblo”, secuestrando personalidades relevantes a los que interrogaban y luego exponían la información y denuncias por medio de comunicados y exigencias políticas. El MIR, en cambio, concibió el poder popular como una forma de construir un poder alternativo a la democracia burguesa, cuyo embrión eran los Comandos Comunales y Cordones Industriales, los que iban a jugar un rol no sólo en la resistencia al golpe de Estado sino que también en la sustitución de la democracia representativa. Este diseño no escapaba del enfoque clasista, es decir de una participación de clara hegemonía popular, pero que no tuvo ningún desarrollo en proyectos o modelos institucionalizados de una democracia garantista de los derechos de todos. Para ambos casos, la reflexión sobre la democracia participativa fue secundaria y no ocupó un lugar determinante en sus programas y estrategias.

Posteriormente, la construcción de un camino de transición democrática, elaborado teórica y políticamente por los intelectuales y políticos de la izquierda marxista, que tomaban distancia del leninismo, y se sustentó en la idea que la democracia era una “necesidad revolucionaria” (Lechner 1988:24,25-41-43). Esta perspectiva “desenfocó” el discurso de la izquierda radicalizada en tanto la “democracia sin apellidos” era considerada como un objetivo insuficiente a la salida de los regimenes dictatoriales. Más que una transición, la izquierda revolucionaria –particularmente el MIR- buscaba el quiebre con la situación anterior (el derrocamiento de las dictaduras) para establecer gobiernos “democrático-revolucionarios” que establecieran las bases políticas de los cambios en las estructuras económicas y sociales de sus países; al estilo de lo ocurrido en Cuba y Nicaragua. Los procesos de transición política desarrolladas en las dos últimas décadas del siglo XX en Latinoamérica, fueron un elemento fundamental en el curso que tomó la izquierda revolucionaria en relación a su concepción sobre la democracia, la sociedad y sus proyectos políticos¹⁰.

Para el caso del MIR chileno y los Tupamaros uruguayos las características que tomarán las transiciones democráticas también influirán en la forma que se relacionarán con éstas. Ruiz (Ruiz, 2005:115-121) señala que se hizo hegemónico el modelo contractualista que buscaba a través de un pacto, generar una institucionalidad estable y consensuada por las elites, para lo que se requería una “estrategia consociativa” que impidiera que las mayorías se pudieran imponer sobre las minorías; esto le daba garantías a los militares y la derecha política que un cambio hacia la democratización no significaría un regreso a las demandas de mayor justicia social atizadas por los partidos de izquierda y que las exigencias políticas democratizadoras tendrían un contrapeso que pudiera respetar a la minoría autoritaria. Este diseño implicaba, para estas organizaciones, diversas alternativas que iban desde la confrontación total hasta su incorporación subordinada al proceso; lo que marcaría profundamente la relación con sus representados, sus militantes y sus propuestas programáticas revolucionarias. En este sentido las condiciones internas de la reflexión sobre el papel de la democracia liberal en los proyectos políticos, las características de las transiciones que se iban

¹⁰ Proceso que se vivirá diferenciadamente a partir del golpe en Chile, particularmente en la reflexión de los militantes exiliados en Europa, aunque no exclusivamente. Este proceso marcará parte fundamental de las polémicas internas de ambas organizaciones políticas.

negociando y la fuerza específica que estas organizaciones tenían, fueron parte determinante de la forma cómo enfrentaron ese período. Esta capacidad de pensar los nuevos escenarios, estuvo también en directa relación con quiénes quedaron vivos para hacerlo.

La transición tuvo en Uruguay (1981-1989) un regreso al viejo esquema constitucional y de su sistema de partidos, luego del Pacto del Club Naval con el Frente Amplio en la mesa de negociaciones. En tanto en Chile la transición se hizo bajo las normas fijadas por la dictadura, en el marco constitucional definido por ésta y con profundas modificaciones en el sistema de partidos y las alianzas políticas. En el primero no hubo una refundación capitalista neoliberal de orientación autoritaria, y –salidos los militares del gobierno- existió una presencia activa del movimiento ciudadano que rechazaba la impunidad para las violaciones a los derechos humanos y las privatizaciones de empresas estatales. En cambio en Chile hubo, primero una refundación económica y constitucional, luego aún bajo dictadura una extensa movilización social opositora que forzó la transición y luego –derrotados electoralmente los militares- se desmoviliza a los movimientos sociales, lo que rigidizó la democracia representativa en un sistema binominal y durante más de una década tutelado por las FFAA. Aún así, la deliberación sobre la democracia que se quería no se dio en el espacio público, como si en este plano se hubiese llegado a un “fin de la historia”.

Es así como este debate, que se pensaba terminado, sobre las debilidades de la democracia liberal tuvieron incipientes críticas en la década de los noventa (Moulian, 1997) y han sido puestas nuevamente en la discusión teórica y política (Lechner, 2002; Mouffe, 2007) e incluso por el PNUD (PNUD, 2004) y también J Nun (Nun, 2000). Según Lechner la democracia con sus mitos y símbolos, imágenes y liturgias, movilizaban y cohesionaban a gobernantes y gobernados con principios básicos de soberanía popular, representación política, deliberación ciudadana y opinión pública, pero ahora han perdido eficacia; incluso en América Latina con sus jóvenes pero raquíticas democracias. Agrega que estamos en medio de una lucha larvada por lo que se entiende por democracia y política democrática.

Para Mouffe (Mouffe, 2007:38,39) la izquierda radical ha admitido la importancia del pluralismo y las instituciones políticas democráticas liberales, pues ésta tiene principios

convergentes con aquella, girando el centro de la atención hacia el problema del incumplimiento de esos principios por los sistemas democráticos. Reitera esta idea señalando que el modelo político jacobino -que tenía la izquierda revolucionaria- sólo se preocupó de la política en relación al Estado y no considera que hoy la política tenga lugar en una multiplicidad de campos anteriormente considerados no políticos.

En tanto el PNUD en su enfoque teórico plantea que los elementos de la democracia liberal, como las elecciones periódicas, deben contar con seguridades mínimas y garantías para hacer efectivo el cumplimiento de la soberanía popular; pero considera que ello es insuficiente como caracterización de una democracia, e incorpora el concepto de democracia de ciudadanos –sociedad democrática y no sólo régimen político- que desde la política debe ser capaz de controlar la economía y tener el poder para construir, garantizar y expandir la libertad, la justicia y el progreso; en este sentido sería una democracia sustantiva.

Es decir, de alguna manera se vuelve a la discusión –anulada en el período de transición democrática en América Latina- entre quienes consideran la democracia como “sin apellidos”, en la noción schumpeteriana de la democracia como método - como las reglas básicas de solución de los conflictos políticos- y que con diversas limitaciones operó en Chile y Uruguay durante los años noventa, y aquellos que entienden por democracia un conjunto de reglas y modos de vida que permiten impulsar la realización de la igualdad social y política, en la medida que hay condiciones equitativas de distribución del poder y para ejercer los derechos. Reforzando este planteamiento, Nun afirma que la democracia en este tiempo ha sido evaluada en comparación con lo que fueron las dictaduras, y no por lo que ella es, debido al repliegue del pensamiento crítico (Nun, 2000:9,10).

Otro aspecto ha considerar en esta relación entre democracia y proyectos revolucionarios en América Latina, es que la concepción sobre democracia participativa fue bastante poco desarrollada en el plano teórico y en la lucha ideológica de la época, lo que terminó por parecer más una consigna que un modelo político particular de inclusión social. Las consignas como “crear poder popular”, “poder dual”, “democracia popular” o “gestión obrera”, tuvieron escasos desarrollos que articularan las estrategias políticas con modelos de sociedad que implicaran en el imaginario social una alternativa

real. Esta debilidad se expresará también, de manera importante, en la carencia de elaboración para enfrentar los procesos de transición democrática.

En definitiva, la izquierda revolucionaria en general y las dos organizaciones mencionadas en particular, desarrollaron una relación conflictiva y cambiante con la violencia política y la democracia, y será parte importante de esta temática la que implicará sus propias crisis en las identidades, estrategias y resultados de su accionar político.

2.5. Sobre la Historia y la reconstrucción histórica.

Para fundamentar este trabajo de análisis del desempeño político y sus consecuencias en las dos organizaciones revolucionarias estudiadas, es también indispensable considerar el problema de la construcción de las representaciones sociales y las relaciones de la historia con la memoria y la política.

Los procesos políticos no son autónomos de la sociedad, más bien son producidos por ésta, en el sentido que hay sujetos colectivos e individuales que se enfrentan con diversas motivaciones en el espacio público que posee una dinámica social y cultural importante. Es decir, las prácticas sociales se transforman en parte de los procesos políticos estén o no organizadas por los partidos y, generalmente, no son éstos los productores de los hechos políticos sino más bien son los que los procesan en el circuito institucionalizado de la política, tendiendo a canalizar las demandas y administrarlas para impedir el colapso de la convivencia social. En este sentido los procesos históricos no dependen, estrictamente, de los actores políticos para que se constituyan aquellas fuerzas sociales que se mueven con motivaciones de cierta profundidad cultural; más bien los actores y líderes políticos encuentran su espacio y tarea en ese proceso en curso y es allí donde surgen líderes o figuras descollantes que inciden en los acontecimientos. En estricto rigor, lo social no se constituye desde lo político sino que es producido por aquel, así como el Estado no es el que ha constituido la vida social en Latinoamérica; otra cosa es que la política y el Estado con su capacidad de hegemonizar “aparece”

como el organizador de lo social, cuando en realidad es organizado por las fuerzas sociales que tienen proyectos hegemónicos¹¹.

Lo anterior busca afirmar una cuestión central. La responsabilidad de los acontecimientos políticos es sólo en parte de la “clase política”, de los especialistas de ese campo. Es preciso relevar que la dinámica de los conflictos sociales no es organizada “desde arriba”, sino que cobra potencia cuando se vincula el conflicto social, que levanta reivindicaciones de claras consecuencias políticas, con las organizaciones y estructuras políticas que buscan representarlas y dirigirlas. La teoría de la conspiración política, en la irrupción de las fuerzas sociales o liderazgos sorpresivos en un proceso histórico no explica nada.

La dinámica política se constituye en el momento que lo social interpela a los poderes públicos establecidos. Las formas compartidas de representarse un objetivo y el poder político, permiten configurar organizaciones con sus símbolos, programas, discursos y prácticas que adquieren sentido y fuerza para sus miembros, a veces de tal magnitud que posibilitan desarrollar grandes sacrificios o transformarse en proyectos de vida. Como en la relación entre el significante y el significado, la representación social es también arbitraria respecto de lo que representa (en tanto “lo real” puede ser representado de múltiples maneras) y se hace coherente por el sentido cultural que le otorga a las cosas, signos o acontecimientos.

Para que esa representación de la sociedad y de sí mismos tenga eficacia, o sea fuerza persuasiva, debe tener un anclaje tanto con los acontecimientos vividos como con la estructura que de alguna manera los organiza. Nos enfrentamos así a dos planos, por una parte el que la realidad social posee una dinámica propia, independiente de quién se la representa y por otra las representaciones pueden o no cambiar con la dinámica de esa realidad, y si no lo hacen irán perdiendo eficacia.

Por su parte, las organizaciones políticas luchan por presentarse socialmente de una determinada forma (que expresa unos valores, tradiciones, propósitos, etc.) a objeto de

¹¹ Para el caso chileno es interesante ver el libro de G. Salazar sobre la construcción del Estado. Salazar, G. (2005). Construcción del Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los "pueblos", militarismo ciudadano, golpismo oligárquico. Santiago, Sudamericana..

obtener adhesión en la sociedad, en tanto sus adversarios buscan desvirtuarla para capturar su base social; es por este fenómeno que las representaciones son una relación dinámica, que se da en el plano de los discursos como en las acciones políticas que buscan “hablar por sí mismas” comunicando un mensaje¹². Considerando que la cultura es de naturaleza interpretativa y no produce un momento final acerca de la verdad absoluta, ésta se nutre de nuevas interpretaciones; y como la representación es una fuente de producción de conocimiento social, un sistema abierto e íntimamente ligado a las prácticas sociales y los asuntos del poder (Hall, 1997:36-39), se deriva que las luchas por fijar determinadas formas de la representación social de los proyectos políticos es clave en las posibilidades de llevarlos a cabo. Por lo tanto, las luchas políticas son luchas por hacer hegemónicas las representaciones sociales, por “oficializarlas” y esto genera una dinámica que de paso cuestiona las identidades políticas que se pretenden constituidas desde el momento fundacional y que deben ser preservadas. (En alguna medida aquí está la raíz de las clásicas acusaciones de “traición a los caídos”, “inconsecuencia con los principios”, “abandono de la estrategia”, y por otro lado está el papel que juega la memoria en la historia).

Pero un aspecto que también se debe considerar es que, la construcción de las representaciones sociales de lo que son las organizaciones políticas también están asociadas a los tiempos históricos. Es decir, se hace incomprensible un postulado determinado si éste se formula en una época en la cual no encuentra un asidero, un soporte social. La noción del tiempo ha sido trabajada por Lechner desde la sociología (Lechner 2002 :34-39), Koselleck desde la historia (Ricoeur, 2003:394-406), entre muchos autores y lo importante, para efectos de este trabajo, es que el tiempo es una noción arbitraria construida culturalmente y que tiene efectos diversificados en distintos campos. Es decir, al tiempo administrativo, del calendario con sus rutinas de funcionamiento productivo y vida cotidiana, es necesario superponer el tiempo subjetivo con que los individuos construyen sus proyectos de vida, así como el tiempo político que está asociado no sólo a los trámites parlamentarios y elecciones sino también al tipo de “tiempo que se vive” (“es la hora de luchar”; “el presente es de lucha, el futuro es nuestro”, “avanzar sin transar”). Culturalmente esto implica que el accionar

¹² Se verá en las dos organizaciones estudiadas por ejemplo en el uso de la noción de “propaganda armada”

político para unos puede tener un horizonte de tiempo corto en cuanto que la realización de sus propósitos políticos son realizables en menos de una generación.

El tiempo político se mueve en la tensión entre cambio y continuidad, entre lo que se busca construir y lo que debe perdurar. Es que cuando el mundo cambia se modifican los mapas que lo hacen inteligible y también cambian las nociones del tiempo y el espacio, por lo que no es un asunto ajeno a la política, la que debe interpretar, y en particular para los partidos, que tienen entre sus funciones básicas elaborar esquemas interpretativos que permitan a los ciudadanos organizar sus creencias y preferencias en identidades colectivas, en proyectos nacionales (Lechner 2002 :27-30). No hay duda que los tiempos políticos de los años sesenta y setenta fueron “intensos”; se vivía un período de profundas transformaciones, los hechos se sucedían como si el tiempo se hubiese comprimido¹³, produciendo un ritmo (no hay relación del tiempo sin el movimiento) acelerado a las tareas y cumplimiento de los propósitos políticos, pues el tiempo disponible acota las metas posibles. A su vez, el tiempo de las dictaduras, en lo político administrativo, era como un “tiempo eterno”, puro presente inacabable pues no habían plazos sino metas, no habían elecciones sino decisiones, no había trámite parlamentario sino decreto ley que no requería sujeción de tiempos. En esa situación, las políticas de los partidos tendieron a organizarse entre la espera por la caída inminente y la lucha prolongada en el tiempo con metas maximalistas, pues no había futuro próximo y más bien había que “utopizarlo”.

El tiempo político de la transición marcó una nueva situación. Al configurarse como posible un plazo fijo del fin de las dictaduras, en este caso por un acuerdo, el tiempo disponible para concretar el objetivo condicionó a la política e hizo indispensable una dirección clara para aprovechar el tiempo político en la concreción de ciertas metas democratizadoras. Tal es así que la prolongación de las transiciones, su casi eternización, transformó nuevamente el tiempo político en un tiempo de la administración de los calendarios electorales y trámites parlamentarios, dejando fuera de la consideración los tiempos subjetivos de los actores sociales que tenían otros ritmos y también otras metas que no eran sólo democratizadoras.

¹³ Un caso ilustrativo de esto se refleja en la entrevista de R. Debray con el Presidente S. Allende Debray, R. (1971). "Allende habla con Regis Debray." Punto Final V N° 128.: a los pocos meses de su gobierno, está nacionalizado el Cobre, varios bancos han pasado a propiedad del Estado así como muchas empresas conforman la incipiente área social. Es la compresión del tiempo político.

Lo planteado respecto del tiempo es importante toda vez que, como dijimos, configura los “mapas mentales” de cómo leer los distintos períodos políticos transcurridos desde los años sesenta. En este sentido la discusión en el campo de la historia es pertinente, pues se trata de reconstruir determinadas etapas con características del tiempo distintas, que si no se consideran -sobre todo en períodos de cambios profundos-, los acontecimientos sociales y políticos aparecen como sin sentido, como un desvarío de los sujetos colectivos, una distorsión histórica que marca una excepcionalidad, un paréntesis en un transcurso de normalidad de la sociedad. Como lo señala Ricoeur: “Tratándose de los contenidos de la historia, basta un sistema fiable de datación; en cuanto a los ritmos temporales de los conjuntos delimitados por el discurso histórico, se desatacan sobre el fondo de un ‘tiempo de la historia’ que marca y señala la historia pura y simple, la historia a secas” (Ricoeur, 2003:395). O como lo afirmaría Koselleck (Koselleck 1993: 127-128) hay que leer la historia como materia concreta de la experiencia habida en el tiempo.

Si a la reflexión del tiempo se le incorpora la de la utopía, del lugar al cual hay que llegar a pesar que sólo existe como promesa, la política adquiere una dimensión de alta potencia cultural, pues es la oferta de un “mundo nuevo”, de una promesa a la que se arriba luego de un camino sacrificado pero fructífero (opera la idea de expectativa). La noción de tiempo permite calibrar el esfuerzo y la rapidez del movimiento, pues si la meta está “a la vuelta de la esquina” culturalmente implica que se puede invocar a los máximos esfuerzos. De esto que la política como acción colectiva, donde se unen voluntades de distinto signo, puede agrupar identidades fuertes y dispuestas a alcanzar la utopía si los plazos (tiempos) se creen breves; a su vez, si la utopía se diluye, la meta que se postula es irrelevante para cambiar “el mundo”, la voluntad disminuye y la política no demanda de esfuerzos colectivos, sino de técnicos que la administren. En esta combinación de las nociones del tiempo y el espacio que se han tenido en la política, está parte también de las definiciones que se hicieron de las políticas de las organizaciones revolucionarias, como de la necesidad de considerarlas al momento de su reconstrucción histórica. Pues, siguiendo a Koselleck (Koselleck, 1993:150-151), *“no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante la experiencia y esperanzas de personas que actúan o sufren”*, es decir en una relación entre experiencia y expectativas que incide en la definición del tiempo y su relación con la historia pues

“el tiempo histórico no sólo es una determinación vacía de contenido, sino también una magnitud que va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencias y expectativas”, que van acumulando políticamente los actores, agregaríamos.

Los conceptos que se usan también se verán arrastrados por el “desgaste” que produce el tiempo. Koselleck trabaja este tema del vínculo entre concepto y tiempo lo que permite comprender que *“hay que investigar los conflictos políticos y sociales del pasado en medio de la limitación conceptual de su época y en la auto comprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado”*(Koselleck 1993 :67-69). Las palabras conectadas conforman universos simbólicos que dan cuenta de la vida social y en política ésta ha cambiado bastante en 50 años, por lo que las palabras de ayer leídas hoy se aparecen como mundos idos, que no conectan con lo actual.

Otro aspecto que se debe considerar en cuanto a la Historia, es la noción que los actores políticos de las organizaciones revolucionarias tenían respecto de ésta, en términos generales. Al momento de sus nacimientos y desarrollos y hasta la derrota del socialismo realmente existente, la noción predominante era el que la Historia tenía un motor –la lucha de clases, o de los explotados contra los explotadores o de el imperialismo contra los pueblos dominados-, una dirección –el socialismo- y una meta – la sociedad sin clases y sin Estado, el comunismo-. Este meta contexto en que se desenvolvían las organizaciones revolucionarias proveía de ciertas certezas a sus dirigentes y militantes y que incidieron fuertemente en la definición de sus programas y estrategias. En cierta medida lo anterior entregaba la “razón histórica” de la justeza de lo propuesto pero también de la “inevitabilidad” de lo que ocurriría si se incorporaba la voluntad colectiva. Esto dotaba de fuerza política a las organizaciones, la que fue puesta a prueba con la disolución de esta teleología histórica a la caída del Muro de Berlín, pues las obligó a repensar las formas de explicarse el mundo, el sentido de la historia y el rol que debían jugar en ésta. Unos se adaptaron, otros naufragaron en el intento.

3. Estrategia metodológica.

Esta investigación se desarrolló entre los años 2009 y 2010, con el apoyo de la Beca MECESUP de término de Tesis doctoral, otorgada por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. El trabajo de campo se realizó en los meses de Septiembre 2009, Abril del 2010 en Montevideo (gracias a una Beca de Estadía corta del Departamento de Postgrado y Postítulo de la Vicerrectoría de Asuntos Académicos) y entre los meses de Julio y Octubre del 2010 en Chile.

Es un tipo de estudio cualitativo, descriptivo y comprensivo. Busca analizar, de forma integrativa las miradas sobre momentos históricos del mismo tipo, en dos países distintos de América Latina, las experiencias políticas vividas por el MLN-T y el MIR en contextos diferenciados; por ello no tiene pretensión de formular hipótesis de tipo causa-efecto. En este sentido las comparaciones no se hacen considerando un país como “grupo experimental” y el otro “de control”, sino más bien se construye un tipo de experiencia que se puede homologar en tanto lo formal (fundación partidaria, derrota profunda y transición democrática) y luego se analiza e interpretan las formas de enfrentar esos momentos históricos que tuvieron las dos organizaciones.

Las fuentes fundamentales del estudio fueron: a) la bibliografía que de distintas disciplinas (historia, sociología, ciencia política) trata los temas de interés para ambas experiencias; b) los libros autobiográficos y entrevistas publicadas a dirigentes relevantes de ambas organizaciones, y c) la fuente principal del estudio está en las entrevistas directas realizadas para este estudio a los dirigentes relevantes de las organizaciones.

Se consideraron relevantes aquellos dirigentes que fueron fundadores de estas organizaciones y tuvieron incidencia directa en los rumbos que adoptó la organización. También se integraron aquellos militantes que tuvieron responsabilidades dirigentes en las coyunturas históricas seleccionadas para el estudio, pues se trata de establecer las posiciones en disputa para esos períodos. El déficit de entrevistas a mujeres dirigentes, se produce porque en ambas organizaciones ellas no ocuparon roles decisivos en los

hitos analizados, aunque pudieran hacerlo en otras áreas específicas que no incidieron de manera fundamental en los debates. Sin embargo, en aquellas coyunturas donde sí tuvieron una posición dirigente se realizó al menos una entrevista.

Los ex o actuales Tupamaros entrevistados fueron: 1) Eleuterio Fernández Huidobro, fundador, rehén de la dictadura y actual senador de CAP-L¹⁴; 2) Julio Marenales, fundador, también rehén, actual coordinador del MPP¹⁵, 3) Luis Rosadilla, ex preso político, actual Ministro de Defensa y dirigente CAP-L; 4) Efraín Martínez Platero, ex dirigente y encargado de relaciones de la JCR; 5) Alva Antúnez, ex dirigente del C.C.; 5) Edmundo Canalda, ex dirigente del C.C. y ex director Mate Amargo y Radio CX Panamericana¹⁶, 6) Miguel Ángel Olivera, fundador, ex dirigente, 7) Mirtha Fernández, fundadora, 7) Gustavo Leal, dirigente del ex Frente Juvenil del MLN-T.

Dirigentes y especialistas uruguayos entrevistados: 1) Alberto Curiel, senador y dirigente del F.A.; 2) Adolfo Garcé, Magíster Ciencia Política, Universidad de la República; 3) Francisco López, historiador, PS Uruguay.

Los ex dirigentes del MIR entrevistados: 1) Andrés Pascal A, fundador, ex Secretario General, Vicerrector Universidad Arcis; 2) Hernán Aguiló, ex jefe Secretariado Interior, ingeniero Mg. Medio ambiente; 3) Roberto Moreno, ex Comisión Política, economista; 4) René Valenzuela, ex encargado Logística e Informaciones; 5) Manuel Cabieses, ex miembro Secretariado Interior, periodista y director Revista Punto Final; 6) Patricio Rivas, ex Comité Central y ex CP, 7) Marco Aurelio García, ex Jefe Francia, Comité Exterior Europa, actual Asesor Presidencial en política internacional del gobierno de Dilma Rouseff; 8) Marisa Matamala, ex Comité Central, médico; 9) Alejandro Romero, ex C.C., médico; 10) Carlos Ominami, ex: dirigente, ministro y senador; 10) Fernando

¹⁴ CAP-L, grupo político escindido del Movimiento de Participación Popular, MPP, en el año 2008. Liderado por E. Fernández H y Luis Rosadilla, buscó radicalizar el debate sobre la libertad de disentir al interior del MPP y la necesidad de reformular los propósitos en la lucha por el socialismo.

¹⁵ Movimiento de Participación Popular, MPP, fue fundado a iniciativa del MLN-T en 1989, para ampliar las relaciones con la izquierda radical y recomponer un movimiento más amplio de participación política del mundo popular. Está incorporado al Frente Amplio y su bancada parlamentaria es la más numerosa, en la actualidad.

¹⁶ Mate Amargo, periódico del MLN-T, tuvo un alto tiraje y la Radio tenía una audiencia masiva en los '80 y mitad de los '90. Ambos medios, dirigidos por Canalda tuvieron una fuerte influencia en la reorganización y popularidad alcanzada por los Tupamaros.

Mires, ex Dirección Regional Concepción, Doctor en ciencias económicas y sociales;
11) Alvaro Riffo, ex dirigente Juventud Rebelde Miguel Enríquez..

Las entrevistas se realizaron de manera semi-estructurada, lo que permitió al entrevistado extenderse con mayor profundidad en los temas planteados. Pero, esto obligaba a tener una gran cantidad de antecedentes previos del entrevistado y sobre los sucesos a dialogar, para evitar tanto preguntas ya respondidas a otros como las respuestas obvias que evitaran los cuestionamientos a sus historias políticas.

4. La situación actual de ambas organizaciones políticas.

Como es sabido, en la actualidad el MLN-T es una organización política que abandonó completamente tanto la idea de la lucha armada como camino para la conquista del poder y la de tener un aparato armado de manera preventiva a una regresión autoritaria. Esto es significativo de los cambios producidos, pues si bien en la década del '90 se generó una polémica entre los dirigentes Tupamaros en relación a que se habían organizado para resistir militarmente el peligro de un golpe de Estado (según afirmó José Mujica y otros) o para tomar el poder y construir el socialismo (J. Zabalza, J. Marenales, y otros), en ningún caso estuvo en el debate el implementar políticas armadas en la nueva etapa.

Así mismo, las adecuaciones políticas del MLN-T luego de su regreso a la legalidad en 1985, los llevaron primero a apoyar a sus aliados en las parlamentarias del '90, luego representarse directamente en los municipios y el parlamento el '94, para posteriormente participar del primer gobierno del Frente Amplio -la alianza de toda la izquierda- en la historia de Uruguay, con Tabaré Vázquez (2006-2010); actualmente gobierna la misma coalición, pero con un presidente militante de sus filas J. Mujica. La fuerza política de los Tupamaros, expresada a través del Movimiento de Participación Popular, MPP, creado por éstos en 1989, contaba en el 2005 con una representación electoral mayoritaria respecto de los otros partidos del Frente Amplio y también en el Congreso; "con 6 senadores, 19 diputados, 52 ediles, dos ministros, y el intendente de Montevideo."(Mazzeo 2005 :86,87).

Es decir, el Frente Amplio, en este caso liderado por el MLN-T (o MPP) ha conquistado el gobierno, en alianza con otras fuerzas de izquierda y progresistas, sin disparar un tiro y promete un programa de reformas bastante distante a su programa revolucionario fundacional, sin que ello esté implicando una discontinuidad orgánica de esta evolución política, a pesar de las escisiones o abandonos individuales. Hoy el MLN-T ha dejado de ser una organización política que reclute y se proyecte en el escenario nacional, pues paulatinamente se fue desactivando su presencia, hasta quedar reducido hoy, a una dirección nacional que se reúne con escasa frecuencia y siendo el MPP el espacio para el debate. Como lo propuso Raúl Sendic, en 1985, finalmente el MLN-T parece ir quedando en la historia política.

El MIR chileno, orgánicamente y como continuidad de sus fundadores no existe hoy. Por una parte, en el año 1991, dejó de actuar la “fracción política” que apoyó el voto No del plebiscito de 1988 y luego llevó, sin éxito, candidatos parlamentarios en 1989 apoyando a Patricio Aylwin a la presidencia. Las otras dos fracciones significativas y que postulaban políticas de ruptura con la transición, la liderada por H. Aguiló y A. Pascal, se fueron disolviendo hasta quedar inactivas y sus dirigentes más importantes volvieron a la legalidad, sin el propósito de refundar la organización. Un pequeño grupo ha mantenido una orgánica, que actualmente dirige Mónica Quilodrán (MIR-Chile.cl).

Es por esto que para el caso del MIR estudiaremos los debates centrales que lo llevaron a esta situación pero también consideraremos que muchos militantes históricos del MIR han tenido responsabilidades importantes en los gobiernos de la Concertación como militantes de los partidos socialista (PS) y por la democracia (PPD), pues éstos entienden que hay una línea de continuidad entre el proceso de transformación política del país con la de sus vidas como militantes revolucionarios. Entre ellos ha habido en el último gobierno, de Michelle Bachelet, tres ministros (desde el PS los de Salud y de Mideplan y desde el PPD el de Defensa), dos Embajadores (Brasil y España) un senador (PS), y han sido electos diputados el 2009, 3 del PS.

III. Algunas similitudes y diferencias sociopolíticas entre ambos países.

Haremos una breve presentación de algunos elementos históricos que serán útiles para comprender el marco en el que se mueven las dos organizaciones, dibujando esquemáticamente los tipos de Estado, los movimientos populares, las izquierdas y sus coaliciones, pues nos parecen las cuestiones más gravitantes en sus respectivos diseños políticos.

1. Relatos sobre la estabilidad democrática e institucional.

Uruguay y Chile comparten en su historia política un relato sobre la estabilidad institucional de la democracia durante la primera mitad del siglo XX, que permeó la cultura nacional e incluso esa representación obró como si fuese real para la toma de decisiones que llevaron final y paradójicamente a los respectivos golpes de Estado. Este relato histórico oficial, planteaba que ambos países tenían una larga trayectoria de funcionamiento de sus instituciones democráticas que no habían sido interrumpidas durante décadas, lo que en comparación con los países de la región era una excepcionalidad. Esto se explicaba por la fortaleza de las instituciones como las Fuerzas Armadas, que poseían un sustrato democrático incuestionable; por la Iglesia – particularmente en Chile-, que actuaba como un referente valórico importante para la conducta ciudadana y de las instituciones; por sus políticos, que eran probos y de convicciones democráticas, así como se contaba con una ciudadanía ilustrada y responsable. La idea fuerza que se imponía como realidad era que en Uruguay o Chile no ocurrían los quiebres institucionales como los de Argentina, Brasil y “por supuesto”, Ecuador, Perú, Venezuela o Centroamérica. Un golpe de Estado en ambos países era imposible.

Sin embargo, esta interpretación histórica que ciertamente se apoya en hechos concretos, en su proceso de selección de las piezas para el relato, no analiza adecuadamente los quiebres producidos tanto en Chile como Uruguay en la década del treinta y posteriormente las “pequeñas” crisis con las FFAA en la década del sesenta.

En el caso Uruguayo en la década del treinta está la experiencia del golpe de Gabriel Terra, en marzo del '33. El golpe es una expresión particular de la convulsión social y económica que produjo la crisis mundial del capitalismo en 1929. El gobierno de Terra, del partido Colorado, pero anti Batllista, asumió en marzo del '31 en un cuadro de gran descontento social, una economía fatigada y endeudada, con un aparato estatal voluminoso. Pero, también con un sistema político de equilibrios frágiles: el Consejo de Administración¹⁷ tenía una mayoría Batllista¹⁸, es decir proteccionista; el Senado tenía mayoría Blanca que a su vez estaba dividida luego de la derrota y, finalmente, el presidente Terra que poseía una “poderosa personalidad y arrestos autoritarios” (Maiztegui, 2004:297). Así, la situación se fue tensando, mientras el Consejo de Administración imponía una política económica proteccionista (creación del monopolio estatal de las comunicaciones, la empresa estatal de combustibles, ANCAP, el control de cambios y la suspensión del pago de la deuda externa), Terra y el empresariado lidiaban por medidas liberalizadoras y de control sobre el movimiento obrero. Una forma de salida para esta situación de tensión política fue la propuesta por Terra, de modificar la Constitución presidencializándola, para centralizar todo el poder del ejecutivo bajo el argumento de la crisis social y política. La oposición y un sector de los Colorados rechazaron la reforma. Fue con las elecciones de renovación del tercio del Consejo de Administración que la crisis se agudizó, pues el Presidente llamó a la abstención para deslegitimar al organismo, obteniendo un respaldo del 48%, con lo que lanzó su ofensiva para lograr la reforma ‘por las buenas o por las malas’, llegando a 1933 con un país dividido políticamente y con el gobierno dictando decretos represivos y oponiéndose al Congreso. Finalmente, realiza el golpe creando una Junta de Gobierno y disolviendo el Parlamento, para prometer la convocatoria a una Asamblea Constituyente que elaborara una nueva Constitución. Junto a ello decretó el Estado de Sitio, suspendió las garantías individuales, disolvió el Consejo de Administración, prohibió la actividad política e impuso la censura de prensa. Si bien no fue un golpe sangriento, hubo una ruptura de la legalidad, represión a los partidos y sindicatos, y detenciones y destierros arbitrarios. Quien se negó a ser detenido fue el ex presidente B.

¹⁷ Un gobierno colegiado, de décadas de tradición- que se formaba por elección directa y por tanto no tenía sujeción al presidente de la República. Sus facultades fundamentales estaban en la política económica.

¹⁸ Aquella tendencia Colorada, que se identificaba con el legado del ex presidente Batlle y Ordóñez, que veremos más adelante.

Brum el que días después se suicidaría en plena calle gritando “Viva la democracia”. (Maiztegui, 2004:330)

El golpe de Estado tuvo la total indiferencia de la población, expresando el divorcio ciudadano con el sistema democrático y la distancia existente entre quienes desarrollaban la función política y la vida del pueblo.

En este clima, Terra convocó a elecciones para elegir a los constituyentes el mismo '33 y luego en marzo del '34 llamó a votar según la nueva Constitución, que permitía su reelección, el control del Senado y significaba una pérdida de autonomía para los municipios; pero, a la vez permitía la actividad política y el ejercicio de algunos derechos ciudadanos. En estas condiciones Terra se sucedió a sí mismo sin adquirir legitimidad democrática ni él ni la Constitución, puesto que las detenciones, destierros y la limitación a la prensa continuaron. Se iniciaron las conspiraciones de rigor, las que aunaron a Blancos y Batllistas de los Colorados, que iniciaron la búsqueda de apoyo entre las Fuerzas Armadas. Entre sublevaciones civiles armadas, y cabildeos con los militares, se produce un atentado a Terra. El resto del período presidencial implicó, políticamente, la consolidación de leyes que permitían perpetuar la mayoría gobernante en el parlamento y consolidar una serie de instituciones públicas. El '38 se realizan las elecciones presidenciales previstas en la Constitución, pero en marzo estalla un motín militar arguyendo fraude y mostrando la debilidad institucional del país (Maiztegui, 2004:295-375).

Por su parte, en Chile la crisis del '29 también traería sus consecuencias, que podrían relacionarse con las réplicas al quiebre institucional del '24. Este año, el Presidente Arturo Alessandri tomó la iniciativa de proponer una reforma constitucional que le otorgara más poderes ante el Congreso debido a la crisis social producida por la caída de los precios del salitre. En el Congreso hubo rechazo, incluso de sus aliados a la iniciativa, en tanto los militares protestaban por la falta de pagos y reajustes a sus salarios, siendo el mayor C. Ibáñez del Campo quien redactaría el petitorio al presidente, que incluía demandas como la promulgación del Código del Trabajo, el establecimiento del impuesto a la renta, un veto a la dieta parlamentaria, entre otras reivindicaciones no relacionadas con el cuerpo militar. El Presidente y el Congreso tramitaron con rapidez las exigencias, pero los militares pidieron la renuncia del Jefe de Estado. El 11 de septiembre de 1924, se constituye una Junta Militar, el presidente

abandona Chile y se clausura el Congreso. Sin embargo, las divisiones entre los militares permitieron reponer a Alessandri en el gobierno meses después e impulsar una nueva Constitución, a través de una comisión designada por éste y con miembros de todos los sectores políticos, incluidos los comunistas. Esta es plebiscitada el '25, pero con el llamado a la abstención realizado por conservadores, comunistas y radicales que se oponían al presidencialismo de la carta constitucional. Votó el 44% de los inscritos y aprobaron la Constitución el 95% de los sufragantes, lo que implicó que su aprobación contó sólo con el 42% del electorado, generando también una Carta con baja legitimidad ciudadana.

En este contexto la situación se tensionó más, culminando en la renuncia de Alessandri y la concentración del poder en su Ministro de Guerra, C. Ibáñez, el mismo año '25. Desde ese momento Ibáñez se establece como el líder autoritario que manipulará la ley para concentrar el poder. Impuso como candidato a presidente a Emiliano Figueroa y luego lo hizo renunciar, para posteriormente auto designarse Presidente. Incrementó la represión, la censura y el control sobre el Estado con un discurso antipolítico; en el desarrollo de su gobierno dictatorial implementó diversas instituciones modernizadoras del sector público y en el plano político, antes de la elección parlamentaria prevista legalmente, decidió designar a los representantes al Congreso entre ternas que le presentaban los partidos. Al año estalló la crisis mundial con severas consecuencias sociales y económicas para el país, lo que lo llevó a una apertura restringida que luego se tradujo en una polarización social que le obligó a dejar el gobierno a pesar de tener la lealtad del Ejército.

Se pensó que sería el retorno de A. Alessandri, apoyado por un frente de izquierda, pero los partidos tradicionales triunfarían con Montero, al que la crisis económica literalmente lo aplastó con un clima de agitación revolucionaria que comenzó con la sublevación de la marinería y suboficiales en septiembre del '31. Luego estallaba el complot de oficiales militares liderados por Marmaduke Grove con apoyo del jefe de la masonería E. Matte y C. Dávila quienes derrocarían a Montero al no contar con el apoyo de las FFAA e instaurarían una Junta de Gobierno para implantar la República Socialista por 12 días, la que fue truncada por otros oficiales con el apoyo de C. Dávila. Se abrió un período represivo y de concentración del poder que culminó a los cien días con el exilio de Dávila y la asunción del general B. Blanche como Presidente

provisional, que a su vez enfrentó la sublevación militar de la Primera División del Ejército. El cierre de este ciclo culmina con la renuncia de Blanche y la convocatoria a elecciones presidencial y parlamentaria que permitirán, ahora sí, el regreso de A. Alessandri a la presidencia, en medio de un Chile fatigado por la crisis social y la inestabilidad política.(Sofía Correa, 2001:89-122).

Como se aprecia, en ambos casos las crisis institucionales están asociadas a la intención de los gobernantes de reformar la Constitución Política para concentrar más poderes y así enfrentar los contextos de crisis económica y social. Se provoca un choque de poderes y una crisis tanto en los partidos como en la representación de éstos respecto de la ciudadanía, situación que implica la convocatoria, por los actores políticos, a que las FFAA entren en escena para intervenir. Es evidente que no son “golpes militares” puros, puesto que lo hacen con el apoyo civil de sectores de las elites, e irrumpen con mayor o menor violencia física, para intentar imponer un orden político que en ambos casos no llega a obtener un amplio respaldo ciudadano. Las FFAA no tienen una doctrina totalitaria única como lo llegaría a ser más tarde la de “Seguridad Nacional”. Tampoco estos golpes a la legalidad están acompañados de proyectos de sociedad del tipo “nacional-populista” o refundacionales, por lo que la disputa entre las partes no era clásicamente ideológica, como fueron entre otros en Argentina, Perú y Brasil; esto puede explicar que la sutura del quiebre institucional se haya producido sin grandes traumas ni lecciones.

El resultado de estas rupturas institucionales no son –en el plano político- el ingreso a un período de estabilidad y de “purificación” de la política que es la promesa clásica, sino de un incremento del conflicto social y la confrontación política producto de la represión y, también, por la incapacidad para resolver las consecuencias de las sendas crisis económicas gatilladas por la crisis económica mundial del ‘29. El final, es el regreso de los partidos, las elecciones democráticas y una cierta institucionalidad consensuada –aunque no elaborada participativamente- la que restaura el ciclo de la competencia política bajo ciertas normas democráticas comunes, que no serían ni tan tradicionales ni con un arraigo ciudadano tan denso.

Obviamente que estas rupturas al orden constitucional, que cuestionan el relato de lo intachable del funcionamiento de la democracia anterior a la crisis de los ’70, no tienen ni la profundidad, violencia represiva e intento re-fundacional que les imprimieron los

golpes cívico-militares de la época de la guerra fría y de la doctrina de la Seguridad Nacional.

2. El Estado Protector.

Otro aspecto relevante, que asemeja a los dos países, fueron los tempranos proyectos de fortalecimiento del Estado para el desarrollo de políticas de protección social, particularmente para los trabajadores manuales, en comparación con otros países latinoamericanos.

En Uruguay, Jorge Batlle y Ordóñez, sería el promotor de una iniciativa que marcaría durante el siglo XX la historia de ese país. A fines del siglo XIX se habían configurado claramente dos fuerzas políticas, Blancos y Colorados, que representaban esquemáticamente, al mundo rural los primeros y al urbano los segundos, pero por sobre todo agrupaban en sí mismos la diversidad del país por lo que eran partidos que expresaban bloques sociales nacionales (hoy se diría partidos “agárralo todo” o “catch all”).

Batlle y Ordóñez, Colorado, fue electo en 1899 presidente del Senado, desde donde se enfrentó a los Blancos por los acuerdos de paz “de la Cruz” que pusieron fin a la guerra civil de 1897. Estos acuerdos repartieron entre los dos partidos la influencia en el Estado, la economía, las prebendas y también el sistema electoral, sellando un bipartidismo no antagónico que fatalmente trababa cualquier proceso de transformación modernizadora. Ante esta situación Batlle y Ordóñez, desde la presidencia del Senado primero y luego como Presidente de la República, entre 1903 y 1907 se dedicó con ahínco a imponer nuevas reglas, más modernas, para dirimir los actos electorales y tener políticas sociales. Esto implicó la sublevación del partido Blanco que fue capaz de reunir sobre 15.000 hombres en armas con un ejército paralelo compuesto básicamente de masas pobres campesinas. En la práctica el país seguía profundamente dividido, por lo que Batlle y Ordóñez decidió reunificarlo sobre la base de enfrentar y derrotar al bando contrario que, según él, representaba la barbarie que se oponía a la tarea civilizadora. Tarea que tiene una orientación claramente distinta a la de Sarmiento o Herrera Obes, que se sitúan en una posición elitista, autoritaria y arrolladora de los grupos sociales más desposeídos (Maiztegui, 2004:92-150) (Panizza, 1990:37-53)

La encarnizada guerra civil de 1904, con tintes de revolución social, fue ganada por Batlle y Ordóñez, que aumentó su prestigio e impuso nuevas condiciones políticas que marcaron la instauración de un sistema democrático más institucionalizado. Se estableció el fin del cohecho y un sistema electoral más transparente que incluyó el voto secreto; se fortalecieron la autonomía local ante el centralismo de la capital y la intervención del Estado en la economía; emergió la clase media urbana en predominio sobre el mundo rural; se difundió la enseñanza pública y la protección social. Surgen nuevas fuerzas políticas como el partido Socialista, PS y el partido Comunista, PCU; se organiza y comienza a consolidar el movimiento obrero. Junto a estas profundas reformas se mantuvo intacta la propiedad de la tierra latifundista y la ganadería extensiva. Se forjó un consenso sobre el rol del Estado como regulador e interventor ante las situaciones sociales de abuso e injusticia (Maiztegui, 2004:118-164).

La “era Batllista”, que incluye a su sucesor (C. Williman, 1907-1911) y el último gobierno de Batlle y Ordóñez entre 1911 y 1915, configuró el Uruguay moderno con un modelo al estilo socialdemócrata, que buscó la protección al desarrollo de la industria, sentar jurisprudencia sobre los derechos de los trabajadores regulando el mercado del trabajo e impulsando la redistribución del ingreso, sin abandonar el desarrollo capitalista y tomando distancia del marxismo. Entre las medidas sociales se estableció la ley de 8 horas de trabajo, licencia pagada por embarazo, prohibición del trabajo a menores de 13 años; ley de prevención de accidentes del trabajo; pensión de invalidez y vejez con cotización de los trabajadores y creación de la Caja de Jubilaciones Civiles para los empleados públicos; indemnización por despido de un mes cada dos años trabajados; ley de gratuidad de enseñanza secundaria y universitaria, de carácter laico y plan de inversión en construcción de éstas.

El impulso de estas medidas fue acompañada de otras en el plano económico como la creación de un Banco estatal de seguros y otro hipotecario; creación de las empresas de Ferrocarriles del Estado y de las Usinas Eléctricas del Estado. Se impuso el impuesto a la tierra. En el plano valórico este período implicó la Ley de Divorcio por voluntad unilateral de la mujer; la igualdad de derechos entre los hijos legítimos e ilegítimos; eliminación de la pena de muerte; retiro de crucifijos de hospitales públicos, lo que

implicó una clara disminución del peso ideológico e influencia política de la iglesia católica (Maiztegui, 2004:168-174).

Batlle y Ordóñez, expresará un tardío proceso institucionalizador del Estado, pero un proyecto modernizador temprano muy particular, pues lo separa del pensamiento de la oligarquía que se veía a sí misma como elite poseedora de la verdad y el conocimiento científico que harían de Uruguay un país moderno, alejando a las masas de toda participación democrática. Batlle implementará un proyecto integrador de las masas, planteando el poder de la razón al servicio de la justicia y la igualdad, de una democracia con contenido social, donde el Estado juega el rol de articulador de los diversos intereses, otorgando legitimidad a las conquistas sociales y al discurso liberal. Este proyecto se implementará en tensión con su propio partido, menos reformista que él, pero obteniendo apoyos de sectores Blancos también, en tanto en Uruguay los dos partidos tradiciones logran, desde el siglo XIX, articular en su seno todas las contradicciones de su representación. En definitiva, la amplia protección social gestada en el período Batllista, se hace posible por la demanda popular y por la estrategia transformista de los sectores dominantes que flexibilizan sus posiciones para retener su influencia en el Estado, constituyéndose una identidad ciudadana por sobre las identidades de clase (Panizza, 1990:52,53). Esta particularidad hará también que el Batllismo siendo Colorado se diferencie de éste en el plano político.

Si consideramos la experiencia chilena, una política similar en el plano de la protección social, recién se impulsaría en la década del '20, cuando ya habían culminado los gobiernos de Batlle y Ordóñez. La experiencia Alessandrista no arranca de la guerra civil, pero sí del uso represivo del Estado y particularmente del Ejército contra las demandas obreras que implicaron numerosas matanzas en las primeras dos décadas del siglo XX, y casi ningún avance en la legislación social con las consiguientes altas cifras de mortalidad infantil, analfabetismo y cesantía, entre otros problemas, que configuraban la llamada "cuestión social". Arturo Alessandri fue el primer político que encauza el descontento obrero y popular tras un proyecto contra la oligarquía, desde fuera de las corrientes marxistas del alineamiento de clase. Siendo diputado, se lanza en 1915 como candidato a Senador en Tarapacá por el Partido Radical y luchando contra el caciquismo parlamentarista y las máquinas electorales, con un discurso encendido sobre

las desigualdades, logró el apoyo de los sectores populares y medios así como de las Provincias que se sentían postergadas.

Luego de su triunfo parlamentario postuló al cargo de Presidente sabiendo politizar los conflictos sociales, por la vía de otorgarle a las disputas políticas el carácter de conflictos sociales (Sofía Correa, 2001:90,91). Triunfó estrechamente en las elecciones de 1920. La crisis del salitre estaba produciendo graves efectos y el sistema parlamentarista impedía que Alessandri pudiera aprobar el proyecto de Código del Trabajo y otras reformas sociales, ante lo cual movilizó a los trabajadores - a “suschusma”- y entró en conversaciones con oficiales del Ejército. El clímax de su intervención electoral llegaría con las elecciones parlamentarias del '24, donde obtuvo la mayoría, pero fue entorpecido por sus propios parlamentarios en la aprobación de la legislación. Será con la presión de los militares –Carlos Ibáñez y otros- que obtendrá la aprobación por el Congreso de la legislación social que marcará un hito en la protección social en el país, entre las que estuvieron: la ley de accidentes del trabajo; un seguro obrero obligatorio de salud y jubilación por enfermedad y vejez; tribunales de arbitraje de conflictos laborales, normas para la formación de sindicatos y garantías para su funcionamiento; normas sobre contrato de trabajo y derecho a huelga.

El carácter reformista de su gobierno, con el apoyo activo de las masas populares, vino a consolidar la presencia de las clases medias y obreras en el sistema político. Este proyecto, que estaba en conflicto con la oligarquía que resistía la modernización del Estado, produjo un período de inestabilidad al combinarse con la crisis del '29.

Como se aprecia, los esfuerzos de las primeras décadas, tanto en Uruguay como Chile, por fortalecer el Estado como actor relevante en el funcionamiento económico, pero también como regulador de las condiciones de la fuerza de trabajo y la distribución de la riqueza fueron importantes, toda vez que marcaron un antes y un después respecto de las condiciones de los obreros y las clases medias. En los dos casos, el sector despreciado en los acuerdos fue el campesinado, actor que quedó relegado a una condición de miseria, mientras las urbes expandían su crecimiento y bienestar. Esto se transformará en las décadas siguientes en un freno al desarrollo económico, en la migración urbana y en un conflicto que cobró importantes ribetes políticos.

Es importante señalar que, para ambos países, la creación y el fortalecimiento de la legislación social se produjo como un proceso de convergencia entre sectores sociales medios y obreros, la flexibilización de la elite oligárquica que buscó adaptarse a las nuevas condiciones y la participación todos los partidos del sistema, lo que hizo que los quiebres democráticos no alcanzaran la profundidad ni duración de otros países. En las otras experiencias de América Latina, donde la oligarquía resistió y enfrentó las demandas sociales con represión y sin proyecto modernizador del Estado, las confrontaciones alcanzaron niveles mayores y significaron la irrupción de nuevas agrupaciones políticas, tales como el APRA, el Justicialismo y el MNR boliviano.

Un elemento fundamental del proceso de construcción del Estado protector en los dos países, fue que se construyó como “Estado de compromiso”, es decir en torno a un acuerdo de hecho sobre el modelo de desarrollo “hacia adentro” que requería de ampliar el mercado interno, generar nuevas industria y educar a la fuerza de trabajo. Esto se hizo sin superar el carácter monoprodutor de ambas economías y dependiendo en gran medida de la inversión extranjera, el precio internacional de las exportaciones y con un Estado con costos crecientes. Este “Estado de compromiso”, que permitió una importante protección social, en el intento industrializador, entrará en crisis hacia mediados de los años cincuenta en ambos países, estremeciendo sus sistemas políticos en la década siguiente y culminando con la destrucción de la democracia en 1973.

Una diferencia sustancial que se sostiene hasta hoy es el de la distribución del ingreso, pues a pesar de que tienen similares políticas sociales hasta inicios de los '70, la brecha estructural de los ingresos entre los grupos sociales es notable. Se puede señalar que esto puede estar en relación con el importante poderío que construyó la clase dominante chilena no sólo en la concentración del ingreso, sino también en su temprana influencia en las FFAA, los medios de comunicación, las universidades que le ayudó a cohesionarse tras un proyecto político y económico hacia fines de los años '50 (Torres 2008).

3. La izquierda tradicional.

Doctrinariamente, hasta fines de los '50, los partidos comunistas eran muy similares en ambos países. Tenían una clara subordinación a la política de la URSS, primero en los años '20 y '30 contra la socialdemocracia, luego en la promoción de los proyectos de “colaboración de clases” contra el fascismo, para impulsar posteriormente con la guerra fría, políticas de unión popular, que implicaba trabajar por la unidad de los sindicatos y de la izquierda más la suma a ésta de sectores políticos progresistas que estuvieran de acuerdo en impulsar medidas nacionalizadoras de la economía, estatizadoras de la banca y el comercio exterior. Su anclaje social estaba básicamente en el movimiento obrero, desde el cual promovían la sindicalización y sus reivindicaciones. Postulaban la “revolución democrático burguesa”, entendida como la implementación de medidas que concitarían el apoyo de amplias capas de la población, incluidos sectores empresariales nacionales (burguesía nacional), con el objetivo de cortar los lazos de dependencia económica con el imperialismo, emprender tareas “antioligárquicas” e incluso “antifeudales”, como la lucha contra el latifundio y por la reforma agraria; también se planteaba el incremento del rol del Estado en la economía, no sólo como regulador sino también como productor. En ambos países los partidos tenían una reconocida disciplina interna, con grados importantes de centralismo en sus decisiones y una alta identidad de sus militantes con sus dirigentes y con los objetivos partidarios.

Un tema que los caracterizó, tanto a los comunistas chilenos como uruguayos, fue su distancia y recelo sobre la revolución cubana, pues venía a incorporar una estrategia política exitosa en América Latina para realizar muchas de las tareas planteadas por los partidos comunistas de la región, pero que en cuya concreción el PC cubano había jugado un rol subsidiario. Esta posición tuvo costos políticos importantes sobre todo a nivel de las juventudes y luego en el debate ideológico que confrontó, en ocasión de la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, OLAS, en La Habana 1967, a los representantes comunistas del Uruguay (su secretario general Rodney Arismendi) y Chile (el miembro de la Comisión Política, Orlando Millas) con la dirigencia cubana y la mayoría de los delegados a la reunión, en torno a las resoluciones

que expresan un abierto apoyo a las estrategias de lucha armada revolucionaria que se desarrollaban en el continente.

El diseño de los PC, de impulsar frentes electorales de tipo popular, tuvo en Chile el más disciplinado ejecutor, en tanto debió superar su propio hegemonismo otorgado por su peso electoral¹⁹ y ceder el liderazgo de la coalición al partido Socialista, encarnado en Salvador Allende. En cambio el PC uruguayo siempre estuvo por sobre los socialistas en los resultados electorales de los años '50 y '60 y buscó permanentemente una alianza con otros sectores políticos, incluido los socialistas, pero reteniendo su posición dominante, como fue la experiencia del Frente de Izquierda de Liberación, FIDEL.

Por su parte los partidos socialistas de ambos países, provenían de agrupamientos que políticamente tenían distancia hacia la Unión Soviética, particularmente por el sistema político autoritario y la falta de democracia. El referente político internacional para el PSU era la Internacional Socialista, no así para el chileno que se inclinaba más por el modelo yugoeslavo y/o cubano, aunque los dos coincidían en una interpretación más latinoamericanista de sus respectivas sociedades.

En el caso Uruguayo, el PS tenía una tradición claramente legalista y un referente socialdemócrata de corte europeo, cuyo fundador Emilio Frugoni provenía del partido Colorado, y como partido contaba con respaldo social en sectores medios (López 2010). Hacia fines de los '50, se desarrolla un importante proceso de re-elaboración de la línea política e ideológica, encabezada por Vivian Trías –que es electo Secretario General, desplazando a Frugoni- el que propone un “socialismo nacional” que resguarde las características específicas de las tareas a desarrollar por una revolución en el Uruguay. Serán los líderes de ese partido R Sendic y J. Díaz los que, en nombre del PSU, a inicios de los '60, romperán con la Internacional Socialista por su postura pro francesa ante la revolución anticolonial argelina; marcando el inicio de un proceso de profunda reforma política del partido, que lo aproximó al “tercermundismo” y lo izquierdizó y aproximó a los acuerdos con el PCU, aunque ello no le trajo réditos electorales (Maiztegui 2008:323-326) (López 2010).

¹⁹ En las elecciones de diputados desde 1961 a 1973 el PC obtuvo generalmente mejores resultados que el PS, aunque la diferencia era de 1% a 3%.

El PS chileno, en cambio, proviniendo de una tradición rupturista –con la experiencia de Marmaduke Grove, uno de sus fundadores que da un golpe de Estado el '32-, y que se combina con la de Salvador Allende -que a fines de los '30 será ministro de salud- se adecuó a la institucionalidad democrática, forjando un pensamiento y prácticas muy ligadas al parlamentarismo. Por otra parte, su programa y planteo político se definen como revolucionarios y guiados por el “socialismo científico” lo que lo alejará de la Internacional Socialista, sosteniendo a la vez una conflictiva relación con el PC hasta principios de los años '50 en que Allende desde una fracción del PS pacta con él, contra Almeyda y Altamirano que lo hacen con el ex dictador Ibáñez. Posteriormente vendrá su izquierdización ideológica en los Congresos de Linares (1967) y Chillán (1968), que aunque legitimarán las tesis de la lucha armada, no desviarán su esfuerzo principal de construir las alianzas electorales que lo llevarán a participar de la Unidad Popular y levantar a Allende a la presidencia de la República en 1970²⁰.

Los procesos en los socialistas chilenos y uruguayos van a adquirir discursivamente similitudes, en los años sesenta, en torno a su simpatía con la revolución cubana – cuestión que los distanciaba de los comunistas-; el “tercermundismo”, entendido como una postura antiimperialista no subordinada a la URSS; el intento de una interpretación latinoamericanista del momento, diferenciándose críticamente del discurso comunista bastante esquemático en todos los países.

Como se aprecia, hasta los años sesenta, tanto los partidos comunista y socialista de ambos países tienen una tradición y trayectoria de al menos 25 años vinculada a las polémicas ideológicas que fueron conformando y dividiendo al movimiento comunista internacional, y que se expresaron en América Latina en estas dos tendencias principales de lo que era la izquierda influida por el marxismo. La tendencia comunista, fiel a la IIIª Internacional, desarrolló un discurso y práctica política que priorizó por su anclaje en el movimiento obrero organizado y subordinado a la estrategia mundial de la Unión Soviética que se veía como la “vanguardia” de la revolución proletaria mundial; esto le hizo ser un partido sistémico, con representación parlamentaria, cultura política

²⁰ Esto hecho viene ratificar que los estudios sobre los partidos políticos no deben ser exclusivamente sobre sus documentos y resoluciones, pues éstas son una cosa y otra –la más de las veces- es la práctica y políticas de un grupo u órgano el que efectivamente dirige la institución

de negociación y predecible. En tanto la tendencia socialista, surgida en ambos países para diferenciarse del pensamiento comunista, contiene corrientes marxistas cuyas lecturas tienen una matriz menos ortodoxa, son más heterogéneos en su representación social y más próximos a la IIª Internacional. Sin embargo, estas distinciones irán variando con el proceso político para radicalizar a los socialistas, hasta aproximarlos a nuevas interpretaciones de la realidad latinoamericana, para transformarse en una de las canteras más importantes de la militancia en la izquierda revolucionaria emergente.

Hay que resaltar que el peso político electoral del PC chileno fue más importante que el del PS y ambos desarrollaron experiencias en el gobierno en la época de los Frentes Populares ('38-'45) donde construyeron coaliciones con el partido Radical. Los comunistas fueron perseguidos por Gabriel González V, presidente del PR al que habían ayudado a elegir, pero el PS no abandonó el gobierno. La unidad PC-PS tendría el primer paso con el acuerdo presidencial en torno a Allende el '52 –que dividió al PS- y luego en el movimiento sindical, hacia 1953, que llevaría a la creación de la Central Única de Trabajadores, CUT. En cambio el peso electoral en Uruguay del PCU y el PS, fue muy poco relevante pues ninguno alcanzaba el 5% y obtenían una mínima representación parlamentaria, cuando ello ocurría. No tuvieron experiencia de gobierno, pues los dos partidos tradicionales eran mayoritarios y ambos tenían amplia representación popular. La unidad entre el PCU y el PS también se comenzará a dar, más tardíamente, hacia principios de los '70, también luego de la unificación del movimiento sindical en la Convención Nacional de Trabajadores, CNT, en 1964 y de la pérdida de representación parlamentaria del PS.

Como se aprecia, en ambas experiencias es la unidad sindical la que antecede a la unidad de comunistas y socialistas, y ésta –a su vez- es la base de la “coalición progresista” que tienen programas de reformas radicales. Es importante este punto, toda vez que son las organizaciones populares las que inician las movilizaciones de carácter reivindicativo tanto en el sector obrero como universitario y que derivan en una reacción de los partidos que dicen representarlos, los que asumen la importancia de unirse políticamente para expresarlos²¹. En la cuestión programática ocurre algo similar,

²¹ Para el caso Uruguayo están las importantes huelgas obreras del '59 que derivan en la aplicación de las “Medidas Prontas de Seguridad” o Estado de Excepción, junto al masivo movimiento por la reforma

pues serán las organizaciones sociales las que levantarán propuestas clasistas y políticas que adoptarán posteriormente los programas de los frentes políticos de los partidos²².

universitaria. En Chile había ocurrido ya en 1957 la “revolución de la chaucha” con amplia participación popular y estudiantil, que también derivó en medidas de excepción.

²² En el caso uruguayo está el Congreso del Pueblo, realizado en agosto de 1965, que contenía medidas para solucionar la crisis junto con otras de carácter político; participaron 707 sindicatos y 1376 delegados. Este programa será adoptado por los Tupamaros como su programa (Bonomi, 2010)

IV. Los “nudos históricos” y las decisiones políticas en el MIR y el MLN-Tupamaros.

Hemos definido como “nudos históricos” aquellos momentos políticos en que una organización toma decisiones estratégicas, es decir que fijan una conducta de largo plazo y que por tanto tiene efectos durante un período importante de su vida política. En esas coyunturas críticas se condensan la experiencia anterior de la organización o de sus dirigentes más determinantes, con las expectativas futuras fundamentalmente de sus líderes (aunque también de sus militantes) y entran en juego los diagnósticos de la sociedad en la que se hace política. Son momentos en que el análisis de la sociedad se pone a prueba, así como la capacidad de entender cómo se moverán las demás fuerzas sociales y políticas en un futuro previsible, y se hace el balance del peso real que se tiene (en el plano político, social y militar) para emprender objetivos realizables.

En nuestra definición, los nudos históricos, son una cristalización de tendencias en desarrollo de tipo político, que están condicionadas por el contexto cultural, social y económico en que se despliegan estas dos organizaciones. En síntesis, entendemos que en estos nudos históricos se pone en juego el saber acumulado, así como la capacidad para permearse de la sociedad, y en una medida muy determinante se pone a prueba el instrumental conceptual con el cual se toman las decisiones sobre el futuro.

En estos nudos históricos indagaremos, para ambas organizaciones, en cómo se desarrolla la idea respecto de la democracia –tanto la existente, como la deseada- y el uso de la violencia revolucionaria respecto de sus objetivos de largo plazo –su uso o lugar en la estrategia- y su concreción en el accionar político.

Hemos definido tres nudos históricos comunes para las dos organizaciones y que pueden permitir comparar las conductas políticas de ambas, respecto de las estrategias que definieron.

El primero es el “proceso fundacional” de una organización política. En él hay: a) en su nivel teórico ideológico, algunas claves respecto de las influencias teórico políticas que hacen posible la fundación, marcan la actividad en el largo plazo y fundan su relación con la violencia y; b) en su nivel sociológico, la convergencia de las personas que, con un componente generacional y origen socio territorial, vendrán influidos por los hechos nacionales e internacionales, constituyendo el acervo inicial del grupo dirigente; este componente social y generacional, siendo importante, no se constituye en “el A.D.N.” de una organización política, pues no deja escrito su desenvolvimiento futuro que pueda explicar los errores y derrotas posteriores²³ y c) en su nivel de práctica política concreta se gestarán los primeros pronunciamientos públicos que comprometen a la organización con quienes son sus interlocutores sociales y políticos, marcando un cierto sello o impronta original y diferenciadora.

Un segundo nudo histórico es la conducta política ante la primera gran derrota de cada organización. Entendida como gran derrota el efecto demoledor de la represión sobre ésta y/o sobre el movimiento popular al que pretende representar; y que, como se verá, ambos hechos no van juntos pero sí relacionados. En este período: a) Se pone a prueba la trayectoria desarrollada y la legitimidad alcanzada que les puede permitir su sobrevivencia, a través del tipo de relación social y política construida con la sociedad, tanto en su profundidad como extensión; b) La actitud de los enemigos políticos y los aliados, es decir las estrategias de represión por una parte y de apoyo que permiten la reorganización. Es el duro momento de contar los muertos y asumir las consecuencias prácticas, y c) El balance realizado a modo de lecciones obtenidas, y la nueva línea política que emerge para orientar una nueva etapa.

Un tercer momento de análisis es la adaptación a la transición política de las dictaduras a la democracia. En ambos países la transición “se veía venir” y diversas fuerzas políticas ayudaron a gestarla. Sin embargo, estas dos organizaciones no tuvieron un papel relevante en ese proceso, pero sus debates expresaron las tensiones internas que se habían acumulado, los proyectos ideológicos que se tenían para la nueva etapa en desarrollo y, de alguna manera, mostraron las capacidades teóricas y políticas que

²³ Afirmación que discrepa de lo señalado por Jorge Torres “La historia de los orígenes de los Tupamaros es la de una amalgama que ya contenía, en su nacimiento, los genes de lo que luego serían los errores que condujeron a su derrota”, op. Cit. Pág. 337.

habían sobrevivido, la flexibilidad táctica y la legitimidad de los liderazgos que tomaban la conducción al momento de abrirse la posibilidad de la transición pactada. La definición de una estrategia en un escenario no deseado, en una evidente situación de debilidad organizativa de ambas agrupaciones, sería decisivo para poder incidir en un proceso de ciclo largo, sin perder identidad.

1. El proceso fundacional.

Ambas organizaciones nacen en 1965, en un contexto de: a) Importante impulso y éxito de las luchas armadas de liberación nacional en Asia y África; b) La pos guerra mundial y el clima de guerra fría, con dos grandes bloques político-militares, y la escisión del comunismo mundial liderada por China, que criticaba las posturas de coexistencia pacífica de la URSS con Estados Unidos; c) Agregación del incipiente debate al interior de los partidos comunistas europeos sobre las secuelas del estalinismo y la valoración de la democracia (P. Togliati en Italia); d) Fuerte intervencionismo político y militar norteamericano en el continente latinoamericano; e) Nuevas prácticas contestatarias de los jóvenes que dieron origen a una cultura más libertaria y a la vez comunitarista; e) Un proceso de transformación de la iglesia católica en el mundo, situándola en una posición de contradictor de las injusticias sociales y ligándose más a los pobres del “Tercer Mundo”, y, f) Un incremento importante de las luchas sociales y reivindicativas de estudiantes universitarios, campesinos y obreros en América Latina, que pre y post revolución cubana, generaron el campo propicio para que se produjera la confluencia de diversos y pequeños grupos políticos en nuevas orgánicas y que provenían mayoritariamente de los propios partidos institucionalizados, principalmente de la izquierda pero también de sectores de los partidos de centro o con corrientes políticas progresistas.

Por lo anterior, es necesario establecer los aspectos relevantes para caracterizar los procesos fundacionales de estas organizaciones y que pueden ayudar a entender el curso posterior de sus políticas. Entre estos aspectos están, a modo indicativo, las vertientes teórico ideológicas que convergerán en la concreción de las nuevas organizaciones, así como los excluidos de ese proceso en el transcurso de los debates, pues esto definió los

instrumentos conceptuales para leer la realidad política; la influencia contextual sobre las generaciones fundadoras, toda vez que hubo situaciones y hechos que operaron como referentes políticos importantes; las características que asumió el debate interno en el período, pues definió –en medida importante- el marco de las discusiones posteriores que son posibles de realizar; la tradición política previa, en el sentido de si existe o no una práctica política institucional anterior, por parte de algunos de los dirigentes, pues implicó un horizonte más amplio y/o profundo de la actividad política; la existencia de acciones políticas colectivas previas a la fundación y su carácter, sea social o armado, lo que pasó a ser una “tradición” a la cual hacer referencia; y, la forma cómo se incluyó la nueva organización en el relato de la historia nacional, para obtener la legitimidad –pues no buscaban la legalidad- de las acciones políticas que desarrollaron.

1.1. De las influencias teóricas.

Para las organizaciones estudiadas hay que considerar que existe una estrecha relación entre la producción teórica y las prácticas políticas. La primera provee de los conceptos y formas de interpretación de la realidad y también de una cierta “totalidad” e identidad, como las segundas permiten impactar en las producciones teóricas. Hay una relación entre la teoría y las prácticas (se decía, citando a Lenin, “no hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria”). El juego entre ambas, de cuánto alimenta la una a la otra, es una dialéctica que se realiza de manera diferenciada entre ambas organizaciones, pesando más en el MIR las definiciones teóricas para orientar las prácticas, generando permanentes referencias ideológicas a sus pasos prácticos, como para los Tupamaros es la práctica una referencia indispensable para modificar planteos teóricos previos.

Entendiendo que en ambas organizaciones hay un “clima intelectual” próximo o directo, de simpatías por el marxismo crítico, era éste el que entregaba las referencias principales.

1.1.1. En los Tupamaros.

En el continente latinoamericano, durante las décadas precedentes a la de los años cincuenta, se había gestado una consciencia anti imperialista muy influyente en los partidos nacionales y populares, y en la izquierda tanto de orientación marxista como las de tipo liberal. Esto fue ayudado en gran medida por la política norteamericana de tipo intervencionista desde fines del siglo XIX y acrecentado luego de la segunda guerra mundial.

Se puede afirmar, por lo tanto que al momento del triunfo revolucionario en Cuba, ya existían corrientes importantes de pensamiento teórico y político de carácter anti imperialista tanto en Uruguay como en otros países del continente. Incluso era un pensamiento anidado no sólo en los partidos políticos sino que también entre los intelectuales, artistas y algunos medios de prensa y que constituía una suerte de pensamiento latinoamericanista.

Lo que hizo por lo tanto la revolución cubana fue provocar un doble movimiento en la Región, al aumentar la consciencia anti imperialista a la vez que provocó una crisis en las teorías tradicionales de la izquierda marxista, sin llegar a producir su propia escuela teórica del marxismo. Su experiencia aportó a la teoría desde su práctica heterodoxa, sin producir teóricos marxistas influyentes a nivel continental. A su vez, la renovación teórica se nutrió de la práctica del proceso cubano, pero también de las propias elaboraciones críticas que se venían desarrollando desde la teoría social de la CEPAL y algunos centros académicos.

La producción política-teórica de la revolución cubana tiene dos textos emblemáticos, como son la Primera y Segunda Declaración de La Habana, y particularmente esta última. En estos textos lo que hay es una representación clásica de la relación imperio-colonia, que fundamenta la situación de injusticia y atraso, que priva de la dignidad nacional a los países colonizados y que demanda una ruptura de ese vínculo. Este enfoque entroncará con lo que venía siendo el debate y producción del grupo de Vivian Trías del PS en Uruguay, que sí tenía una formación marxista, influido por el pensamiento de JC Mariátegui.

Esta interpretación histórica de la realidad latinoamericana tendrá una influencia importante en el pensamiento de los dirigentes Tupamaros provenientes del PSU, así como de otros.

El argumento de la Primera Declaración, de Septiembre de 1960, se apoya en la idea que Norteamérica estaba desarrollado una política de permanente de intervención directa (México, Haití, Nicaragua, República Dominicana), e indirecta a través de la “Doctrina Monroe” que definía a América como la zona de su influencia desde el siglo XIX. Este hecho, más la falta de independencia real, estaba implicando la apropiación por parte de los EEUU de los recursos naturales de la región para su beneficio. Es importante anotar que Cuba había sufrido directamente la “Enmienda Platt”²⁴, desde inicios del siglo XX, la que permitía a las tropas norteamericanas intervenir, al estilo de las relaciones coloniales clásicas como se habían desarrollado entre los imperios europeos capitalistas y los continentes de África y Asia.

El modelo propuesto por esta Declaración para alcanzar el desarrollo nacional, era la ruptura con la dominación colonialista de Estados Unidos, que se daba en el plano económico, político y cultural. Las causas del atraso y subdesarrollo se encontraban en la explotación de las naciones por parte de las empresas norteamericanas, el saqueo de sus recursos, la expoliación de sus trabajadores, la discriminación sobre el negro, el indio, la mujer y los jóvenes. El objetivo era “terminar con el latifundio” y “los salarios de hambre de los obreros”, “romper las cadenas del analfabetismo”, “eliminar los monopolios informativos de las grandes cadenas”, entre otros, colocándose como deber de las naciones el liberarse de la explotación imperialista y de los pueblos luchar por sus intereses así como solidarizar con sus luchas. En esta Declaración hay una definición acerca de la democracia, que la concibe como verdadera cuando no hay analfabetismo y hambre, ni desigualdad social y jurídica, es decir cuando hay plena libertad para elegir en igualdad de condiciones.

²⁴ Enmienda Platt, Artículo III: *...el Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos pueden ejercitar el derecho de intervenir para la conservación de la independencia cubana, el mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad individual y para cumplir las obligaciones que, con respecto a Cuba, han sido impuestas a los EE.UU. por el Tratado de París y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el Gobierno de Cuba.*

Con la Segunda Declaración, de febrero de 1962, se profundiza en la idea que la historia de explotación proviene desde la colonia, con la expansión del capital comercial europeo que expolió a la población y recursos naturales, tanto para el caso cubano como para el resto de América Latina. Un papel importante en esta relación colonial la cumplen las oligarquías de nuestros países, que se asocian a la gran potencia a objeto de acumular riquezas y no desarrollan los países.

En esta Segunda Declaración, formulada antes de la crisis de los misiles con Estados Unidos –que será en Octubre de ese año-, hay ya una estrategia política continental además de un relato de unidad en las penurias de la región y de héroes comunes de la independencia. El documento señalará que *“En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados”*. Para luego afirmar que si bien conquistamos nuestra independencia política de España, *“hoy América Latina yace bajo un imperialismo más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperio colonial español”*. Pero, además llegó el tiempo de las masas explotadas que han decidido cambiar la historia, en este sentido la Declaración es un llamado a la acción inmediata de los pueblos, al señalar que: *“Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia (...) y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más”*. Esa ola efectivamente fue creciendo cada día y como se aprecia el concepto de tiempo en este texto, es de un tiempo político que se ha acortado y las tareas “del futuro” están en el presente.

Para reafirmar la empresa liberadora, ambas Declaraciones comienzan con el pensamiento del héroe nacional de Cuba José Martí, que murió luchando contra los invasores españoles en la última década del siglo XIX, y que se transformó en inspirador de las luchas anti-imperialistas de la isla, después del dominio español.

La construcción teórica de ambos documentos se asienta en la idea de liberación nacional y social, que venía siendo desarrollada por diversos intelectuales con anterioridad y que pueden asociarse a los procesos de la revolución mexicana o boliviana y también a de liberación nacional en África y Asia. Es decir, la elaboración no presenta novedades en este plano, pero sí en el del horizonte temporal para desarrollar las “utopías” de una América Latina liberada del imperialismo norteamericano que sería el ahora de ese momento. Un elemento que se reivindica es el papel de “las masas explotadas” -y no sólo del proletariado industrial- en la tarea liberadora que se promueve desde un movimiento revolucionario no marxista y que influirá en la izquierda revolucionaria de esos años para diferenciarla de los partidos comunistas que consideraban a la clase obrera como la dirigente del proceso. En las Declaraciones mencionadas no hay ninguna “receta” sobre la necesidad de generar vanguardias de tipo marxistas leninistas para lograr los objetivos planteados.

El relato de la Declaración es más una adaptación latinoamericanista de cierta interpretación de las luchas anticoloniales que se desarrollaban en África y Asia, pero no tenía la pretensión de generar nuevos conceptos teóricos que pudieran dar cuenta la realidad compleja del capitalismo internacional post segunda guerra mundial, que justamente estaba en proceso de “descolonización”, de retiro de su presencia militar y administrativa en decenas de países que desarrollaban sus luchas de liberación nacional.

De esta vertiente teórico-política se nutrieron parte importante de los grupos guerrilleros de la década del sesenta en la región y que tuvieron su origen tanto en escisiones de grupos juveniles provenientes de partidos nacional-populistas -el Justicialista, el APRA y Acción Democrática, por ej.- como de sectores o miembros de las FFAA.

En el caso uruguayo, un componente importante en la gestación de la concepción de la revolución en los Tupamaros, fue el debate político que se produce en el PS, entre Emilio Frugoni su fundador y el grupo de Vivian Trías, José Díaz y Raúl Sendic: "Trías fue el vocero de la refundación. Sendic fue el armador de los cambios, el que convencía a la gente, el que conducía, el que acercaba a obreros y estudiantes a la estructura partidaria", afirma Díaz (Blixen, 2000:40). El pensamiento de Trías cuestionará la ubicación socialdemócrata del PS, cuyo referente principal era la Internacional Socialista y por ende promovía una sociedad capitalista con un fuerte Estado de

bienestar según el modelo europeo y consecuente con eso se ubicaba como aliado de Estados Unidos y de Francia que en ese época ocupaba militarmente Argelia apoyado por el PS francés²⁵(López 2010)

El pensamiento de Trías, vinculado a una concepción de socialismo nacional, buscaba “orientarlo hacia la conquista del poder teniendo en cuenta las circunstancias históricas del país”, entre las cuales estaba el “recoger las tradiciones positivas del Partido Colorado y el Partido Nacional y rescatarlas de sus actuales directivas traidoras”; proponerse un “reencuentro con el artiguismo”, entendiendo que “la lucha por el socialismo tiene que empinarse sobre todas las luchas populares anteriores”, vertebrando “al Partido en un movimiento más amplio”, pues “no ha triunfado ninguna revolución colonial que fuera organizada por un solo partido, con toda su inevitable carga de sectarismo y dogmatismo...”. Se trata de construir amplios movimientos de masas, pues la clase obrera en los países subdesarrollados “constituye apenas una minoría”. Entonces hay que construir un Frente que tenga un partido marxista, pero debe disponerse “a luchar en común por la etapa de la revolución nacional”. “Hay dos clases de revolución: la revolución en la declaración y la revolución en los hechos. La etapa declaratoria ha quedado definitivamente superada para el Partido Socialista” (Trías, 1989:123-125). Como se aprecia, en estas citas están las claves de lo que será una vertiente importante del pensamiento Tupamaro: la revolución se hace en los hechos y no con palabras, es el momento de la acción; la revolución es de liberación nacional y se hace con amplias fuerzas sociales y políticas que incluyen a los dos partidos tradicionales –depurados de sus directivas- con las cuales se debe confluir en un Frente político, grande. Se abre así, también, a la posibilidad de alianza con el PCU, algo impensable para la vieja guardia socialista.

Se puede afirmar que el proceso de elaboración de las tesis de socialismo nacional y revolucionario en el grupo socialista de Trías, data de inicios de los años 50 y se hace hegemónico en el Comité Ejecutivo socialista el año ‘59. Se puede decir que era, en

²⁵ “Ese año [1957], Raúl Sendic y José Díaz representaron a la Juventud Socialista en el Congreso Mundial de Uniones de Juventudes Socialistas; Díaz reforzó la delegación desplazándose a Roma desde Nigeria, donde participaba en un Congreso Mundial de Estudiantes. ‘Había un contencioso brutal por el tema colonial –recuerda José Díaz-; la juventud de la Internacional Socialista defendía posiciones del gobierno francés en Argelia, y nosotros defendimos las posturas de los palestinos en su diferendo con los israelíes. Volvimos escandalizados, casi inmediatamente rompimos con la internacional de la juventud, prólogo de la ruptura del Partido con la Internacional Socialista el ’59 (Blixen, S. 2000. Sendic. Montevideo, Trilce.)

alguna medida, un nuevo pensamiento de izquierda que superaba los referentes internacionales clásicos de la Revolución bolchevique y la socialdemocracia europea, originados ambos en una raíz del marxismo clásico. Sin embargo el desempeño electoral del PS permanece estancado bajo el 4%.

Las citadas Declaraciones configuraron así, luego de la revolución cubana en 1959, una vertiente más articulada de pensamiento anticolonialista, que recuperará las ideas de lo nacional, el particularismo histórico y un fuerte sentido de solidaridad latinoamericana. Ayudó a esto, sin duda el hecho que la revolución cubana no fuera una revolución orientada por una organización leninista, sino más bien en relación crítica con el Partido Comunista cubano que sí se declaraba como tal. Como es sabido, el Movimiento 26 de Julio tuvo un origen en los jóvenes que provenían del partido Cubano, de orientación nacionalista, crítico de los Estados Unidos, pero no anticapitalista. El encuentro entre el M 26 de Julio y el marxismo será un proceso, en el cual se cuestionarán las interpretaciones tradicionales de los partidos comunistas latinoamericanos, pues la revolución se había hecho contradiciendo las principales tesis de los PCs, tales como la que no podía haber revolución en un país de bajo desarrollo de las fuerzas productivas (los comunistas promovían la “revolución por etapas”), ya que en éstos el proletariado industrial no era la clase fundamental de la revolución (los comunistas afirmaban que la revolución era proletaria, cuando éste arrastra a las demás), y se hacía indispensable la existencia de un partido obrero con consciencia histórica (“un partido comunista asegura la dirección del proceso”). El cuestionamiento práctico a estas tesis, por el triunfo del M 26 de Julio, permitirá abrir el marxismo a nuevas interpretaciones y con ello emergerán múltiples “tesis políticas” y teorías con nuevas maneras de analizar la realidad latinoamericana.

Ahora bien, el paso del pensamiento de Trías a la acción política implicará un proceso paulatino de ruptura al interior de su grupo dentro del PS. Será R Sendic, decepcionado de los resultados electorales, de una izquierda de “tertulias” y alejada de los sectores más explotados de la sociedad uruguaya, el que emprenderá el camino de concretar el discurso revolucionario. Armado con sus conocimientos de Derecho, se irá a organizar y asesorar a los sindicatos cañeros del Norte del país. Esto lo llevará a confluir con otros dirigentes políticos de la época que también tenían sus propias prácticas y propuestas.

Otra vertiente del pensamiento político que confluirá en la fundación tupamara, es el del anarquismo, que tenía una importante tradición sindicalista y política en el Uruguay. En general esta corriente conformaba un significativo tejido político en las organizaciones sociales de Montevideo, alcanzando su planteamiento libertario una incidencia singular en el proyecto político y de las formas de organización para alcanzarlo que adoptaron los Tupamaros. En la práctica este pensamiento era el que se levantaba como alternativa al discurso estatista, autoritario y “de vanguardia obrera” del PCU, negando la identificación del socialismo con el marxismo leninismo (Tristán 2006:212). El anarquismo, a través de la Federación Anarquista Uruguaya, FAU, participó del “Coordinador”, organismo que articulará las principales iniciativas políticas de los grupos que fundarán el MLN-T el año '65. Desde 1962, levantaron varias tesis que fueron compartidas por otros miembros del Coordinador, tales como la necesidad de “apoyo a toda iniciativa de acción directa de contenido revolucionario, especialmente las movilizaciones cañeras iniciadas en 1962”, negar “toda posibilidad de una etapa revolucionaria burguesa”, “las masas son las únicas protagonistas de las revoluciones nacionales”, “apuesta a la unidad de las fuerzas de izquierda en todos los ámbitos”, “base teórica e ideológica propia para el proceso revolucionario, que no sea traslado ni imposición foránea”(Tristán, 2006, 219).

Por otra parte una fuente importante de influencia en la constitución del pensamiento tupamaro estuvo en el proceso de escisiones que se dieron en los partidos tradicionales, particularmente el partido Blanco. Esto implicará la integración de una cierta tradición política institucionalizada presente en el país, que permitirá de alguna forma hacer del discurso tupamaro un discurso no contra esos partidos en general sino contra sus dirigentes y la colusión con el poder y la corrupción. En este sentido, también hay una valoración de las luchas desarrolladas por los Blancos en el siglo XIX, básicamente por las ideas liberales y federativas, como las del proyecto Batllista de los Colorados que promovieron la protección social. El Movimiento Independientes 26 de Marzo, M26M, organizado en 1971, a iniciativa de los Tupamaros es una demostración de esta influencia de participación en el sistema tradicional de partidos, con una postura crítica pero integrado a éste y fundador participante del Frente Amplio. El M26M, en su documento fundacional plantea que “ 6º) proclama que sus fines últimos entroncan con la tradición y la reconstrucción de la Patria Grande soñada por Bolívar, lograda regionalmente por Artigas y revitalizada en la actualidad por la vida ejemplar y la

muerte heroica del comandante Che Guevara; 7º) declara que sus raíces históricas son de origen artiguista y hace suyos los actos afirmativos de los orientales que defendieron la libertad y dignidad nacionales: tanto los de Oribe como los de Batlle y Ordóñez, tanto los de Leandro Gómez como los de Julio César Grauert, tanto los de Aparicio Saravia como los de Baltasar Brum, tanto los de los héroes de la Agraciada como los de los héroes de la actual lucha en pro de un Uruguay liberado”. Nótese que cita a los líderes históricos de Blancos y Colorados.

Hay que explicitar, finalmente, que el MLN-T nunca se declaró marxista, ni tampoco leninista, por lo que su interpretación de los hechos históricos y de la dinámica política no estaba sustentada en la idea de la lucha de clases, en sentido estricto, sino en las dicotomías imperio-nación, oligarquía-pueblo, explotadores-explotados. Esto le permitió no centrar el debate interno -como con el resto de la izquierda y la nación-, en una cuestión de doctrina o interpretación de los “textos clásicos”, ni que intentara emerger como la fuerza política que poseía la “verdadera verdad”. Esta situación también posibilitó que en su seno cohabitaran distintas corrientes filosóficas o influencias de éstas, tanto liberales, marxistas como anarquistas, sustentadas por diversos dirigentes y cuadros intermedios. Lo anterior no quiere decir que sus dirigentes no tuvieran formación en el marxismo y en el leninismo, pero entendían que su propia organización debía convivir con la diversidad para interpretar la compleja realidad del país.

1.1.2. En el MIR de Chile

Para el caso del MIR, la cuestión teórica está vinculada a su proceso político inicial de adscripción a las tesis elaboradas por el trotskismo, para luego integrar la teoría de la dependencia. Es decir, formalmente la redacción originaria quedó en manos de la corriente trotskista, pero otros sectores provenientes de la juventud socialista preparaban su propia elaboración política.

Si la década del '50 fue de crítica al subdesarrollo y la falta de industrialización, cuyo centro teórico era la CEPAL y algunas universidades de la Región, en la década del '60

comenzó a hacerse más receptivo un otro pensamiento marxista, que explicaba el atraso en la relación de las naciones con el imperialismo o “economías centrales”. Esta teoría se comenzó a formular en los tiempos de la guerra fría y de cambios importantes en América Latina.

La influencia trotskista de Luis Vitale, intelectual y militante fundador, tuvo su peso en el delineamiento de las principales tesis de la “Declaración de Principios” del MIR que recogían las posiciones clásicas de esta corriente en América Latina, en el sentido de afirmar que: “ *La trayectoria de las clases dominantes desde la declaración de nuestra independencia en el siglo pasado hasta el presente, ha demostrado la incapacidad de la burguesía criolla y sus partidos para resolver las tareas democrático-burguesas que son fundamentalmente la liberación nacional, la reforma agraria, la liquidación de los vestigios semi feudales. Rechazamos por consiguiente, que primero hay que esperar una etapa democrático-burguesa dirigida por la burguesía industrial, antes de que el proletariado tome el poder. Combatiremos toda concepción que aliente ilusiones en la "burguesía progresista" y practique la colaboración de clases. Sostenemos enfáticamente que la única clase capaz de realizar las tareas "democráticas" combinadas con las socialistas, es el proletariado a la cabeza de los campesinos y de la clase media empobrecida*”²⁶. Junto a lo anterior, ratificaban la idea de un proceso de revolución permanente e ininterrumpida, que debía alcanzar a los países más desarrollados. La misma Declaración ratifica la idea de ser “la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile”, que luchará contra las desviaciones revisionistas y reformistas que retardan el proceso de toma de consciencia revolucionaria por parte de las clases explotadas.

En cuanto a la noción del tiempo político, es muy significativo que en varias ocasiones en esta Declaración se explicita la actualidad de la revolución: “El siglo XX es el siglo de la agonía definitiva del sistema capitalista” (Nº III); “Las condiciones objetivas están más que maduras para el derrocamiento del sistema capitalista” (Nº V); “(diversos grupos)...dispuestos a emprender rápida, pero seriamente, la preparación y organización de la Revolución Socialista Chilena” (Nº VIII). Esto implicará trabajar con un horizonte

²⁶ Declaración de Principios del MIR, numeral VI.

de tiempo corto, de alta entrega a las tareas y por tanto –en gran medida- reflexionando menos sobre las lecciones que la práctica iba entregando.

Pero esta influencia trotskista también se expresa en la idea que “*el MIR se considera el auténtico heredero de las tradiciones revolucionarias chilenas y el continuador de la trayectoria socialista de Luis Emilio Recabarren*” (Nº I) y –por tanto- el hilo conductor es la experiencia comunista previa a la ruptura de Stalin con Trotsky, de allí que también se afirme como estrategia que el camino es “la insurrección popular armada” (Nº VII).

Como afirma A Pascal Allende(Pascal 2010)²⁷, el MIR intenta rescatar la tradición de la izquierda revolucionaria previa a la política de Frentes Populares o de conciliación de clases, cuestión que determinará que su referencia será: a) el debate teórico con el reformismo que tuvo como parámetro la experiencia de la II Internacional (Kautsky, Bernstein y otros) y una clara herencia de los textos de Trotsky; b) la matriz exclusivamente marxista de interpretación no sólo histórica también de la situación nacional; c) la violencia revolucionaria es desde las masas, en la idea predominante del modelo de revolución rusa.

El MIR se definió como partido de carácter marxista leninista desde su constitución, pero es importante señalar que con ello buscaba diferenciarse del PC, pues asumían que el PC había abandonado la herencia leninista de la revolución; en este sentido inicial es un “marxismo leninismo” anti estalinista. Será en el proceso de lucha interna por la conducción del partido entre la corriente trotskista y la generación más joven, influida por nuevos autores como Quijano, Gramsci, Mariátegui, los marxistas estructuralistas, la revista “Pensamiento Crítico” de Cuba y las corrientes europeas del ’68-’69(Pascal 2010), lo que llevará a un desplazamiento, tanto de la concepción de partido hacia uno de tipo político armado (los Grupos Político-Militares) con una estrategia de guerra popular, como hacia las nuevas interpretaciones del marxismo.

Así, el MIR entroncará con la teoría de la dependencia que, constituida como una vertiente marxista revolucionaria, marcó de manera profunda a los intelectuales y

²⁷ Fundador del MIR, fue Secretario General desde la muerte de Miguel Enríquez en 1974 hasta la disolución de la organización histórica.

políticos latinoamericanos, entre los cuales destacaron Theotônio dos Santos²⁸, Vania Bambirra²⁹, Ruy Mauro Marini³⁰, Emir Sader³¹ todos ellos exiliados en Chile, luego del golpe militar brasileño que derrocara a João Goulart en 1964. Entre los argentinos fueron notorios los sociólogos Tomás Vasconi e Inés Reza y en Perú Aníbal Quijano; entre los chilenos Osvaldo Sunkel y Luis Vitale³². Los “dependentistas”, junto a su abundante producción intelectual, también forjaron vínculos políticos, influyeron en y participaban de una red más amplia de intelectuales norteamericanos y europeos como André Gunder Frank³³, Paul Sweezy³⁴ y Paul Baran, James Petras, entre otros. Este grupo se nucleará en torno a la Universidad Autónoma de México (en el Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA, principalmente) y en las universidades de Chile (el Centro de Estudios Socioeconómicos, CESO) y de Concepción (Fernando Mires, Néstor D’Alessio), con planteamientos más radicalizados, en tanto sus análisis acerca de la dependencia estructural de las naciones latinoamericanas respecto del imperialismo norteamericano y su complejo militar industrial demandaba, en el plano de la acción política, medidas revolucionarias. Esta vertiente radical, para el caso chileno, tuvo propuestas que se transformaron en un referente obligado de las fuerzas de izquierda que promovían los proyectos revolucionarios para terminar con las relaciones de dependencia. Tal es así que en la práctica eran los “intelectuales orgánicos” de los proyectos políticos, militando y/o reuniéndose continuamente con los dirigentes del MIR, el PS, MAPU e incluso con algunas de sus direcciones, en tanto su público lector estaba situado, básicamente, en la comunidad académica y las juventudes universitarias, donde tuvo una significativa recepción.

El “grupo radical” de formación marxista de la teoría de la dependencia leyó e integró la experiencia del período colonial americano (siglos XV al XVIII) a sus conceptualizaciones (cuya influencia se percibe hoy en el concepto de “colonialidad del poder”, que han desarrollado Mignolo, Quijano y otros), especialmente gracias a los

²⁸ Sociólogo, con estudios de economía. Fundador de esa escuela en la Universidad de Brasilia.

²⁹ Cientista política, doctora en Economía, militó en la OMR-Política Obrera, de la izquierda revolucionaria del Brasil

³⁰ Economista, con estudios en Derecho, militante de la OMR-Política Obrera y luego del MIR de Chile.

³¹ Sociólogo, filósofo y cientista político, militante de Política Obrera y luego del MIR de Chile

³² Luis Vitale, historiador, chileno de origen argentino, de orientación trotskista, fundador del MIR chileno.

³³ Doctor en Economía de la Universidad de Chicago

³⁴ Doctor en Economía de la Universidad de Harvard, preso en Estados Unidos en la era del macartismo, fundador de la influyente revista *Monthly Review*.

trabajos como la “Interpretación Marxista de la Historia de Chile” de Luis Vitale y “Capitalismo y subdesarrollo en América Latina” de A. G. Frank, de 1967 y “Latinoamérica: subdesarrollo o revolución” de R. M. Marini de 1969. Todos ellos fueron influyentes intelectuales, modernos y “occidentales”, que reflexionaron desde el reconocimiento de una situación de dominación en las relaciones Imperio(s)-Latinoamérica; los tres tuvieron militancia política en el MIR.

En los teóricos de la dependencia, el marxismo será usado como herramienta crítica para el análisis tanto de la dominación imperialista norteamericana hacia las sociedades latinoamericanas y de la subordinación construida por las burguesías locales respecto de aquel, como de las relaciones de dominio de clase de éstas sobre los sectores populares de sus respectivos países, tanto de proletarios como campesinos y pobres urbanos. En su contexto epocal, generarán un juicio crítico a los modelos de desarrollo implementados en la Región desde la conquista española hasta el siglo XX, construyendo nuevas categorías de análisis para explicar la totalidad del fenómeno de la dominación “en el sistema-mundo imperial/colonial” (Mignolo, 2003:44-50). Entre estos nuevos conceptos incorporados al debate de la economía política y las ciencias sociales estuvieron los de “superexplotación del trabajo”, “desarrollo del subdesarrollo”, “relación metrópoli-satélite”, “pobres urbanos” o “infraclases urbanas”, que desnudaron las maneras particulares que había asumido, y en ese presente asumía, la relación de América latina con los imperialismos.

Este enfoque operó desde el paradigma de la modernidad, al menos en tres sentidos que es importante destacar: a) entendió que el modelo de sociedad “superior” es aquel que puede culminar en el ideario francés universalizado, de libertad, igualdad y fraternidad, para gran parte del planeta; b) el proceso de ruptura de la dependencia forma parte del desarrollo de la historia, de determinadas leyes de la economía política del capitalismo y, c) ratificó la idea que es la voluntad de los sujetos involucrados en las relaciones de dependencia los que pueden romperla, si ejercen una acción consciente en esa dirección.

En este sentido sería una teoría “sometida” a la episteme racional iluminista, pero desde su particularidad tiene también la contracara que permitió poner en evidencia, al menos otros tres aspectos, que: a) para Latinoamérica no hay “desarrollo sin revolución”, es

decir, sin terminar con las relaciones que nos estructuran como dominados por los países desarrollados; b) aún existiendo leyes generales para el desarrollo del capitalismo, éste se despliega de manera específica en cada una de las sociedades dependientes, sin poder llegar a ser una de capitalismo desarrollado; por lo que no se está ante países “en vías al desarrollo”(Marini 1974:1-25)³⁵, y c) el sujeto colectivo para terminar con la situación de dominio, no es la burguesía local subordinada al imperio, sino el proletariado y otros sectores sociales explotados.

Otro componente, no menos importante en las consideraciones de la teoría de la dependencia, fue aquel que les otorgó el carácter de sujeto colectivo a los pobres urbanos. El enfoque del marxismo ortodoxo en la Región había considerado como agente casi exclusivo del cambio social y revolucionario a la clase obrera (proletariado industrial) y había postergado todo esfuerzo político a nivel de los campesinos y los pobres urbanos, estos últimos tipificados de “lumpen proletariado”³⁶ y desechados como agentes de cambio. La visión de los “dependentistas” fue re-plantear el tema del capitalismo industrializado, para situar a este sector social como un componente indispensable de cualquier estrategia de cambios, pues la amplia franja de “pobres urbanos” eran el producto directo del carácter dependiente de las economías latinoamericanas, en tanto fuerza de trabajo súper explotada y que presiona a la baja el valor de la fuerza de trabajo, contando con un escaso acceso al mercado interno. De esto que pasaba a ser un sector relevante y canalizable en una estrategia anticapitalista.

El contexto de elaboración y difusión de esta teoría no se sustrajo al clima cultural y político de esas décadas, por lo que buscaba también explicaciones en el campo político.

En otras palabras, la teoría de la dependencia con su orientación marxista: a) se constituyó en un momento de amplia legitimidad de las demandas nacionales por un desarrollo propio, que pudiera resolver los problemas de “la pobreza y el atraso”; b) fue un nuevo enfoque que vino a anclarse socialmente -más allá de la academia-, con los

³⁵ Agrega que “En el marco de la dialéctica del desarrollo capitalista mundial, el capitalismo latinoamericano reprodujo las leyes generales que rigen el sistema en su conjunto, más, en su especificidad propia, las acentuó hasta su límite”.

³⁶ Concepto que en la época no tenía el dejo peyorativo actual, sino que por su no-posición en la producción por falta de calificación, eran un sector desechado de ingresar a las filas del proletariado. Estaban fuera, no así el “ejército industrial de reserva” de obreros que se incorporan a la producción en los ciclos de mayor crecimiento.

movimientos políticos antiimperialistas de esos años, al ofrecer una interpretación coherente del subdesarrollo y c) como elaboración teórica, cuestionó el dominio de las teorías funcionalistas en la sociología y de la economía clásica provenientes de los países desarrollados.

Este enfoque teórico tuvo una fuerte influencia en el modelo interpretativo del MIR, que conectaba adecuadamente con el origen marxista de sus militantes y que se distanciaba del discurso de “liberación nacional” anticolonialista, al proponer un enfoque clasista de nuevo tipo y de revolución socialista en el horizonte de corto plazo. La consecuencia de esto era el tener un programa de corte socialista que golpeará el núcleo del poder económico radicado en la burguesía dominante que sustentaba la dependencia del país; las medidas como la reforma agraria debían ser parte de este proceso. Así, el arco de alianzas sociales posibles colocaba en el centro a la clase obrera, los campesinos pobres y los pobres urbanos, las fuerzas capaces de llevar a cabo estas tareas.

Como se puede apreciar, es un enfoque marxista que también se distanciaba de la interpretación tradicional de los partidos comunistas que levantaban como tarea central el impulsar un programa por etapas, donde la revolución nacional y democrática, permitiría crear las condiciones para avanzar hacia la revolución socialista. De esto que los comunistas impulsaban políticas de entendimiento más amplias y para tareas menos radicales, que según los dependentistas los situaba en una postura de reformas al capitalismo.

En definitiva, según lo desarrollado en este apartado, ambas organizaciones contarán con sustentos teóricos definidos y relatos interpretativos globales, que apoyarán su diseño político y estrategia. Estamos en presencia no de un “invento” sino más bien de un producto del proceso de revisión de las ideas del marxismo y la izquierda en América Latina.

1.2. De las generaciones que convergieron.

Las generaciones son elementos influyentes pues “...no es infrecuente observar que en determinadas fases del proceso social, extensos conglomerados de individuos aparecen

expresando una mentalidad valórica relativamente homogénea y una predisposición compartida a comportarse de una cierta manera. Esto suele ocurrir en las fases visperales de los tiempos de ruptura y/o en sus fases crepusculares...”(Salazar 1986:97)

La cuestión generacional, remite a las trayectorias personales, los modos de vivir las experiencias políticas y los sucesos de una época que impactan en quienes fundan una organización política. De esta manera, una mayor o menor heterogeneidad de edades, lugares de origen y tipos de experiencias, influirá en la confluencia en torno a las ideas fundacionales, y tendrá consecuencias prácticas respecto de los debates y conflictos que surgen en el seno de las organizaciones.

De acuerdo a lo expuesto, resulta importante establecer los orígenes y experiencias previas de quienes son los fundadores de ambas organizaciones revolucionarias, pues pueden ayudar al proceso de comprensión de cómo se va gestando el pensamiento y prácticas políticas.

1.2.1. Los Tupamaros, la amalgama.

Los fundadores del MLN-Tupamaros, provienen biográficamente, de sectores diversos geográfica y socialmente, y también con edades heterogéneas. Si consideramos en el análisis a sus dirigentes más relevantes, que serían aquellos que permanecieron de rehenes de la dictadura, incomunicados y en condiciones inhumanas, más otros fundadores que tuvieron roles destacados hasta mediados de los años setenta, nos encontramos con los siguientes datos:

Nombre	Fecha Nac.	Lugar Nac.	Origen social	Profesión	Militancia anterior	Edad '59	Edad '65	Edad '85
Raúl Sendic	1925	Trinidad- Flores	Campesinos pobres	Egresado Derecho	Partido Socialista	34	40	61
Eleuterio Fernández Huidobro	1942		Trabajador, hijo migrante español	Trabajador bancario	MRO *	17	23	44
José Mujica	1934	Montevi deo	Funcionario pobre; chacarero.	Egresado secundaria	Partido Blanco	25	31	52
Julio Marenales	1930	Canelo nes		Profesor	Partido Socialista	29	35	56
Jorge Manera				Ingeniero				
Jorge Zabalza	1943	Minas	Clase media alta			16	22	43
Efraín Martínez Platero.	1944	Mtvdeo	Clase media	Periodista	Mov. Católico	15	21	42
Jorge Torres	1936	Maldona do		Escritor	Partido Comunista	23	29	50

Hemos puesto edad en las fecha clave: la Revolución cubana ('59), la fundación ('65) y la fase de adaptación a nueva etapa ('85)

Como se aprecia, Raúl Sendic al momento de la fundación del MLN, ya tiene 40 años y dos de sus más importantes dirigentes sobrepasan los 30 años de edad, como José Mujica, actual Presidente del Uruguay, y Julio Marenales el principal dirigente del Movimiento de Participación Popular, MPP.

Sendic viene de una familia de origen popular, trabaja la tierra. Migra a Montevideo a estudiar Derecho. Allí se hace militante del PS. Es importante recalcar que Sendic, tiene una importante experiencia política hacia el '65, tanto en el debate teórico como en la práctica; a tal punto que ha formado sindicatos cañeros en los departamentos del interior y ha planificado y participado un asalto de recuperación de armas (Tiro Suizo), que le

cuesta la clandestinidad ya en 1963. Sus posiciones, según hemos visto, son similares a las de V. Trías, pero también contenían una importante influencia de Rosa Luxemburgo en sus concepciones sobre la organización partidaria y los procesos revolucionarios. En este sentido Sendic nunca fue leninista. Tenía una postura crítica frente al leninismo, defendía un socialismo revolucionario de estirpe libertaria, promoviendo en el PS la lectura de Rosa Luxemburgo. Incluso expresaba reservas sobre la dictadura del proletariado, que apoyaba Luxemburgo, pero ambos en la idea de la "más ilimitada democracia". Afirmaba que la libertad es una e indivisible, siendo siempre, únicamente, libertad de quien la piensa en la diversidad. Sendic también descubría a Mariátegui, con su "marxismo latinoamericano", que lo llevaría a las fuentes artiguistas y sus ideas de "pueblos soberanos", reunidos y armados, en cabildos, fuente de donde emana toda autoridad (Blixen 2000:42).

Al constituirse "el Coordinador"³⁷, Sendic es una figura relevante de la izquierda Uruguaya y plantea sus ideas respecto del apoyo a las marchas de los cañeros hacia Montevideo, apoyo político, financiero y en autodefensa, ante la represión policial y las bandas para-militares que operaban a principios de los sesenta en el Montevideo.

La figura de Sendic, siendo la más relevante del grupo fundador, no será en ningún caso la de un líder que concentrara sobre sí el poder de decisión, ni la capacidad de convencer al resto de los dirigentes. Era un liderazgo creativo, heterodoxo, que sorprendía con ideas originales y desprejuiciadas, que no siempre estaban lo suficientemente elaboradas ni convencían a los demás.

El otro dirigente destacado es Eleuterio Fernández Huidobro. Reconocido por sus pares como el que lograba sistematizar y darle coherencia a las ideas de Sendic como a la de los demás miembros de la dirección. Al llegar a la constitución del MLN-T, Fernández ya tiene una importante experiencia política, pues había participado del Movimiento Revolucionario Oriental, MRO, proveniente de la radicalización de sectores del partido Blanco, con A Collazo, con quien apoya en la presidencial de '62, a la lista FIDEL en la que va el PCU. Luego formaría el Movimiento de Apoyo Campesino, MAC, y es

³⁷ "El Coordinador", es la instancia que reúne a todos los grupos de izquierda más radical, de diversas orientaciones ideológicas (anarquistas, marxistas, maoístas, trotskistas, leninistas, socialistas, sindicalistas, etc.) con el objetivo de apoyar activamente las movilizaciones de los trabajadores cañeros y prepararse para rechazar con las armas el eventual golpe de Estado.

miembro fundador de “El Coordinador” en 1961. El '63 realiza el operativo armado de Tiro Suizo con Sendic. Redacta el reglamento fundación de los Tupamaros, en base al texto de Lenin “Qué Hacer”, y bautiza a la organización. Será el que elabora los primeros documentos y proclamas tupamaras (Labrousse 2009:23). Es de formación marxista, pero en ruptura con la tradición dogmática y libresca de la izquierda uruguaya.

Otro miembro importante del núcleo fundacional será Jorge Torres, que proviene del partido Comunista, PCU, y que tiene una amplia formación teórica marxista. Será fundador del MIR uruguayo, de orientación maoísta, y que también convergerá hacia “El Coordinador”. Sus aportes están en el debate presencial con Régis Debray, a mediados de la década del '60, sobre la estrategia de lucha a desarrollar en el país. Es el que se encarga de abordar el rechazo Tupamaro a la tesis foquista para llevar adelante la revolución, que promovían el Che Guevara y la dirigencia cubana en esa década. Lo principal del planteo foquista estaba en que el grupo armado es capaz de dinamizar la situación política hasta llevarla a una situación revolucionaria, que este grupo debe localizarse en el campo para evitar ser liquidado y pueda construir una base de apoyo entre los más pobres y que no es necesario tener un partido político dirigente sino que éste se construye en la lucha armada. Torres planteará que “más allá del respeto que siempre mereció a los dirigentes y militantes del MLN (T), mal puede asociarse la figura del Che a la de una organización que nunca confió plenamente en la sensatez de su proyecto boliviano”(Torres 2001 :85). Este planteamiento ratifica la importante independencia que tuvieron los dirigentes Tupamaros para elaborar sus propias definiciones ante las estrategias en discusión en América Latina de la época.

José Mujica, actual Presidente del Uruguay, se integra el '58 a la Agrupación por la Reforma Estudiantil, ARU, que tuvo influencia anarquista; (Reforma que, por su parte, marcará a toda una generación universitaria), se hará Blanco al conocer a Enrique Erro y será su Secretario al llegar aquél a Ministro del Trabajo; también ocupará el cargo de Secretario General de la Juventud del partido Blanco. Luego que fracasaran las posturas progresistas de Erro en su gobierno, abandonan el partido y levantan lista presidencial con el partido Socialista en la coalición Unión Popular en las elecciones de 1962. En ese tiempo visita la URSS, Cuba y China. Se incorporará al MIR, luego de estar preso – como delincuente común- por una frustrada acción de financiamiento a los cañeros en huelga. En 1964 y en la polémica interna decide integrarse al MLN-T y no intentar la

creación del “partido revolucionario” que postulaba otro sector del MIR (Campodónico 2009:41, 85-91,107).

Julio Marenales, otro actual veterano de las luchas de los años '50 y '60, será fundador del MLN-T. Era profesor en el Bellas Artes, de origen socialista y formación marxista. Se oponía a la propuesta de Sendic de que el PS se aproximara al PCU para conformar una alianza que unificara a los dos partidos de la izquierda (Blixen 2000 :45,46). Tendrá un papel destacado como organizador en el Movimiento y actualmente es el principal dirigente del MPP, fuerza política mayoritaria en el Frente Amplio. Es el que manteniéndose en el MLN-T, ha desarrollado mayores resistencias a los procesos de adaptación las nuevas condiciones políticas generadas desde la transición, planteando permanentemente el no caer en una lógica electoralista sino de “acumulación de fuerza estratégica” para el proyecto de liberación nacional y socialista (Tagliaferro 2008 :207-209).

Jorge Zabalza, proviene de una familia acomodada, cuyo padre fue senador e importante figura del partido Blanco. Se incorporó en 1968 al MLN-T, luego de un viaje a Cuba facilitado por el MRO y de su paso por la Federación Anarquista Uruguaya, FAU de la Universidad (Leicht 2008:55-64). Deja de militar en el año 1995, después de duros debates internos con la línea política encabezada por Fernández y Mujica. Resistió el proceso de adaptación, buscando que los Tupamaros mantuvieran una dirección clandestina y un trabajo militar encubierto, que les permitiera estar preparados en caso de una regresión autoritaria. No sería la primera vez que estaría en posiciones más “izquierdistas”, pues había tenido con anterioridad severos conflictos con Sendic y a inicios de los '70, según el mismo reconoce (Leicht 2008:160, 166).

“El Coordinador” fue un espacio de práctica política y discusión que permitió que al fundarse el MLN-T existiera una trayectoria común entre diversos grupos y no fue el MLN-T el que dio origen a esas prácticas, sino más bien tuvo la virtud de representarlas y darles una coherencia al ir definiendo una estrategia compartida.

Se puede decir, que el peso específico de los dirigentes del MLN-T, sus distintos orígenes políticos y experiencias anteriores, permitieron constituir un órgano de dirección colectiva, sin un líder que tuviera la capacidad de dirimir las contradicciones

lo que obligaba a llegar a acuerdos o admitir la implementación de algunas iniciativas que no contaban con el acuerdo de todos. Este elemento fundacional se mantendría también luego de la liberación de la dirección histórica.

Por otra parte, un elemento sustantivo es que no sólo Sendic y Fernández Huidobro habían desarrollado acciones armadas, previas a la fundación, sino que siendo miembros de “El Coordinador”, también Mujica, como Julio Marenales y Jorge Manera, los que fueron detenidos en 1964. Esto forjará una relación fundada en lazos especiales, en que la vida personal se pone a disposición de una causa y que no se daba en los partidos tradicionales. Esto forja vínculos que están por sobre las posiciones políticas de cada cual, subordinándolas a un colectivo; cuestión que será también decisiva a la hora de “reorganizar” el MLN-T en 1985.

1.2.2. Los miristas, entre los viejos y los jóvenes.

Si consideramos a los fundadores, nos encontraremos que es la convergencia de dos generaciones, marcadamente diferentes en edades y experiencias políticas, y en cierta medida en sus orígenes sociales. Es importante resaltar que el MIR será un espacio de encuentro que no cuenta con un grupo humano que haga de enlace entre ambas “edades”. Como se ve en el cuadro siguiente:

Nombre	Fecha Nac.	Lugar Nac.	Origen social	Profesión	Militancia anterior	Edad '59	Edad '65	Edad '88
Luis Vitale	1927	Argentina		Historiador	Partido Obrero Revolucionario	32	38	Renuncia 1969
Enrique Sepúlveda				Médico	Vanguardia Revolucionaria Marxista, VRM			Renuncia 1967
Humberto Valenzuela	1909		Obrero	Dirigente Nacional CUT	Partido Socialista Popular	50	56	Renuncia en 1969
Clotario Blest	1899	Santiago	pobre	Dirigente nacional CUT	Movimiento 3 Noviembre	60	66	Renuncia 1969
Miguel Enríquez	1944	Talcahuano	Clase media	Médico	Juventud Socialista - VRM	15	21	Muerto 1974
Bautista Van Schowen	1943	Concepción	Clase media	Médico	Juventud Socialista - VRM	16	22	Desaparecido 1973
Arturo Villabela								Muerto 1985
Andrés Pascal Allende		Santiago	Clase media	Sociólogo	Juventud Socialista			
Nelson Gutiérrez	1946	Cauquenes	Hijo profesor rural	Sociólogo		13	19	42
Hernán Aguiló	1848	Santiago		Ingeniero		11	17	40
Roberto Moreno B.	1938	Santiago	Hijo de trabajador	Economista	Partido Comunista	21	27	50
Víctor Toro	1942	Santiago	Obrero	Obrero	Partido Socialista Popular	17	23	Renuncia 1980
Luciano Cruz	1944	Santiago	Clase media	Estudiante Medicina	Juventud Comunista	15	21	Muerto 1971

Hemos considerado como referencias de edad clave los: año '59 (revolución cubana), '65 (fundación del MIR) y '88 (año Plebiscito, hito de la transición)

Luis Vitale, de origen argentino, provenía del Partido Obrero Revolucionario argentino, afiliado a la IV^o Internacional trotskista. Se radicó en Chile en 1954. Tenía formación como historiador, era trotskista y llegó a ser dirigente nacional de la Central Única de los Trabajadores, CUT, a principios de los '60 junto a otros líderes de su corriente política como Humberto Valenzuela. Tuvo un papel muy importante en el proceso que dará origen al MIR y en sus primeros años, pues articulaba voluntades diversas como al hermano mayor de Miguel Enríquez (Marco Antonio, de formación trotskista), a Clotario Blest por sus relaciones en la CUT y a su sector que representaba en la Central de Trabajadores. Fue el redactor de la Declaración de Principios del MIR y su militancia la desarrolló desde la tradición marxista revolucionaria, muy ligada a la lucha contra el partido Comunista (PCCh) al que caracterizaba de revisionista y pro conciliación de clases. Su pensamiento relevaba la crítica al capitalismo, al papel de la clase obrera en la revolución social, y al modelo insurreccional de toma del poder. Como buen trotskista tenía una intensa actividad teórica, y la lucha política la desarrollaba básicamente en el campo de la ideología y la propaganda entre los sindicatos.

Humberto Valenzuela, trabajó en las salitreras y muy joven conoce a Luis Emilio Recabarren; ingresó al PCCh en 1924, a los 15 años y comenzará a destacar como dirigente sindical. Es fundador de la "Izquierda Comunista", en 1935, el sector que renuncia al PCCh luego de las purgas de Stalin y se alinea con las posiciones de Trotski antiburocráticas y antisectarias del PC de la Unión Soviética y en Chile plantean críticas a la política del Frente Popular por expresar la conciliación de clases. Junto a Enrique Sepúlveda, rechazan el ingreso al PS y fundan el Partido Obrero Revolucionario. Es uno de los dirigentes fundadores de la CUT en 1953, representando a los Obreros Municipales, y luego convergerá en la fundación del MIR con la corriente trotskista. Escribió una "Historia del Movimiento Obrero. Muere en Santiago en 1977"³⁸.

Clotario Blest, es una de las figuras más relevantes del sindicalismo chileno, junto con L Emilio Recabarren. Impulsor de la unidad de los trabajadores, mezclaba una tradición

³⁸ http://www.bibliotecaobrera.cl/?page_id=967, visitada en junio 2010.

cristiana comprometida junto a una valoración de los anarquistas en el campo de la aversión al poder, la crítica a las burocracias partidarias y su apego a la libertad de pensamiento. Luego de conducir el proceso de unidad sindical en la década del '50 e impulsar importantes paros generales –algunos resistidos por la dirigencia del PCCh y PS- que le costaron la cárcel varias veces, fortaleció sus convicciones sobre la necesidad de concretar la aspiración de una organización revolucionaria que expresara los intereses de los trabajadores. Organizó un movimiento político M3N (Movimiento 3 de Noviembre) que conmemoraba el exitoso paro contra Jorge Alessandri de 1960 y proponía una plataforma revolucionaria de medidas políticas y económicas. Como fundador del MIR marcó profundamente en las generaciones más jóvenes la coherencia y ascetismo en la actividad política, como la idea de convergencia entre cristianos y eclécticos en una organización como el MIR (Vitale 1999; Corales 2006:20,25-30,37.).

Miguel Enríquez, médico, proviene de la clase media de origen masónico, de tradición política republicana y radical. Desarrolla tempranamente actividad política en la ciudad de Concepción entre los estudiantes secundarios y luego en la Universidad, junto a su amigo B. Van Schowen. Ingresó a la Juventud Socialista en 1961, a los 17 años, para posteriormente organizar con Andrés Pascal y otros la Vanguardia Revolucionaria Marxista, VRM. Convergen en la fundación del MIR (Palma 2002:41-69).

Andrés Pascal A, de familia de políticos socialistas como su madre diputada Laura Allende y su tío el ex presidente Salvador Allende. Estudió sociología en la U de Chile, ingresa a la Juventud Socialista en 1962, luego de un viaje a Cuba. Se articula con Miguel y Edgardo Enríquez para romper con la JS e ingresar a la VRM (Pascal 2010) (Palma 2002:56,57)

Nelson Gutiérrez, hijo de profesor rural, ingresa a la Universidad de Concepción. En el año 1970 es electo Presidente de la Federación de estudiantes, FEC, que había liderado L Cruz. Se recibe como Sociólogo con excelencia. (Gutiérrez 1990 :3,4) Ingresó al MIR en 1965.

Hernán Aguiló, estudió ingeniería en la Universidad Técnica del Estado, sin militancia anterior se ingresó en 1968. Fue electo, por el Frente de Trabajadores Revolucionarios, FTR, dirigente provincial de la CUT en 1971, luego fue promovido a la CP en 1974 y

en 1976 asume como Secretario Interior del MIR, lo que en esas condiciones lo dejó como jefe de la organización en el país.

Luciano Cruz A, era hijo de un militar. Estudió medicina en la Universidad de Concepción y fue Presidente de su federación estudiantil, la FEC, en 1967. Extraordinario dirigente popular, con influencia en sindicatos textiles y del carbón en esa zona. Estuvo en Cuba en 1969. Adquirió relevancia nacional con una acción sobre un periodista de el diario El Sur que le obligó a pasar a la clandestinidad, junto a otros dirigentes del MIR (Palma 2002:75-80). Realizó trabajo de organización entre los mapuches e hizo relaciones con personal del Ejército, desde donde obtuvo información y recursos, para el incipiente trabajo político entre las FFAA. Murió tempranamente en 1971, producto de un accidente casero. Sus funerales fueron la primera expresión masiva del respaldo social que tenía el MIR y que impactó profundamente a la dirección partidaria respecto de lo que se estaba logrando construir (Pascal 2010) (Valenzuela 2010).

Como se puede apreciar, hay claramente dos generaciones en el proceso de convergencia para fundar al MIR, una de orientación trotskista con una tradición sindical y de trabajo de masas que se abría a las nuevas lecciones políticas de la revolución cubana y por otra la proveniente del impacto de ésta y el clima político y cultural de esa época que trasgredía los límites tradicionales en el mundo privado como público. El proceso fundacional es una suma de grupos de orientación marxista y que buscaba actualizarlo con el leninismo, en el sentido de promover una política revolucionaria de lucha contra el poder del Estado burgués. En otras palabras, el referente de lo políticamente correcto era el marxismo, el leninismo y luego la diversidad de interpretaciones, así como teóricos contemporáneos (Luxemburgo, Lucaks, Marcuse, Althusser, Mandel, los dependentistas, etc.). Tampoco hay una práctica común ni de acciones armadas o lucha social que construyera las confianzas y reconocimientos previos, cuestión que se producirá luego de la fundación, con las consecuencias políticas de la prolongación de las discusiones y divisiones internas.

Entre el '67 y '69, con la salida de los trotskistas, el MIR se despojó de una vertiente central de su fundación, dejándolo sin una parte de la tradición de la izquierda no comunista del movimiento popular; en esa etapa también se desprenderán algunas

disidencias menores. El predominio del grupo de M. Enríquez se hará incontrarrestable a partir de esta etapa. Pero, también considerando el cuadro anterior se puede apreciar que, los fundadores que se mantendrán después del '69 se reducirán significativamente con el tiempo y la represión, drenando de esas capacidades de reflexión y acción a la organización.

Las primeras acciones armadas del MIR se realizarán recién en 1969 y participarán los dirigentes y miembros de la generación joven. Lo harán sobre los Bancos, como “expropiaciones” para financiar la lucha armada y en apoyo a las acciones directas de pobladores y obreros en huelga. Estas acciones serán las que llevarán a la salida de los últimos adherentes a la corriente trotskista y operará como el “rito de pasaje” desde los debates sobre la revolución a la acción revolucionaria de ruptura con la legalidad, con las consecuencias de la persecución por parte de los organismos policiales. Es lo que Luciano Cruz señalaba como el compromiso sin dejar ningún As bajo la manga; el camino sin retorno tras el objetivo revolucionario.

Sin embargo, el uso de la violencia armada se limitó a las acciones de búsqueda de fondos para financiar las actividades políticas, durante un año; no hubo ningún muerto. Tampoco se utilizaron explosivos, por lo que el desarrollo real de las estructuras militares fue poco significativo y su apertrechamiento o capacidad de fuego escasa.

1.3. De los documentos: su luz y sus limitaciones.

Como hemos dicho, los documentos no son necesariamente, en el campo político, expresión de una práctica o de una propuesta, sino más bien pueden explicitar un consenso temporal entre diversos actores de una organización. En este sentido permiten tomar el pulso del discurso predominante en un determinado momento, pero no de la práctica que se desarrolla.

Es sabido que en la política en general, y por tanto la de las organizaciones revolucionarias también, el juego de posiciones políticas, sus tensiones internas, son

consustanciales a ésta. La particularidad, quizás, es que por los propósitos y métodos subversivos que tienen, además de la idea predominante en esa época que la organización debía operar con los principios del centralismo democrático, esas discusiones no trascendían fuera del grupo directivo construyéndose una imagen de organizaciones monolíticas, sin serlo.

En el sentido anterior es que los documentos pueden expresar un “deber ser”, o un momento de la discusión, o un predominio circunstancial de un grupo sobre otro, por lo que fijan el marco consensuado para la acción política en ese momento y no necesariamente la práctica misma. De esto que una historia basada sólo en los documentos de ambas organizaciones no expresara la historia social y política sino la formalidad discursiva.

1.3.1. Tupamaros: La práctica como mensaje de una teoría revolucionaria.

Con la precaución señalada, es necesario decir que los Tupamaros nacen sin una Declaración de Principios ni Programa, y la expresión del consenso es sobre un diagnóstico del país, de una estrategia e incluso de algunos objetivos comunes, más allá de la “liberación nacional” y “el socialismo”(Torres 2001 :176-178, 180, 183, 195, 206-211). Más bien el documento importante, y el único que se aprobó en la reunión fundacional, ya decidida la idea de construir una nueva organización política y superar la federación que era “El Coordinador”, fue el Estatuto que fijó las normas internas. Respecto de sus fines en el Artículo 1 señala “El MLN aspira a ser la vanguardia organizada de las clases explotadas en la lucha contra el régimen: es la unión voluntaria y combativa de quienes son conscientes de su deber histórico. Por lo tanto, el MLN trata de guiar al pueblo uruguayo por el verdadero camino de su liberación de todo el continente americano”. En general los demás artículos están pensados para una organización clandestina (Art. 6), pequeña (aunque el Art. 2 señala que “cualquier persona puede ser miembro aceptando su programa [que en ese momento no existía] y el reglamento), sin un dirigente máximo (ni Secretario General o Presidente), con un alto poder en el Comité Ejecutivo y con un significativo Art. 19 que afirma “El MLN debe estar preparado para aplicar, cuando sea necesario, el principio del centralismo estratégico, con autonomía táctica, para lo cual cada sector y cada organismo debe tener

posibilidades de operar automáticamente”, que permite un modelo de acción política y militar descentralizado. Hay también consideraciones sobre la disciplina, la seguridad y la conducta moral del revolucionario, como criterios sobre las expropiaciones, atentados y sabotajes (Harari 1987 :69). El Comité Ejecutivo quedaría integrado por Sendic, Tabaré Rivero, E. Fernández y un miembro a designar por el MIR uruguayo (Huidobro 1987:75).

Otro documento importante fue el N°1, elaborado básicamente por E. Fernández sobre la base de las 9 Tesis presentadas por Torres (Tristán 2006:105) a la reunión fundacional y explicitado en el documento “30 preguntas a un Tupamaro” que respondió Sendic a la revista chilena Punto Final en 1969. En ella se encuentran los planteamientos centrales de carácter programático³⁹.

Es importante considerar que respecto del uso de la violencia como método de acción política, los Tupamaros lo consideraban “inevitable” y a la vez “necesario”. Inevitable, en tanto, la crisis estructural que vivía la sociedad uruguaya desde fines de la década del '50, tensionaba a la clase dominante –la oligarquía- a favor de distinto tipo de salidas políticas, lo que se expresaba también en las divisiones internas al interior de los partidos tradicionales, con la consecuente pérdida de liderazgo ante la sociedad y aumentaba la protesta social. Esta situación dinamizaba la protesta social para impedir que la crisis se resolviera a costa de los ingresos de los trabajadores organizados. La dinámica política y social de confrontación colocaba a las Fuerzas Armadas en una posición expectante e involucrándose tempranamente en la arena política, a través de las Logia Tenientes de Artigas –de clara orientación conservadora católica que presiona por un orden represivo-, como de la Logia de orientación más legalista y liberal que integraba entre otros el general Líber Seregni. Esta dinámica entre los oficiales de las FFAA, en conjunto con la amenaza de invasión militar brasilera –que hacia 1964 tenía un gobierno encabezado por militares- hacía prever a los Tupamaros que la superación de la crisis llevaría al enfrentamiento violento ante el cual había que prepararse. Es la idea discutida ya en el “El Coordinador” para la defensa ante el golpe de Estado y de autodefensa del movimiento popular que ya era reprimido violentamente por grupos de ultraderecha.

³⁹ En entrevista con el autor, a este respecto Manuel Cabieses, Director de la revista, no recuerda el canal cómo llegó ese documento, pero sí tiene claro que venía de los Tupamaros y era Sendic su autor.

La idea de una salida violenta inevitable también estaba instalada en el movimiento sindical, el que tempranamente, en 1964 con su unificación, la CNT había establecido que ante un golpe de Estado se debían ocupar todas las empresas y con un Plan defensivo contrarrestarlo (Huidobro 2001 :110) (Tristán 2006 :364)

Desde otra perspectiva, los Tupamaros también consideraron que la violencia era necesaria, en su mirada como razón ética, en el sentido que la democracia liberal de la época estaba corrupta, no daba garantías del cumplimiento de la ley pues los Tribunales eran tolerantes a los negociados de la oligarquía y no perseguían a los grupos de ultraderecha que reprimían a dirigentes sociales y políticos. Es decir, que ante los poderosos había que ocupar métodos violentos para desenmascararlos. Pero también estaba el argumento de la experiencia histórica de las luchas de liberación del colonialismo español con Artigas, y la violencia a lo largo del siglo XIX que también formaba parte de las lecciones respecto que no había lucha política que no tuviera componentes militares. A ello se sumaba la experiencia concreta del triunfo de la revolución cubana que mostraba palmariamente la posibilidad de llevar a cabo un cambio revolucionario en América Latina (Torres 2001 :75-78). En otras palabras, los Tupamaros se fundan argumentando el realismo político que no hay procesos de cambios revolucionarios (o contrarrevolucionarios) que no tengan un componente de violencia social y política y que ante ello más vale organizarla.

Otra cosa será la discusión al interior de los Tupamaros sobre la estrategia que guió el uso de la violencia y el grado con que ésta debía ser aplicada. Es decir, definieron tempranamente que la guerrilla urbana sería su método de acción principal, en clara diferenciación con las orientaciones de la época; que su primera fase era de propaganda armada para desenmascara el poder oligárquico y operar sobre las “condiciones subjetivas” de la población (de esto que hasta 1969 se les considerara los “Robin Hood” del uso de la violencia), rompiendo con el parlamentarismo de la izquierda tradicional y buscando el atajo para operar sobre la crisis estructural del Uruguay. Posteriormente surgirán ásperas polémicas internas sobre algunas acciones armadas, su necesidad y consecuencias, como también respecto de la coherencia con la estrategia y condiciones políticas que el propio movimiento había creado.

Es importante señalar que en el uso de la violencia se señala que los Tupamaros, fueron extremadamente cuidadosos en la selección de los objetivos de sus acciones, evitando generar víctimas inocentes; hicieron “pedagogía política” con sus acciones aunque buscaban que se explicaran por sí mismas y no desarrollaron el uso de explosivos por los peligros para la población civil (Blixen 2000 :177) (Tristán 2006 :61,62). También en el propio Reglamento fundacional “se refiere a algunos tipos de operaciones, condicionándolas. Respeto a la propiedad de los trabajadores y pequeños propietarios (Art. 36); rechazo absoluto del terrorismo que afecta indiscriminadamente a muchas personas ‘por considerarla inhumana, al segar vidas inocentes y de ser de efecto político negativo’ (Art. 37); evitar sabotajes que puedan afectar vidas humanas y el cierre de fuentes de trabajo, etc.” (Harari 1987:69)

En base a lo expuesto en cuanto al “nudo histórico” específico del proceso de fundación de los Tupamaros, hay que señalar, retomando los aspectos de importancia para esta etapa, que:

1. Las vertientes “teórico ideológicas” se encuentran en el marxismo y sus alternativas al “marxismo oficial” preconizado por el PCU, es decir las variantes “china” proveniente del MIR y la más relevante, la proveniente del PS con su interpretación de socialismo nacional y latinoamericano, en este sentido es un pensamiento socialista. Otra vertiente importante es el anarquismo sea por el peso intelectual que tenía en la izquierda, como por su influencia en sindicalistas que se vinculaban a los fundadores y que evolucionaba a la necesidad de un “encuentro” con el marxismo, manteniendo su importa libertaria.
2. Generacionalmente hay una importante influencia de sucesos políticos como las consecuencias de la Guerra Civil española, la Guerra de Corea y la disputa chino-soviética, así como la lucha por la Reforma Universitaria del '58 y las incipientes medidas represivas de fines de esa década. Estas son cuestiones importantes pues marcan a un grupo de dirigentes que nace a la vida política de izquierda antes de la Revolución cubana y por tanto están en condiciones de procesarla con un bagaje que les permitirá construir su propio “modelo” de revolución.
3. El carácter heterogéneo de su confluencia teórica y política será considerada como una riqueza, valorando la diversidad de miradas. Esto

habla de una apropiación del marxismo en un sentido no dogmático y posibilitará que se exprese en que los liderazgos no quedarán sancionados en una estructura formal y deberán competir por su legitimidad permanentemente en base a sus prácticas e ideas, a su capacidad de persuasión y coherencia personal. Nunca ha existido en el MLN la figura del Secretario General, tan propia de los partidos de izquierda y que –finalmente- era la autoridad que dirimía la “verdad oficial” y luego la “línea correcta”. Esta forma de tratar la diferencia permitirá en la discusión entregar argumentos concretos más que dirimir las diferencias en referencia al pensamiento “correcto” de Marx, Lenin, Mao, Fidel u otro referente del movimiento revolucionario.

4. Los individuos o colectivos del grupo dirigente que fundará la organización, han desarrollado prácticas relacionadas con el sistema político formal. Son diversas, pero en algunos bastante relevantes (militancia dirigencial en partidos de izquierda, cargos relacionados con el gobierno, dirigencia sindical, etc.), lo que de alguna manera influirá en el devenir de la organización, en su capacidad de diagnosticar la complejidad de las situaciones políticas y las formas de responder a éstas.
5. Se constituyen como organización luego de 4 años de unas prácticas comunes de apoyo a un sector popular de trabajadores campesinos (los cañeros de Paysandú y Bella Unión), excluidos del Estado de compromiso Batllista. Sus acciones van desde la realización de expropiaciones armadas, apoyo logístico a las marchas y propaganda, lo que les permite construir confianzas previas y separar aguas de los diletantes o aventureros. En este sentido el acto fundacional rupturista que marca el rito de pasaje del grupo de propaganda y debate a la decisión de emprender la lucha armada se da antes de la fundación formal, en 1963 con la acción de expropiación de armas de “Tiro Suizo” y otras de tipo financiero efectuadas como si hubiesen sido delitos comunes.
6. Sus debates en torno a cuestiones concretas, son en realidad respecto del proyecto futuro. El desechar la creación de un partido marxista leninista revolucionario, “vanguardia del proletariado”, es una opción consciente

que inaugura una nueva forma de hacer política en el Uruguay y que expresa el distanciamiento de las tesis tradicionales en que estaba enclaustrada la izquierda acerca de los “modelos” de revolución. Por otra parte, la toma de distancia con la propuesta de “foco guerrillero”, es también una decisión meditada, que explicita un tipo de estrategia delineada con la idea de responder a un eventual golpe de Estado, como dar inicio a una construcción de fuerzas para el proceso revolucionario de liberación nacional, según se habían propuesto. El documento “Foco o partido, falso dilema”, del año '71, vino a ratificar que el proceso de constitución del MLN-T había cristalizado en un modelo de construcción de partido completamente distinto a la izquierda tradicional uruguaya, pero también a la de la izquierda revolucionaria latinoamericana (Torres 2001 : 113-117) 113-117, (Harari 1987 : 77-79).

7. Al tomar la decisión de resolver por la práctica las discusiones teóricas presentes por años, y tomar la experiencia de las tradiciones nacionales revolucionarias de la independencia, se mostraba la particularidad y originalidad del planteamiento Tupamaro. Es decir, recuperar para la izquierda los proyectos independentistas del siglo XIX, y las luchas campesinas y populares de tipo liberales y federalistas será una propuesta que el marxismo había tomado débilmente y que más bien pertenecía al discurso anticolonialista, antiimperialista similar a los de José Martí.

1.3.2. El MIR y la teoría como guía para la revolución.

Hemos analizado la Declaración de Principios del MIR como elemento base de la reunión de voluntades para hacer la revolución chilena. Redactada en la tradición marxista, permitió definir el “rayado de cancha” y a la vez darle una identidad inicial de partido más que de movimiento; de organización para la lucha de masas en confrontación directa con el aparato estatal, que de guerrilla en lucha contra los agentes militares del Estado; de agrupación contra el reformismo y el revisionismo del marxismo que de nuevas teorías de interpretación de la sociedad; de organización con estrategia insurreccional obrera y popular, que de guerrilla rural. Pero, claramente, al

menos al grupo de la generación joven, no le interesaba tanto esa Declaración como el emprender la lucha directa y no quedar atascado como la vieja generación revolucionaria a los cánones clásicos del trabajo sindical, el periódico iluminador y las concentraciones de protesta.

Según afirma A. Pascal⁴⁰, el MIR va a ser refundado por este grupo generacional hacia 1969, pues allí se plasma el diseño que venían trabajando desde 1964, antes que M. Enríquez ganara la secretaría general y luego desde la Secretaría General el '67. En la práctica el grupo de la generación joven se reunía paralelamente a los órganos regulares, se distribuían tareas, realizaban discusiones políticas periódicas y buscaban contactos con militantes de izquierda con influencia social para reclutarlos, particularmente aquellos provenientes del PS.

De acuerdo a lo anterior la vía de la refundación del MIR será:

a) Pasar de las palabras sobre la violencia revolucionaria a la acción armada. Esto se expresará en la separación de aguas en la cuestión organizacional que se refleja en los documentos “Sólo una revolución entre nosotros nos puede llevar a una revolución en Chile” y las “Tesis Político Militares”, que contienen los lineamientos de una concepción de Guerra de guerrillas, alejándose de la tradición insurreccional trotskista, señalando que *“nosotros debemos reactualizar nuestras tesis anteriores de manera de establecer una correlación concreta entre nuestras abstracciones estratégicas y nuestra práctica revolucionaria cotidiana. La lucha y la utilización de la violencia no constituyen hoy en día uno de los caminos posibles sino el único, para destruir el régimen semi colonial de vergüenza y de miseria que es el nuestro.”*(...) *“la apertura de algunos primeros focos armados que poco a poco crearán las condiciones revolucionarias llamadas “objetivas”, es decir que ellas permitirán progresivamente ganar a la población para integrarla a la lucha armada”*. La lucha armada sería principalmente rural, pensando en construir un Ejército revolucionario, pero no excluía la actividad urbana (Sandoval 1990 :40,41).

⁴⁰ Entrevista con el autor, mayo 2010. “dentro del MIR habían don miradas políticas, habían dos direcciones, la primera dirección, la formal, del Comité Central que se elegía en la agrupación política que fue hasta el 67, y siempre hubo y se despliega una dirección no oficial, no formal en el MIR, que funcionaba fraccionalmente, pero no en el sentido de una fracción que opera dentro de la institucionalidad del partido, una fracción que construye una organización distinta, que es otra cosa, me explico, no es una de la fracciones del partido socialista actual; este era un grupo que estaba construyendo otra organización distinta”.

b) El “rito de pasaje” entre la situación de debate a la graduación como revolucionarios estará marcada por las acciones de “expropiación de bancos” y el caso del periodista Osses⁴¹, lo empujará al paso a la clandestinidad de toda la dirección mirista y a sus grupos operativos, constituyéndose en el punto de ruptura entre la discusión sobre la lucha armada y su iniciación;

c) La discusión con un grupo que constituirá el Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez, MR-2, que abogaba por una mayor actividad armada; discusión que se plantea en la disyuntiva entre “Grupos armados o Acciones directas”. Este grupo no tendrá una gravitación mayor, y terminarán volviendo al MIR o ingresando del PS.

Esta re-fundación llevará a estrechar los vínculos con la intelectualidad orgánica de la “teoría de la dependencia” alejándolos de la versión de Luis Vitale y enlazándolos con la “nueva izquierda” norteamericana y la generación joven europea. En esta dinámica se consolida la posición de Miguel Enríquez como líder indiscutido del MIR y la Comisión Política como su equipo, desde donde se implementa la reorganización.

Este proceso adoptará un camino de confrontación interna más que de creación conjunta, siendo hegemonizado por la “nueva generación” que, proclamando la necesidad de la lucha armada y la guerra revolucionaria, implementará limitadas acciones armadas que serán suspendidas en junio de 1970, ante las elecciones presidenciales que tenían nuevamente como candidato de la izquierda a Salvador Allende. En esta etapa '65-'69, hay dos procesos paralelos en lo interno: uno, de conformación de un pensamiento político que recrea una lectura del marxismo “trotskista” poniéndolo a tono con la realidad latinoamericana de grupos insurgentes en la región; es una adecuación de un pensamiento influido por la revolución cubana, -de tipo “guerrillero” en lo metodológico-, a las condiciones de fuerte influencia de la izquierda tradicional en el movimiento popular y de éste en la sociedad. El otro proceso

⁴¹ Acción realizada en junio '69 por un grupo del MIR, en que está Luciano Cruz e Ingrid Sucarrat. Secuestran por unas horas a un periodista que los criticaba ácidamente, el que será dejado desnudo en una plaza. Este “rito de pasaje” se encuentra en los Tupamaros ya en el año '66, pues en la preparación una acción de financiamiento deviene en enfrentamientos con la muerte de C. Flores, luego de M Robaina y la clandestinización de casi todos los militantes -23 de 30- quedando desmantelada la infraestructura y dejándolos a punto de la disolución. Harari, J. (1987). Contribución a la historia del ideario del MLN Tupamaros, análisis crítico. Montevideo, Plural..

será el de la integración de la tradición del “trabajo de masas” proveniente del sector trotskista, que de alguna manera marcó también la idea que no había vanguardia posible sino era liderando a sectores sociales relevantes; de ese modo el esfuerzo no se volcó a la constitución de un grupo armado, sino a resolver la relación entre la generación de una orgánica que vinculara el trabajo político social con la organización armada, dando origen a los Grupos Político Militares, GPM, que eran estructuras territoriales que se desarrollaban en el trabajo político con pobladores, estudiantes y trabajadores y que en el proceso de reclutamiento iban generando una cierta especialización en las “tareas especiales”, que en la práctica resultaron ser grupos de apoyo a las “acciones directas de masas”, como las tomas de terrenos, liceos, huelgas sindicales. La prioridad de la inserción social estuvo dada por aquellos sectores “más explosivos”, es decir los que no contaban con representación en el sistema de partidos políticos tales como los sin casa, el campesinado sin tierra y los sindicatos pequeños. Hasta el año '70 la estructura armada del MIR eran algunos militantes ligados directamente a la dirección nacional y que no contaban con un poder de fuego significativo (Moreno 2010, Septiembre)⁴². No hay ninguna acción armada con algún objetivo político específico; sino más bien acciones de “expropiación de bancos” cuyo objetivo financiero era justificado políticamente⁴³. El proceso de organización para la cuestión militar es débil: hacia fines del '69 no hay más de 30 militantes con capacidad de realizar acciones armadas, incluidos los dirigentes y un escaso poder de fuego que no incluía armas largas ni pesadas.

Es interesante señalar que respecto de la violencia política la reflexión del MIR se asentaba en el “principio” que la clase dominante no entregaría el poder producto del resultado electoral ni se dejaría arrebatar sus riquezas pacíficamente. Este enfoque provenía de una crítica a la democracia burguesa y, en parte, a la tradición marxista de los años '30, que recupera la dirección del MIR en sus conversaciones con los antiguos

⁴² “Los GPM tenían una pata de desarrollo político de masas, otra pata de desarrollo miliciano-militar y otra para de AGP [agitación y propaganda]-logística que permitiera implementar la política del MIR, orientada a la constitución de la fuerza social revolucionaria y el poder popular. Esta táctica también incluía el desarrollo de los ‘frentes intermedios’ que eran el FTR, MCR, MPR, FER...”. Entrevista de Hernán Aguiló a Sebastián Leiva, para tesis Magíster de Historia, USACH.

⁴³ Los Tupamaros el año '69 ya habían desarrollado significativas acciones armadas, entre ellas la “Toma de Pando”, un pueblo pequeño, suburbano, el cual coparon militarmente durante unas horas. Su objetivo político era homenajear al Che Guevara y demostrar ser una fuerza política, a la vez que obtener recursos financieros.

comunistas disidentes de la Izquierda Comunista, como Reinoso (Pascal 2010)⁴⁴, que estuvo marcada por las lecciones europeas del uso de la violencia contra los comunistas en Alemania (los asesinatos de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo en 1919), de la reacción franquista a la República española, etc. Pero, también estará en el centro de la reflexión las lecciones de la experiencia cubana, que serán importantes pero no implicarán su copia. En este sentido, los documentos iniciales indican una concepción más insurreccional influida por el trotskismo, y luego una búsqueda más original de resolver el vínculo entre lucha social y lucha armada. “La izquierda no podía evadir la cuestión militar” (...) “a partir de 1967 decantamos la concepción de una estrategia de guerra popular”, separando aguas del ‘foquismo’ y del insurreccionalismo, se buscaba generar “una fuerza militar que protegiera el avance del movimiento popular y revolucionario” (Pascal 2003:33-39)

En cuanto a la violencia M. Enríquez era partidario de un uso graduado de la violencia y con fines políticos. Pensaba que debía “subordinarse a una política revolucionaria y ser congruente con el estado de la lucha de clases”, en otras palabras el método terrorista no era condenable en sí mismo pues era parte de la política, sin embargo para las condiciones chilenas “el método no corresponde a la etapa que vive el movimiento revolucionario en Chile”(Sandoval 1990 :56). Esta afirmación se vio reflejada en el tipo de acciones armadas que implementó el MIR durante esos años y hasta fines de los ’70, pues no usó la violencia armada contra las personas. A Pascal señala que: “El mismo sentido de la violencia [para el MIR]; hay una violencia, no es una violencia popular, no es una violencia con la rabia del oprimido, es una violencia de “quirófano”, que no haya sangre, la preocupación de Miguel era que no podían haber disparos, que no podemos herir a nadie, etc.”(Pascal 2010). Edgardo Enríquez de la CP, lo ratifica en una entrevista de 1972, donde señala que “...en Chile el uso de la violencia revestía (y reviste) particulares connotaciones a ojos del pueblo (...) el uso de la violencia para fines políticos o de cualquiera otra naturaleza requiere de tal grado de justificación pública que, de no lograr esta última, se provoca una reacción popular de repudio a los ejecutores y de conmiseración hacia la víctima”(Sandoval 1990:57)

⁴⁴ Señala: “en cierto sentido eso fue una recuperación de la historia lo que nosotros hicimos y pudimos hacer a través de los viejos que venían del partido comunista, trotskistas, todos esos, son como recuperar la historia, digamos, o revisar la historia de los 20, desde antes de la conformación del bloque histórico del Frente Popular”

Se puede afirmar en relación a los aspectos considerados para esta etapa, para el caso del MIR:

1. Las vertientes teórico ideológicas que convergen en su fundación son básicamente las corrientes marxistas radicalizadas, en sus formas de leninismo y trotskismo. Es decir, discursivamente lo políticamente correcto era preservar las formas del discurso de estas dos tradiciones europeas del marxismo, aunque se hacían esfuerzos importantes para reinterpretar la historia de Chile; reelaboran el pensamiento de la izquierda a partir de la experiencia cubana y buscan nuevos modelos explicativos del subdesarrollo nacional.
2. Hay dos generaciones que convergen, pero finalmente la “vieja izquierda revolucionaria” es desplazada dejando tanto una contribución en el plano de la importancia que tienen “las masas” para una política revolucionaria como un cierto doctrinarismo ideológico respecto del tratamiento de la “izquierda tradicional”. En ninguna de las dos generaciones hay militantes con experiencia política institucionalizada, son por una parte los automarginados de la izquierda tradicional y en enfrentamiento ideológico con ésta en diarios y sindicatos y, por otra, los jóvenes de las juventudes políticas de esa misma izquierda que “desde la base” interpelan al parlamentarismo y el reformismo de sus direcciones.
3. El MIR se organiza y luego lucha. La acción política común previa a la fundación es inexistente, por lo que la unidad se da en torno a los Principios y el Programa, que son básicamente declarativos. Será en los 4 años posteriores que hay una práctica política socializada al interior de la organización, pero que pertenece a dos lógicas distintas, que llevará a la “refundación” del MIR el año '69 y el inicio de la “lucha armada”, que adoptará la forma de “propaganda armada”, a través de asaltos a bancos principalmente.
4. El debate teórico-político se da en torno a la necesidad de emprender las acciones armadas y definir nuevas formas de organización para ello. Se buscaba mantener unida la dirección política, realizando las acciones sin abandonar el trabajo en los sectores sociales, y sosteniendo una dirección centralizada y una conducción descentralizada. En esto habrá una clave ética que se sostendrá a lo largo de varios años: los que definen las políticas son los primeros en ponerse a disposición de ellas, pues la legitimidad de la conducción

estaba en que se ponía el cuerpo junto a las ideas. Esto forja lazos mucho más fuertes, sustituye –de alguna manera- la democracia interna y hace que las discusiones se zanden “entre los iguales”.

5. Si bien hay una lectura propia de las tradiciones históricas del país y del movimiento popular, estas quedan opacadas en el discurso político por los conceptos clásicos del marxismo y se apela más a la política y la época de revolución, que a las tradiciones nacionales para impulsar la acción. En este sentido pesa la escasa tradición de este marxismo leninista de apropiarse de “lo nacional” y apelar a lo popular, aunque en su práctica realizara una política ligada a los sectores populares empobrecidos más que hacia el proletariado. Pascal señala incluso que el grupo generacional de Miguel Enríquez, proveniente de Concepción “rechaza el centralismo, rechaza los poderes oligárquicos, a la concepción de una política central; una clase política, oligárquica que ha ido incorporando sectores y que se rompe con los frentes populares, porque emergen clases medias pero termina reconstruyéndose una elite, una clase política igual, con su eje en Santiago, en el Parlamento, en el Gobierno, Miguel, [y los] que venían de Concepción incorporaban un sentimiento regionalista bastante fuerte, una visión federalista de la política, de la organización del Estado”(Pascal 2010, Mayo). Pero esta “posición que sin embargo nunca se transformó en parte programática del MIR, a nosotros nos daría vergüenza basarnos en Carrera...”, afirma M. Cabieses –que conoció a M. Enríquez y a otros dirigentes en 1967, para luego militar formalmente y llegar al Secretariado Interior en 1979-(Cabieses 2010, Agosto).

1.4. Sobre la violencia fundadora.

Como se aprecia, en ambas organizaciones hay algunas características sobre el uso de la violencia para esta etapa que son similares.

- a) La idea básica es que la violencia revolucionaria es un instrumento para la lucha contra las clases dominantes. Se parte del supuesto, dado por otras experiencias

internacionales, que ellas no dejarán que se les expropien sus grandes propiedades, sea el latifundio, la empresa financiera o industrial, que serían la causal de la pobreza en la que vive el pueblo, por lo que ante un proyecto de justicia social se requiere de la preparación para ese momento de la respuesta violenta de la clase privilegiada. Es una idea ofensiva en tanto el pueblo requiere tomar para sí esas riquezas que ha ayudado a forjar y se vuelven en su contra.

- b) La revolución cubana y las experiencias de liberación nacional en Asia y África, legitimaron en sectores importantes, en esa época, el uso de la lucha armada como método de acción política.
- c) La violencia revolucionaria es también una idea defensiva en tanto ambas organizaciones señalan que las FFAA responderán militarmente ante las demandas populares, con independencia que exista el sistema democrático. En este sentido, se visualiza a las FFAA institucionalmente al lado del poder del Estado y con un proceso de adoctrinamiento contrainsurgente institucionalizado por los pactos de ayuda mutua con los Estado Unidos (Tratado Interamericano de Ayuda Recíproca, TIAR). Además están los casos de movimientos golpistas en ambos países en la década del '60; desde fines de los '50 en el caso uruguayo hacia el '69 en el caso chileno.
- d) Hay una idea que el contexto internacional ha llevado a que toda política de cambios revolucionarios se enfrentará a la reacción del imperialismo norteamericano –como lo fue en la década del '30 en Centro América o en los '50 en diversos países- que jugará un rol activo en su área de influencia. Esto era particularmente sensible en el caso Uruguayo por la presencia de la dictadura de las FFAA en Brasil y Argentina y en Chile por los procesos de reforma agraria y chilenización de las riquezas básicas.
- e) Teóricamente, ambos movimientos se proponen organizar un Ejército propio. Es decir, que en su estrategia se concibe que para conquistar y sostenerse en el poder requerirán de un Ejército popular, cuyo proceso de construcción lo inicia la vanguardia armada. En el debate de la época ésto es muy determinante pues las tesis insurreccionalistas, del tipo soviético, posponían las tareas militares para un futuro, dejando la cuestión de las armas fuera de la práctica política; de ello es que muchos de los desacuerdos y divisiones de ese tiempo, entre quienes eran partidarios del uso de la violencia política, se centraron en la estrategia

- político militar, donde los ejemplos de las revoluciones China, vietnamita, argelina y cubana jugaron un rol muy importante.
- f) No existe una reflexión filosófica sobre el uso de la violencia, aunque tiene un lugar esencial en el proyecto revolucionario. Es una aproximación político instrumental respecto del tema del poder, lo que permite dos cosas: por una parte lo hace diferenciador e identitario respecto de aquella izquierda que no comparte la idea del uso de la violencia armada como estrategia de cambio y por otra, tiene una vinculación con los proyectos políticos y no con la fundación de un nuevo tipo de hombre y sociedad que por medio de la “violencia purificadora” de la corrupción y la explotación del hombre por el hombre, al estilo de Georges Sorel.(Kersffeld 2004 42-44) (Goicovic 2002).
- g) Se tiene la concepción de que la violencia armada ejercida por un grupo revolucionario, ayuda a la propaganda de las ideas que éste tiene, si aquella es aplicada cuidadosamente sobre objetivos que se expliquen por sí mismos. En este sentido hay clara consciencia que la mentalidad popular no legitima –en esa etapa, para sus sociedades- acciones armadas indiscriminadas o de ejecución de personas. Es la “violencia de quirófano”, sin daños colaterales, ejercida por una “vanguardia armada” en proceso de organización y conquista de un espacio político.
- h) Existe un claro rechazo del uso del terrorismo político, lo que se refleja en la escasa gravitación que tiene el uso de explosivos en las acciones de la época. Pero, por otra parte, su uso por parte de una “vanguardia armada”, y no como violencia popular, se justificaba porque cumpliría, en esas condiciones, un rol catalizador de la consciencia popular.
- i) Al retomar la idea de la “economía de la violencia” se desprende para esta etapa, el que ambas organizaciones, tienen clara consciencia que las condiciones de libertades democráticas restringen significativamente su legitimidad y por tanto su uso. Acá la violencia es funcional al proyecto político de generar una alternativa que rompa la inercia de los tiempos electorales y de la administración, muestre otros métodos para enfrentar las crisis del modelo de desarrollo y capture la adhesión popular. Su uso estaba en manos de dirigentes

que no eran ni “moralmente obtusos” y tampoco “regeneradores de sociedades” (Arendt 2006)⁴⁵, por lo que se mantenía una racionalidad política.

- j) Hay un notorio sentido del uso de las armas como forma de intervenir en la política. Las acciones que se desarrollan no sólo tienen un objetivo político en sí mismas, sino que también se elaboran con el objeto de que sea publicitadas y por tanto que su mensaje sea la propia acción. Esto explica en parte el notorio crecimiento de ambas organizaciones en un período muy breve desde su existencia formal.

Entre las diferencias cabe destacar que:

1. Los Tupamaros desarrollaron acciones armadas de propaganda y expropiación de dineros, incluso desde antes de su fundación formal. Por lo tanto el protagonismo de la acción armada estuvo desde el comienzo como un componente de la militancia. En cambio, como hemos dicho, en el MIR las acciones armadas de propaganda y expropiación no duraron año y medio; por lo que la impronta de la militancia del MIR no estuvo en la práctica de las acciones armadas sino solamente en un reducido grupo de la dirección.
2. Lo anterior va a generar una situación muy importante. La socialización de los militantes en lo que es una práctica armada revolucionaria adquirirá en el caso de los Tupamaros un peso gravitante, transformándose la participación o apoyo a la actividad armada en el factor identitario respecto del resto de la izquierda. Esto implicará que la capacidad de maniobra de la dirección para adaptarse a los vaivenes de la situación política podría ser menor, toda vez que dejar el accionar armado tendría un costo en la unidad interna. Toda la generación posterior a los fundadores se inició en la actividad política a través de las armas. Respecto del MIR la situación es distinta, pues su accionar armado fue breve y limitado -a un grupo de no más de 30 miembros hacia el año '70- que se abre a un significativo período de amplias

⁴⁵ Arendt, alerta sobre el uso de la violencia pues “el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlos”, pág. 10.

movilizaciones sociales y produciendo su crecimiento organizativo fundamentalmente en las tareas político sociales.

3. La relación con las FFAA. Este punto es importante, pues ambas organizaciones entienden que no se puede hacer política sin considerar el tema militar, tanto el de cómo desarrollar fuerza propia y el cómo caracterizar y relacionarse con las FFAA de la nación. Las características de éstas en el caso uruguayo son especialmente interesantes, toda vez que tienen una historia marcada por la influencia política de los gobiernos colorados, con presencia de sectores liberales y de izquierda, formación en la escuela francesa, un escaso desarrollo institucional y tecnológico, y cierta ideología nacionalista conservadora y otra progresista (López 2000); elementos que irán variando con la asesoría norteamericana hacia la homogeneidad ideológica; los Tupamaros desarrollaron, como parte de su política militar, en dos oportunidades, el '71 y '72 conversaciones y negociaciones formales con la oficialidad. En cambio el MIR tuvo un trabajo, primero de información hacia las FFAA, luego de reclutamiento de algunos militares, para tener hacia mediados del '72 una política que le permitiera contar con apoyo en las diversas ramas, cuando se produjera el golpe de Estado (Valenzuela 2010).

1.5. Las relaciones internacionales y las políticas nacionales.

Un aspecto importante de la política de ambas organizaciones, tanto en su identidad, proyecto y recursos, está asociado al tipo de relaciones internacionales que buscaron desarrollar. Estas se generan –como todas– para construir un apoyo que permita una mayor influencia local, pero también demanda una consideración a los intereses de quién presta la ayuda. El modelo internacionalista de la política de ambos movimientos, se expresó en su solidaridad con la revolución cubana y con la lucha del pueblo vietnamita contra la invasión norteamericana, siendo cuestiones “de principio” que los alineaban con los dos ejemplos más relevantes de lucha antiimperialista y por el socialismo, en esa época. Se entendía que la solidaridad política se hacía efectiva en la

propia lucha local (“crear dos, tres Vietnam”, del Che Guevara) contra la dominación imperial, y a la vez aquellos triunfos hacían posible las propias revoluciones nacionales.

Un elemento de definición política que tuvieron ambas organizaciones y que acentuaba el carácter de “izquierda no comunista”, ligada a las tradiciones libertarias y antiestalinistas, fueron los sendos pronunciamientos de condena a la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968.

La posición del MIR dibujaba también el tipo de socialismo no autoritario por el cual luchaba, según se lee en *El Rebelde* su órgano oficial en septiembre de 1968: “Repudiamos enérgicamente la intervención militar soviética en Checoslovaquia. Esta intervención no fue a la defensa del socialismo, que habría estado bien salvaguardado por obreros y campesinos checos, sino en defensa de los intereses de la burocracia de la URSS, y con claro contenido contrario a los procesos de democratización socialista”. “El PC chileno apoya esta intervención. ¿En qué quedan las afirmaciones comunistas en la revista ‘Principios’ de luchar en Chile por un ‘gobierno popular pluripartidista?’”. “Es tarea de las izquierdas revolucionarias del mundo demostrar que ese no es el socialismo por el cual combatimos, esa es una desfiguración heredada de los períodos más negros de las primeras repúblicas socialistas del mundo”(Sandoval 1990:130).

Con esa aproximación, un rol protagónico en este espacio político lo jugarán tanto las relaciones con Cuba como las de cooperación entre las propias organizaciones. Las relaciones con Cuba estarán también marcadas por la orientación que irá teniendo la construcción del socialismo en la isla y sus propias políticas de Estado.

En términos generales, los Tupamaros tendrán una relación distante y tensa con el Partido Comunista de Cuba, PCC, y su Departamento América, órgano del Comité Central para el apoyo a las organizaciones revolucionarias. La primera discusión en esta etapa fue con Regis Debray, con el cual polemizan en persona en Montevideo sobre las tesis de la “Revolución en la Revolución”, que promovía junto a los cubanos como modelo revolucionario para la Región. La estrategia tupamara se pensaba y ejecutaba desde la ciudad, aunque coincidían en que la constitución de un partido para el desarrollo de la guerrilla era un proceso y no un elemento previo a éste. Luego vendría la tensión producto de la no invitación a los Tupamaros a la reunión de la Organización

Latinoamericana de Solidaridad, OLAS, realizada en 1967 en La Habana, y sí lo fue el PCU y otros grupos que no desarrollaban la lucha armada. “Los errores de los cubanos en la elección de sus representantes nos fortaleció en la línea de independencia, de autoabastecimiento, de la originalidad’, afirma Fernández Huidobro”(Blixen 2000:152). Posteriormente deciden aceptar, el mismo ’67, una invitación a Sendic, el que visita La Habana, pero no es recibido por Castro y luego de esperar unas semanas decide regresar. “Logró concretar viajes para compañeros, para entrenarse en explosivos, pero en general el relacionamiento fue malo”(Blixen 2000:160).

En esta etapa, a pesar del apoyo político que dieron los Tupamaros desde los tiempos del “Coordinador” a la revolución cubana, el aliado principal del PCC era el PCU que apoyaba logísticamente al Che en Bolivia y posteriormente tuvo posiciones menos críticas que, por ejemplo el PC chileno, a las organizaciones revolucionarias.

En cambio el MIR, tuvo sus primeros contactos formales con la revolución cubana con la visita de Miguel Enríquez en 1967, que le otorga también el simbolismo necesario para ganar el 3er Congreso y hacerse de la Secretaría General. De allí en adelante las relaciones serán cordiales, pero deberán construirse las confianzas mutuas ante un movimiento político que aún no desarrollaba la lucha armada de forma efectiva. A. Romero⁴⁶, miembro del C.C. del MIR desde 1967, señala que “Desde que conocimos al PCC, Miguel le dijo al CC que debíamos tener mucho cuidado, puesto que éstos eran unos burócratas, foquistas, corruptos y pro soviéticos. (Año 1969). Siempre fuimos muy celosos de nuestra independencia ante estas posiciones. Nunca fuimos un partido castrista, aunque nunca definimos nuestra estrategia, la definiríamos en el “congreso”. Rechazamos el foquismo. Siempre fuimos pro cubanos, pero en la idea de lo que fue el 26 de julio, no PCC; ahí hubo un viraje de Fidel” (Romero 2010, Agosto).

En todo caso finalizando el año 69, el MIR envía a Sergio Pérez⁴⁷ a instalarse como su representante ante el PCC, ya que aún no cree posible el triunfo de Allende. El se hará responsable de la recepción de los militantes que llegaban a prepararse allí y de canalizar

⁴⁶ Romero había estudiado medicina con M. Enríquez, postulando juntos a la Federación de Estudiantes de Concepción y desarrollado una intensa actividad política. Fue fundador del grupo Grama que se integrará al MIR luego que M. Enríquez conquistara la secretaría general el ’67.

⁴⁷ Destacado militante de confianza de M. Enríquez, que luego del Golpe ingresará a la Comisión Política, caerá detenido en septiembre de 1974 y luego asesinado. Esposo de Lumi Videla.

los eventuales apoyos. Será con la llegada de Allende al gobierno y la visita de F Castro a Chile, que la relación con el Departamento América se estrechará pues las convergencias políticas se hicieron más evidentes, sobre todo en cuanto a la evidencia que la respuesta al proceso de la UP sería el golpe de Estado. En todo caso, el MIR no se transformó en ese período en un factor determinante de la situación política, y la colaboración cubana respondía básicamente a los partidos ejes del proceso chileno el PS y PC.

En el caso uruguayo los Tupamaros habían construido suficiente autonomía financiera y técnica como para no tener relaciones de dependencia del PCC. En este contexto las posiciones políticas de ambas organizaciones se movían con bastante autonomía de las visiones y posiciones de los cubanos.

2. La gran derrota.

Ambas organizaciones políticas van a sufrir el efecto de los golpes represivos que realizan, tempranamente, las fuerzas policiales y que en ciertas coyunturas pudieron llegar a tener efectos demoledores⁴⁸, aunque lograron sobreponerse. Más bien lo que analizaremos en este apartado, serán las sendas ofensivas represivas que vivirán luego de una etapa de despliegue de sus estrategias, de crear desafíos políticos puestos por su propio desarrollo, tener requerimientos de innovar respuestas ante los cambios del cuadro político, y de adecuarse a las nuevas formas que toma la represión, que esta vez llevarán a cabo las FFAA y sus servicios de seguridad. Vendrán los momentos en que la respuesta política represiva se centrará en la organización política con el claro propósito de liquidarla y allí quedará puesto en juego todo lo construido.

⁴⁸ Para el caso de los Tupamaros fue la situación de 1966, en que una acción armada fracasada le costó dos muertos, la clandestinidad de 20 de sus 25 militantes de Montevideo y su casi dispersión total. El apoyo del PCU y grupos menores, aunque no del PS que lo había condicionado a la presentación de Sendic a la justicia, fue decisivo para no ser capturados. Labrousse, Págs. 24, 25. Otro momento fue la caída de Sendic y un grupo de la dirección en la calle Almería en 1970, en pleno secuestro de D Mitrione. El MIR se verá en situaciones similares, pero no tan graves, con la persecución de mediados de junio del '69 en el caso Osses y luego con las órdenes de aprehensión contra varios de sus dirigentes que pasaron a la clandestinidad.

2.1. El golpe demoledor o la hora de contar lo muertos.

En esta etapa se pone a prueba la trayectoria desarrollada, pues se requiere utilizar y tensionar el conjunto del conocimiento, experiencia y relaciones sociales y políticas construidas en la sociedad. Primero para sobrevivir y luego para volver a desarrollar las acciones políticas que le permiten su reconstrucción y desarrollo posterior.

En Uruguay la represión había pasado –con asesoría norteamericana y brasilera- de la respuesta de la inteligencia policial, claramente insuficiente para el ritmo y nivel de las acciones armadas en desarrollo por el MLN hacia fines de 1971, a una intervención creciente de las Fuerzas Armadas. Estas primero presionaron para imponer el orden por sobre el Estado de derecho y luego buscaron ponerse a la cabeza de la tarea.

Las ejecuciones de Morán Charquero (director de la Policía) y de D. Mitrione (asesor norteamericano de la Policía), en abril y agosto de 1970 respectivamente, fueron consolidando la idea que la respuesta institucional represiva era insuficiente, por lo que se organizan grupos para-policiales que desarrollan una actividad de amedrentamiento protegida por la policía y el gobierno. Si a principios de los '60 ya existían grupos fascistas que reprimían a las manifestaciones o líderes de izquierda (Maiztegui 2008:315-319)⁴⁹; esta vez, a inicios de los '70 la tarea era asumida por la policía, con recursos y tolerancia gubernamental. El poder legislativo investigaba la represión ilegal pero no tenía capacidad o decisión de imponer la ley, pues sus reclamos no tenían consecuencias concretas sobre los oficiales sospechosos. El poder judicial, en vez de investigar cerraba las causas. Este clima fue el que también permitió, que ante la impotencia policial para detener las acciones armadas tupamaras, fueran las FFAA las que tomaran el control de las acciones represivas, ganando más influencia en el aparato del Estado. En definitiva, se estaba consolidando en el seno del Estado y sobre todo en las FFAA, la estrategia de “seguridad nacional” que asumía que la “subversión” sólo era

⁴⁹ Sólo de muestra: cuando el Che Guevara visita Uruguay, luego de en un acto en la Universidad de la República, donde participaba junto a Salvador Allende, sufre un atentado a balazos donde muere el profesor de historia A. Ramírez. (“Allende tomó al Ché del hombro y lo forzó a bajar hacia el piso del vehículo, con lo que probablemente le salvó la vida”).

posible porque contaba con el apoyo de la población y por tanto ésta era también parte de la insurgencia. Golpear y amedrentar a la población comenzó a ser parte de la política institucional y para ello estuvieron los “Escuadrones de la muerte”.

Los “Escuadrones” fueron un aparato para-estatal autorizado, con inmunidad e impunidad para operar sobre los Tupamaros y los supuestos o potenciales adherentes. Su finalidad era causar el miedo entre los colaboradores del movimiento guerrillero para reducirle su base de apoyo. Desarrollan diversas ejecuciones de militantes de izquierda que quedan en la impunidad (Maiztegui 2008:570-574). Finalmente lo que consiguen es hacer que aquellos vean en los Escuadrones un objetivo político militar contra el cual operar. El resultado quedó a la vista: una lucha entre aparatos en que el que tenía más que perder fue aquel que no contaba con respaldos institucionales, pues ambos sectores tenían –a su modo- el apoyo de un sector de la población.

Las FFAA serán convocadas, por el gobierno de Pacheco Areco, a tomar la dirección de la represión luego que, en agosto de 1971, 105 Tupamaros entre dirigentes y experimentados militantes lograran escapar de la cárcel. Se conformará la Junta de Comandantes en Jefe y emite su Comunicado N° 1 que se plantea resguardar las elecciones presidenciales de Noviembre de ese año; asegurar la asunción del nuevo presidente y “completar la destrucción del aparato político-militar subversivo que opera en el país (...) y proporcionar seguridad al desarrollo del país”. Mientras tanto el PIB caía un 1% el '71 y el '72; la inflación se descontrolaría este último año llegando al 95% y el endeudamiento externo como el déficit fiscal crecieron significativamente. En diciembre fueron sometidos a un Tribunal de Honor militar varios oficiales de las FFAA, acusados de ser militantes del Frente Amplio (Maiztegui 2008:589,604-607, 705).

La estrategia de las FFAA consistió en mejorar la información, desconocer los marcos legales para reprimir y levantar un discurso que legitimara su accionar. Pero será con las acciones emprendidas por los Tupamaros en Abril de 1972 contra los “Escuadrones de la muerte” y algunos militares, que las FFAA concentrarán su decisión de aplastarlos. Aquellos recibirán, entre Abril y Septiembre de 1972, una sucesión de golpes represivos que dejarán prácticamente anulada su capacidad de acción militar, desarticulada toda su dirección histórica –que fue mayoritariamente encarcelada y

torturada, pero no muerta-, más de mil militantes presos y casi toda la infraestructura y logística al descubierto e inutilizada. A ojos de las Fuerzas Armadas o Conjuntas, encargadas de la represión, el MLN-T estaba completamente derrotado hacia fines de ese año.

Un resumen de la magnitud de los golpes debe considerar que la población del Uruguay era a 1972 de 2.600.000 habitantes y 1.100.000 vivía en Montevideo. Las cifras sobre la represión, según las Fuerzas Armadas (Huidobro 2001:155) (Junta de Comandantes en Jefe 1980), son, para los meses de marzo y agosto del '72: capturados 1.441 “sediciosos”, se descubren 105 escondites, la mitad de ellas en el interior (fuera de la capital). Por su parte el dirigente tupamaro Cultelli afirma que “solo entre abril y septiembre de 1972 cayeron 1.276 compañeros (de los cuales 35 muertos) (...) El enemigo ocupó 501 armas, que no se usaron y 58.175 proyectiles (Cultelli 2006:103). Recientemente, Zabalza publica una lista de tupamaros muertos y desaparecidos, de los cuales 46 muertos son previos al golpe de Estado, la mayoría en enfrentamientos. Otros 94 son víctimas con posterioridad; dentro de los cuales 47 fueron asesinados o hechos desaparecer en Argentina. La persecución en este país se hizo en el marco de la “Operación Cóndor”, de colaboración entre las políticas secretas de los países del Cono Sur⁵⁰.

Pero, la magnitud de la represión expresa también el nivel de desarrollo alcanzado por el MLN, así como el grado de peligrosidad que para el sistema había llegado a representar. En el gobierno y las FFAA había una representación construida de lo que era la capacidad de los Tupamaros en la acción armada y su influencia en la sociedad, que se sobre representaba tanto por la propia propaganda tupamara acerca de su indestructibilidad, como por la necesidad política del gobierno de poner en el centro la “lucha antisubversiva” ante su fracaso para salir de la crisis.

La extensión de los lazos Tupamaros con la sociedad eran importantes y profundos. Tal es así que la creación, en mayo de 1971, del Movimiento Independientes 26 de Marzo, M26M, para participar del Frente Amplio y las elecciones, en parte estuvo influido por

⁵⁰ El listado, entre 1963 y 1984, suma 153 tupamaros muertos, de los cuales 21 son mujeres. Hay 8 muertos y desaparecidos en Chile. Zabalza, J. (2010). Raúl Sendic, el tupamaro. Su pensamiento revolucionario. Montevideo, Letraeña. 225-236

la presión de sectores sociales que adherían a su propuesta política y presionaban por ingresar al MLN-T, que era una estructura clandestina de tipo político militar impensada para absorber números muy grandes de miembros. El desempeño electoral del M26M en las presidenciales de Noviembre fue significativo, pues mayoritariamente, aunque no exclusivamente, sus votos fueron a Enrique Erro (el mencionado ex Ministro Blanco a cuyo alero se desarrolló Mujica) que superó en votación al PCU, al alcanzar con sus 70.000 votos el 23,7% del total de 300.000 obtenidos por el F.A.(Tristán 2006:358). También lograron impulsar, incluso ya a principios del '73 con la derrota a cuestas, la constitución de la "La Corriente", que sería la convergencia de las organizaciones sociales y políticas afines de la izquierda revolucionaria uruguaya. Si se comprende esto se puede entender el que hayan sido capaces de haber construido una tupida red de colaboradores para el desarrollo de una importante logística para el desarrollo de la lucha armada.

Para el caso del MIR, la situación será distinta, pues su gran derrota se concretará después del golpe de Estado. El MIR, luego del '73 entiende que la represión no tendrá el mismo nivel y propósito que aquella desplegada en su contra a fines del '69 y principios del '70 por parte de un Estado democrático, pero supuso que esa experiencia les sería útil. Llevada a cabo por las FFAA y los servicios de seguridad, será más encarnizada, profesional y con total apoyo del poder político y la subordinación de los tribunales de justicia.

Los indicios de lo que sería la represión se venían mostrando antes del golpe de Estado, con la represión ejercida por las FFAA hacia los sectores más radicalizados de las organizaciones populares, tales como los allanamientos "en busca de armas" en fábricas y fundos, la detención y tortura a los marinos antigolpistas, la orden de detención contra dirigentes del MIR por ese caso, y el control militar previo de las ciudades como Concepción, Valdivia y Punta Arenas. Así todo, la represión inicial al MIR es una consecuencia de la persecución al movimiento popular, sus dirigentes y partidos principales. Los objetivos son el control del país, la paralización por el miedo de cualquier síntoma de protesta o resistencia y la desarticulación de las redes y organizaciones populares para imponer el nuevo orden. La batida inicial, con fusilamientos sumarios, arrestos arbitrarios y masivos que configuraron una decena de campos de concentración se extendió por unos tres meses en todo el país. Será hacia

principios del '74 que comienza a desarrollarse de forma especializada, con procesamiento de la información y medios necesarios, la persecución política específica hacia las organizaciones de izquierda e inicialmente de manera prioritaria en contra del MIR. Surge la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, por un Decreto Supremo y secreto, a cargo del Coronel Manuel Contreras que operaba ya en el recinto militar de Tejas Verdes⁵¹.

La gran derrota del MIR se concretará entre Diciembre de 1973 y Octubre del '75. Desde el 11 de septiembre de 1973 y hasta fines de octubre de ese año, la represión dio muerte a 104 de sus miembros, entre dirigentes –ninguno de su Comisión Política, CP- y militantes, especialmente de las regiones del sur del país. Será a partir de la caída del miembro de la CP, B. Van Schowen y Patricio Munita en Diciembre, lo que alertará a la dirección sobre las debilidades en la seguridad. Luego, la represión en oleadas entre Mayo y Junio del '74 llevará a la CP a reevaluar la situación interna -en que “el Comité Central, se ha visto reducido en un 40% y la CP en un porcentaje similar”, y habían sido detenidos varios dirigentes regionales- como: “no hay acoso ni riesgo mayor que el que es natural en las condiciones actuales y que la totalidad de las detenciones de dirigentes han sido por consecuencia de errores nuestros y en particular de los detenidos y no por un aumento espectacular de la eficiencia represiva, aunque “en nueve meses de trabajo clandestino, si bien hemos tenido enorme desarrollo y hemos fortalecido sustancialmente nuestra organización, el costo se ha tornado un tanto elevado” (Enríquez 1998:333, 347)

Pero la represión no se detuvo y aunque la CP insistía en no replegar a sus principales dirigentes hacia el exterior, comenzó a tomar medidas de preparación de los relevos, conformando dos grupos en esa instancia, una para el trabajo diario (“de choque”) y otra para asumir tareas en caso de nuevos golpes represivos (en esta se encontraba A. Pascal, y N. Gutiérrez). Si bien, se había acordado que M. Enríquez saliera del país, la decisión no le fue impuesta ni éste tuvo la disposición a hacerlo. La política de “el MIR no se asila” había hecho perder flexibilidad a la propia dirección respecto de las respuestas ante el incesante golpeteo represivo.

⁵¹ La DINA se forma en Noviembre de 1973, se entrenan unos 600 militares en estas tareas y luego comienzan su actividad. Amorós, M. (2009 julio). La DINA: El puño de Pinochet 53º Congreso Internacional de Americanistas, México DF.

Llegará la detención entre otros de Sergio Pérez y de Lumi Videla, la caída de Enríquez, el asilo de H. Sotomayor y luego el cuerpo de Lumi Videla arrojado a la Embajada italiana en noviembre, para dejar a la organización en estado de máxima debilidad. Sin embargo, la represión volverá en Diciembre a la carga -destruyendo GPMs y estructuras especiales y llenando el centro de torturas y exterminio de Villa Grimaldi- y no se detendrá hasta Octubre de 1975 cuando en Malloco⁵² es desarticulada la última dirección histórica, con la muerte del miembro de la CP, Dagoberto Pérez y los sendos asilos de A Pascal y N. Gutiérrez, los máximos dirigentes en ese momento.

En un período de menos de dos años el MIR cerraba un ciclo de su historia política, quedando al borde de su destrucción definitiva por efecto de la represión. “Durante el 74-75, hasta el golpe de Malloco, el Partido se ve enfrentado a un ciclo ininterrumpido de intentos de reorganización y golpes represivos, hasta el punto de casi perder su continuidad estratégica [subrayado en original]. Son desarticulados prácticamente todos los regionales y los GPMs del país y encarcelados, muertos, desaparecidos y obligados a salir al exilio alrededor del 80% de sus cuadros y militantes”(Aguiló 1987:9).

Los datos muestran que 347 miembros del MIR fueron ejecutados o hechos desaparecer entre los años '73 y '75⁵³ y se estima que para ese período hubo una cifra sobre los 1.200 detenidos y detenidas políticas de la organización; a los que habría que sumar otros miles de exiliados. Los miembros históricos de la CP, máximo organismo de dirección de 7 miembros, tenía 3 muertos, tres asilados, dos presos y el CC había sido destruido tres veces.

El esfuerzo y magnitud de la represión y la sobrevivencia de una organización política, luego de este proceso de aniquilamiento son, ciertamente, explicables sólo si se considera el grado de desarrollo que ésta había alcanzado en sectores de la sociedad chilena, la capacidad de expresar una cierta sensibilidad de una generación política y los lazos que había constituido con otros partidos y militantes de la izquierda. En este sentido, su respaldo electoral en la sociedad no pudo ser medido pues no participó con

⁵² Localidad cercana a Santiago, que en esa fecha tenía parcelas de agrado y escasa población.

⁵³ Lo que da un promedio de un muerto o desaparecido cada dos días, entre el 11 de septiembre '73 y el 20 de octubre de 1975. Datos ordenados según información del libro ya citado “Con vista a la Esperanza”.

candidatos propios en ninguna elección municipal o parlamentaria del período anterior, sino que respaldando a los candidatos de los “sectores revolucionarios de la Unidad Popular”.

Considerando los golpes represivos hacia ambas organizaciones, es importante distinguir que la represión hacia los Tupamaros la desarrollaron las FFAA en el marco de un Estado democrático debilitado, que era caracterizado por muchos como de dictadura encubierta, pero este elemento fue decisivo a la hora de contar los muertos. En cambio sobre el MIR cayó la represión de las FFAA sin ninguna contemplación. En ambos casos, sin embargo, una parte importante de la población apoyó las acciones en contra de éstas organizaciones, otro sector quedó paralizado por el temor y las dudas de la información oficial y sólo una reducida franja de la sociedad prestó su apoyo en los momentos de la ofensiva final en su contra.

El encuadre institucional “democrático” –aunque ilegal- que tuvo la represión a los Tupamaros limitó la violencia mortal en su contra, pero también le permitía al régimen argumentar la “defensa de la democracia” con mayor eficacia. La dirección del MIR no comprendió, en cambio, que la represión dictatorial estaba dispuesta a profundizar la violencia sobre el movimiento popular y extender el temor, pues se trataba de un discurso fundacional, regenerador de la nación y que requería de “extirpar el cáncer marxista” de forma coherente y sistemática, para fundar las nuevas bases de la nación. El MIR quedó en esa etapa casi en solitario, apoyado por los escasos izquierdistas no reconocidos por la represión o el barrio, intentando levantar una acción de resistencia que nunca pudo implementar acosado por los golpes represivos.

2.2. Los otros partidos y la represión.

Es importante considerar las políticas que desarrollaban los partidos aliados y cercanos a las dos organizaciones en esta etapa, pues sus posiciones políticas incidirán en el desempeño de aquellas. Obviamente, es el diseño político y la fuerza real del MLN-T y del MIR el aspecto principal que permite una aproximación o no a los potenciales

aliados, pero es relevante tener en cuenta las principales definiciones que hacían el PS y el PC tanto uruguayo como chileno, para evaluar las posibilidades de sortear o profundizar la situación de derrota por la cual se despeñaban.

En Uruguay, los partidos tradicionales, Blancos y Colorados, quedaron divididos en torno a cómo reprimir a los Tupamaros, pues un sector de los Blancos (W. Ferreira) entendía que había que negociar con ellos en torno a una salida pacífica a la crisis. Su principal argumento era que la democracia se fortalece con más democracia y que la respuesta a la violencia armada debía ser construir puentes y llegar a acuerdos. Esta posición se expuso en diversos momentos en el debate parlamentario, pero esa institución ya no tenía el peso de antaño, pues desde el '68 con la llegada de Pacheco Areco y su alianza con sectores reaccionarios del Congreso, su poder fue sistemáticamente drenado al imponérsele una y otra vez las decisiones del Ejecutivo por sobre las resoluciones legales a las que llegaba, particularmente en el campo de los derechos civiles y políticos.

Por su parte la izquierda, tuvo una actitud diferenciada, producto también del diagnóstico que hacían de la situación del país. El PCU, siempre tuvo una distancia importante de los Tupamaros, fundamentada en su crítica al método guerrillero (pues aquellos tenían una concepción insurreccional de la toma del poder) y por considerar que devaluaban la idea que el proceso debía ser dirigido por un partido obrero de vanguardia. Si bien en la dura represión del '66 los protegieron y les ofrecieron una “salida digna” yéndose a apoyar al Che Guevara en su proyecto boliviano, en la coyuntura del '72 la dirección los criticó por “aventureros pequeñoburgueses”. El PS, en esta ocasión fue más benigno y facilitó apoyos, pues estimaban que efectivamente la situación política se aproximaba a un enfrentamiento. En todo caso, fueron las redes construidas por los propios Tupamaros y algunas bases de la izquierda los que permitieron salvar de la represión a los militantes que empezaron a ser enviados a Chile y Argentina y a los escasos dirigentes que no fueron capturados.

El Chile, las cosas fueron aún más tensas. El MIR había desarrollado durante los dos últimos años del gobierno de la UP una política de diferenciarse del “reformismo obrero” (PC) y buscó levantar una política de “polo revolucionario” que los agrupara con los sectores más izquierdistas de la UP para sostener una ofensiva o contener el

golpe de Estado. Ello llevaba a crispas las relaciones, pues mientras el MIR acusaba al PC de reformismo y de desmovilizar al pueblo, el PC respondía con igual fuerza e incluso con la “artillería” que significaba la influencia de Pablo Neruda⁵⁴.

Sin embargo, las conclusiones sobre las razones del golpe de Estado, tendrán consecuencias en las formas de evaluar la política hacia el MIR.

En el contexto de la gran derrota también operaron las evaluaciones ideológico políticas que realizaron, luego del Golpe, los partidos Socialista y Comunista. Ambos hicieron sus balances y repartieron culpas y responsabilidades de las cuales el MIR no salía indemne. En esas definiciones iniciales se marcó el tipo de relación que se construyó luego del Golpe y durante el resto del decenio.

El PS y el PC ratificaron, como línea central de la lucha contra la dictadura, la alianza de ambos y de la Unidad Popular, U.P. Desde esa plataforma también impulsaron un acuerdo con la D.C., para constituir un “Frente Antifascista”, que permitiera construir una mayoría consistente que le diera viabilidad a una salida a la dictadura. El eje del acuerdo debía ser el regreso a la democracia liberal, con un gobierno pluripartidista y que tomara las medidas de desarticulación de los aparatos represivos, frenara la contra reforma agraria, y defendiera de la industria nacional. Se seguía pensando en la existencia de una “burguesía nacional” con intereses locales y antiimperialistas, que desafiaría el nuevo modelo.

El documento de Marzo de 1974 (PS 1974), elaborado por la dirección clandestina del PS sin contar con el acuerdo de su Secretario General en el exilio Carlos Altamirano⁵⁵, definió el eje del balance socialista de la experiencia UP. El documento valoró el carácter revolucionario del Programa de Gobierno que se impulsó y que había sido subvalorado por algunas corrientes internas. Criticó: la ausencia de una “una real fuerza

⁵⁴ Pablo Neruda escribió en su poemario *Incitación al Nixonicidio y Alabanza a la Revolución Chilena*, un poema dirigido al MIR, que decía: LOCOS Y LOCUELOS. "PEC" y "Punto Final", que marchan juntos, como va el explosivo con la mecha, y se confunden en un mismo punto, ultras de izquierda y ultras de derecha, duros de la derecha y de la izquierda, trabajan juntos en la misma brecha, para que la victoria conseguida, por el pueblo que lucha y que recuerda, (el cobre, el pueblo, la paz y la vida), todo lo manden ellos a la mierda. Y así están juntos en el mismo cielo, los locos de derecha y los locuelos

⁵⁵ También se le notifica en el documento que es Secretario General pero “subordinado” a la “dirección interior de la lucha revolucionaria”, que ejerce la dirección política desde Chile.

dirigente” o dirección única (particularmente la unidad PC-PS) con “hegemonía proletaria en el proceso”; la “excesiva tolerancia” con el golpismo; la “incapacidad para articular y combinar el ejercicio de todas las formas de poder con que contaba el movimiento popular”; la “no valoración de la participación de los trabajadores”. Autocríticamente planteó la intransigencia o falta de flexibilidad táctica al postular la “no indemnización” a las cupreras norteamericanas, no pactar con la DC el Área Social o criticar –su sector izquierdista- el ingreso de los Generales al gabinete de Allende. Si bien el documento reconoce que “no hubo claridad sobre el problema del enfrentamiento de clases y la violencia revolucionaria”, “se sembraron ilusiones en el desarrollo pacífico y evolutivo del proceso y cundió también el verbalismo insurreccionalista”.

Respecto del MIR se lo criticó por su infantilismo revolucionario. Reconociendo la incapacidad de la UP de “sellar la alianza del movimiento popular con un sector progresista de las FFAA”, luego de la “categórica” victoria electoral de Marzo del ’73, se criticó al MIR por levantar ‘la reagrupación de fuerzas en torno al polo revolucionario’, y postular el “gobierno de trabajadores”, lo que debilitó la dirección del proceso. En definitiva “la derrota militar de la resistencia al golpe, no hizo más que ratificar dramáticamente una derrota política de la clase obrera que ya estaba sellada”.

En cuanto al proyecto dictatorial, el documento plantea que se está frente a una contrarrevolución que no busca recuperar posiciones perdidas, “se propone una transformación profundamente reaccionaria de la sociedad chilena”, bajo un modelo de “concentración de la propiedad y la producción”, impulsando “el comercio exterior en términos agresivos”, con un Estado represivo como factor extra económico que hace posible el funcionamiento del modelo económico, liquidando la democracia para generar un “nuevo Estado”.

El PS se planteará como objetivo principal *“la ruptura violenta de la superestructura política, es decir, el desarrollo de un proceso que culmine con la destrucción del Estado erigido por la dictadura, y su sustitución por un nuevo Estado, que exprese institucionalmente la hegemonía de las fuerzas sociales y políticas revolucionarias sobre el conjunto de la sociedad”*. Esta no es una “tarea socialista” es parte de un “programa mínimo” que da paso al “pluralismo, régimen amplio de partidos, sufragio universal, etc.”.

Sobre las vías, no se descarta ninguna para “no caminar a ciegas”, pero “lo esencial será la lucha política y de masas, en la fase final de la lucha las formas de lucha armada tendrán una importancia decisiva”, aunque toma distancia del “foquismo, guerrillerismo urbano o rural (...) [y de] una guerra popular de curso prolongado con liberación de zonas parciales”. Remata afirmando “La forma más probable de derrocamiento de la dictadura es la insurrección armada”.

La dirección interior, en ese momento dirigida por el diputado Carlos Lorca, Ricardo Lagos y Exequiel Ponce, expresó que en el pasado hubo “la incapacidad de la dirección para transformar al Partido en una organización verdaderamente marxista leninista”, “no hubo firmeza para combatir y aplastar todas las formas de trabajo fraccional, la indisciplina y la infiltración en el seno del Partido”, sobre todo cuando “se expresaron con fuerza las desviaciones de izquierda” en éste. El partido debe reconstruirse como partido leninista, con clara ubicación en el campo del movimiento revolucionario mundial, aliado de los partidos comunistas y con relaciones hacia el progresismo socialdemócrata⁵⁶.

El PS levantará una plataforma democratizadora de 4 puntos, en torno al Frente Antifascista: la defensa de los derechos humanos; la restitución de las libertades y derechos políticos y sindicales; defensa del nivel de vida y restitución de conquistas sociales, y defensa de la soberanía nacional amenazada por la penetración imperialista. En la tarea de resistir y derrotar a la dictadura debe incluirse a todos, desde DC al MIR.

Sin embargo, la caída de esa dirección (Ponce, Lagos y Lorca) llevó al PS a un período de fragmentación en el país, del que remontará paulatinamente hacia inicios de los '80, por lo que el procesamiento de las lecciones del golpe, que se realizó en el documento comentado, tuvo su impacto más bien en la dirigencia.

En tanto el PC, emitirá en 1974 el documento “Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas”, haciendo un balance de la U.P, que ratifica su estrategia del período previo y durante el gobierno de Allende; critica la “*influencia negativa y decisiva de la*

⁵⁶ Este balance aproximó al PS a la URSS y al “campo socialista”, radicando su dirección exterior en la República Democrática de Alemania, donde retomaron la formación de oficiales militares. La disidencia socialista, renovada, se hará en la crítica y con referencia a esta dirección.

ultra izquierda [que según los comunistas impidió el necesario acuerdo con la DC y permitió la 'fascistización' de las clases medias y la pequeña burguesía]"; y al mismo nivel, plantea la tolerancia "excesiva" del gobierno con los 'desbordes fascistas' y la visión 'idealista' de las FFAA. También explica el fracaso para enfrentar el golpe producto de una derrota política previa que impidió la resistencia armada y de masas. Caracterizó al régimen como "fascista" y se propuso crear un Frente Antifascista. Este documento deja abierto el reconocimiento a la "notable insuficiencia en el plano militar" y la "excesiva confianza" en que un sector de las FFAA apoyaría a Allende (Alvarez 2001 :111-112). En todo caso el PC, a fines de 1974 "confiaban en la pronta caída de la dictadura", que la consideraban una "perversión conservadora" y en 1975 seguía planteando que la Junta estaba aislada y debilitada y su situación se agudizaba (Alvarez 2001 :116)

Hacia fines de 1975 vendrá el documento "La ultraizquierda, caballo de Troya del imperialismo". En Enero de 1975, ya muerto Enríquez, la Comisión Política del MIR respondió al documento "Al partido y al pueblo de Chile" que había emitido la dirección comunista (MIR 1975), y ésta decidió incrementar la polémica según explica Orlando Millas, por el daño que hacía el MIR en los "frentes de masas" y en "concretar el Frente Antifascista sin imposiciones". Allí se acusó al MIR de una "labor de zapa" para impedir la unidad de la dirección política del proceso durante la UP; su posición "oportunist" al decidirse por el "no asilo" de su militancia, por deslizar críticas a los "negociados" que habrían ocurrido durante la UP y por los contactos de su dirección con el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, SIFA. Luego culpó al MIR de concebir de forma estrecha la constitución de las "alianzas del proletariado"; de tener una estrategia tipo "plan terrorista"; que su resistencia armada era un terrorismo que sólo "sirven a la reacción"; de despegarse de las masas y no considerar que lo militar se constituye luego de ganar al pueblo la que es una tarea política (Alvarez 2001 :127, 128).

En resumen, las relaciones en Chile, con el PC eran nulas y con el PS bastante inestables por la represión generalizada. Las diferencias políticas giraban alrededor del tipo de Frente a construir contra la dictadura (la inclusión o no de la DC), la plataforma que los unificara (si la salida era hacia el socialismo o la democracia liberal) y el

método de lucha a desarrollar en esa etapa (aunque tanto el PS, como el PC, comenzaron a preparar oficiales de FFAA en los países socialista).

Con este clima en la izquierda se desarrollaban los intentos del MIR por reorganizarse y resistir, al menos hasta fines de los '70.

2.3. Los antecedentes y el debate sobre las lecciones de la gran derrota.

La historia de los golpes represivos, las torturas y traiciones marcarán la dramática casuística del proceso, pero no está allí la explicación de tan severas derrotas⁵⁷. Tampoco éstas serán producto de un hecho o una situación coyuntural, como la decisión de actuar de los Tupamaros contra los Escuadrones de la Muerte, ejecutando inicialmente a cuatro de sus miembros el 14 de abril del '72 o, en el caso del MIR, al levantar la política luego del golpe de Estado de “el MIR no se asila”, dejando en la disyuntiva de la inseguridad a cientos de sus militantes o poniéndolos fuera de la organización. Serán procesos políticos que se tejen con antelación a los hechos clave y cuya resolución se podía prever aunque difícilmente evitar.

2.3.1. Los Tupamaros, su fracaso y la posterior derrota popular.

1970 fue, para los Tupamaros, un año de importantes y sistemáticas acciones armadas, entre las que se encuentran: En Mayo, el copamiento de un cuartel de la Marina del que retiraron todo el armamento sin disparar un tiro; una acción de represalia contra tres policías, por muerte de F. Pucurull y baleo de otros dos militantes. Se genera la “Cárcel del Pueblo”, que con la idea de mostrar un “doble poder” respecto del régimen, buscó la confrontación contra el poder ejecutivo y los otros poderes del Estado, para lo cual usando un argumento de la historia nacional, secuestran, el 28 de Julio, al Juez Pereira M. y el 31 de ese mes a Dan A. Mitrione, asesor norteamericano de la policía y al

⁵⁷ En ambas organizaciones tendrán infiltrados y otros colaboracionistas. Entre los destacados del MLN estuvieron Pires, Alicia Rey y sobre todo Amodio Pérez, jefe de la principal columna operativa. En el MIR estuvieron Marcia Merino, Leonardo Schneider, E. Iribarren, entre otros.

Cónsul brasileiro A. Dias Gomide. El 7 de agosto y con la ciudad completamente militarizada secuestran a C. Fly, un técnico agrícola norteamericano.

La derrota Tupamara será un proceso no tan breve, pero que se iniciará de manera imperceptible hacia fines del año 1970, según algunos –con el secuestro y ejecución del D. Mitrión y la posterior caída de Sendic y una dirección política ejecutiva completa⁵⁸- y culminará en 1975, aproximadamente, con la desarticulación de todo núcleo de dirección política legítima ante la militancia, que ya estaba presa o debió exiliarse a fines del '72 y desde donde no podrán reorganizarse.

De esta manera, en el caso de los Tupamaros, podemos subdividir, para efectos del análisis, este proceso en tres etapas: a) los indicios, b) la debacle y c) los estertores.

Así, en la medida que la estrategia seguida por los Tupamaros comienza a mostrar sus éxitos en 1970, en cuanto a incidencia política en el país y ampliación de su influencia social, también empezará a generar inadecuaciones y debilidades, de tipo organizativo pero sobre todo de carácter político ante la forma en que se desarrollaba la situación nacional. Hacia febrero del '71, se abría un nuevo cuadro político en la izquierda y el movimiento popular con la formación de la primera coalición en la historia de toda la izquierda, el Frente Amplio, al que el MLN-T le da su “apoyo crítico” previo a su formalización, al valorarlo como un paso importante en la unidad de las fuerzas políticas y a la vez plantea que ésta debe ampliarse al campo de las luchas sociales y no exclusivamente electorales. Luego, a través de su Columna 70 dará forma, en abril de 1971, al Movimiento Independientes 26 de Marzo (M26M), en conmemoración al izamiento de la bandera independentista en 1815, y a través del cual canalizó su participación –desde su aceptación en mayo del mismo año- en todos los niveles del Frente Amplio y en la creación de los Comités de Base. Entre sus primeros dirigentes públicos estuvieron Mario Benedetti, el periodista C Gutiérrez, Kimal Amir de los sindicatos bancarios, entre otros (Tristán 2006:335-359).

⁵⁸ J. Mujica afirma: “en la época del asunto de Mitrión, perdimos tres direcciones sucesivas en muy poco tiempo, algo así como en dos meses. Y se sabe que lo más difícil de reponer es una dirección” Campodónico, M. A. (2009). Mujica. Montevideo, Fin de Siglo..

El cuadro electoral presidencial había llevado a una discusión interna entre tres posiciones no formalizadas: a) no participar, pues las elecciones no conducen al poder; b) hacer acuerdo con algún grupo pre-existente (el de Enrique Erro), para vincularse al proceso, y; c) generar un movimiento independiente de los otros partidos, que ingresara al F.A. y trabajara por el programa de la coalición, encauzara el ánimo de lucha en sus Comités de Base y luego le diera continuidad al resultado electoral. Se impuso, no sin intenso debate y peligro de ruptura, la tercera posición además del apoyo a Erro, (Mazzeo 2002:69; Tristán 2006:337; Labrousse 2009:89,90). “Convencer a los compañeros no fue tarea fácil (...) y no solucionó el problema de cómo darle una cierta forma de encuadre a la simpatía que habíamos generado y que no podíamos aglutinar en una organización clandestina llena de limitaciones”, señala Mujica (Campodónico 2009:210)

Este punto es muy relevante, toda vez que integraba al “brazo político” del MLN-T al trabajo de toda la izquierda, tanto en lo electoral como en los Comités de Base que reunían en barrios y centros laborales la heterogeneidad de posiciones de la izquierda y de los sectores populares. El F.A. incluyó a sectores desprendidos de los partidos Blanco y Colorado como a la Democracia Cristiana, que tenía escaso apoyo electoral y un discurso próximo a la Teología de la Liberación. Con su constitución se abría un nuevo cuadro político en el país, que había estado dominado por el bipartidismo, en medio de una sistemática movilización popular ante la crisis económica, política y de credibilidad en la elite.

Al cuadro anterior se sumará la fuga masiva desde la cárcel del centenar de militantes y dirigentes del MLN -en septiembre del '71-, lo que en medio de la crisis estructural de la sociedad, genera intensos debates internos sobre cómo responder a los desafíos creados por la acción revolucionaria.

Las formas de resolver las contradicciones marcarán la llegada a Abril del '72, en medio de una crisis política al interior de la dirección tupamara. Era una “crisis de estrategia”, que tenía como centro la idea que se debía pasar a un escalón más alto de la lucha armada, en un contexto de presión represiva sistemática sobre la organización; lo que implicaba generar condiciones para dar el salto y no necesariamente aumentar el accionar militar. Ante la profundidad de la crisis nacional y las posibilidades de generar

una alternativa revolucionaria real, el desafío dejaba de ser el incremento del mismo tipo de actividad armada, requiriéndose pasar a otra etapa, con otra estrategia para lo cual no se estaba preparado y ello se debía resolver. Fernández Huidobro plantea que se requería pasar a planificar la construcción de fuerzas para un Ejército popular para desconcentrar a las FFAA; en tanto Torres señalaba que debía transformarse la guerrilla en una guerra generalizada, incorporando la destrucción del potencial del enemigo (Labrousse 2009:137) . Sin embargo, para los dos dirigentes esto no implicaba, impulsar acciones armadas mayores en ese momento, sino que había que aumentar la presión sobre el gobierno continuista de Bordaberry, que no contaba con el apoyo de los Blancos (W. Ferreira entre los más decisivos) ni de un sector de los Colorados (Michellini y Vasconcellos), como tampoco del movimiento sindical. Mujica, afirma incluso que en ese momento se debatió el “transformarnos en un movimiento político más abierto”(Campodónico 2009 :182). Agrega que “aunque eso nos costó alguna polémica interna (el apoyo crítico al F.A. en las elecciones), no fue gravoso ni nos costó un desgarramiento (Mazzeo 2002 :68,69)

El dilema que tenían era cómo generar una nueva estrategia que diera cuenta de la situación creada, que abría la posibilidad de la caída del gobierno pero no la instalación de otro de corte revolucionario; para ello se multiplicaron las relaciones con los partidos e incluso con sectores de las FFAA más constitucionalistas, buscando una salida intermedia (Huidobro 2001 :108,109). Esta posición era sostenida por varios dirigentes históricos que habían recuperado su libertad pero no se habían incorporado a la dirección, pues pensaban que no debían recuperar sus cargos sino que implementar las tareas definidas en la cárcel como estratégicas, “volviendo a la base”. Esta posición llevará a poner en contradicción a la dirección en ejercicio con la dirección histórica, la que comienza una ofensiva interna por recuperar la dirección. Se entiende que había que dar un salto “mental, cultural y organizativo (...), rompiendo todos los esquemas hasta ese momento válidos y ventajosos” ante “el agotamiento de una estrategia y la falta de otra”, pues “el MLN sólo había realizado lucha armada y hasta eso es discutible. Jamás hizo guerra”. Pero *“el MLN perdió ese tiempo (...) SIGUIO PERDIENDO EL TIEMPO [mayúscula en original], y cavando su fosa (...) un serio análisis militar conduce la mayor parte de las veces a una línea de acción más política y menos violenta, mientras que un análisis insuficiente redundante en lo contrario (...) un claro ejemplo, de dicha actitud fue la línea militar seguida inmediatamente después de las*

elecciones”. Ante la situación en que el sistema político “crujía”, “*la protesta interna va subiendo y la polémica también*” (...) *Se tenía la sensación clara de que el MLN ‘estaba pronto para el desastre’*. “*El 16 de marzo de 1972, el MLN, por iniciativa y exigencia de las Columnas del Interior, realiza una gran reunión (...) y los ‘viejos’ comenzarán a volver a la Dirección. Era lamentablemente, demasiado tarde*”. Así se llevó a cabo otra fuga desde Punta Carretas y luego las acciones del 14 de Abril en las que “*nos cabe la gruesa responsabilidad de no haber frenado, tajantemente, esta última. Caímos en un grueso error de ‘demagogia interna’ (...) fue una de nuestras mayores cobardías a lo largo de una vida militante*” (Huidobro 2001:169-172,178).

Como se aprecia, la debacle se hace presente cuando la dirección ejecutiva del MLN-T que ejercía en esa etapa, no integra a los cuadros con más experiencia política y militar, y considera que se debía profundizar el accionar armado y golpear a las fuerzas represivas aprovechando la coyuntura de debilidad que se observaba en el gobierno y en el poder de la oligarquía (Labrousse 2009:101,102).

Es así como en un momento determinado conviven dos estrategias en curso, una de corto plazo que busca profundizar la crisis previendo una salida próxima, por lo que hace uso de la capacidad militar en contra de los Escuadrones de la Muerte que operaban con impunidad. La otra, liderada por los dirigentes históricos, tenía un sentido de maniobrar políticamente en la coyuntura buscando desestabilizar al gobierno mediante acuerdos con sectores de los partidos tradicionales (Blanco y Colorado)⁵⁹ y el Frente Amplio, mientras se “ganaba tiempo” para preparar los Planes que permitirían asentar bases guerrilleras en el cono urbano de Montevideo (Plan Collar) y los sectores del interior del Uruguay (Plan Tatú), sacando la presión represiva de la ciudad. Esta discusión, compleja y en medio de una fuerte presión, se resolvió por la vía de los hechos: la dirección “legal” decide operar con las consecuencias señaladas lo que los colocó en una situación de aislamiento político de sectores importantes de los demás partidos.

⁵⁹ Los Tupamaros desarrollaron relaciones y conversaciones con todos los sectores políticos, incluidos los oficiales de las FFAA. En particular hacia abril del '72 habían negociaciones con el sector de los Blancos liderados por el ex candidato presidencial W. Ferreira Aldunate. 126

Como se puede observar, el quiebre de una continuidad en la experiencia política a nivel de la dirección ejecutiva debido a la represión, es parte de la explicación que permite profundizar la crisis tupamara del '72, pero ese quiebre también será posible por la suposición que la organización política tenía una casi ilimitada capacidad de reponer dirigentes con las mismas cualidades políticas cuando caían detenidos los fundadores. Junto a ello, se puede afirmar que hasta ese momento la represión se asumía como un costo inevitable de la lucha, a pesar que eran decenas los dirigentes detenidos, y no era percibida como un indicador de los problemas que podía tener el diseño de la estrategia. En este sentido, la crisis y derrota del '72 parece no explicarse solamente por los golpes recibidos o que éstos eran producto de haberse quedado “sin estrategia”, o por tener el problema de la “saturación”(Huidobro 2001 :107,108) (Campodónico 2009 :144)⁶⁰, sino también por haber apostado a una resolución “tupamara” a la crisis, es decir tanto porque el rol principal lo iba a jugar el MLN y que las otras fuerzas eran acompañantes, y porque la centralidad de la salida iba a ser político-militar. De otro modo, el peso que hubiese cobrado la estrategia también en debate –según Mujica- de priorizar por fortalecer el movimiento político social, con el M26M, el Frente Amplio y las alianzas con sectores liberales y opositores al gobierno, sin desarmarse, pudieron haber generado otro cuadro político, mucho más favorable al proyecto tupamaro de esa época.

Este giro, pudo no haberse dado por el peso de la tradición guerrillera desarrollada como forma identitaria que se había ido fortaleciendo ante los éxitos obtenidos, o por los temores a una división interna como señala Fernández Huidobro. Esto implicaría, entonces, que el desarrollo de los Tupamaros hasta el '72 no consideró de manera consistente, a pesar de toda la flexibilidad y pragmatismo político demostrado, una solución “negociada” al estilo de lo que serían en la década del '80 lo asumido por las guerrillas de El Salvador y Guatemala. En este sentido, puede tener sentido lo que afirma Mujica: “Los aparatos armados siempre son un peligro porque están programados para hacer la guerra, como las gallinas están programadas para poner huevos, y al final todo lo quieren resolver haciendo la guerra”(Campodónico 2009:186). Es por lo anterior que resulta trascendente el que la hegemonía y las decisiones tomadas desde 1971 iban correspondiendo a las nuevas generaciones que conducían al MLN-T y

⁶⁰ Tanto Mujica como Fernández H., hablan de la “saturación” como aquella situación en que la influencia de los Tupamaros llegó a un punto en Montevideo que la represión donde golpeará iba a encontrar algún nexo con el MLN.

que habían ingresado a la organización por ser un referente guerrillero, de acción, y no poseían la tradición política vinculada a la institucionalidad y al movimiento social y sindical del que sí provenían los fundadores. Este corte “generacional”, producido por la represión, está asociado también a la debilidad para transmitir la complejidad del proyecto y la política tupamara por parte de los miembros históricos.

Pero la destrucción orgánica de los Tupamaros no implicó el fin de su influencia política. En este sentido, su accionar armado claramente tenía un arraigo social más allá de su aparato militar, pues la influencia perduró de modo disperso o desconcentrado, pudiendo adaptarse a lo que vendría en 1973. Esto implica también hacer una afirmación: que si la organización política es desmantelada en su estructura principal, puede sostenerse –como sentimiento, influencia política- si tiene apoyo en la sociedad e incluso puede incidir en los acontecimientos si no han destruido su capital político. Esto tiene dos consecuencias: que a pesar de lo decisivo que aparece el accionar armado, lo central es el anclaje político que pueda logra y lo segundo, que sin dirigentes experimentados no hay posibilidad de responder coherentemente.

Pero faltaban los estertores. En este sentido otro elemento a destacar del caso Uruguay es que el golpe de Estado se produce en junio de 1973, en el contexto de la desarticulación total de la organización guerrillera –no así de su influencia política, específicamente ubicada como hemos señalado, en el M26M y la “Corriente”-, lo que profundiza su situación de derrota, al quedar ausente del cuadro político en el hecho decisivo que marcará al Uruguay en la década siguiente: el golpe de Estado y la imponente huelga general de 15 días. Mujica dirá dos décadas después que ese es la principal deuda que tiene el MLN con los uruguayos(Campodónico 2009 :183). La huelga general fue un movimiento que logró paralizar al país durante quince días y culminar con una manifestación el 11 de julio de decenas de miles de personas en la principal avenida de Montevideo.

En este plano también influye el hecho que el PCU y el PS, tuvieron una política poco sectaria hacia el MLN-T, al punto que en el tema militar había una coincidencia: era necesario articular un Plan para contener el Golpe de Estado si este se producía. Objetivo complementario a la posición adoptada por la central sindical en el '64 y que los partidos asumieron. De ello que “un conjunto importante de fuerzas frenteamplistas

(parte de los dirigentes del FA, militares legalistas, Partido Comunista y MLN) diseñaron y coordinaron la puesta a punto de un plan de resistencia para el caso del golpe de Estado (Garcé and . 2006:157,158), ya en el año '71. Cuestión que permitió en el '73 tener –ya no un Plan, por la desarticulación tupamara- sino que una idea común de cómo responder ante el Golpe.

Lo anterior establece un hecho importante, que la destrucción de la orgánica tupamara no implicó un repliegue de las luchas sociales ni tampoco frenó el golpe de Estado, aún considerando el relevante papel político que habían tenido en los últimos cuatro años. ¿Cómo se explica esto?

La influencia del MLN-T sobre el movimiento popular, no tenía más de una década, pero había logrado anclarse en las tradiciones de éste con un discurso nacional y popular de orientación socialista, y logró mediante su accionar de propaganda armada convocar a una nueva relación entre una organización política y el mundo social. La relación que se constituyó marcada por un vínculo práctico de lucha contra un enemigo común, más que por las representaciones clásicas vía partidos, “el diario”, “el pliego de peticiones”, las elecciones y el parlamento, que para los tiempos que corrían se mostraban como impotentes para frenar el grave deterioro del nivel de vida y las garantías democráticas⁶¹.

Junto a lo anterior, hay que señalar que el golpe de Estado fue la culminación de un proceso de deterioro de la democracia y de una nueva hegemonía de corte autoritaria (Aldrighi 2001:24-29), en tanto los líderes conservadores (Pacheco y Bordaberry) habían sido electos democráticamente como presidentes expresándose de esta manera un sector de la sociedad uruguaya que compartía una salida en que las FFAA jugaran un rol determinante. Por otra parte, el golpe de Estado recorría la sociedad cual fantasma desde inicios de la década del '60, aumentando su visibilidad hacia el '72 y luego en Febrero de 1973 cuando se produciría el desacato militar al presidente civil que había nominado un ministro de Defensa que no agradó al alto mando de las FFAA. A partir

⁶¹ Baste recordar que las Medidas Prontas de Seguridad fueron la forma de gobernar de Pacheco y Bordaberry, pero que se sufrían por el movimiento sindical desde el '59. Por ejemplo, en la huelga de los trabajadores bancarios del '68 “fueron sacados de sus casas e internados en cuarteles, desde donde eran llevados a trabajar y luego reintegrados; en las horas libres, se les daba instrucción militar” Maiztegui, L. (2008). Orientales. Una historia política del Uruguay. Montevideo, Planeta.

de esa fecha, el poder civil quedó definitivamente atrapado, sin proyecto político y sin apoyo social; en tanto las FFAA jugaron a presentarse como potencial alternativa “progresista” o “a la peruana”, con sus Comunicados 4 y 7 que reclutaron el apoyo incluso del PCU y neutralizaron a los principales líderes políticos de la izquierda frenteamplista, incluido el General L Seregni⁶².

Entre Febrero y Junio, hay un interregno de definiciones al interior de las FFAA y la oligarquía respecto del rumbo a tomar, siendo evidente el control militar de la sociedad, pues habían logrado constituir el Consejo de Seguridad Nacional como supra poder sobre el Presidente. Esta indefinición – o lucha interna- permitió recomponer a la izquierda, los sindicatos y al movimiento estudiantil, así como reordenar la interna de los dos partidos tradicionales, existiendo diversos pronunciamientos de agrupaciones contrarias al golpe de Estado. Es en este contexto, que ante la formalización de éste el 27 de Junio de 1973, al ser disueltos el Congreso, establecerse la censura a los medios y el control militar del país, la huelga general convocada por la CNT se hace realidad con la ocupación de las empresas.

La resistencia civil al golpe durará 15 días, transformándose en la respuesta más masiva del movimiento popular y la sociedad uruguaya en el siglo XX por la defensa de sus derechos civiles y políticos.

En este período, entre febrero y julio, los Tupamaros, desarticulados orgánicamente y sin capacidad de reacción militar, desarrollan dos líneas de acción, por una parte rechazaron la desmovilización de la sociedad ante los Comunicados 4 y 7 y fortalecieron la presencia de “la Corriente” en el seno del movimiento popular. “La Corriente”, proviene de la tradición de los sectores combativos del movimiento sindical no comunista y que fueron fortaleciendo sus posiciones al interior de la CNT en los procesos de lucha gremial desde el '68 en adelante. Nunca fueron una mayoría, pero

⁶² Comunicados 4 y 7, declaraban rechazar el pago de la deuda externa, defender la soberanía nacional y la legalidad. El PCU declaró: “¿Por qué nos parece, en general, positivo el documento de las fuerzas armadas...? Porque nos plantea la preservación de la soberanía...muy especialmente, la de su más absoluta libertad de decisión, tanto referido a los asuntos internos como a los problemas de relaciones internacionales”. “Porque expresa la necesidad de atacar con la mayor decisión y energía los ilícitos de carácter económico y la corrupción”, “porque plantea la distribución de la tierra”. “Porque se pronuncia por disposiciones que permiten combatir lo más eficazmente como sea posible los monopolios”...“la elevación general del nivel de vida de los trabajadores”... “la necesidad de eliminar la deuda externa opresiva”.

disputaban liderazgos al PCU y al PS, contando con apoyo social y dirigentes nacionales en la CNT, operando como “Tendencia Combativa”. Será en Febrero del ’73 que “la Corriente” se constituirá para enfrentar la necesidad de una respuesta activa al golpe de Estado en curso, presionando por hacer cumplir el acuerdo de la CNT de la década pasada en orden a declarar la huelga general y la ocupación de empresas en caso de concretarse la intervención militar. La Corriente, influida por lo que quedaba de los Tupamaros y sobre todo por su militancia dispersa en las organizaciones sociales y Comités de Base del FA aportó de manera importante al desarrollo de la gran huelga general.

Estos hechos, su derrota el ’72 y luego la derrota del movimiento popular el ’73, profundizarán entre los Tupamaros la polémica y las respuestas políticas inconexas y muchas veces heroicas, que llevarán a su dispersión durante al menos la década siguiente.

Esta etapa se cierra, como derrota, con el quiebre definitivo de los intentos de sostener una continuidad política de una sola dirección. Como se señaló, la crisis de dirección política se venía desarrollando desde el año ’71, se profundiza y colapsa el ’72 por los golpes represivos. Los intentos de repliegue son tardíos, pues se ponen en discusión hacia Agosto del ’72, e incluía situar a Sendic en el interior de Uruguay fuera de la gestión diaria de la organización (Campodónico 2009:182) y establecer a Chile y Argentina como territorios para la protección de los dirigentes y militantes más perseguidos. Sendic expresará su reticencia a ser replegado y demorará la decisión de hacerlo, cayendo detenido en una balacera en Septiembre de 1972⁶³.

Será en Chile, con una reunión en Febrero de 1973, que se evalúa formalmente la derrota –aun no se producía el golpe de Estado en Uruguay- en un Simposio que reúne por la dirección a E. Martínez Platero y Lucas Mansilla, con los demás miembros en el exilio y algunos dirigentes medios que permanecían en Uruguay. En Viña del Mar predomina la idea, en sus resoluciones, que la derrota se debió a los golpes represivos sobre tres direcciones, falta de formación y experiencia de compañeros que llegaban a

⁶³ Sendic era de la escuela de aquellos dirigentes políticos que ponían el cuerpo junto a las ideas. Posición similar, pero que la pagarán con sus vidas, tendrán en Octubre de 1974 Miguel Enríquez y en julio de 1976 Roberto Santucho, líder del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, PRT-ERP, de Argentina.

aquellas, problemas políticos que se arrastraban desde 1970, el ‘accionismo’ que lleva a deformaciones como el militarismo, el peso de la Columna 15 (la más operativa) que genera el ‘quincismo’ como “ideología” y una “concepción estudiantil de hacer la revolución. Poco a poco se fue dejando de lado la ideología marxista leninista, con ella sus principios fundamentales, los criterios y métodos de la Organización”; también se afirma que no se valoró al enemigo, ni las consecuencias militares del accionar tupamaro. (Cultelli 2006:114-118). En definitiva la autocrítica se va a ir centrando en la falta de construcción del partido revolucionario del proletariado. Es decir, este balance planteaba que MLN-T no había desarrollado suficientemente una ideología y tesis marxistas-leninistas, lo que obstaculizaba el camino revolucionario pues para éste se requería un partido que reuniera a la vanguardia de la clase obrera, al sector capaz de dirigir a las demás clases y sectores aliados y pudiera preparar y desarrollar la lucha revolucionaria. Junto con eso, parte importante de las causas de no haber emprendido esa tarea habría sido la falta de “proletarización”, el “espíritu pequeño burgués” que habría predominado impidiendo ver la necesidad de construir ese partido. Se imponía una interpretación un tanto ajena a la heterodoxia que había desarrollado el MLN-T hasta ese momento. También se concluía que se debía apoyar el esfuerzo de reconstrucción de la organización en Uruguay, pero asumiendo que debía orientarse a la constitución de un tipo de partido de carácter político militar, de clase y de combate, aunque sin desarrollar acciones armadas aún, por la debilidad extrema en que se estaba (Cultelli 2006:69-89) (Arraras 1999:231, 232).

La orientación anterior se reiterará en el Comité Central realizado en Mayo del '73, esta vez en Cuba, con el agravante que los acontecimientos en Uruguay tenían completamente fuera de toda influencia a la dirección. El cambio más significativo fue la creación de una Comisión Militar y tener una “política de retorno” para 60 militantes entrenados militarmente. El golpe de Estado en Junio impidió la concreción de este Plan y a la vez sorprendió a los todos los dirigentes de la reorganización en el exterior (Arraras 1999:233-240). Esto agudizará la crisis interna, que luego del golpe de Estado en Chile llevará a centenares de Tupamaros a emigrar hacia Buenos Aires y Cuba, tanto desde Chile como del Uruguay, con grandes costos humanos y políticos⁶⁴.

⁶⁴ El libro “Chile Roto”, relata historias de vida de Tupamaros en el golpe de Estado chileno.

Para principios del '74, con la dirección instalada en Buenos Aires y de la cual participaban Cultelli, E Martínez P, A Kamil, entre otros, se había impulsado otro intento de retorno hacia Uruguay de los militantes clandestinos, pero al mes de Abril ya contaban 4 muertos y cien detenidos, producto de esa decisión. Durante todo este período el apoyo del PRT-ERP de Argentina fue decisivo para la sobrevivencia de los Tupamaros, a la vez que reforzó los lazos entre ambas organizaciones prestándose apoyo financiero, logístico, formación de militantes y trabajo conjunto.

Pero los restos del MLN-T se desangraban literal y políticamente, toda vez que existían 4 tendencias organizadas, dos al interior de la dirección más la “Tendencia Proletaria” y la de “Logística” (Cultelli 2006:128). Durante esos meses la lucha interna arreció pues un grupo de la dirección realiza planteos críticos que culminan con la presentación de su renuncia a sus cargos(entre los que estaban K. Amir, L. Mansilla, L. Bolívar Alemañy y W. Withelaw⁶⁵), con el argumento que se requiere la construcción de un partido revolucionario, marxista leninista y que el MLN-T pase a ser su brazo armado, pues no está en condiciones de reconvertirse en partido marxista leninista por el carácter pequeño burgués de su militancia; se plantean que se debe articular una alianza por la democracia y contra el imperialismo con sectores Blancos de W. Ferreira que se habían opuesto al golpe de Estado; a la par estiman que hay que desactivar la lucha armada transitoriamente, por la debilidad existente y enfatizar los temas político ideológicos de esa etapa; el balance de la época anterior es que el MLN-T había tenido concepciones foquistas al haber sustentado que “la lucha armada es la táctica revolucionaria principal (...) y subestimando el rol del proletariado”; también hay una autocrítica posterior sobre la “subestimación de las libertades políticas” previas al golpe, lo que los enfrentaba también a los dirigentes históricos⁶⁶. Enfrente de ellos estaba la Tendencia Proletaria, que se articula en Uruguay al calor de la huelga general de junio-julio '73, participando los militantes del M26M y que solicitaban armas y apoyo para la resistencia al golpe en marcha; critican a sus dirigentes por estar paralizados en el exilio y ausentes de la gran huelga. Esta tendencia se formaliza en Buenos Aires, junio '74, al ser perseguidos en Uruguay, y coincidía con los “renunciantes” en la necesidad de construir el partido

⁶⁵ Fue asesinado junto al Z Michelini en Buenos Aires, en mayo de 1976, como parte de la Operación Cóndor. Operación de coordinación de los servicios de seguridad de las FFAA, para perseguir “globalizadamente”, sin fronteras a las organizaciones de la JCR.

⁶⁶ El grupo de los “renunciantes” formará una agrupación política, en 1976, llamada “Nuevo Tiempo”, que tuvo una corta existencia.

marxista leninista y la idea del brazo armado, pero buscaban una táctica más ofensiva de lucha con el ingreso de miembros al país para reorganizarse y realizar acciones armadas, a la vez que se proletarizaba a la organización. Esta tendencia tomó distancia de la “autocrítica de Viña del Mar”, señalando que el marxismo leninismo se había adoptado formalmente y que requería de cuadros obreros para concretarlo; caracterizó que el centro de la crisis estaba en la “contradicción principal” entre “la pequeña burguesía adueñada arteralmente de la dirección” y la “clase obrera marginada realmente de la conducción”; señalaban que la dirección histórica se había proletarizado, pero quienes se apoderaron de la dirección en 1970 –luego de los golpes represivos por el caso Charquero y Mitrión- eran pequeño burgueses; también respaldaban a la dirección histórica, que se había “proletarizado”, en su camino de lucha armada y no se cuestionaban la “subvaloración” de las libertades políticas y de la inutilidad de la lucha electoral. (Cultelli 2006:126; Labrousse 2009:158) (Arraras 1999:241-242).

En este período se realizará la segunda reunión del Comité Central del MLN-T en Argentina, en Octubre del '74, que tomó el nombre de Miguel Enríquez en homenaje a su figura. Esta sesión acuerda la expulsión de los “renunciantes” y designa en la Comisión Política a 4 dirigentes de origen obrero (“los peludos”). La orientación será planificar el ingreso de militantes a Uruguay, para construir el partido de clase, de cuadros de combate y realizar la Convención del MLN-T, máxima instancia de resolución. La sobrevivencia de la organización en Argentina estaba basada en el apoyo del PRT-ERP, miembro de la Junta de Coordinación Revolucionaria⁶⁷, que prestaba apoyo logístico y participaba en las reuniones semanales de la CP del MLN-T a través de D Mena, un alto dirigente que habría estado en Chile en reuniones con M. Enríquez el primer semestre de 1974.

A marzo del '75 “se habían introducido alrededor de 30 compañeros a Montevideo” pero todo termina en un nuevo fracaso al ser detenido un miembro, que –tortura mediante- colabora, “determinando la caída de dos compañeros muertos y 22 detenidos por la represión” (Cultelli 2006:143). Luego vendrían el desmantelamiento de todo el esfuerzo con tres muertos más y otros arrestos. Quedarían en Buenos Aires pocos

⁶⁷ La JCR se organiza en Noviembre del '72 en Santiago de Chile, en una reunión coordinada por Miguel Enríquez del MIR y con la participación de dirigentes del MLN-T, PRT-ERP y a la que se incorporará posteriormente el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, ELN.

militantes y acosados por la represión coordinada entre ambos países, que tendría nuevos desaparecidos luego del golpe de Estado en Argentina y el despliegue de la Operación Cóndor. Hacia fines de la década e inicios del '80 hubo nuevos Simposios que no lograron acuerdos significativos.

Es importante señalar que desde la fundación de la JCR, a fines de 1972, el MLN-T que ya estaba derrotado, estrechó los lazos con el MIR y el PRT. En esa situación de debilidad recibió un importante apoyo solidario de ambos partidos, a la vez que se fueron estableciendo como sus referentes del que hacer revolucionario. En 1985, E. Fernández Huidobro realizará un balance de esta etapa que lo ratificará en su libro "En la nuca", donde afirma que *"el MLN fue colonizado a partir de 1973 por la influencia ideológica del PRT-ERP y las consecuencias fueron nefastas (...) aquel error tiene aún hoy consecuencias"*. *"la dirección del MLN abrió sus reuniones a la presencia de dirigentes del PRT; hecho insólito, producto del servilismo en la imitación. Las consecuencias fueron nefastas"*(Huidobro 2001:38-43). En este sentido Fernández critica a las dos tendencias en pugna, los renunciantes y la proletaria, por su marxismo leninismo, su dogmatismo y su incapacidad para haberse realizado una autocrítica política -aunque las diferencia-, por el derrotero inconsecuente de los primeros. Sin embargo, esta posición crítica es respondida por Daniel de Santis, un dirigente nacional del PRT de la época, el que afirma que *"ambas organizaciones sufrieron un primer desastre ante las fuerzas represivas de las mismas proporciones y por razones políticas, más precisamente, por no adecuar su estrategia, o no hacerlo a tiempo, ante el cambio de etapa (...) no sólo el MLN sino también en el PRT, luego del primero, crecieron como hongos concepciones dogmáticas amparada ambas en el marxismo-leninismo, pensamiento Mao allí, pensamiento Mario Roberto Santucho aquí. Ese dogmatismo y el sectarismo que lo acompañó, llevaron a que en las dos organizaciones se produjeran una serie de divisiones que le quitaron toda posibilidad de reorganizarse efectivamente durante ambas dictaduras"*(Santis 2009:61). En este debate el MIR también tuvo su opinión, en el documento de la CP "¡A fortalecer nuestro partido!, de Junio de 1974: *"...en su conformación ideológica [el MLN] pesaba fuertemente una raíz pequeñoburguesa nacionalista, si bien lograron en el curso de una lucha de más de diez años un enorme desarrollo orgánico técnico y militar..."* "El MLN-Tupamaros se reorganiza de acuerdo a las condiciones existentes, conscientes de los errores de su experiencia pasada y guiado hoy por la ideología marxista leninista".

Es en la cárcel, donde en Agosto del '73 antes de ser incomunicados, la dirección histórica realizó un balance de la derrota. Sin embargo, ese documento –se acusa a los renunciantes- no fue distribuido para su conocimiento. En él ya afirmaban que a) el año 1971 se quedaron sin estrategia, pues la que habían tenido inicialmente correspondía a la de un pequeño grupo que buscaba acumular fuerzas, pero una vez logrado un importante nivel de desarrollo y por tanto un grado de peligrosidad para la clase dominante, deberían haber producido el cambio; b) lo anterior, que era operar con mentalidad de grupo pequeño, los llevó a un aislamiento de las masas y luego a la derrota; c) proponen integrar lo que exista de fuerzas M26M a “la Corriente” que estaba demostrando una importante capacidad de nuclear a la izquierda combativa. En septiembre los transformaron en rehenes (Arraras 1999:232).

Pero la vida en la cárcel continuó y los Tupamaros, con un millar de presos, la vivirán como el otro escenario de divisiones, pues se reproducirá a la Tendencia Proletaria, los “renunciantes” y los que buscaban la continuidad de la organización como MLN-T. Será una nueva tendencia, el “seispuntismo”, la que adquirirá relevancia entre los presos y en el extranjero al organizar el M26M. Es un grupo del MLN-T que se constituye en torno a 6 acuerdos políticos: a) la vanguardia de la revolución mundial es el PC de la URSS; b) el PC cubano lo es para la revolución latinoamericana; c) los líderes legítimos son los históricos; d) la lucha armada es el método principal de la liberación nacional; e) el PC uruguayo es aliado estratégico del MLN. Su confrontación central era con la Tendencia Proletaria acusada de trotskista. El “seispuntismo”, cuenta con el apoyo del PC cubano (Labrousse 2009:163) (Arraras 1999 :322-330)

Como se aprecia, el ciclo de la derrota se inicia larvadamente por la incapacidad política de vislumbrar que la continuidad de la crisis más general de la sociedad, junto a los propios cambios impulsados en la situación del país por el accionar político militar, estaban requiriendo de una “nueva estrategia” –como afirman Torres, Fernández H y Mujica-, de una mejor lectura de la situación que pasaba básicamente por una correcta apreciación de la “correlación de fuerzas” y de los objetivos específicos que se podían alcanzar. Estos dos problemas serán los que acentuarán las dificultades internas de encontrar acuerdos y evitar la derrota.

Sobre la “nueva estrategia” lo más desarrollado en la reflexión ha sido el que se requería una adaptación a la nueva etapa, pero sosteniendo la centralidad de la salida política y el proceso de acumulación de fuerzas en la propia lucha armada. En esta “tesis” no había desacuerdos entre los principales dirigentes. No se integró en el debate la posibilidad de cambiar el eje de la estrategia a una de acentuación de la confrontación social, con unidad de la izquierda y otros sectores (tipo Frente Grande propuesto por Sendic), para resolver –con apoyo armado- el enfrentamiento con la oligarquía y las FFAA. Este tema tiene que ver con la idea de “grupo guerrillero” inicial, que se ve desbordado por el apoyo social y también político y cuyas viejas formas de organización tampoco le eran útiles. Torres (Torres 2008 :281) afirma que ya en Enero de 1969 se enfrenta “una clásica crisis de crecimiento”.

Es en este contexto que la confrontación electoral del '71 -constituidos el F.A. y la unidad sindical con la CNT-, y la exitosa formación del M26M, pudo haber significado que cristalizara un “modelo de revolución” específicamente uruguayo, alejado del “accionismo” armado en que se cayó, pues existía “una enorme dificultad para comprender la necesidad y el significado de una nueva concepción (de estrategia)”(Huidobro 2001:145) y se requería “un cambio en la línea del MLN con dimensión ‘histórica’. De esas que marcan época en la vida de una organización” (Huidobro 2001:180)

Desde la perspectiva del tipo de evaluación de la situación uruguaya, hubo deficiencias para comprender el carácter de la crisis en el seno de la oligarquía, el papel que venían desarrollando las FFAA y sus cambios ideológicos (respecto del antiguo Batllismo) y su disciplinamiento, como el contexto del apoyo norteamericano y brasilero a una estrategia de hegemonía militar para resolver las crisis de la región y el país. Torres señala que la dinámica llevaba a la militarización del gobierno y éste si dejaba intervenir a Brasil para detener a los Tupamaros iba a generalizar la lucha por la intervención de Argentina (Torres 2008 191,192). Otros dirigentes han reconocido la subestimación del poder de las FFAA y la capacidad de reacción de la clase dominante.

Así mismo, se requería de evaluar las implicancias de la conformación del Frente Amplio, que fue visto inicialmente –según Mujica- como algo efímero y con reticencias por parte del MLN-T (“en una visión de izquierda selecta y excluyente”)(Mazzeo 2002

:73) pues se enriolaba en el desempeño electoral. Junto a ello no vieron con claridad y a tiempo, el giro dado en el gobierno y sus consecuencias, con el ingreso de las FFAA a dirigir la represión luego de la fuga de los 111 Tupamaros en septiembre de 1971. Fecha que marcaría el inicio, paradójicamente, del eclipsamiento del MLN-T.

2.3.2. De la derrota popular al fracaso del MIR.

El MIR, es una organización político militar que no desarrolló acciones armadas de envergadura, ni de aniquilamiento de fuerzas policiales o militares ni antes del triunfo de la Unidad Popular en 1970, ni durante los años del gobierno de Salvador Allende. Tampoco tuvo capacidad de respuesta militar para el golpe de Estado ni en los años siguientes, por lo menos hasta 1977. Así, su experiencia y desarrollo organizativo de la lucha armada es bastante limitada, aunque tuvo importantes ribetes propagandísticos y discursivos, que marcaron una diferencia con el resto de la izquierda chilena.

Un punto central para entender la derrota del MIR es que a diferencia del caso Uruguayo, en Chile se produce primero la derrota del movimiento popular y la izquierda con el golpe de Estado y luego, en su intento de liderar la resistencia al régimen impuesto, el MIR es derrotado. Es una derrota política, de una estrategia definida luego de realizado –por parte de la C.P.- un balance del período de la Unidad Popular, y que consideraba la situación partidaria, a junio de 1974, como “la más fuerte fuerza política de la izquierda en Chile, y en pleno funcionamiento”(Enríquez 1998:15)

Señalado lo anterior, para comprender las causas más importantes de la derrota del MIR, estableceremos a) las cuestiones que contextualizan el golpe de Estado; b) los lineamientos generales pos Golpe, de las otras fuerzas de izquierda; c) el balance del MIR y su táctica para el nuevo período.

El MIR se desarrolló como organización política de carácter nacional a partir del triunfo de la Unidad Popular, pues a esa fecha no contaba con más de 300 militantes. Es decir, si bien su presencia ya era significativa hacia mediados de 1970, no había logrado

constituirse orgánicamente en las principales regiones del país, se podría afirmar que era un grupo revolucionario de propaganda, activo en algunos conflictos sociales de los sectores más pobres. El MIR, como grupo que proclamaba la lucha armada para la toma del poder por el proletariado y las clases explotadas, había nacido –en parte- por la frustración ante la derrota de Allende en manos de Frei Montalva en 1964, lo que complicaba su adaptación política a un cuadro electoral presidencial en que la Unidad Popular tenía opciones reales de conquistar el gobierno. Inicialmente en Mayo de 1970 se declaran denunciadores de la “farsa electoral”, pero paulatinamente su dirección percibe que el pueblo respalda a Allende y que sería una torpeza política continuar las acciones armadas de “expropiación de bancos”, ante lo cual concretan un acuerdo con Allende, que también involucró un apoyo financiero de éste⁶⁸. Luego de la victoria el MIR se pone a disposición de Allende para colaborar en su seguridad y en la búsqueda de información conspirativa en los círculos más reaccionarios, la que cuenta con apoyo gubernamental⁶⁹.

El MIR caracterizará el período político abierto con el triunfo de Allende, como de pre-revolucionario, en tanto existía una crisis en el modelo de acumulación capitalista, una división en la clase dominante, un proceso de ascenso de las luchas populares y la idea que “los de arriba” no podían seguir dominado de la vieja manera y “los de abajo” no querían seguir sumidos en la dominación. Por ello su esfuerzo principal “se orientó a construir el partido, acumular fuerzas en el movimiento de masas a partir de un programa y del impulso a la movilización de éstas, e intentar disputar la conducción del movimiento de masas al reformismo” (Enríquez 1998:298). En este esfuerzo se impulsó una política de apoyo a la movilización social directa que reivindicaba el derecho a la tierra, un terreno o el control de las empresas por el movimiento obrero, a la vez que se busca impulsar la coordinación de los sectores populares en “Comando Comunales y Cordones Industriales” como formas de poder popular, en una idea de construir fuerza social de carácter independiente, autónoma, del aparato del Estado. En términos de su estrategia, al poner su esfuerzo principal en su vinculación a las clases explotadas e intentar dirigirlas, dejó el problema militar subordinado a esa dinámica y a la capacidad que tuviera de construir una influencia al interior de las FFAA, previendo que las clases dominantes privilegiarían la salida golpista antes que una negociación.

⁶⁸ Entrevista a Roberto Moreno.

⁶⁹ Entrevista a Valenzuela.

Hay tres momentos decisivos en la definición de la actitud del MIR al momento del golpe de Estado. La primera fue la “Asamblea Popular de Concepción” en Junio de 1972, que mostró al movimiento popular de esa región en disposición ofensiva y por la profundización del proceso de cambios, logrando aglutinar a todos los sectores sociales influidos por la izquierda y a sus partidos con la excepción del P.C. y la crítica del Presidente Allende. Este hecho abrirá un debate entre la dirección regional del MIR y la C.P., que se sostendría hasta el 11 de septiembre, ya que aquella “se abocó a tratar de organizar políticamente a estos sectores: campesinos pobres, indígenas, barrios populares, etc. Desde esa perspectiva social, el polo de agrupación de fuerzas nos parecía correcto. Sólo sobre la base de una acumulación social de fuerza podríamos estar, alguna vez, en condiciones de establecer una política, frente a frente, con la UP, particularmente con sus dos partidos hegemónicos: PC y PS”, en tanto el “polo de reagrupación de los revolucionarios” que buscaba unir al MAPU, IC, PS y MIR se consideraba como una política equivocada pues dividía aún más a la izquierda debilitando al gobierno. Los dirigentes del Regional Concepción fueron suspendidos⁷⁰ y se intervino el Comité, con Sergio Pérez. La lectura crítica de las relaciones del MIR con la UP también se hacían en el regional Santiago por parte de destacados jefes de GPM, entre ellos José Carrasco Tapia, Álvaro Vallejos (Matías), Martín Elgueta (Renato), Hernán González (Nicolás), Carlos Ominami, entre otros. Estas discrepancias no tuvieron resolución democrática pues no se realizó durante este período el Congreso que venía siendo pospuesto desde 1969.

Un segundo hecho fue el Paro Patronal de Octubre, pues allí se desplegaron las energías populares para sostener al gobierno, con diversas y creativas formas de respuesta para mantener la producción, profundizar la organización y derrotar la estrategia desestabilizadora. En esa etapa el MIR levantó un “Programa del Pueblo” que resumía las demandas de radicalizar el proceso para impedir el rearme de los gremios empresariales y sus sectores políticos golpistas. Al término de la crisis el gobierno convoca a las FFAA al gabinete y a generar acuerdos con la Democracia Cristiana, lo que abrirá un período de concesiones a las exigencias de devolución de empresas, y represión a sectores obreros y campesinos bajo el pretexto de la Ley de Control de

⁷⁰ Correspondencia con Fernando Mires, dirigente del regional Concepción en esa época.

Armas. Serán las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 las que encauzarán los enfrentamientos que se habían desbordado, en la confianza de la oposición de obtener una contundente victoria⁷¹. El MIR dará un debate interno sobre su participación en las elecciones, y esta vez a diferencia del '70, no está en cuestión la participación sino la forma, que adoptará la del apoyo a los candidatos PS, IC y MAPU que coincidieran con las posturas de apoyo a la profundización del proceso.

El tercer momento será el “Tanquetazo”, una sublevación militar del Regimiento Blindados N°2 con apoyo de Patria y Libertad⁷². Allende convoca a los trabajadores a ocupar las empresas y salir a defender al gobierno con lo que tengan a mano, a la vez que el Comandante en Jefe del Ejército Carlos Prats busca detener el escalamiento de la sublevación militar. La respuesta popular es inmensa. Incluso Prats llama a Miguel Enríquez y le pide que su “fuerza militar” detenga a un tanque⁷³. Este hecho, demostrará que la situación en el Ejército era aún incierta con Prats a la cabeza y que la fuerza militar del MIR era, en la práctica, inexistente. La experiencia del intento golpista precipitará una situación que el MIR caracterizará como “el camino de la capitulación por el que se despeñaba el gobierno, convocamos ‘por arriba’ y ‘por abajo’ a la reagrupación de las fuerzas más radicales...”(Enríquez 1998:303). El gobierno realizaba todos los esfuerzos por llegar a un acuerdo con la DC, la que le exigía a Allende –en la práctica- la capitulación de su proyecto, devolviendo las empresas y fundos tomados y requisados, entregando la tuición del orden público y el respeto a la propiedad a las FFAA, por lo que al momento del Golpe la dirección del MIR fue sorprendida en tanto consideraba que el proceso de “capitulación” de Allende lo hacía innecesario. En la práctica el “tanquetazo” había abierto el proceso de control militar del país, en tanto los otros poderes del Estado como el Parlamento, el Poder Judicial y la Contraloría habían declarado bajo distintas formas la “inconstitucionalidad” del gobierno.

En la dirección del MIR se vuela a abrir la discusión sobre el qué hacer. En la práctica unos proponían crear el “Frente Único” con la U.P. para contener el golpe, a la espera que se diera el quiebre en las FFAA y así se pudiera responder, en tanto otros

⁷¹ Como es sabido el gobierno de Allende obtiene un 44% de la votación, demostrando un alto apoyo popular en condiciones de grave desabastecimiento e inflación.

⁷² Patria y Libertad, organización de extrema derecha, nacionalista, fundado en 1970 por el abogado Pablo Rodríguez Grez, el que tendrá una destacada actividad de apoyo al gobierno de Pinochet y posteriormente en su defensa en los Tribunales.

⁷³ Relatado en sendas entrevistas a A. Pascal y R. Moreno.

consideraron que había llegado el momento de replegarse para intentar crear condiciones para una resistencia armada posterior al golpe. Tal es así que Pascal es enviado a La Habana a discutir con Fidel las alternativas de acción y “recuerdo que el nos dijo: ‘dejen todo y váyanse al sur, agarren todas las armas y vayan al sur y resistan, porque el Golpe va a venir y no va haber posibilidad insurreccional’, y nosotros no éramos capaces producir un giro dentro del propio MIR...”. En ese cuadro, la posibilidad de obtener ayuda en armas estaba en Castro, partidario del repliegue y promete ayuda en armas en caso del Golpe.

Lo anterior es ilustrativo, en parte, de la debilidad militar del MIR. No tenía armamento propio y su trabajo en el interior de las FFAA no era lo suficientemente sólido como para lograr por sí solo obtenerlo. También ilustra que la tendencia general del proceso, luego de las ofensivas del Paro de Octubre y la intentona golpista de Junio, era la unidad política de la oposición en torno al desalojo de Allende del gobierno, pues cualquier propuesta de proyecto de desarrollo pasaba por poner en retirada al movimiento popular organizado y reprimir a sus partidos.

Lo otro, que es muy relevante y poco discutido, fue la inexistencia de un órgano de dirección de la UP para el momento del golpe de Estado. Esto que puede dar carta de credibilidad de que el proyecto de la UP era “sinceramente democrático”, al no tener forma de responder con sus fuerzas sociales ante un hecho más que posible (el Golpe) por los objetivos programáticos que la propia UP tenía, y la política norteamericana para la región, así como lo ocurrido en Brasil y Uruguay, aparece más bien como una irresponsabilidad. No hubo dirección política ni Estado Mayor, la dirección del proceso se esfumó, dejando al Presidente solo en La Moneda y al movimiento popular en la desolación, sin capacidad de responder. Aquí no hubo llamado de la CUT a la Huelga General, ni los partidos unidos declararon la resistencia al golpe. El “polo revolucionario” no tenía coordinación como para haber dirigido la lucha contra al golpe; el PC no tuvo la voluntad de resistirlo, señalando que esperarían si los militares cerraban el Parlamento, este dirigente habría sido el miembro de su dirección nacional, el ex Ministro del Trabajo de Allende, José Oyarce.(Enríquez 1998:305; Cabieses 2010, Agosto; Moreno 2010, Septiembre).

Luego del golpe de Estado, se desató una represión de magnitudes y profundidad insospechadas, y actualmente conocidas⁷⁴.

¿Cómo evaluó el MIR esta situación? Si nos atenemos a los documentos la respuesta es compleja pues estos reflejan varias contradicciones al momento de evaluar la fortaleza de la dictadura, su estabilidad futura; las condiciones del movimiento popular y posibilidades de reanimación; las condiciones del MIR para reanudar la lucha y en qué dirección. Tampoco hay un diagnóstico muy preciso de la situación del resto de la izquierda, especialmente del PS y el PC. Estas imprecisiones y contradicciones marcarán también la situación interna.

La Comisión Política elaboró un documento que se distribuyó en Diciembre de 1973, y en él trabajaron B. Van Schowen, Nelson Gutiérrez y Miguel Enríquez, de forma separada y bajo condiciones de persecución, para ser redactado finalmente por M. Enríquez. Ese documento contiene la primera versión oficial de la Comisión Política, máximo organismo de dirección de la organización.

En el documento se establece una suerte de balance político de la experiencia de la UP y del MIR. Llama la atención la poca relevancia que el documento le otorga a las medidas programáticas que había tomado el gobierno en ese período (nacionalización del cobre, de la banca, extensión de la reforma agraria e impulso a la requisiciones de empresas para generar el Área de Propiedad Social, entre otras) y que explican –obviamente– la oposición sistemática del empresariado, las sucesivas ofensivas de éste y los partidos de derecha y luego de la DC. Se dice: *“La clase dominante, a pesar de haber sido desalojada del gobierno y de haber sido golpeados algunos de sus intereses económicos, pudo rápidamente reorganizarse y desencadenar una ofensiva pues todo lo anterior se realizó de tal forma que como clase permaneció casi intacta, controlando fundamentales sectores productivos. Ya en 1971 desencadenó una ofensiva con importantes éxitos (marcha de las cacerolas, triunfo electoral en Linares, O’Higgins, Colchagua”*. Se puede suponer que este hecho ocurre por la gran relevancia que el MIR

⁷⁴ Los informes de las Comisiones Rettig y Valech son piezas importantes, aunque no relevan lo suficiente los costos represivos para la vida cotidiana de los sectores populares, como allanamientos, detenciones arbitrarias, delaciones, amenazas de despidos, expulsiones de centros de estudio, prohibiciones de sindicalización, reunión, etc. Además del exilio político que drenó de una importante experiencia política a la izquierda.

le dio al papel que jugó el movimiento popular en la profundización del proceso con las ocupaciones de empresas, fundos, movilizaciones callejeras, etc.; pero también por la necesidad de diferenciarse del “programa reformista” de la UP, del cual se afirma que: *“El proyecto político de la UP fue en su esencia y práctica el modelo reformista, determinado por su encarcelamiento en la mantención y respeto del orden burgués y su reiterado intento de sostener el gobierno por medio del sellamiento de una alianza con una fracción de la clase dominante (...)Este proyecto de colaboración de clases fracasó en su propósito, dado el carácter del período que empujaba a las masas más allá de lo que el reformismo se disponía a realizar”*, por lo que se *“produjeron trizaduras y contradicciones entre los partidos políticos de la UP”*(Enríquez 1998:294). La U.P. *“dividía programáticamente al sector popular en dos fracciones: uno que cabía al interior del programa (sectores medios, clase obrera organizada) dejando fuera de programa a lo que nosotros llamábamos “los pobres de la ciudad y el campo. Nuestra tarea se abocó a tratar de organizar políticamente a estos sectores: campesinos pobres, indígenas, barrios populares, etc.”*(Mires 2010, agosto).

En este mismo sentido hay una contradicción no resuelta para calibrar adecuadamente la derrota. Se señala por ejemplo *“La política (estrategia y táctica) que fracasó en Chile y fue derrotada, fue la del reformismo, que arrastró al movimiento de masas a una catástrofe. Fracasó la ilusión reformista de transformar las estructuras de un país y de hacer revoluciones con la anuencia y la pasividad de las clases dominantes”*. En este sentido hay una crítica directa a la carencia de una política militar por parte del proyecto transformador de la UP, o al menos de su incapacidad para sostener social y políticamente el desafío que le hacía a las clases dominantes. Pero a la vez el MIR afirma que *“La política revolucionaria no ha sido derrotada, el socialismo y la revolución proletaria no han fracasado”*, lo que le dejaría incólume de toda responsabilidad política de no haber sido capaces de resolver a su favor la situación, por ser una “joven organización”; pero más adelante señalan que: *“La clase obrera y el pueblo, y por lo tanto también los revolucionarios han sufrido una derrota que no es del socialismo, ni de los trabajadores, ni de los revolucionarios, sino de la política reformista “* (sic). Lo que evidencia una contradicción en sí misma. En definitiva, no se alcanza a vislumbrar la profundidad del impacto político y cultural del golpe de Estado: *“La ilusión reformista de la UP no nos involucra, la desertión provocada por su fracaso solo nos rasguña”*, pero a la vez *“El repliegue y reflujo forzado del movimiento*

de masas nos afecta y nos involucra; también a nosotros, revolucionarios y vanguardia política estamos en repliegue”(Enríquez 1998:306,320,321)

N. Gutiérrez reconocerá en el 2003 (Gutiérrez 2009 :11), que “nadie pensó en aquel momento que existía una decisión radical y genocida de los sectores más retrógrados de la burguesía chilena y las FFAA y de Orden”.

A pesar de lo anterior, la dirección del MIR hace un acertado diagnóstico de las implicancias del golpe de Estado como forma de superación de la crisis en el sistema de dominación: *“En Chile, las Fuerzas Armadas se han ligado a la fracción que representa a la gran burguesía y a las fracciones más modernas de la burguesía agraria. De esta manera la dictadura en Chile, además de estar restaurando el sistema de dominación capitalista como tal, está a la vez imponiendo un modelo político y económico de dominación ultrarreaccionaria repudiado electoralmente en las últimas décadas. Esto lo hace a través de la instauración de un Estado de excepción en la forma de dictadura gorila y a través de la superexplotación del trabajo”,* el que utilizará la *“expansión del libre mercado”* y la *“desnacionalización de la economía”* para atraer inversión.(Enríquez 1998:307-309). Señala que se ha abierto un *“período contrarrevolucionario”* con *“el respaldo de un amplio bloque social burgués y pequeño burgués”*, pero que producto de la política económica y extendida represión se comienza a trizar, por lo que tenderá a endurecer la represión y alentar las contradicciones *“por arriba”*. Respecto de la estabilidad futura del nuevo régimen el mencionado documento tiende a afirmar que la dictadura se prolongará en el tiempo y que las contradicciones internas no lo derrumbarán, pero Pascal señala que luego de la detención de Van Schowen *“Miguel, yo recuerdo, que me dice que este gobierno no dura más de tres años si aquí al final se van a olvidar, le van a dar paso a la Democracia Cristiana, era lo mismo que estaba pensando Frei, y va a cambiar la situación”*. Esta ambigüedad, o contradicción, se aprecia en el documento en la idea que el bloque dominante se resquebrajará y el modelo a imponer cuenta con la fuerza pero no con las condiciones de contexto económico mundial.

La dirección evalúa que en la nueva situación *“el movimiento de masas ha sido fuertemente golpeado, disueltas sus organizaciones, despedidos sus sectores más conscientes, sus dirigentes encarcelados o fusilados, los partidos de la UP,*

especialmente los viejos partidos obreros, han sido duramente golpeados, ilegalizados y en gran medida desarticulados en algunas regiones. Nosotros también hemos sido golpeados aunque en menor grado”.

En este cuadro la propuesta de “táctica” será, en cierta medida, contradictoria. Se asume que son nuevas las tareas y las reivindicaciones populares aunque se mantengan los “objetivos programáticos” del socialismo, pero el texto permite varias lecturas en la relación entre las tareas democráticas a desarrollar y las socialistas. Veamos: *“La posibilidad histórica de enfrentar y derribar a la dictadura gorila dependerá fundamentalmente de la clase obrera de la ciudad y del campo”* y *“Las reivindicaciones democráticas cobran una importancia mucho mayor que en el período anterior, desde el momento en que están abolidas las libertades y el nivel de vida de las masas es golpeado drásticamente. Serán éstas, además, las reivindicaciones a través de las cuales nos será posible incorporar a la alianza revolucionaria a amplias capas pequeño burguesas”*, para luego agregar que *“... el problema central en este aspecto: el problema del sufragio universal, el derecho de las mayorías a decidir su propio destino. Esto, en las condiciones de tener que emerger desde un Estado de Excepción, impone que se asuma la forma más amplia de la ‘democracia formal’, el llamado a una asamblea constituyente en las que todas las capas del pueblo y todas las corrientes políticas puedan participar”*. *“Nuestro llamado a una nueva constituyente es una proyección a la actual situación de nuestra política anterior de participar en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973”*. Como se aprecia, hay una marcada conciencia que la situación ha variado radicalmente y que estas demandas requieren de un “Frente antigorila” que agrupe no sólo a la izquierda sino también a los sectores de la Democracia Cristiana que coincidan en ello: *“En un período de reflujo del movimiento de masas y frente a un Estado de Excepción, es tarea prioritaria fortalecer una alianza lo más amplia posible... contra la dictadura, por la restauración de las libertades y por la defensa del nivel de vida de las masas...”*.

Sin embargo, en la idea de mantener la autonomía política y la “perspectiva estratégica” se propone: *“Nuestro programa es el programa de la revolución proletaria, cuyas tareas son fundamentalmente sociales. Contempla, por lo tanto, tareas socialistas y tareas democráticas”*. *“Nuestra estrategia está dirigida a constituir la fuerza social que pueda iniciar una guerra revolucionaria y, a partir de ella, construir el ejército*

revolucionario del pueblo, capaz de derrocar a la dictadura militar, conquistar el poder para los trabajadores e instaurar un gobierno revolucionario de obreros y campesinos que complete las tareas de la revolución proletaria” por lo que “Habremos de desarrollar dos grandes líneas que se crucen en su desarrollo (...) por un lado la línea política de masas, y por el otro la línea militar de masas, donde la palanca impulsora de ambas será el partido” en que “... la vinculación entre las tareas democráticas y las tareas socialistas serán fundamentalmente la constitución de la fuerza social revolucionaria y del ejército revolucionario del pueblo”(Enríquez 1998-326). 326

Siendo, a grandes líneas el diagnóstico y propuesta, la primera discusión que se abre es con algunos miembros de la dirección de Valparaíso que estaban en Santiago, que elaboran un documento de balance crítico a la política del MIR y en particular a la posición de “el MIR no se asila” El documento es de mayo de 1974⁷⁵. En él se plantea una dura crítica al papel de freno del reformismo durante el gobierno de la UP; que luego del Golpe, el “proyecto económico de la burguesía para el país es irrealizable”, pero se debe considerar que estamos “*viviendo un período de consolidación de la dictadura y de reflujo del proletariado, por lo que es ilusorio hacerse esperanzas a corto plazo; digamos al menos de tres a cinco años*”. Para ello propone la realización en el exterior del postergado Congreso, la elaboración de una propuesta por las libertades democráticas y contra la represión, entendiendo que se volvería a una “democracia burguesa” por presión popular lo que requería de un programa de transición que lo vinculara a la lucha por el socialismo. La afirmación más polémica está sustentada en la idea que “*Se intenta ganar el movimiento de masas con una actitud de valentía mal entendida, como la de quedarse en Chile, al no saberlo ganar producto de una línea política. Pero con esta actitud de jugar una batalla técnica con la represión, donde la ley de las posibilidades dice claramente que perderemos, sólo nos llevará a la pérdida de nuestro mayor capital; una gran cantidad de militantes fogueados al calor de una situación pre-revolucionaria y en un país riquísimo en acontecimientos políticos*”; ante lo cual proponía en su punto a): “*Para evitar la destrucción de nuestro mayor capital, participar en la discusión internacional, aportando y aprendiendo, para las nuevas jornadas de lucha en Chile: salida inmediata*

⁷⁵ “Acerca de la derrota en Chile”, es el documento redactado por J. Magasich, Miguel Espinosa y Alejandro Barrios, de la “colonia” de Valparaíso.

de la CP y de todos los compañeros prófugos de Chile y que asuman la dirección en el extranjero”(Magasich 1974).

La Comisión Política, aborda la respuesta con fecha julio de 1974, de manera extensa, entre pedagógica y mordaz. Se le hace una crítica a aquellos argumentos que iban desde un “izquierdismo” que exigía ser más duros con el reformismo e incluso con los sectores denominados revolucionarios de la UP, hasta la posición de no haber establecido una alianza formal con la propia UP. Luego expresa que la dictadura no caerá sola ni por la “presión popular”, sino que por *“obra de la fuerza social revolucionaria”* y que *“en el terreno político-militar la fuerza revolucionaria no se constituirá espontáneamente (...) sino que sólo se desarrollará a partir del accionar del partido, de su trabajo entre las masas, de su audacia y de su iniciativa. Sólo derrotistas y disolventes pueden llamar al partido hoy a ‘conservar la organización’”*, cuando hoy *“como dirección estamos convencidos que al menos desde mayo están dadas las condiciones en el país para el inicio de la propaganda armada”*, pues *“existe disposición y actitud del movimiento de masas”*. Sobre la situación del partido expresa lo siguiente: la afirmación de la “Colonia” de Valparaíso⁷⁶ que los *“cuadros del partido [se han dedicado] a ‘sortear la represión’ es categóricamente falsa: el CR Santiago se ha reorganizado casi totalmente, entre febrero y mayo casi se duplicó el número de sus miembros, el número de Comités de Resistencia casi se quintuplicó en el mismo período, reconectamos los frentes de masas y crecemos especialmente en fábricas y poblaciones, desarrollamos agitación y propaganda en todos los frentes”*. Con ese diagnóstico se ratifica el criterio que sólo deben asilarse los militantes del MIR extranjeros y la “expulsión pública por ‘desertores y cobardes’ de todo militante que se asilara”, a la vez que se toman “medidas para la protección de dirigentes” y “acelerando el inicio de la propaganda armada”. Se señala que la no realización del IV Congreso fue un grave error, pero que en aquellas nuevas condiciones era irrealizable y sería “plantear la posible destrucción del MIR” (Enríquez 1998:366-397).

Como se aprecia, el debate existe y se expresa en estos documentos, pero iba más allá de la “Colonia” de Valparaíso, de manera dispersa y muchas veces confusa o contradictoria. Se podría decir que eran posiciones políticas intuitivas de que la derrota

⁷⁶ Se le llamaron “Colonia” a los grupos de dirigentes y militantes del MIR que siendo de provincias se habían venido a la capital para escapar de la represión e iban siendo contactados.

era más profunda y severa de lo que definía la dirección y por otra parte el papel del MIR en la situación abierta era más modesto –por sus propias debilidades en la relación con la sociedad- y limitado que el que se proponía jugar.

La confianza en que se era el partido menos golpeado de la izquierda, que se tenía una experiencia anterior de clandestinidad, que se contaba con la fortaleza histórica del movimiento popular por sus luchas democratizadoras y los aprendizajes que había tenido durante el período y las jornadas del golpe de Estado, podían colocar al MIR como el partido eje de la reconstrucción del movimiento opositor.(Enríquez 1998:321).

Sin embargo, no sólo después de la muerte en combate de su Secretario General, el MIR no logró desplegar una política efectiva de resistencia a la Junta Militar, ni tampoco desarrollar su propuesta de propaganda armada. Fue un ciclo de continuos golpes represivos que lo tuvieron a la defensiva permanente. Luego vendrá la represión a la dirección de recambio, que había estado en tareas secundarias durante el '74 y asume según lo previsto, dándole continuidad a la existencia orgánica y política del MIR, pero con una Comisión Política histórica muerta (M. Enríquez, Van Schowen,), presa (R. Moreno, A. Villabela) o cuestionada (H Sotomayor). Esta nueva dirección se encargará de hacer esfuerzos por mantener las estructuras del MIR, pero en el plazo de un año será desmantelada en un nuevo enfrentamiento. Es el término definitivo de la política de “el MIR no se asila”, pues sus dos miembros más relevantes luego del enfrentamiento armado y el acoso policial, militar y de inteligencia termina por replegarlos a la Embajada de Costa Rica y la Nunciatura Apostólica.

Se abrirá un capítulo de incertidumbre sobre el futuro de la organización. Edgardo Enríquez, que luego de la muerte de su hermano Miguel, decide acercarse a Chile tomando las tareas que su hermano le había encomendado ya a mediados de '74. En octubre del '75 se encuentra en B. Aires y es partidario de sancionar a Pascal y Gutiérrez por su asilo que lo considera “una traición” y dejar de inmediato a Hernán Aguiló como Secretario General, al menos interino hasta conseguir que él ingresara. En esta discusión tanto Moreno como Villabela –en esos momentos presos- son partidarios de mantener en sus cargos a los asilados. Por su parte, Aguiló es partidario de mantener a Pascal en la Secretaría General y para ello toma contacto con éste que se encuentra en la Embajada. La discusión ameritó un comunicado público respecto del sumario interno

y la suspensión en los cargos para los dos dirigentes (MIR 1976) La potencial crisis final queda superada, tanto porque Edgardo Enríquez muere en abril de 1976 en Buenos Aires, como porque la mayoría de los dirigentes no eran partidarios de sanciones a esa altura de la pérdida de miembros; pero el impacto que causa el hecho en la militancia y la propia dirección, llegará a tener efectos más duraderos. (Aguiló 2010, Agosto; Pascal 2010, Mayo; Moreno 2010, Septiembre).

Pascal lo resume, a la vez que señala el nuevo camino que adoptarán: *“Estando en Cuba, había salido el “Coño” Villabela, Arturo, estaba Nelson [Gutiérrez], y ahí estamos en una situación totalmente desastrosa, había un desastre y nos preguntábamos cómo salíamos de esto, y ahí inventamos esto entre los tres [la política de retorno o “Plan ‘78”], con la oposición de Aguiló, que siempre fue opuesto, y tenía en cierto sentido razón, porque decía, nosotros no somos capaces de recibir gente, y nosotros con puro voluntarismo nos propusimos desarrollar la política de retorno, la diseñamos, etc. y la construimos sobre la base de una política que tenía como espacios distintos de actuación”*.

2.3.3. La violencia de los revolucionarios y la democracia: su lugar en el desastre.

Es interesante evidenciar que el desarrollo de las acciones armadas no está mecánicamente relacionado con un fracaso político. Es más bien la incapacidad para adecuarlas a la situación que el desarrollo de los acontecimientos va creando. Esto es notorio en el caso uruguayo, pues la autocrítica tupamara, hasta el día de hoy, es que en ese período (1968-1973) estaba legitimada la acción armada y más bien señalan que fueron incapaces de adecuar su estrategia al proceso que llevaba a una situación de mayor beligerancia. Tal es así que la espiral de violencia que desarrollaron, al “enfascarse en una lucha mano a mano con esos aparatos [Escuadrones de la muerte, fue el]. Fatal canto de sirena que nos conquistó” (Huidobro 2001:132). Cabe reiterar que el PCU y el PS llegaron a coordinar con el MLN-T un plan de resistencia al Golpe previo a las elecciones presidenciales del '71, expresando con ello que el tema de la violencia no estaba fuera de la agenda de las agrupaciones de la izquierda tradicional, aunque descartaba la formación de “fuerza militar propia”.

Si se consideran las acciones armadas desarrolladas por los Tupamaros, se aprecia que hacia 1970 y hasta el '72 habían pasado de las acciones de propaganda y denuncia, al desarrollo de acciones de aniquilamiento de fuerzas policiales y militares, combinado con el uso de los espacios políticos legales y el trabajo electoral a través del M26M. Los robos o “expropiaciones” son mayoritarias (90), seguidas de acciones de propaganda armada (42), el ataque a propiedades principalmente empresas extranjeras o nacionales (14) y los atentados a las personas que suman 41, entre policías y militares muertos hay 20 y secuestrados 21.(Tristán 2006:323-334)

Hacia 1972 cuentan con una importante capacidad operativa, es decir de grupos armados urbanos, con logística apropiada (barretines, logística, documentación, informaciones, etc.) y con planes de desarrollo de fuerzas militares en el interior del país y de mayor envergadura. Son, en la práctica, una fuerza beligerante que usa la violencia armada para hacer política.

La relación de los Tupamaros con la democracia uruguaya fue conflictiva. Por una parte, el diagnóstico que hacían era que vivía un persistente proceso de deterioro y corrupción desde inicios de la década del '60, que hacía previsible un golpe de Estado ya en esa etapa. Entre 1968-1973, el Ejecutivo apeló constantemente a las medidas de excepción para gobernar. Tal es así que –como hemos señalado- una de las vertientes en su conformación proponía auto asignarse el rol de “brazo armado” de la izquierda para detener un potencial golpe de Estado y la CNT fijaba posición ante esa eventualidad. En ese contexto, un eje significativo de las acciones de propaganda armada estuvieron relacionadas con desenmascarar la relación corrupta entre la elite empresarial y política por los negociados con la información económica gubernamental; entre personeros de los partidos tradicionales y algunos jueces para impedir la justicia; a la vez que estaban debilitadas las garantías constitucionales hacia los movimientos populares y los opositores políticos, ante un devaluado rol fiscalizador del Parlamento o su escaso peso ante el Ejecutivo y la Justicia si las recomendaciones eran críticas.

Como respuesta a aquello y sin dejar de usar y reclamar el respeto a las garantías democráticas, los Tupamaros levantaron una idea de “doble poder”. Es decir, de constitución de un poder paralelo al “Estado burgués”, que demostraba que tenían la

capacidad de “detener”, “procesar” y “sancionar” a quienes vulneraban las leyes existentes (Tristán 2006:328). Esta paradoja de violentar la ley para denunciar su no aplicación y desde otro lugar enarbolar “tribunales populares”, entregar información y pruebas para luego dictar sanciones, hacía evidente la falta de voluntad de los órganos formales del Estado en el ejercicio de la justicia. Esto, de facto, colocaba en el debate el tema de la democracia, que no era denunciada en su “carácter burgués” sino más bien en su connivencia con los poderosos y la oligarquía. En este sentido la elaboración tupamara sobre el “doble poder” no tuvo un desarrollo teórico que permitiera suponer una idea de sociedad radicalmente distinta a la existente en el plano institucional, y más bien pretendía un funcionamiento transparente.

En cambio la situación del MIR hasta 1973 era otra. No había hecho uso de la violencia armada contra las fuerzas policiales o militares. Los miembros especializados y organizados en lo que se llamó la “Fuerza Central”, con conocimiento militar operativo –pero sin práctica de lucha armada- no sobrepasaban los 80 militantes y su poder de fuego era limitado. Lo que tenía un mayor desarrollo era el entrenamiento en cuestiones militares, aunque no en mando militar, de unos trescientos militantes que, en todo caso, seguían desarrollando sus tareas políticas prioritarias en distintos sectores sociales. El acento principal en este campo lo desarrolló en el intento de generar una “masa armada”, o sea milicias populares con nociones básicas de uso en armamento casero y disciplina básica que fueran capaces de contener un golpe militar, a la vez que implementaba un incipiente trabajo en las FFAA que posibilitara atraer hacia la causa popular a la tropa y oficiales no golpistas. En palabras de Gutiérrez, la política militar del MIR durante la UP consistió en anular y desarmar políticamente al golpismo y militarismo de las fuerzas armadas y la derecha; formar la fuerza social del proceso, contener y desarticular la insurrección patronal, desarrollando la autodefensa de masa, la alianza con sectores constitucionalistas de las FFAA y la afirmación de los oficiales, suboficiales y clases constitucionalistas, democráticos (Gutiérrez 2009:11)

Lo que desarrolló el MIR en este período es básicamente la “acción directa de masas”, que consistía en organizar y alentar el impulso de acciones populares que sobrepasando la legalidad, concretaran las reivindicaciones de diversos sectores sociales. En estas acciones se hacía apoyo armado de tipo defensivo, para las represalias patronales o

desalojos policiales⁷⁷, aunque no se reporta ninguna acción armada del MIR que haya tenido consecuencias fatales.

La estrategia de 1965 de tipo insurreccionalista (de influencia trotskistas), había sido “superada” por la de 1967 que señalaba la idea de construir fuerzas guerrilleras en la ciudad y el campo con vistas a formar un Ejército revolucionario. Sin embargo, desde 1970 en adelante los planes del MIR se apoyaban más en la idea de que el derrocamiento de Allende generaría una situación de corte insurreccional que podría devenir en una construcción de fuerzas guerrilleras más sólidas y numerosas que otras experiencias latinoamericanas (Suárez 2008). Este hecho, determinado por la realidad política abierta, generó una nueva visión sobre el tema militar que junto al desarrollo de los Cordones Industriales y Comandos Comunales, lo aproximaba a una idea insurreccional –de allí la publicación en Ediciones El Rebelde del libro de Neuberg, la Insurrección Armada- que requería del apoyo de un sector de las FFAA y de la unidad de la izquierda –un Estado Mayor- en torno a un plan de defensa del gobierno.

El MIR de ese período vivía la contradicción de saber que el golpe de Estado sería el intento inevitable para frenar el proceso, y por tanto el componente militar era insoslayable, pero no lo podía desarrollar en la práctica porque habría quedado fuera de la legalidad, habría jugado un rol desestabilizador del gobierno de Allende y su prioridad estaba puesta en el desplazamiento del reformismo de su influencia en el movimiento popular. Esto marcaba su relación con el uso de la violencia armada, a la vez que determinó su escasa capacidad militar para el momento del Golpe.

En Chile no solamente el MIR había concebido la idea que un proceso de transformaciones profundas como el abierto por la UP, implicaría un proceso de subversión derechista y el desarrollo de los intentos de golpe militar –que formaban parte de la política internacional de EEUU para la región- sino que la dirección del PS y también del MAPU entendían que ello era posible y que por tanto se requería de una política militar de los partidos, que no sólo se apoyara en la supuesta constitucionalidad de las FFAA. No fue casualidad que la persecución a la marinería antigolpista -del todo

⁷⁷ El caso más emblemático fue la muerte de Moisés Huentelaf, dirigente del Movimiento Campesino Revolucionario, MCR y militante del MIR, producto de un desalojo de patrones armados y Carabineros, en el fundo Chesque, en Loncoche provincia de Cautín, en noviembre de 1971. Allí los campesinos no usaron armas, hubo otros heridos y 20 campesinos detenidos.

ilegal y con torturas incluidas, antes del golpe- tuviera su clímax con el requerimiento a los jefes de los partidos mencionados. Sin embargo, esto no fue suficiente para dar paso a la conformación de un Plan conjunto para resistir el Golpe, a diferencia de lo ocurrido en Uruguay.

Respecto de su relación con la democracia, el MIR había desarrollado desde su fundación una crítica “de clase” a la democracia, en tanto ésta estaría al servicio de los intereses de las clases dominantes. Los resultados de las elecciones presidenciales del '58 y '64 venían a ratificar la desconfianza sobre el sistema democrático y su capacidad de reconocer las legítimas demandas de los sectores excluidos. De lo anterior, más la idea que la revolución era posible en tiempos breves por el clima revolucionario en la Región, se subestimó la democracia como parte de las conquistas de los propios trabajadores y sectores medios que habían logrado imponerse sobre las clases conservadoras. La elaboración del MIR respecto de una concepción alternativa de democracia se fue configurando hacia mediados del '72 con la idea del poder popular. En este caso, tenemos que la crítica a la “democracia burguesa” se complementa no con el accionar armado, sino con la idea de construir un poder alternativo de carácter social y popular que fuera capaz de: resolver los problemas creados por la sistemática desarticulación de la capacidad productiva producto de las huelgas empresariales y de los Colegios profesionales; asumir las tareas de defensa del gobierno ante los intentos golpistas y ser embriones de una democracia futura, o de transformarlas en bases de apoyo para la lucha posterior(Leiva s/f).

Un aspecto que se arrastrará durante todo el período de la dictadura, será la contradictoria relación entre la demanda democrática y la lucha socialista en el caso del MIR. A un año del golpe, en el órgano oficial “El Rebelde”, se planteaba expresamente una “plataforma mínima” de unidad de acción con todas las fuerzas antidictatoriales que consideraba un Gobierno provisorio, una Asamblea Constituyente, justicia para las violaciones a los derechos humanos y defensa del nivel de vida del pueblo (MIR 1974:52), como en los esfuerzos por construir la unidad de la oposición se planteó la iniciativa del Comité Nacional de Unidad del Pueblo con una plataforma básica un “gobierno provisional que, luego de una consulta popular, a través de una Asamblea Constituyente, determine el futuro del país”(MIR 1976). Sin embargo, en paralelo y más agudamente en los años posteriores a 1977 se fue configurando una plataforma de

exigencias unitarias cada vez más radicales, tales como la lucha por el gobierno revolucionario, democrático y popular y las ideas de nacionalizar todas las grandes empresas extranjeras; renacionalizar la banca, el comercio exterior, retomar la reforma agraria sobre 40 Has., suspensión de los pactos militares con Estados Unidos, etc. (MIR 1975), o proponiendo instaurar la democracia popular (MIR 1978) colocando las tareas democráticas del período en un mismo plano que las demandas por el socialismo o de un gobierno de orientación socialista revolucionaria, al estilo de las definiciones de la revolución cubana el '59. En este sentido, la concepción de la lucha por objetivos democráticos para ese período, pudo ser entendida como una “táctica” para ganar fuerzas para el “proyecto de revolución proletaria” o bien pudo formar parte de la idea que lo revolucionario en esas condiciones era conquistar la democracia liberal para desde allí proponerse los objetivos programáticos socialistas. Este problema irresoluto, repercutirá más adelante de manera decisiva.

Es por lo anterior que se debe considerar que el uso de la violencia política armada por parte de los Tupamaros y del MIR en esta fase, nunca tuvo ni en sus respectivas bases teóricas y concepciones de estrategia un enfoque que estuviera más allá del propósito político⁷⁸. Y en cuanto a la democracia liberal burguesa, claramente ambas organizaciones ven que ésta había agotado las posibilidades de servir a los intereses de los trabajadores y los más explotados, porque sus principales instituciones estaban alineadas con los sectores más privilegiados. En ambos casos, se busca dar respuesta a esto con modelos aún insuficientes para ser considerados como formas políticas posibles de ser desarrolladas en caso que el movimiento hubiese sido exitoso.

2.3.4. Las relaciones internacionales y las consecuencias sobre la política.

En esta etapa, las relaciones internacionales tendrán como eje el esfuerzo por construir la relación entre las organizaciones revolucionarias a través de la Junta de Coordinación Revolucionaria, JCR, establecida en Chile hacia fines del '72. Este esfuerzo se realiza

⁷⁸ Como hemos señalado en el marco teórico, la violencia “Soreliana” o las ideas de Sartre, Fanon y otros autores que apelan a la redención humana por la vía del uso de la violencia, colocándola fuera de la política, no está en las concepciones de estas dos organizaciones. Serán Von Clausewitz, Engels, Lenin, Mao Tse Tung, Giap, Guevara, etc.

entre otras razones para generar una colaboración entre las organizaciones revolucionarias que compartían objetivos similares y tenían en común el desarrollo de la lucha armada. Al momento de su constitución las organizaciones más sólidas eran el MIR y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT de Argentina, en tanto el MLN-T estaba ya sumido en la derrota y el Ejército de Liberación Nacional, ELN de Bolivia no podía siquiera re-estructurarse luego de las fracasadas intentonas guerrilleras de los hermanos Peredo. Pero la JCR también se constituía en un centro de apoyo mutuo y decisiones políticas de importancia para estos actores y no así para el PCC, pues éste no tenía ingerencia directa sobre el organismo.

La JCR permitió inicialmente el desarrollo de la colaboración política a través de “Escuelas de Cuadros” o formación política, como del desarrollo de la logística clandestina a principios del '73 y también en el '74 de desarrollo en construcción de armamento y formación militar en las acciones armadas urbanas y rurales que desarrollaba el ERP donde participaron militantes del MIR y el MLN-T, a lo que se sumaría el apoyo financiero y logístico del PRT a ambas organizaciones. Sin este apoyo, las posibilidades de subsistencia habrían sido mucho más difíciles y limitadas de lo que fueron (Valenzuela 2010). El MIR profundizó los lazos con el PRT y la JCR destinando dirigentes a su fortalecimiento, entre ellos Edgardo Enríquez, Regina Marcondes⁷⁹ y Jorge Fuentes⁸⁰. En estas tareas, durante 1975 murieron los mencionados, pero también otros militantes. N. Gutiérrez señala “el MIR no habría sobrevivido después del golpe sin el apoyo y la solidaridad de la JCR y en particular, del PRT de Argentina y luego de la cooperación de las fuerzas de izquierda revolucionaria mundial”(Gutiérrez 2009:28).

Sin embargo es importante anotar el hecho que en 1974 el MIR recibía –en plena represión- a un alto dirigente del PRT-ERP⁸¹, con el cual Miguel Enríquez discutió políticamente sobre la situación del Cono Sur. Incluso en una carta a R Santucho, máximo dirigente del PRT-ERP, escrita por Miguel Enríquez el 27 de julio de 1974, le expresa su preocupación porque *“dada la situación argentina ustedes subvaloran aspectos que pueden ser fundamentales, que creemos debilitan una posible mayor*

⁷⁹ Esposa de Emir Sader, ambos militantes del MIR en esa época.

⁸⁰ El Trosko, importante y reconocido dirigente, hasta hoy detenido y desaparecido en Paraguay por la Operación Cóndor.

⁸¹ Habría sido Domingo Menna, alto dirigente posteriormente asesinado en 1976 en Argentina.

inserción en el movimiento de masas y al parecer se adelantan en el plano militar". Posteriormente afirma que *"Francamente nos preocupamos cuando vemos que los objetivos que ustedes plantean a la clase obrera se limitan a la lucha por la defensa de sus intereses y a la lucha antiburocrática, apreciamos la ausencia de una plataforma global específica para el período y para cada frente específico, el no planteamiento de objetivos de transición y no vemos proposiciones de ustedes para nuevas formas de organización de masas, que creemos el período posibilita y necesita (por radicales que sean las formas de lucha de masa que ustedes impulsan) y a la vez vemos que ustedes impulsan y realizan acciones armadas mayores, nos parece, y podemos equivocarnos, que con esto se genera un vacío importante distancia entre el carácter, la extensión, la profundidad del trabajo de masa y el accionar militar del PRT que visualizamos desde acá como 'adelantado'..."*(Enríquez 1998:399-403). El texto expresa tanto una idea crítica del militarismo como el alto grado de confianza política construida entre ambas direcciones y dirigentes.

Con Cuba las relaciones del MIR luego del Golpe no fueron determinantes. Edgardo Enríquez se radicará en París y no en Cuba como lo hiciera inicialmente Carlos Altamirano, el Secretario General del PS, por ejemplo. El apoyo financiero que recibió el MIR provino del apoyo del PRT argentino y la recaudación de fondos de la solidaridad internacional muy activa en los primeros años. Será en la preparación de su viaje a Argentina, luego de muerte de su hermano, que se reactivará la cooperación cubana hacia el MIR y básicamente en el apoyo logístico y de instrucción selectiva de militantes. Según los datos recopilados entre 1974 y 1976 son 20 los miembros que reciben instrucción, de los cuales 12 ingresan a Chile o realizan tareas de apoyo en Argentina; mueren tres y desaparecen otros tres, siempre según los registros recuperados (Valenzuela 2010).

El caso inverso se presentará con los Tupamaros en su relación con el PCC. Mientras ésta había sido distante, luego de la derrota del '72 la solidaridad cubana se hizo determinante para la sobrevivencia de cientos de sus militantes. Se llegó a un acuerdo de trasladarlos desde Chile y luego de Argentina para Cuba, con el propósito de darles refugio a sus hijos, salvar a aquellos que estaban en peligro y preparar militantes para el retorno. Los militantes Tupamaros en la isla se organizaron y mantuvieron una dirección política que se relacionaba con el PCC. La segunda reunión más importante,

luego del Simposio de Viña del Mar, en Chile, fue la del Comité Central tupamaro⁸² en mayo del '73 en La Habana. Esa reunión comprometió una “política de retorno” de militantes y el desarrollo de tareas militares en el Uruguay, con el apoyo logístico de Cuba.

La Habana pasó a ser un lugar importante en el sistema de relaciones políticas de los Tupamaros, pero allí en 1974 se dividieron prácticamente en dos mitades luego de la crisis en la dirección y la salida de “los Renunciantes”. En el proceso de fragmentación posterior el PCC alentó la conformación de la tendencia que se conoció como el “Seispuntismo”, que levantó el reconocimiento como dirección a los dirigentes históricos presos y la validez del MLN-T, a la vez que incorporaba los postulados del “marxismo leninismo” y replicaba la política internacional del PCC para América Latina, en cuanto a reconocerle a Cuba el papel de referente y al PCU como aliado estratégico. Esta posición, sería posteriormente rechazada por la dirección histórica, provocando nuevamente el distanciamiento entre ambos actores. La “Tendencia Proletaria” se aproximará más a la JCR y el PRT al operar desde B. Aires y requerir para su actividad el apoyo de esta coordinación, al punto de D Mena del PRT –el mismo que habría estado en Chile con Enríquez-, “participó semanalmente de las reuniones del Comisión Política en carácter de dirigente de la Junta Coordinadora Revolucionaria y del PRT, en atención a los acuerdos recíprocos vigentes (Cultelli 2006:143). La convergencia con el pensamiento de esta Tendencia es notoria no sólo con el PRT sino también con el MIR, que compartía el diagnóstico que la derrota de los Tupamaros había sido, entre otras causas, por no contar con un partido marxista leninista, vanguardia del proletariado.

La idea de la JCR, de alguna manera es un esfuerzo por generar un centro autónomo del PCC, aunque en relación con éste. Así queda dicho en la citada carta de Enríquez a Santucho: “...nuestra convicción que en nuestro pequeño Zimmerwald⁸³ está el embrión que conducirá la lucha revolucionaria al menos en el cono sur...”.

⁸² Fue la primera vez que se reunía una dirección política con ese nombre “leninista”.

⁸³ Reunión de la Socialdemocracia europea en 1905, para fijar una posición contraria a la Primera Guerra mundial y por el impulso a la revolución. Será la base de la IIIª Internacional.

El MIR había quedado resentido en la relación con el PCC, luego que confiara en que F. Castro le entregaría armas para promover la defensa del gobierno de Allende, al punto que Pascal y Villabela concurren a la Embajada cubana para apertrecharse sin éxito, dejando invabilizada cualquier respuesta de alguna envergadura de una fuerza propia, en cambio el PS tenía una cantidad de armamento considerable que quedó también sin uso ante la inexistencia de un Estado Mayor o dirección unitaria para ese momento.

2.3.4 De la producción teórica a la consigna.

Es importante mencionar que los sustentos teóricos para la acción política, sean éstos implícitos o explícitos, son determinantes para otorgar consistencia propositiva, capacidad de cohesión interna y por tanto de anclaje social. En este sentido, la represión y derrota tupamara, como la mirista, no fue sólo de las orgánicas y sus políticas, también afectó la capacidad de elaboración e interpretación teórica de los hechos, lo que iba a redundar en la adopción de herramientas conceptuales y modelos que se demostrarían poco útiles para las realidades uruguaya y chilena.

La dispersión de sus intelectuales, los efectos sobre los enfoques que habían desarrollado y la imposibilidad de volver a generar un centro de elaboración teórica y de debates –como lo fue el Centro de Estudios Socio Económicos, CESO, de la U. de Chile, o la revista uruguaya Brecha, por ej.- que vinculaba a la intelectualidad de la izquierda revolucionaria con otras vertientes políticas, implicó el inicio del declive de la elaboración propia. Se produjo una paulatina conexión con las corrientes pro-soviéticas de interpretación histórica, así como con la elaboración política de aquellos movimientos revolucionarios de Centroamérica, que implementaban estrategias de lucha armada del tipo “guerra popular prolongada” similares a las aplicadas en Vietnam⁸⁴. Tal es así, que a la “muerte” de la teoría de la dependencia, la capacidad de elaboración teórica se redujo a esfuerzos dispersos –donde destaca el CIDAMOS en

⁸⁴ Las simpatías del MIR, por ejemplo, estuvieron básicamente con la “tendencia GPP” del FSLN en Nicaragua y en El Salvador con las Fuerzas Populares de Liberación Nacional Farabundo Martí

México dirigido por Ruy Mauro Marini- que no tuvieron el efecto más allá de los círculos radicalizados.

En esta etapa, parece volver la idea, expresada por Lowy respecto de los años '30 (Lowy 1978:11-59), de un hegemonía marxista versión leninista estalinizada, pero esta vez no sólo en los partidos Comunistas de la región, sino también en tendencias más o menos hegemónicas en los propios movimientos revolucionarios, como el MIR y el MLN-T, los que tenderán en la hora de la derrota a afirmarse en las “viejas verdades” del marxismo leninismo, al vertebrar internamente direcciones políticas “históricas” o “proletarias” según era el caso. Este proceso no ocurrirá en toda la izquierda ni tampoco en toda la militancia de estas dos organizaciones, cuestión que será también clave en los desarrollos posteriores.

Paralelamente, los intelectuales de izquierda serán influidos por los escritos de Gramsci, la reflexión eurocomunista y un segmento más delgado por la recuperación de Mariátegui, desarrollándose una agenda de temas vinculados a la revalorización de la democracia política y la lucha contra los Estados autoritarios (Lechner 1988:28-32,113-122; Aricó 2005:109-164), lo que los vinculará más a la profundización de la crítica a todo autoritarismo y violación a los derechos humanos, tomando una distancia crítica de Cuba y de los movimientos y partidos políticos de la o que se acercaban rápidamente a los países del llamado campo socialista.

El drenaje teórico de estas dos organizaciones se profundizará, por el efecto de la disolución de la JCR que le restará un polo político de referencia y también por la “politización” leninista de la teoría marxista, es decir que ante la ausencia de teoría propia que interpretara los nuevos fenómenos sobre la sociedad particular, se volvía a los clásicos pero para usarlos como instrumentos de legitimación política de una estrategia. Eso lo vivirán los Tupamaros desde fines del '72 hasta el '76 y luego el MIR desde el '76. Los nuevos temas, como las transiciones, la democracia, el mercado, las transformaciones en la estructura social y de clases, la internacionalización de las economías y tantos otros, no se considerarán en sus nuevas formas produciendo una incapacidad interpretativa de los fenómenos que se comenzaban a desarrollar. En ver lo nuevo, desde un hoyo profundo de 13 años de incomunicación será Raúl Sendic.

3. Las (des) adaptaciones a la transición política.

Estas dos organizaciones no tuvieron un papel relevante en la generación del proceso que culminó en la apertura democrática, pero sus debates expresaron las tensiones internas acumuladas, los proyectos ideológicos que se tenían para la nueva etapa en desarrollo y, de alguna manera, mostraron la capacidad teórica y política, la flexibilidad táctica y la legitimidad de los liderazgos que se poseían al momento de abrirse la posibilidad de la transición pactada. La definición de una estrategia en un escenario no deseado, en una evidente situación de debilidad organizativa de ambas organizaciones, será decisivo para que éstas puedan incidir en el nuevo proceso de ciclo largo, sin por ello perder sus respectivas identidades.

Será en los procesos de transición donde ambas organizaciones sellarán su futuro. El proceso de adaptación a esa nueva realidad política, implicará el uso de las lecciones aprendidas en el pasado, tanto a nivel de las prácticas como por sobre todo en el plano de la estrategia a desarrollar. Como hemos visto, paulatinamente la idea de definirse como organización político militar que implementa una estrategia de ese carácter es puesta en discusión en ambas organizaciones, así como los criterios del uso de la violencia y el papel de la democracia liberal en los proyectos socialistas que poseen.

El período de las transiciones políticas, para efectos de este capítulo, lo entenderemos como aquel que se inicia con las primeras aproximaciones entre los actores políticos relevantes que apoyan a las dictaduras y aquellos que son sus opositores. Es este puente, que se activa por motivos distintos en cada país, el que irá generando condiciones para que luego de una negociación “por arriba” se refrenden los acuerdos por votación popular.

Para evaluar el desempeño de las dos organizaciones, que se enfrentarán a un cuadro político y social muy distante de una situación revolucionaria y en condiciones de gran debilidad, se hace necesario contextualizar el escenario específico en que se desempeñan y los debates internos que sostendrán.

3.1. La transición uruguaya. El Pacto del Club Naval y la reorganización tupamara.

3.1.1. El diseño transaccional.

La transición en Uruguay comienza con la derrota electoral de la dictadura en 1980, en un plebiscito para aprobar o rechazar una nueva Constitución Política, elaborada por las comisiones asesoras de las Fuerzas Armadas. El contenido de la Constitución venía a consolidar el carácter autoritario del régimen, con una “democracia protegida” por un Consejo de Seguridad Nacional, compuesto por los jefes de las FFAA y el presidente, de amplias atribuciones para resolver sobre los Estados de Excepción; restringía la organización de los partidos políticos excluyendo a aquellos de carácter marxista, coartaba los derechos ciudadanos y la libertad de organización y limitaba la autonomía del Poder Judicial, entre otros artículos (Comisión Interamericana de Derechos Humanos 1980).

El plebiscito fue convocado para Noviembre de 1980 -3 meses después del triunfo similar del Sí en Chile- y los partidos, prohibidos hasta ese momento, se movilizaron en pos de ambas opciones. Un sector de los Colorados, liderado por Pacheco Areco, respaldó la opción Sí, en cambio su ex Ministro Sanguinetti estuvo por el No, junto a la Corriente Batllista del mismo partido. Los Blancos también actuaron divididos y entre los opositores estuvieron el sector de W. Ferreira (Por la Patria) y Lacalle (que sería Presidente en el 2000). La izquierda en pleno estuvo por el rechazo. Esta convocatoria electoral permitió la expresión inicial del descontento con la dictadura por parte de la población y, de alguna forma, permitió el reconocerse nuevamente como una mayoría democrática que estaba en condiciones de articularse.

Con la derrota ya en julio del 81, se abrió un período de negociaciones entre la cúpula militar y principalmente los Colorados, Blancos y Unión Cívica (partido formado en 1980, de origen democristiano conservador, escindido del PDC luego de su radicalización a principios del '70). Su resultado fue la elaboración de una ley de Partidos Políticos y con ésta se realizan elecciones internas, en noviembre del '82, para legitimar a sus nuevas direcciones de los partidos Blanco y Colorado, excluyendo al FA y también a W. Ferreira del partido Blanco en el exilio. Durante el año '83 las negociaciones del “Parque Hotel”, entre los mismos actores fracasan, para ser

retomadas con la inclusión del FA, en el “Club Naval”, en 1984. Estas negociaciones se hacen con L Seregni y W Ferreira proscritos por el régimen y quedan sin posibilidades de participación en las presidenciales acordadas para realizarse en noviembre del mismo año.

Las elecciones se hacen en el marco constitucional previo al golpe de Estado y en proceso de normalización de las garantías democráticas, triunfando el Colorado J.M. Sanguinetti, ex Ministro de Pacheco Areco.

3.1.2. La situación y presencia de los movimientos sociales.

Como hemos afirmado, la convocatoria al plebiscito del '80 va a iniciar un proceso de recuperación de la iniciativa y presencia de los movimientos sociales, que jugarán un rol muy importante de presión hacia las negociaciones en desarrollo durante el período. Será esta presión la que influirá de manera importante tanto en el itinerario democratizador como en marcar las cuestiones intransables para el movimiento democrático.

Con el fracaso el proyecto constitucional de la dictadura en 1980, la aceptación legal a crear “asociaciones profesionales” que usaron los trabajadores y las elecciones internas de los partidos tolerados hacia 1982, se abrieron espacios para la lucha antidictatorial. Hacia principios de 1982 se constituye la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública (ASCEEP). En 1982 reaparece el movimiento de las cooperativas de la FUCVAM, y todo ello se enlazó con las luchas que desarrollaban desde después del golpe del '73 lo familiares de presos y desaparecidos junto a las organizaciones de derechos humanos.

Es así que el 1º de Mayo del '83 se transforma, con cien mil asistentes, en la más importante expresión de lucha antidictatorial hasta ese momento, con el movimiento sindical unificado en torno al Plenario Intersindical de Trabajadores, PIT que reconstituirá la Convención Nacional de Trabajadores en 1984 como PIT-CNT. Ante el fracaso de las negociaciones con los militares la oposición política y social constituye la

“Intersectorial”, que convoca a un “Caceroleo” masivo en el mes de agosto con gran éxito. Por su parte la ASCEEP va a jugar un importante rol movilizador durante el período de transición impulsando la "Marcha del estudiante", en setiembre de 1983, primera gran manifestación de la juventud en reclamo de la democratización del país. Luego vendrá en noviembre una multitudinaria concentración de 500.000 ciudadanos, en el Obelisco exigiendo Libertad, Democracia y Trabajo. A esas alturas la presencia de las organizaciones sociales es significativa en la presión democratizadora.

En enero del '84 se realizará el Paro General, para luego, el 27 de junio, después de 11 años del gran paro general contra el golpe de Estado, se efectuará el exitoso Paro Cívico.

Es en medio de esta presión que se negocia una salida.

Un elemento fundamental a considerar es que el gobierno cívico militar no fue capaz de imponer durante los 12 años de dictadura un nuevo modelo de desarrollo para el país, ni en el plano económico como institucional. La gestión gubernamental como la elite empresarial, no contaron con un proyecto consistente y el equipo profesional apropiado, al estilo chileno de los “Chicago Boy’s”, para generar un cambio radical en la estructura económica. Ello trajo como consecuencia una recomposición de los viejos sectores oligárquicos y una tímida apertura al mercado financiero, sin que se desmontara radicalmente el “Estado Batllista”. En el plano institucional, como hemos visto, el proceso de creación de “Actas Institucionales”, también al estilo chileno, que llevarían a generar una nueva Constitución, terminó en su principal derrota política. Es por esto que el cierre del período de la dictadura, concretado en el “Pacto del Club Naval”, tiene como centro de la negociación el tema de la impunidad y protección de los responsables de las violaciones a los derechos humanos, cuestión que debía asegurarse con un Presidente de la transición que diera seguridades. Las consideraciones de las FFAA sobre el tipo de democracia a desarrollar y política económica a mantener, prácticamente estuvieron fuera de la agenda. Lo sucedido en 1986 es expresivo de lo anterior *“cuando varios de los acusados de crímenes y torturas fueron citados a comparecer ante los juzgados civiles, las Fuerzas Armadas tomaron una actitud intransigente. El hecho causó tal conmoción institucional que el general Hugo Medina aprovechó para guardar las citaciones en un coffre fort para proteger a los acusados*

que debían presentarse en los juzgados.(...) (esto) trasuntó en un profundo temor que una vez más atenazó a la clase política, que terminó sancionando una ley mordaza que clausuraba toda posibilidad de enjuiciar a los militares por violaciones a los derechos humanos” (Leicht 2008:169,170)

3.1.3. La adecuación a la transición.

En este contexto hay que analizar los debates que se desarrollaron al interior del MLN-T y se debe considerar su situación en aquel momento, que de modo resumido se caracterizaba por una alta fragmentación en grupos con posiciones diversas sobre las lecciones de la derrota y su núcleo dirigente por encima de estas luchas internas producto de la prisión en aislamiento al que estuvo sometido. Es decir, un MLN-T casi inexistente, sin tener un rol como tal en la resistencia a la dictadura y en medio de una transición que se pactó al margen éste, sin jugar ningún rol determinante, pudo haber implicado su muerte como organización política.

Lo anterior es significativo, pues vuelve a repetirse la situación similar a la de los meses de mayo-junio de 1973, en que no existiendo orgánica tupamara, hay condiciones subjetivas de tipo políticas y también valóricas que legitiman su existencia en la sociedad.

También hay que considerar que los debates internos delimitan posturas y tesis políticas, pero hay un alto grado de incertidumbre sobre el rumbo del Uruguay en la transición, y la posición prevaleciente ante ella es la de integrarse y respetar la legalidad. Desde esa base, las posiciones pueden configurarse como el “Entrevero”, pues en determinados temas se producen ciertas confluencias que para otras situaciones se alinean de manera distinta. Es la política.

La primera discusión de los dirigentes históricos del MLN-T, una vez reunidos aún en prisión, fue la actualidad y viabilidad de reorganizarse, en torno a qué ideas y propósitos, pues el Uruguay había cambiado y el mundo mucho más. Una primera idea de Sendic que mostraba su intuición, su capacidad teórica y éstas ligarlas a la práctica

política, fue el afirmar –sin ser muy comprendido- que la sociedad industrial era cosa del pasado y por tanto la superación del proletariado como fuerza motriz de la revolución era inevitable. Este punto, planteado por Sendic inicialmente partidario de “superar” al MLN-T, para construir un movimiento político más amplio, fue desechado mayoritariamente. Sendic percibía que el MLN se había sectarizado mucho, que sus planteamientos no se formulaban hacia la sociedad; flexibilizando su posición Sendic propondrá hacer del MLN una federación de grupos -aunque sin dejar de pensar que tarde o temprano éste perdería su razón de ser⁸⁵- lo que también será rechazado (Blixen 2000:313-315; Labrousse 2009:175). Respecto de este punto, Mujica afirma que él también prefería una “aglutinación (...) en una mesa federal (...) pues, antes de hacerte cuarenta pedazos mejor tener una federación y no cuarenta organizaciones” (Mazzeo 2002:61). Este debate continuó luego de la liberación por medio de Consultivos con otros miembros, lo que se conoció como la discusión sobre “la gran cuestión” (Labrousse 2009:179). Sendic fue derrotado políticamente y se convocó a la reorganización con todos los miembros del MLN-T de todas las etapas, a través de mecanismos democráticos de participación, de aportación de autocríticas y planteos para llevar a cabo, lo que implicará la realización de su III^a Convención, en 1985. Entre las decisiones importantes de esta etapa están el abrir la discusión de la dirección –que venía elaborando su propia posición- a todos los agrupamientos Tupamaros existentes y, junto a esto, hacer confluir en una dirección única al tronco MLN-T proveniente de la cárcel con la dirección del M26M reorganizado por dirigentes MLN-T liberados desde 1982. Esto implicará, en el plano político-cultural, el intento de integrar la visión del sector político social a la lógica política de “movimiento guerrillero” que habían desarrollado los ex rehenes.

El debate planteado por Sendic para esta fase, como veremos, es en los hechos el de la refundación del MLN-T sobre nuevas bases, recuperando las lecciones de su historia política y organizativa, pues quedarán unas definiciones centrales sobre una nueva relación: con la violencia y el uso de las armas, y respecto de la democracia y el sistema político. En definitiva, una actualización de la identidad, en base a una “nueva estrategia”, que implicará otras bases de sustentación de la acción política.

⁸⁵ La idea que los Tupamaros tarde o temprano tendrían que desaparecer, es clave en el desarrollo de los acontecimientos de su orgánica política y por la concepción del tiempo político, como veremos.

Tamaño empresa requería consensos básicos entre los dirigentes, o al menos en los mecanismos de resolución de las divergencias que aseguraran la unidad orgánica; esto último se habría concretado por el funcionamiento de una “Comisión de los 17” que concentraba, en paralelo a las estructuras regulares, el poder de decisión interno⁸⁶. El proceso se desarrolló inicialmente sobre el tema de la autocrítica por la derrota, cuestión clave para crear una base de acuerdo. Del listado de autocríticas realizadas en sus reuniones, que superan 40 temas, muestran que ello no implicó necesariamente un balance sino más bien un reconocimiento de errores, sin que se pudiera resolver la cuestión de la línea estratégica a seguir en las nuevas condiciones.

La discusión de la autocrítica contenía, de alguna manera, la idea de Sendic y la tradición tupamara de no hacer un partido “marxista leninista”, de mantener una idea organizativa alejada del “centralismo democrático” y, en condiciones de la transición política, abrirse a nuevas formas de integración de diversos sectores, incluidos aquellos sin orgánica política. Por esta razón, su segunda confrontación, más directa y dolorosa sería con el “seispuntismo” liderado por su hijo Raúl, que postulaba la reorganización leninista de los Tupamaros y la alianza privilegiada con el PCU. Su discrepancia con ellos contó con el apoyo de todos los miembros de la dirección histórica. El “seispuntismo” es aislado del proceso de reorganización y tempranamente abandonarán al MLN para constituir el M26M, ahora en el Uruguay. Esta separación de aguas demuestra lo alejado que estaban de la ortodoxia marxista leninista los dirigentes del MLN y por tanto el escaso respaldo que tenía la reconstitución como “partido revolucionario del proletariado” pro comunista, que en alguna medida también era alentado desde La Habana.

La no federalización del MLN-T no implicó la constitución de un partido clásico del tipo marxista leninista, sino más bien la generación del espacio orgánico que aceptaba como una de las ideologías estructuradas en su seno a aquella. Es en esta “lucha ideológica” sobre el tipo de partido, que se estaba expresando la fuerza que había adquirido la versión autocrítica acerca de que la deficiencia fundamental del MLN-T había sido no haberse constituido en un partido proletario revolucionario.

⁸⁶ Este hecho se hizo público por Zabalza recién en el 2007, cuando había dejado la organización. E. Canalda, miembro del Comité Ejecutivo del MLN-T de la época, señala que no conocía el funcionamiento de este grupo, aunque no pone en duda su posible existencia.

Pero la derrota de Sendic, de federalizar al MLN, no sería la única, lo fue también su proposición de convocar a la constitución del Frente Grande, entendido como una coalición más amplia que el FA aunque no sin éste. Sendic, asumiendo las discrepancias con el resto de los dirigentes históricos, propondrá la generación de un “Movimiento por la tierra y contra la pobreza”, que implicaba luchar por la reforma agraria – reformando la Constitución-, no pagar la deuda externa e instalar una “economía de guerra” para estimular la producción y los salarios. En definitiva los objetivos refundacionales de Sendic para esta “nueva época”⁸⁷ mantenían la idea de “liberación nacional”, de alianza amplia con sectores más allá de la izquierda para las tareas nacionales, pero con una plataforma programática radical, que la hacía inviable . La insistencia en la liberación nacional como tema político, ratificaba la idea de no reducir el análisis sobre las tareas futuras al “interés de clase” proletaria, sino también al de la nación respecto de las potencias extranjeras.

El debate fue agrio y próximo a la atomización definitiva; se le calificó de “socialdemócrata” y de “loco” por parte de algunos miembros de la dirección (Blixen 2000:314,315). La refundación quedó al borde de la inviabilidad, pero primó el viejo compañerismo y la perspectiva política de saber que había un espacio para el desarrollo de una política de izquierda vinculada a la tradición que habían desarrollado.

Lo que estaba en juego era la visión del país, las tareas y los aliados que había que buscar para cumplirlas. Esta posición de Sendic será apoyada en general por los dirigentes históricos, en gran parte de manera formal pues evaluaban el grado de debilidad que tenía la organización, su aislamiento del resto de las fuerzas políticas y la necesidad de constituir planteamientos que inicialmente recogieran aspiraciones más directas de los sectores populares. De este debate surge la idea de “ir al pueblo”, escucharlo a través de las “mateadas” en las plazas públicas, recomponiendo la relación con la sociedad y los sectores donde se querían vincular; a lo cual se agregaba una clara noción de la necesidad de contar con medios de comunicación que les permitieran ampliar su llegada al mundo social no organizado y poder representar una posición ante

⁸⁷ Término acuñado por Julio Marenales y Luis Rosadilla en entrevistas con el autor.

la propia izquierda organizada en el FA.⁸⁸ . Lo anterior trae como consecuencia la necesidad de construir una posición ante el F.A., pues decía relación con el lugar desde donde construir la unidad con el resto de la izquierda y el progresismo. En esto también hay posiciones entreveradas, pues Sendic se opone a solicitar el ingreso –promueve el Frente Grande, más amplio que aquel- y Marenales también –pues prefería culminar la reorganización del movimiento primero-, pero son derrotados por las posiciones de Fernández, Mujica y otros dirigentes(Marenales 2010).

En esto jugó un rol muy importante el grupo que se había integrado a la Dirección proveniente del M26M, que ya en el año 1984 había declarado públicamente su “total adhesión al Programa de Gobierno y a los candidatos comunes del Frente Amplio”, a pesar de existir aún presos políticos, proscriptos y exiliados. Las elecciones eran tanto un “paso más” del pueblo en la conquista de su liberación, como “un instrumento y no como un fin” (Garcé and . 2006:201).

Por tanto, al retomar el debate sobre el ingreso no se discutía sobre la necesidad de la amplitud de las alianzas, sino para qué. Surge así la carta de solicitud de ingreso en 1986 luego de la IVª Convención, la que recién será respondida positivamente en 1989, mostrando las resistencias del resto de la izquierda para con el MLN-T.

Como se aprecia, los dirigentes del MLN-T, de hecho en reorganización desde la cárcel y con algunos esfuerzos impulsados desde 1982 por militantes mujeres excarceladas y algunos hombres como Rosadilla (Labrousse 2009:173), estaban fuera de toda incidencia política sobre la transición. Lo que poseen es una clara consciencia del capital acumulado en sectores del país, producto de la coherencia entre su discurso y su práctica política (Mazzeo 2002 :9-12); cuestión que los constituye en una expresión cultural distintiva respecto del resto de los partidos del sistema. En otras palabras, más allá de los errores, los fracasos y las formas del uso de la violencia política, los dirigentes entendían que había un espacio para un proyecto que reorganizara el saber acumulado, aprovechando su propia historia. Este punto ponía a prueba la crítica del PCU respecto del carácter “pequeño burgués”, artificioso, de la representación social

⁸⁸ Las “mateadas”, fueron planteadas por Mujica en su discurso de marzo del ’85: “vamos a salir en la medida que nos den las fuerzas, a caminar por las calle, a tomar un poco de mate con los muchachos por las esquinas, a conversar con la gente de las fábricas con el mismo espíritu que fuimos allá por el año 66...”.

que podían expresar los Tupamaros en el Uruguay. Canalda afirma que el PCU y Seregni veían como un estorbo la reorganización de los Tupamaros: “los comunistas fueron la real traba de ingreso inmediato del MLN (al FA), porque habían tremendas desconfianzas” y “Seregni tiene una postura en todo ese período claramente anti Tupa”. En general la izquierda, según los Tupamaros, “*no nos daban el ingreso al Frente Amplio, nos basureaban, nos expulsaron de los Comités de Base, por resolución expresa. No podíamos ir a dar charlas sobre le pasado y la prisión*”.(Tagliaferro 2008 :203). La desconfianza se producía porque el MLN tenía “un discurso tan ambivalente como lo es la democracia en aquel momento” (Canalda 2010) y de paso los colocaba ante el desafío de no refundarse con el estigma de haber sido los responsables de haber “destruido la democracia” como les criticaron abiertamente y durante 13 años la dictadura y los sectores de derecha del país.

Más allá de las diferencias que afloraban, va a jugar un rol determinante el que la dirección histórica no fuera aniquilada por la represión sino que al revés, en el intento por enloquecerla con un aislamiento de 13 años, la preservó y además permitió que no se inmiscuyeran en las luchas internas durísimas que se desarrollaron luego de la política que llevó al fracaso de 1972. Este punto está muy bien señalado por Mujica en un acto público tres días después de su liberación en marzo del '85, en Platense Patín Club “...el puñado de viejos que van quedando tiene nítidamente claro que apenas es un palito, que debe funcionar, para que la colmena se aglomere en derredor: lo esencial no es el palito, sino la colmena”(Labrousse 2009:180). Pero, a la luz de las contradicciones que existían entre “el puñado de viejos”, no era suficiente el peso moral que tenían ante sus militantes y un sector importante de la sociedad, una cuestión decisiva fue la madurez, la “nítida” consciencia que había espacio para una política distinta que lleva a ese grupo dirigente a no estallar en fragmentos políticos por sus querellas y a utilizar métodos democráticos ampliados para resolver las diferencias; como lo fue la convocatoria a tres Asambleas Consultivas y la III^a Convención (Garcé and . 2006:57,58) .

Así, el segundo gran tema del debate será su relación con la democracia. En este punto el cuadro interno se reordenará de otra forma. La democracia liberal estaba en un proceso de reconstitución, con una gran influencia del poder militar que “cedía” el control del gobierno y colocaba condiciones para su repliegue ordenado, como se ha

visto más arriba. Lo anterior podría esquematizar la discusión tupamara entre quienes veían este proceso como el paso a una sociedad de democracia protegida y ante la cual había que tener una actitud cuidadosa y prever en el plano organizativo las medidas en caso de una “regresión autoritaria” (entre los que estaban la tendencia proletaria, pero no eran los únicos), y otros – la posición dominante- que señalaban que siendo lo anterior correcto, se entraba en una nueva etapa en la historia política uruguaya y que se abría una “democracia primaveral” a la cual había que cuidar, ampliar y profundizar, respetándola. En palabras de E Canalda “en aquel momento el MLN decía, no renunciamos definitivamente...no, reivindica el que si las cosas se complican hay derecho a defenderse”

Un primer “rayado de cancha”, para el propio MLN-T, sus seguidores y también adversarios, será la carta de R. Sendic, leída por radio en el mes de enero del '85 por su hermano, antes de la liberación de los rehenes y donde planteaba claramente la integración y participación del MLN de las reglas del juego democrático, sin guardar “cartas bajo la manga”; iniciativa que tomó sin consultar con sus compañeros de la “vieja dirección”(Blixen 2000:314), perseverando en una “tradición” de resolver los debates internos generando hechos políticos por fuera. Luego, en marzo, el día de la liberación de la dirección E. Fernández Huidobro declara en nombre de todos los rehenes que *“La democracia en el Uruguay, ésta que hay hoy, es obra del pueblo uruguayo...tiene que ser respetada porque es una orden del pueblo uruguayo. Vamos a militar y luchar en el marco de esa democracia. Vamos a militar y a luchar en el marco de esa democracia que –lo repito- a nuestro juicio es primaveral. No es una democracia caduca como la de 1972 y 1971, en la cual avanzaban sobre el pueblo las fuerzas de la reacción”*(Garcé and . 2006:55). Esta posición mayoritaria en la dirección será ratificada, días después, en el acto de masas del Platense, por Mujica, el que señaló que: “sólo una actitud democrática permitirá una maduración política masiva, de esa inmensa potencialidad; hay que ser democrático, tremendamente democrático, es la hora de tener claro que entre el dilema centralismo y democracia hay que inclinarse por más democracia...” (...) *“Seguimos pues con otros métodos, en este caso con otro fierrito en la lucha por lo mismo. Y estamos viejos. El compañero (Eleuterio Fernández Huidobro) decía las otras noches que si desgraciadamente a esta democracia de primavera nos la roban, sí, absolutamente sí, desgraciadamente sí: tendremos que agarrar otro fierrito”*

Estos tres pronunciamientos públicos son clave en la orientación que tendrá el MLN-T en este proceso. Todos realizados en 1985. Las ideas clave contenidas allí, representan las bases refundacionales que marcarán la “nueva estrategia” que se irá plasmando en la práctica política del MLN-T y se pueden resumir en: Respeto a la legalidad; reconocimiento de la democracia como una conquista popular y a ser profundizada; necesidad de integrarse a la unidad de la izquierda representada por el F.A.; construirse como fuerza política con respaldo social; perseverar en la idea de Movimiento como distinto a un partido tradicional (más programático que ideológico; más heterogéneo que homogéneo; descentralizado); insistir en las ideas matrices de “liberación nacional” y socialismo, adecuándose a los nuevos tiempos; recrear la identidad tupamara en base a su tradición y aprendizajes.

Claramente, lo que se iniciaba era una refundación del MLN-T sobre las bases de la capacidad de la dirección histórica, “los rehenes”, de formular un consenso en torno a estos puntos clave. Y ese consenso no se produjo automáticamente, pues el diagnóstico sobre la situación social del Uruguay era compartido, no así sobre el cuadro político y menos aún sobre la “nueva estrategia” que venía dibujando la mayoría de los dirigentes históricos.

El punto del compromiso con la democracia liberal era claro entre los principales dirigentes, a pesar que la discusión intelectual y política desarrollada por la izquierda del continente desde la experiencia chilena hasta esos años, no los había siquiera rozado por el aislamiento que vivieron. En este sentido, la reflexión sobre las condiciones en que se reconstruía la democracia uruguaya se había hecho individualmente y por separado, pero en este punto coincidieron que era el dato de la realidad y un paso adelante respecto de la dictadura, pues era una conquista y que para las condiciones de la organización era un espacio que les permitía volver a vincularse con la sociedad y el pueblo.

Una cuestión básica es que los Tupamaros no consideran que el período de Pacheco y Bordaberry (1968-1973) fuese el de una democracia, sino de una dictadura encubierta,

pues no había respeto por el parlamento ni la independencia del poder judicial⁸⁹. Con este “antecedente” o parámetro, el MLN-T plantea desde 1985 que la democracia se trataba de cuidarla pero también ampliarla y ello ocurriría en la medida que fuesen más influyentes socialmente. Se trataba, como afirma Mujica, de no considerarla como “el fin de la historia”, como el haber llegado a la democracia perfecta, al “súmmum de la civilización”; más bien la democracia como idea: el de nunca reconocerse ni acabada ni perfecta (Mazzeo 2002:67). Esta posición demuestra que los Tupamaros realizan una distinción entre la “democracia realmente existente” que se valora y respeta en sus reglas del juego político, y la “democracia deseada” que es la que orienta la política de incorporación de nuevos actores sociales a las decisiones.

En otras palabras, a pesar de las divisiones internas entre la militancia y las diferencias en la dirección histórica, era hegemónica la idea de comprometerse con la suerte de la democracia, pero manteniendo un enfoque crítico.

La “tendencia proletaria” o los sectores que se irían reagrupando en torno a Zabalza y Cultelli, el primero uno de los rehenes⁹⁰ y el segundo un histórico de larga trayectoria⁹¹, encontrarían que la reconstitución democrática era un paso importante, pero que se imponía en condiciones de un acuerdo que dejaba incólume la influencia de las FFAA y dependiendo de éstas el control del orden interno. Se podría decir que su enfoque convergía más con la crítica a los procesos de transición pactada en la región y consideraban que la tarea central era reconstruir al MLN-T como el partido revolucionario adecuado a las condiciones de ese momento.

Como lo señala Zabalza (Zabalza 2010 :113), este sector estuvo al “acecho que la reacción quebrara su propia legalidad y el pueblo volviera a comprender la necesidad histórica de la lucha guerrillera”. Zabalza renunció al MLN-T en 1995, derrotado

⁸⁹ E Canalda señala: “hoy mucha gente (que vivió aquel período) sigue diciéndolo, la democracia pachequista no era democracia”.

⁹⁰ Zabalza tuvo varias polémicas con Sendic y su relación personal estaba deteriorada desde la experiencia carcelaria y producto de las diferencias políticas. Aquel reconoce que tenía una “subjetividad enfermiza” que le “impidió ver el alcance de los brochazos gruesos que estaba dando el Bebe” Leicht, F. (2008). *Cero a la Izquierda. Una biografía de Jorge Zabalza*. Montevideo, Letraeñe. También le reconoce que sus ideas sobre la oportunidad de una política de izquierda en la transición y el debilitamiento del proletariado ante el proceso tecnológico, no las comprendió. Blixen, S. (2000). *Sendic*. Montevideo, Trilce. Recientemente ha publicado un nuevo libro sobre el pensamiento de Sendic

⁹¹ Dirigente histórico, proveniente del PSU. Su hijo murió en copamiento Tupamaro de la ciudad de Pando en 1969. Estuvo en Chile en 1973, participó en el Simposio de Viña, y fundó la “Tendencia Proletaria” en Buenos Aires, 1974.

definitivamente por las posiciones de la mayoría de la dirección. En sus posiciones no hay un rechazo a la reinserción a la legalidad, pero sí la idea que era mejor para el proceso revolucionario apostar por el fracaso de la transición en manos de la derecha. Fernandez Huidobro relativiza las posiciones ideológicas de Zabalza al señalar que “Zabalza quería ser diputado” y el MLN-T decidió por Mujica produciendo la ruptura (Huidobro 2010)

Es importante señalar que el tema de la democracia no fue una discusión que se haya profundizado teórica y políticamente en el MLN-T, pero fue un elemento que estuvo presente de manera explícita e implícita en los debates de la reorganización. En este sentido, ninguno de los dirigentes postulaba una “democracia proletaria” o “popular”, sino más bien el debate estaba en la crítica a la democracia limitada y frágil, en cómo ampliarla y fortalecerla y con qué estrategia. De manera implícita quedaba planteado el debate, no sobre el valor de la democracia liberal, sino sobre la capacidad de ésta para enmarcar los conflictos sociales que tenía el Uruguay.

Asociado con lo anterior, la cuestión de la violencia política y su forma como lucha armada también fue parte de las definiciones que se tomaron. En este punto, toda la evidencia escrita y oral indica que no existía una tendencia o grupo que pensara seriamente en tomar las armas para re-emprender el camino de los años '60. La discusión se centró en el carácter de la organización a desarrollar ante el temor a la regresión autoritaria, pues si ello ocurría, los primeros militantes de la izquierda en ser perseguidos serían los Tupamaros⁹². E. Canalda lo expresa

Si se analiza lo dicho por Mujica el '85 acerca de “agarrar otro fierro” si la democracia la volteaban los militares, no es contradictoria con el hecho que hasta hoy ninguno de los dirigentes Tupamaros haya declarado su “arrepentimiento” por el camino emprendido en los '60 –lo que no implica que no hayan reconocido errores- ni tampoco

⁹²Por supuesto que la “regresión autoritaria”, se veía no como un símil de la dictadura anterior pero sí como un régimen de impunidad y represión. Fue una vía posible, que estuvo pendiente siempre de las presiones de las FFAA sobre el partido Colorado y el poder judicial especialmente, y luego sobre la ciudadanía, para resguardar su poder político, que en parte importante pasaba por resguardar a sus oficiales de toda persecución legal. Así, todas las iniciativas por derogar la ley de impunidad (Ley de Caducidad de la responsabilidad persecutoria del Estado a las violaciones de derechos humanos) fueron enfrentadas por sectores de la derecha política y las FFAA con la estrategia del miedo a que se volviera a los enfrentamientos del pasado.

haya renunciado a la lucha armada, si en Uruguay se impone una tiranía. De lo anterior se desprende que el proceso de reorganización y reconstrucción de vínculos con la sociedad no se da desde la negación al pasado político sino que desde la actualización de su pensamiento y acción política que pasa por la revisión de su relación con la democracia y el uso de la violencia.

Sobre el uso de la violencia en los años '60 y hasta el '72, los Tupamaros una vez liberados se plantearon orgullosos de su pasado, que formaba parte de su identidad política y en cuya práctica se habían formado centenares de militantes. Sin renegar de aquello, la pregunta es cómo pudieron resolver dejar de usar la violencia, re-situarla en sus concepciones de estrategia y luego abandonar los aspectos organizativos que ella conlleva. Un primer aspecto es que proponerse realizar acciones armadas, en 1985, para una organización que había sido guerrillera pero estaba en proceso inicial de reorganización era absurdo, pues estaban material y humanamente imposibilitados. El punto es que decidieron no implementar nuevamente ese camino como eje de su rearticulación, a diferencia de lo que había sido el proceso originario de inicios de los años '60. Es claro que ya la "Carta de los presos"⁹³ de agosto de 1973, elaborada por algunos de los dirigentes históricos, sacaba algunas lecciones de la derrota del '72 y '73, en la cual se desprende un fuerte acento por recomponer al MLN-T no como grupo guerrillero sino como organización que, sin abandonar las armas, debe poner su esfuerzo estratégico en el trabajo para todos los frentes sociales, tendiendo a construir un movimiento autónomo con los sectores más combativos de la izquierda -la Corriente-, estructurada al calor de la resistencia al golpe de Estado.

Por otra parte, en el balance que desarrollaron sobre las acciones armadas, tanto en la mencionada Carta como en otros escritos, éstas se caracterizan de acuerdo a: a) los objetivos políticos; b) la legitimidad de éstos; c) sus consecuencias políticas; en el contexto del Uruguay de esa época. No hay un debate sobre la "legitimidad moral" de la muerte de los "enemigos políticos". Por ejemplo, afirma la Carta que la etapa inicial del '63-'69 fue "típicamente foquista" en tanto gestó un aparato armado mínimo y generó conciencia a través de las acciones, pero el desafío del '69 era crear una "telaraña MLN-Pueblo" que no se profundizó como estrategia, haciendo que hacia el '71 luego de

⁹³ Texto completo en Garcé, A. (2006). Donde hubo fuego, proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y competencia electoral (1985-2004), Montevideo, Ed. Fin de Siglo.

las elecciones presidenciales, la crisis de estrategia fuera evidente; *“nos hundimos en este error (...) dando importancia desmesurada al aparato armado (...) como única respuesta teníamos la posibilidad de integrar a la gente al aparato militar, lo cual perjudicó tanto al aparato militar como a la perspectiva en el frente de masas”*, hasta que *“comenzamos a patinar en el plano ideológico, organizativo y táctico”*. También Mujica señala más contemporáneamente que *“¡La guerra es también una forma de relación! De valores distintos pero una relación”*(Campodónico 2009:175), recordando las negociaciones de los Tupamaros con los militares en el '72; o, hablando del golpe de Estado afirma que tiene “un inmenso remordimiento” de no haberle servido a la sociedad uruguaya y sus sectores populares para detenerlo y transformar la huelga de resistencia en una huelga insurreccional: *“Cuando me piden autocrítica, esa es la autocrítica que tengo que hacer. No pudimos hacer lo que fue la razón de toda nuestra peripecia. No por buenos militares sino por malos militares, porque en esas circunstancias la política tiene la cara militar (...) nosotros debimos ser quienes aportáramos eso, nadie más se había preocupado por ese problema (...) Desgraciadamente, en determinados picos la cuestión de la fuerza tiene una enorme importancia. Yo diría que una importancia ocasional, importancia de parto, ya que no necesariamente decide el camino de la criatura”*(Campodónico 2009:183,184).

Esta evaluación plantea dos temas: a) el recurso de la violencia política es una cuestión de ese orden y por tanto no está fuera de lo político –contrariamente a lo que afirma Arendt – lo que paradójicamente permite desecharla como recurso, cuando se estima que las condiciones políticas no la hacen necesaria; b) la violencia debe tener un uso controlado y no puede quedar en manos de gente “inexperta” o sin formación. Es, también, lo que afirman diversos dirigentes históricos respecto de la evaluación de las acciones de ejecución de los miembros de los Escuadrones de la Muerte protegidos por el Estado en el año 72 o la incapacidad para desarrollar un repliegue de sus militantes a mediados de ese año (Campodónico 2009:156).

Como se aprecia, el uso de la violencia por parte de los Tupamaros no tiene un objetivo “de purificación” moral de la sociedad en el sentido que Arendt le critica a Sartre y Fanon, como un camino de la “recreación del hombre en sí mismo”; ni tampoco la ejercen de forma indiscriminada –como reconoce Garcé–, sino más bien realizan un uso meditado políticamente para propósitos políticos. Aunque en ese período es más que

una actividad de propaganda realizada con las armas, para 1985 la idea es hacer propaganda por otros medios (fundaron el exitoso diario “Mate Amargo” y una popular Radio CX 44) y dejar las armas en reposo ante la desconfianza a la regresión autoritaria.

Es necesario agregar que toda la izquierda uruguaya había sido marcada por la reflexión de incorporar la “cuestión militar” a la toda política seria de transformación social, - incluidos el PCU, el PS y al propio L Seregni- producto de los golpes de Estado previos, como los de Argentina, Bolivia y Brasil. El golpe en Chile tuvo, ex post, una consecuencia concreta en la reflexión sobre la relación de esa política militar, con las FFAA y la construcción de mayorías sociales para los proyectos de transformación revolucionaria.

Así, el uso de la violencia respecto de la reacción al golpe de Estado se considera como legítima y por ello hay una continuidad respecto de la idea que si se imponía una “regresión autoritaria” en la transición, había que estar preparados al menos para pasar a la clandestinidad y no ser finalmente aniquilados.

De acuerdo a lo expuesto, la adaptación tupamara a la transición democrática debiera interpretarse como un proceso refundacional, de intensa lucha de ideas en torno a la reformulación del proyecto de “liberación nacional y por el socialismo”, más que como una lucha entre las tendencias “proletaria” y “frentegrandistas”. En esto el punto central fue el tema de la comprensión del tiempo político. En la medida que se hizo evidente que el período de crisis de los '60 no se repetiría, que la transición no sufriría una regresión, sino que se abría un horizonte de tiempos más largos para alcanzar los objetivos programáticos y que una de las primeras tareas era resistir la ola neoliberal que acompañaba al proceso de reorganización tupamara, el MLN-T se vio constreñido a profundizar sus definiciones refundacionales. El tiempo político de la “urgencia” había pasado y no se trataba de una “acumulación de fuerzas” para un enfrentamiento futuro, sino de cómo hacer política revolucionaria en contextos de “normalidad” y que significaba aquellos para no transformarse en un partido más.

En este proceso hubo dirigentes que se marginaron “por la izquierda” al ver que no se lograba “rearmar una propuesta revolucionaria; y creemos firmemente no se va ni se aporta en ese sentido. (...) La Organización (MLN-T) se va sumando poco a poco a la

estrategia que domina en la izquierda”. (Carta renuncia de I. Leites y H Leytón, 1989, en (Garcé 2006:245); y por otro lado hubo quienes se marginaban por la pérdida de los valores Tupamaros como Jorge Manera que, en 1988, argumentaba *“preocupación por las desviaciones ideológicas tan generalizadas en el seno de la O.(MLN-T) (...) tendemos a transformarnos en una federación de chacras, llámense estas zonales, comisiones u órganos diversos.(...) La exigencia en cuanto a VIB⁹⁴ a los cuadros y militantes ha quedado en el olvido”, requiriéndose una “impostergable tarea de depuración interna”(Garcé 2006:236-239). Pero estuvieron los que dieron una discusión política sobre la “nueva estrategia” que era obstaculizada por la “tendencia proletaria” y que unos acentuaban la importancia de generar una política de mayor amplitud en las alianzas y el trabajo social que abandonara el viejo estilo de las vanguardias y se abriera a la autonomía de las organizaciones, como plantea en su renuncia de 1990 E. Canalda, o los dirigentes del Frente Juvenil que abandonaban el mismo año argumentando lo negativo de la *“centralización casi absoluta de las decisiones políticas, en un esquema de territorialidad que iba dirigido a eliminar en la práctica los frentes de masas”, era un problema de “indole político-ideológico”* pues impide una *“presencia organizada en los movimientos sociales y políticos* (Garcé 2006:251-254).*

A modo de compendio se puede ordenar el debate de la siguiente forma: a) Sendic plantea la no reorganización del MLN-T y la fundación de otra organización política; luego propone la Federación de grupos MLN-T; propone el Frente Grande con una plataforma política antiimperialista (no pago Deuda Externa) nacional (estatización banca extranjera) y social (reforma agraria y lucha contra la pobreza); propone alianza amplia en lo social y sin eje en la clase obrera; desarrollo de estrategia en marcos de la legalidad; b) la “Tendencia Proletaria”, propone que el MLN-T sea un partido proletario y revolucionario, concebido como una organización política y militar; que construya alianzas políticas con la izquierda pero en ella articular un polo revolucionario, creando el MPP; su propósito es conquistar un gobierno revolucionario, apoyándose en la legalidad; c) un “eje tercerista”, E. Fernández Huidobro y J Mujica, entre otros, que tiene el proyecto de refundar el MLN-T, respetando la legalidad, regresar al F.A., abrir

⁹⁴ VIB, son los “Valores Básicos” que orientaban la conducta de los Tupamaros, o articulaban un cierto sentido de pertenencia más allá del compromiso político Aldrighi, C. (2001). La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros. Montevideo, Trilce.

la política de masas construyendo el MPP, generar objetivos políticos concretos y viables; consideraban en desuso la lucha armada. Para este proyecto requerían de la unidad del MLN-T y fortalecer una identidad que les permitiera jugar un rol en el espacio institucionalizado, sin abandonar su influencia y capacidad de movilización propia que les permitía ser un factor político.

Cierto análisis tiende a ver una “vacilación democrática” (Gatto 2004; Garcé 2006) en Sendic o Fernández y Mujica, sea por la producción de documentos con categorías “marxista leninista” o por la solidaridad tupamara en casos críticos como lo fue con el Movimiento Todos por la Patria de Argentina, MTP, y en el conflicto de la expulsión de los vascos desde el Uruguay⁹⁵. En este sentido estos hechos pertenecen más a la cultura de izquierda, o mejor dicho de cierta izquierda, que tiende a valorar los gestos de rebeldía y entrega personal en las luchas políticas. Se puede establecer una cierta analogía con la actitud solidaria de Salvador Allende en 1968 con los sobrevivientes de la guerrilla del Che Guevara a los que protegió siendo Senador, a pesar del riesgo político electoral, o como Presidente cuando le dio refugio a los guerrilleros del ERP argentino fugados de la cárcel de Trelew en agosto de 1972, a pesar de las presiones de gobierno de Lanusse, que luego había ejecutado a 16 recapturados⁹⁶. En ambas situaciones hay, más bien, una solidaridad efectiva asociada a la experiencia de persecuciones con resultado de muerte en que se ha desarrollado la izquierda en el continente.

3.2. Transición chilena. De las protestas al “Acuerdo Nacional” y la fragmentación del MIR.

La transición a la democracia se inició en Chile, luego del plebiscito constitucional de 1980, gatillada por la crisis económica y social de 1981, que fue derivando en un

⁹⁵ El MTP, con una cincuentena de militantes, dirigidos por un ex fundador del ERP, E. Gorriarán M., atacó el Tercer Regimiento de Infantería Mecanizada de La Tablada, en la provincia de B. Aires, en Enero del '89, suponiendo que allí se preparaba un nuevo intento de golpe de Estado contra el Presidente Alfonsín. Resultaron muertos 11 militares y 28 guerrilleros, más 5 desaparecidos del MTP. La represión posterior hizo huir al Uruguay a varios militantes del MTP que fueron protegidos por el MLN-T. El caso de la movilización contra la expulsión de 3 vascos del Uruguay y que tuvo un muerto, 44 policías y 31 civiles heridos, contó con un activo rol de la dirigencia tupamara, el inicial apoyo del FA, pero que derivó en importantes conflictos políticos tanto en el FA, como en el MLN-T. Labrousse, A. (2009). Una historia de los Tupamaros, de Sendic a Mujica. Montevideo, Fin de Siglo.

⁹⁶ Y contra la opinión de su Canciller Clodomiro Almeyda, partidario de ceder ante Lanusse.

aceleramiento de los procesos de rearticulación social y de los partidos políticos opositores, que a su vez promovieron la protesta social contra el régimen, levantaron sus reivindicaciones y generaron coaliciones políticas nuevas, con los mismos actores de los inicios del '70.

En sus comienzos, los propósitos opositores fueron derribar a la dictadura e imponer un gobierno provisional que pudiese convocar a elecciones libres y generar una Constitución Política nueva, que desechara la aprobada en el '80 por ser impuesta en elecciones sin garantías ni libertades.

Luego de 1986 -el que un sector de la oposición llamó el “año decisivo”-, desgastadas las protestas sociales y frustrado el atentado a Pinochet, cambió el cuadro político, los alineamientos y las demandas, tendiendo las principales fuerzas opositoras a reconocer la fuerza política y represiva de la dictadura y con ello la necesidad de una estrategia de subordinación al itinerario constitucional fijado que resolvería en 1988 y '89, mediante actos electorales con plenas garantías y libertades limitadas, al Presidente de la República y un Parlamento.

Es decir, el proceso transicional transcurrió en medio de movilizaciones sociales, represión, acomodados en el cuadro político y gestación de las fuerzas y dirigentes que conducirían el proceso político las décadas siguientes.

3.2.1. La nueva situación.

Con la estrepitosa quiebra de la industria CRAV en 1981, se iniciaría una crisis económica sostenida que llevaría a la caída del PIB al 14% al año siguiente, la producción industrial lo hizo en 21% y la construcción se aproximó al 50%. El desempleo afectaría a uno de cada tres trabajadores en 1983 cuando la caída del PIB llegaba al 2,8%. El efecto político al interior del régimen demoró en llegar, pues la sólida posición del equipo económico neoliberal, insistía en medidas de “ajuste automático” para re-equilibrar la macroeconomía, lo que llevaba a extender la recesión y la quiebra al sector productivo, luego al exportador y finalmente al financiero. La

deuda externa se duplicó entre '81 y '83, en medio de una caída de las reservas internacionales y de la restricción de los préstamos externos. La presión sobre el tipo de cambio que regía controlado por la autoridad monetaria en \$39, se hizo insostenible y en junio del '82 se devaluó a pesar de la promesa presidencial. Luego vendrá la intervención de la banca y las sociedades financieras, que en un número de 16 son intervenidas para colocarlas bajo el alero de la garantía estatal. Era el punto de quiebre con el equipo más ortodoxo de los neoliberales.

Las asociaciones empresariales comenzaron a presionar al gobierno por una política más activa que frenara la caída de la producción y contuviera las quiebras por lo que la autoridad realizó un giro pragmático subsidiando las exportaciones, elevando algunos aranceles a las importaciones y devaluando el tipo de cambio, lo que junto a la estatización de la deuda externa privada (al garantizar su pago), más una política activa de gasto fiscal (cuyo déficit promedio 3,1% entre '81-'85) terminó por estabilizar la situación, para comenzar una recuperación que según el PIB, sería en promedio entre 1981 y 1989 de un 2,7% (French-Davis 2008:195-226).

Pero la crisis profunda trajo consecuencias sociales desastrosas. La cesantía se empinó sobre el 26% el '82 y '83, con una inflación anual de 20,7% y 23,1% respectivamente, y ambos indicadores no variarían sustancialmente los dos años siguientes. Por su parte, el gobierno disminuyó el gasto social y las remuneraciones públicas, para hacer frente al déficit fiscal. Los programas de empleo subsidiados por el Estado (PEM y POJH) tenían un impacto muy limitado y sus ingresos estaban muy por debajo del salario mínimo. En otras palabras, para la política económica de la dictadura se tornó en irrelevante el costo social de la salida de la crisis.

Así las cosas, la legitimidad del discurso del régimen, que había estado centrado, luego del Plebiscito constitucional del '80, en la legitimidad por resultados más que por el origen, tuvo una regresión. Se repuso la idea que el régimen tenía su fundamento en lograr acabar con el marxismo, nacional e internacional, y por tanto a pesar de las dificultades la tarea aún no estaba cumplida; junto a esto, se apeló al empresariado para moderar sus presiones y alinearlos junto al régimen, recordando que un regreso de la oposición al gobierno sería la vuelta al estatismo.

Las organizaciones sociales, que venían lentamente recomponiendo su tejido social, particularmente las organizaciones estudiantiles, no fueron las primeras en movilizarse. Fueron los trabajadores del Cobre, el área estratégica de la economía, y que contaban con mayores resguardos para manifestar su protesta ante la situación económica. Desde allí, se reactivarán los referentes sindicales, se coordinarán con los aún débiles Colegios profesionales y federaciones de estudiantes universitarios, a los que se sumarán organizaciones de mujeres, derechos humanos, agrupaciones poblacionales, todos en función de manifestar el rechazo a la crítica situación y contra la represión. Lo anterior es lo que explica el asesinato por degollamiento, en febrero del '82, del dirigente sindical moderado Tucapel Jiménez, que buscaba la unidad de su sector.

Pero, el proceso de fortalecimiento de la unidad que se producía entre los líderes sociales opositores se hizo incontenible, hasta llegar a la convocatoria de la primera protesta nacional contra la dictadura en mayo de 1983. Fue convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre, CTC, y contó con el apoyo del naciente Comando Nacional de Trabajadores, como de los partidos. La Protesta Nacional resultó un éxito pues hizo participar a sectores medios y populares, rompiendo el miedo y situando a un actor colectivo en la crisis; esto llevó a los dirigentes a convocarla mensualmente. En Agosto, el régimen responde aplastando la protesta con 8 mil efectivos del ejército y dejando un saldo de 29 muertos, 200 heridos y mil detenidos. La continuidad queda en discusión ante la apertura al diálogo –en casa del Arzobispo- entre el Ministro del Interior, Onofre Jarpa –viejo aliado de la DC, en el golpe militar- y la Alianza Democrática que agrupaba a la D.C., el P.S. “Briones”⁹⁷, el P. Radical y otras agrupaciones menores. La Protesta se va reduciendo en sectores sociales, radicalizando en métodos de protesta y se va recluyendo a las barriadas populares con apoyo juvenil, durante septiembre y octubre. Un sector importante de la oposición social y política veía con simpatías la posibilidad del acuerdo para la apertura democrática, mientras otros sectores aplaudirán la entrada en la lucha armada, en Noviembre, del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, impulsado por el PC.

Es en ese contexto que en Agosto de 1983 se funda la Alianza Democrática, que agrupa a la DC, el sector renovado del PS y el PR, más agrupaciones socialdemócratas y

⁹⁷ El último Ministro del Interior de Allende. Sector moderado.

“liberales de derecha”. Su fundamento es una adecuación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos a la reconstrucción de la democracia, y su plataforma exigía que *“el pueblo, por vía plebiscitaria, decida si aprueba la creación de una Asamblea Constituyente (...) elegida por sufragio universal, secreto e informado”*; que renunciara Pinochet pues *“...la Nación ha llegado al convencimiento de que es necesario, para el bien de la Patria, una persona, colocada por encima de querellas y dolorosos conflictos (...) el Jefe de Estado debe dar una solución al país, resignando el cargo de Presidente de la República”*. Por lo que apoyó la formación de un *“Gobierno provisional representativo del consenso nacional, que en plazo de 18 meses se oriente a concretar un plan político que (...) restablezca la vigencia de los derechos humanos, la democracia y el Estado de Derecho (...) el retorno de los exiliados (...) la disolución de la CNI (...) y un programa económico de emergencia* (Análisis 1988:277-284).

La exclusión DC al PC era la reiteración de su posición desde 1973, la que bajo distintos argumentos se mantuvo invariable, a pesar de las distintas estrategias que tuvo el PC durante el período. En 1982 – un año antes de las acciones del FPMP- elaboró un “Documento de Consenso” en que denunciaba al PC por la “ortodoxia leninista”, la ligazón a la URSS, su “táctica de ‘violencia selectiva’”, lo que determinaba que este partido “no ha sido ni será un potencial aliado político de la Democracia Cristiana” (Riquelme 2009:124).

Así las cosas, el PC impulsó como respuesta la gestación del Movimiento Democrático Popular, MDP, el que reuniría inicialmente al PC y el PS dirigido por C. Almeyda, y que luego integraría al MIR, que reclamó su presencia allí. Su plataforma se orientaba a la “salida inmediata de Pinochet y un Gobierno provisional”, el que sustentado por “todas las fuerzas democráticas” impulsaría la plena vigencia de los derechos humanos, restauraría todas las libertades de asociación, opinión y organización, legalizando sindicatos y partidos políticos; en lo económico debía llevar a cabo un plan de emergencia además de *“desmantelar el poder de los clanes económicos (...) nacionalizando y estatizando la banca (...) y replantear la negociación de la deuda externa”*. Declaraba ilegítima la Constitución de 1980, que debía sustituirse por una Asamblea Constituyente que elaborara una nueva; las FFAA se sometían al poder civil y se promovía la “participación efectiva del pueblo”, entre otros temas. El MDP valoraba la constitución de la A.D. y su demanda de un Gobierno Provisional,

Asamblea Constituyente y elecciones libres, a la vez que la convocaba a “un gran Acuerdo Democrático Nacional”; como estrategia se planteaba profundizar la movilización social y ampliar la unidad (Análisis 1988: 285-289)

El fracaso de la estrategia dialogante de la AD se hizo evidente hacia inicios del '84, pues el régimen utilizaba tanteos de diálogo para ganar tiempo y superar la crisis económica, a lo que el CNT respondió con el 8° llamado a protestar en marzo de ese año. Tuvo una amplia acogida, por lo que re-editará su convocatoria en Mayo, Septiembre y Octubre. El régimen siguió reprimiendo hasta que en Noviembre implanta el Estado de Sitio en todo el país y clausura la “fase dialogante”. El movimiento social se reordena sobre la base los alineamientos políticos que se van produciendo y a la vez va influyendo en ellos; a esas alturas ha surgido la CONFECH -que reunió a todas las Federaciones de Estudiantes universitarios de Chile-; Coordinadoras de pobladores, de mujeres –el MEMCH-, de artistas. El año 1985, tres militantes comunistas serán degollados en Marzo y el nuevo Arzobispo Juan Fresno convoca a partidos oficialistas y opositores a un Acuerdo Nacional en Agosto, que excluía a la izquierda organizada en el Movimiento Democrático Popular y era rechazado por la UDI.

El “Acuerdo Nacional para la Transición a la Democracia Plena”, congregará a partidarios del régimen cuyo sector se organizaba en Renovación Nacional (A. Allamand, F. Bulnes, F. Maturana) y a la diversidad opositora que incluía a la Izquierda Cristiana (Aguiló y Maira) miembro del Bloque Socialista en ese momento. Este documento sostendrá la necesidad de una “evolución pacífica hacia una democracia plena y auténtica”, que pueda garantizar la “governabilidad del país” y el “retorno de las Fuerzas Armadas a sus indispensables funciones permanentes, respetando plenamente sus valores, dignidad y requerimientos institucionales”. Señalaba la necesidad del *“pleno respeto al derecho a la vida y a todos los demás derechos contemplado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y Pactos complementarios, lo cual significa rechazar la violencia, de dondequiera que ésta venga, como método de acción política y hace indispensable esclarecer los atentados y crímenes que han conmovido al país y aplicar la plenitud de la ley a los responsables”*. La estrategia de consecución es el diálogo con el régimen, la subordinación a los plazos institucionales, pero advirtiendo que la Constitución a la que se aspira es con un Congreso plenamente electo (sin designados), con libre expresión y organización de partidos, una “economía mixta”,

con “concertación social”. Le evolución efectiva a la “auténtica democracia” debía llevar al fin de los estados de excepción, a registros electorales, fin del “receso político”, y a un plebiscito que legitime lo propuesto.

El documento fue criticado por el Gobierno, aunque se regocijó de su moderación, al igual que la UDI que expresó su preocupación por vislumbrar una suerte de regresión constitucional a la de 1973 y a un rol incidente del Estado en la economía. EL MDP por su parte, no adhirió al documento, valorando el pronunciamiento porque aumentaba “el aislamiento de Pinochet” e incorporaba demandas democratizadoras sentidas por la población, pero criticaba la ausencia de la demanda de gobierno provisorio y el llamado a una Asamblea Constituyente (Análisis 1988: 308-319).

El “Acuerdo Nacional” no tuvo la movilización social, organizándose la Asamblea de la Civilidad, en abril de 1986, que reunió a un amplio abanico de 18 asociaciones profesionales, estudiantiles, de mujeres y trabajadores, mapuches, augurando nuevas y amplias movilizaciones. Pero tampoco abrió al régimen a la modificación de su itinerario constitucional fijado en el articulado transitorio.

Lo que quebró la tendencia política fue el fracasado atentado a Pinochet, de septiembre de 1986, que demostró el poder de fuego acumulado por el PC –aunque le habían descubierto el mes anterior un enorme arsenal de armas en Carrizal-, la impunidad de la dictadura para seguir reprimiendo⁹⁸ y el desgaste que traía el movimiento popular luego de tres años de movilizaciones constantes que abrían espacios muy limitados.

1986 fue un “año decisivo” para el curso que tomó la transición política, pues realinearía a todos los actores ante el nuevo cuadro: la victoria obtenida por el régimen ante el fracasado atentado; el fin de toda posibilidad de unidad opositora; el debilitamiento de la capacidad de dirección política del MDP y un repliegue social ante

⁹⁸ La reacción represiva del régimen fue amplia y profunda, sin respeto ni por su propia legalidad. El Departamento de Estado de EEUU repudió el atentado como “criminal acto de terrorismo comunista”, pero expresa preocupación tanto por las detenciones de opositores sin que organismo judicial alguno haya probado conexión con los hechos o actos terroristas como con el cierre de seis revistas opositoras. Llamó “más que nunca, que todas las personas de buena voluntad en Chile busquen promover a través del diálogo el rápido avance en la implementación de la transición democrática”. Análisis, T. d. R. y. (1988). 1983-1986, La unidad frustrada. Santiago, TRA.

los hechos. Así, la imposición del itinerario institucional se hizo incontrarrestable según la mayoría de las fuerzas opositoras.

Un papel significativo, desde el inicio de las protestas sociales y de la reactivación política lo jugaron los intelectuales. Ellos reflexionaron sobre la transición, sus caminos posibles, los obstáculos a resolver, y pudieron observar con un lente macro las experiencias que ya se habían producido en España, Brasil, Uruguay y Argentina. En este sentido hegemonizaron un discurso sobre las salidas transicionales o pactadas, cuyos resultados derivaban en democracias efectivas por una capacidad de articulación política opositora en torno a la democracia formal y un movimiento social pacífico que era capaz de imponer las condiciones del nuevo régimen político.

3.2.2. La estrategia mirista desde las protestas a la división.

Quizás lo que mejor refleje al MIR, en su modo de comprender el nuevo proceso que se abría en el país con el ciclo de las Protestas sociales, fue la ejecución del Intendente de Santiago el General Carol Urzúa en respuesta a la represión desatada luego de la amplia protesta de agosto de 1983. Es decir, una acción militar, de la “vanguardia”, que a nombre del pueblo decide responder al aparato militar y político del régimen, el que obviamente contraatacó en ese terreno.

Este tipo de acciones no estaba en el “catálogo histórico” de acciones del MIR y la única similitud se encuentra con la muerte de Roger Vergara, Director de inteligencia del Ejército en 1980 y del atentado fallido a I. Olderock torturadora de la DINA en 1981, los que operaron como indicadores de una suerte de “guerra de aparatos” pero que no tenían la relevancia política de Urzúa. El repudio a la represión en Santiago luego de las masivas protestas había sido unánime en la oposición, por lo que la acción armada del MIR –la que reconoció débilmente- venía a aislarlo aún más y a dejarlo sin capacidad de sortear la respuesta represiva, donde tenía las de perder. La muerte de A. Villabela, el jefe militar del Secretariado Interior y sus ayudantes y la de H. Ratier, el más experimentado de los sobrevivientes de las acciones armadas de los años anteriores, fueron la expresión palmaria que el MIR volvía a quedar en una situación de máxima

debilidad organizativa, y que debía cambiar de política e incluso estrategia, para retomar su vinculación con “las masas” o el amplio movimiento social que comenzaba a extenderse en contra de la dictadura.

Esto reabría en el seno de la organización la discusión sobre la realidad del país, la necesidad de un balance de la “estrategia de guerra popular”, la situación del partido y las perspectivas que contenía la situación de crisis económica, amplias movilizaciones sociales y rearticulación de los partidos y coaliciones. En esta ocasión el pueblo se movilizaba abiertamente y el MIR se encontraba en una situación de extrema debilidad.

El debate interno, se produjo de manera incontenible, lo que llevó al Secretario General a trasladar el centro de decisiones de La Habana a Buenos Aires –que consolidaba su propia transición con la victoria de Alfonsín en Noviembre del '83-, para buscar nuevos consensos internos (Pascal 2010). En este proceso se entroncarían las discusiones sobre las derrotas del proyecto guerrillero de Neltume-Nahuelbuta, la destrucción de la capacidad operativa de la fuerza militar de Santiago, la pérdida de vidas de decenas de militantes que habían jugado un rol clave en la reorganización mirista entre '77-81. Junto a ello, el proceso de resistencia –tanto política como armada- había dejado al MIR con una cierta influencia y reconocimiento entre sectores juveniles de las universidades y poblaciones, y entre sectores de profesionales, especialmente los ligados a los derechos humanos. Sin embargo, las visiones sobre el país, los objetivos y la estrategia a desarrollar en la nueva situación que se vivía fueron polarizando las posiciones, en el marco de una carencia de una interpretación adecuada tanto del proceso que vivía el país –con independencia de la existencia del MIR- como de las condiciones que tenía la organización para influir en él.

En términos generales, en esta etapa, el MIR anidó varias posiciones político-ideológicas producto tanto de las experiencias desarrolladas por sus militantes y dirigentes como porque algunos, ideológicamente, se aferraban a un tipo de lectura de la tradición mirista que les asegurara la mantención de la identidad y del proyecto revolucionario, a pesar de los profundos cambios que se operaban en la situación mundial, regional y nacional. Si los partidos políticos nacen en un marco histórico-social y en una estructura sociopolítica particular (Gutiérrez 2009 :21), lo que implícitamente estaba en la discusión –que había sido eludida en 1977-78- era qué tipo

de organización política revolucionaria se requería para un país profundamente transformado en sus estructuras socioeconómicas y políticas, en sus relaciones con el mundo y en su subjetividad, respecto de los años '60 y '70.

Lo que los Tupamaros fueron capaces de ver desde el año '82, que inician su reorganización en el país, luego al darle el apoyo al FA el '84 y en el debate de su refundación el '85, en el MIR el débil instrumental teórico, la delgadez de la capacidad reflexiva y la deteriorada convivencia ante los costos de sus políticas, condujo por otros caminos hacia la división. Para aportar a la comprensión de este proceso es indispensable describir las posiciones existentes hacia fines del '83 y regresar a los antecedentes que habían fraguado el ciclo ascendente de la influencia del MIR entre 1978-1981.

Hacia fines de 1983, en el contexto de crisis económica, amplia movilización social y rearticulación política de los partidos tradicionales y extrema debilidad orgánica del MIR asediado por los organismos represivos, se abrió el debate. Nelson Gutiérrez, ya en 1982 venía presentando sus reparos a la política militar y abogaba por una salida política con apoyo armado, de amplia alianza y en base a una plataforma democrática básica muy próxima a la levantada posteriormente por la Alianza Democrática; esta posición cristalizó en el documento "Salvación Nacional" que fue aprobado en general por la C.P., con el respaldo de Pascal, y que posteriormente fue modificado y "radicalizado" ante las presiones internas que veían en él una propuesta que se alejaba de la "estrategia de Guerra Popular" y "levantaba una política de conciliación de clases y negociación con las FFAA" (Aguiló 1987). El núcleo dirigente básico del proceso '77-'81 había sido Pascal, Gutiérrez, Aguiló, con el apoyo activo de Cabieses, Villabela y Moreno y es en ese grupo que hacia 1983 se desarrolló una crisis de confianza con Gutiérrez que Pascal recuerda: *"mi ruptura con Nelson, era el quiebre de una regla de oro, que era la confianza, porque Nelson se fraccionó (...) eso está ocurriendo cuando estoy en Chile el año '79-'80 (...) Nelson comienza a organizar, yo no creía, pero el Gato [R. Valenzuela], Hernán, Arturo, dicen no, si Nelson está organizando un trabajo propio, estructurando una corriente..."* (Pascal 2010). Luego de la salida de Pascal de Chile, éste convoca a una reunión del Comité Exterior a fines del '81 donde Gutiérrez es desalojado de la CP, lo que lo libera de manos para desarrollar el proceso de

estructuración de su tendencia interna y a la vez libera a la CP para seguir profundizando su política de “guerra popular prolongada”.

El otro debate que estaba instalado, también hacia el '81 es el que se desarrolla respecto del tipo de fuerza armada a desarrollar. G. Rodríguez⁹⁹, entre otros miembros promueven el desarrollo de una “fuerza miliciana” que fuese capaz de incorporar a sectores populares al uso de la violencia, aprovechando la “reanimación de masas” y de paso descomprimir así el accionar de la fuerza central que se vislumbraba sin mucho apoyo en redes e infraestructura y que era reprimida de forma sistemática. Esta posición calzaba mejor con el diseño de un desarrollo político partidario territorial, por lo que lo vinculaba mejor a la estructura “político-miliciana” de los regionales. Este debate, a diferencia del sostenido con Gutiérrez, se daba respecto de los temas de “acumulación de fuerza militar” y delineaban una idea sobre el papel de este tipo de fuerzas en un contexto de mayor activación de los conflictos sociales, que tensionaba el diseño de largo plazo y buscaba superar los problemas de seguridad que se arrastraban (Aguiló 1987; Aguiló 2010).

Desde otro lugar , la discusión afloraba desde lo que venía siendo el desarrollo del sector semi-legal, que había logrado a inicios de los '80 construir el Comité de Derechos del Pueblo, con un Consejo Directivo de personalidades como Fabiola Letelier, Fernando Castillo, Manuel Almeyda, Rafael Maroto, Fernando Zegers, Blanca Rengifo, los que lograron desarrollar una activa política de defensa de los derechos humanos y populares, promoviendo las organizaciones sociales democráticas (CODEM, ODEP, UNED, APD¹⁰⁰, etc.) e incentivando las acciones directas. Esta instancia se transformaría hacia 1983 en el receptáculo y nudo articulador de todo el mirismo que activaba en la lucha social y política y que iba quedando descolgado de las estructuras clandestinas político milicianas, transformándose en la Dirección Nacional de Masas, DNM, y que tendría a su cargo al CODEPU, los derechos humanos, las relaciones políticas y el MDP, como el impulso de las protestas nacionales. Desde aquí se

⁹⁹ Guillermo Rodríguez, antiguo militante, ex preso político, que ingresó clandestinamente para tomar tareas militares.

¹⁰⁰ CODEM: Comité de Derechos de la Mujer; ODEP: Organización Democrática de Pobladores; UNED: Unión Democrática de Estudiantes; APD: Asociación de Profesionales Democráticos. Serían en para el MIR las Organizaciones Democráticas Independientes, ODIs, que debían encauzar la voluntad de resistencia y lucha de los sectores sociales respectivos.

comenzaron a formular planteamientos críticos a la política oficial y a la estrategia de “guerra popular”.

Así, en términos organizacionales, existían 4 articulaciones que reflejaban posiciones políticas diferenciadas e incluso heterogéneas en su seno y que se pueden esquematizar:

Pascal lidera aquellas corrientes internas que caracterizan la situación del país como de crisis profunda, con una extensa y cada vez más radical movilización social, donde se ha abierto una división en las clases dominantes en torno a cómo salir de la situación, que permite agudizar el conflicto utilizando un “modelo nicaragüense” de “levantamientos populares”, que se ensayarían en Pudahuel en marzo del '84 y otro en la zona sur de Santiago y que consistían en el desarrollo de acciones directas de masas en las calles, con enfrentamientos con la policía y/o militares, los que serían apoyados por una fuerza miliciana capaz de golpear a la fuerza represiva.

Durante ese período de 1984-85 caerán muertos miembros de las estructuras territoriales (mueren M Maigret, P. Aguirre, M. Loreto Castillo, J. Muñoz) y la dirección del MIR de la zona sur del país es aniquilada en Valdivia, Los Ángeles y Concepción en un operativo coordinado que dejó 7 ejecutados.

Aguiló, plantea que el poder “del Estado contrainsurgente” es sólido, que el MIR está cercado por la represión y deber ser reorganizado con métodos clandestinos para reemprender esta vez más rigurosamente la estrategia de guerra popular, y recuperar así una supuesta identidad primigenia: “desde que Miguel asume como Secretario General del partido señalaba que el proceso de la revolución en Chile iba a ser un proceso irregular y prolongado en el tiempo”. Para esto no había que dejarse arrastrar por la coyuntura política, ni buscar “atajos” para concretar los objetivos (Aguiló 2010, Agosto).

Gutiérrez, iniciará un proceso de construcción de una tendencia organizada al interior del MIR, las 3 R (Recuperación, Renovación, Refundación) desde donde intentará influir con sus posiciones políticas, que fueron las primeras en plantear la idea de adaptarse a la incipiente transición política, yendo al movimiento popular y particularmente al estudiantil.

La DNM, con las responsabilidades descritas, se relacionó de manera ambigua en el debate. Por una parte rechazaba las estrategias militares de guerra popular y levantamientos locales, impulsando la creación de la Juventud Rebelde como espacio para impulsar la influencia del MIR entre aquella juventud activa y cuyos métodos de lucha eran abiertos o semilegales, y alentaba la participación en el MDP, la Intransigencia Democrática, la Asamblea de la Civilidad. Sin embargo, no mostraba capacidad de elaboración de una estrategia alternativa a la oficial.

Quedará en evidencia la crisis global de una organización sometida a una dura represión, con una base social restringida, cuya política la llevaba cada vez más a representar a los sectores juveniles y populares radicalizados, impidiéndole con ello representar una alianza más amplia y menos aún a la moderada clase obrera, debilitada sindicalmente y con fuerte influencia demócratacristiana desde 1971.

3.2.3. El ciclo 1977-1981. Política de retorno y Plan 78

¿Por qué se había producido esta debilidad en la capacidad teórica, reflexiva y de representación de una alianza amplia de los sectores democráticos y populares? ¿Por qué se dio la incapacidad para leer la realidad y sus cambios profundos? ¿Por qué el MIR con sus omisiones y desaciertos no pudo ver que al autoexcluirse de disputar la orientación de la transición hizo que ésta fuera más cupular?

Para poder responder a estas preguntas se hace indispensable revisar lo que fue el período “refundacional” de los años ’77-’81. Será en esta etapa dónde cristalizan los elementos teóricos, ideológicos y políticos que harán que al abrirse el ciclo de luchas y protestas sociales, el MIR haya estado en una situación de debilidad y desorientación tal que no pudo incidir de manera determinante.

Un elemento de contexto importante fue el proceso de debate que se abre en la izquierda chilena y en la cual el MIR toma una clara posición dentro del canon discursivo del marxismo leninismo. Mientras el MIR profundizó su concepción de estrategia de guerra

popular, luego de la muerte de Miguel Enríquez y hasta 1982, en este mismo período otras vertientes de la izquierda, tanto chilena como continental (entre ellas la venezolana y colombiana que salían de sus propias derrotas guerrilleras), acentuaron una reflexión más “gramsciana” y crítica de los errores durante la UP y respecto del “campo socialista”. Esta reflexión también la impulsarán algunos Centros de Estudio de Chile, Argentina, México y otros países, con apoyo financiero de importantes Fundaciones críticas al pensamiento de las dictaduras. El discurso que se hace hegemónico en la intelectualidad de izquierda será el de esta corriente, que comenzará a producir sin contrapesos significativos un cuestionamiento a las concepciones de partido tipo leninista (del tipo PC, PS y MIR), se replanteará la relación y rol de los movimientos sociales con la política y los partidos; pondrá en relación la lucha democrática, el régimen político y el proyecto de izquierda; generará espacios comunes con sectores liberales y se permeará de éstos; incorporará a su diseño los procesos mundiales y particularmente la reflexión europea crítica a la URSS, entre otros temas.

Este proceso tuvo consecuencias políticas evidentes en la conformación de un bloque teórico-político en la izquierda chilena, que reordenaba el viejo esquema anterior al golpe de Estado.

El proceso fue conocido como la “renovación socialista” y restableció al interior de la izquierda la bipolaridad anterior a la Unidad Popular, diferenciándose claramente un sector “pro soviético” y su matriz marxista ortodoxa hegemonizado por el PC y el PS, cuya columna vertebral quedará con Almeyda en la división del '79, y el otro sector “pro socialdemócrata” de el PS Altamirano, Nuñez, con intelectuales como M.A. Garretón, N. Lechner, E. Tironi. (Salazar 2010 :192-200) (Tironi 1984 :39-52).

Es indudable que la renovación socialista jugó un papel clave en los acontecimientos que hicieron posible la transición política, no tanto por su peso social sino por su gravitación simbólica, las lecciones que habían sacado del golpe de Estado, el proyecto que proponían y las alianzas internacionales que habían construido.

Retomando la “refundación” mirista del '77. El inicio de una nueva política parece estar en lo que señala Pascal. En 1976, se había zanjado la discusión con Edgardo Enríquez sobre la sucesión en el MIR luego del asilo de Pascal y Gutiérrez, al no aceptar H.

Aguiló la Secretaría General por estar en Chile: *“Estando en Cuba, había salido el Coño Villabela –Arturo-, estaba Nelson, y ahí estamos en una situación totalmente desastrosa, había un desastre y nos preguntábamos cómo salíamos de esto, y ahí inventamos esto, entre los tres, con la oposición de Aguiló que siempre fue bien opuesto, y tenía en cierto sentido razón, porque decía: ‘nosotros no somos capaces de recibir gente’, y nosotros con puro voluntarismo nos pusimos a desarrollar la política de retorno, la diseñamos”*. *“Esta consistió en una política de acumulación estratégica, la logística de Neltume”, junto a “la propaganda armada, que eran los grupos urbanos, la Fuerza Central y los grupos suburbanos” y “otra parte que era la reconstrucción política, trabajo de masas, trabajo en las poblaciones” y estaba la que “era la parte abierta, el CODEPU, yo me reuní con Fabiola, en Argentina...”*. En ese momento *“el grupo de Nancho [Aguiló] no eran ni 30 personas, de compañeros conectados, estaba ‘la grande’, no veíamos otra posibilidad de tratar de aprovechar esa capacidad de miristas en el exterior, reorientarlos hacia el interior a reconstruir, y eso lleva a una división de tareas”*(Pascal 2010).

Quien quedó de responsable de las tareas en el exterior fue Nelson Gutiérrez. Pascal prepararía su regreso a Chile. Nada de lo que ocurrirá después sería posible sin el concurso y entrega de los militantes del MIR –que por distintos motivos emprendieron el retorno-, pero también sin el apoyo de los cubanos. El acuerdo entre Pascal y Gutiérrez con el PCC será determinante para el curso que tomarán los acontecimientos.

Gutiérrez será el que elaborará los fundamentos teórico- políticos para implementar el Plan, siendo un discurso en Estocolmo, ya en marzo de 1976, una pieza clave para comprenderlo. Allí el “exterior” pasa a ser “la retaguardia”, la crítica a la URSS se trastoca en “campo socialista aliado de la revolución mundial”, la “contrarrevolución en alza” se transforma en “ciclo momentáneo”; la lucha será la guerra popular. Decía: *“...en Chile, como en Vietnam, en Chile como en Angola, es una lucha larga, la que permitirá crear la correlación de fuerzas que posibilitará derribar mañana a la dictadura gorila”*. *“Aun no hemos logrado constituir en el interior del país su propia retaguardia geográfica. Pero ya la construiremos, como la construyó el 26 de julio y el Ejército Rebelde en Cuba, como la construyó la Revolución Vietnamita o la Revolución China...”*. Agregaba que *“nuestra retaguardia geográfica deberemos construirla en el exterior, en todos los continentes y países, pero principalmente en América Latina y*

África". Lo anterior lo reitera afirmando que: *"Hoy es posible retornar al frente a luchar, reforzando la larga marcha que nos conducirá a la victoria"*. Somos *"profundamente internacionalistas, la Revolución no tiene patria ni fronteras. Hoy Cuba, su Estado, el gobierno revolucionario, el PCC, su pueblo y su ejército (...) luchan junto al pueblo angolano... (...) El Movimiento de Resistencia Popular chileno siente la lucha del pueblo de Angola como su propia lucha. Para los chilenos en el exilio, África debe ser nuestra segunda patria-continente. Debimos haber estado presentes en Angola, debiéramos haber ido a Angola, debemos estar dispuestos a ir a luchar a África"*. *"Somos militantes de la lucha revolucionaria mundial, somos miembros disciplinados del gran ejército de los que luchan en Chile y en todas partes del mundo, por la liberación nacional y por la liberación social de las clases explotadas, por la revolución proletaria y el socialismo"*. En Chile, *"Estamos en una etapa de defensiva estratégica y de defensiva táctica de la Resistencia en que sólo son posibles pequeñas ofensivas menores...La acumulación de fuerzas, en esta etapa, es muy lenta"* (Gutiérrez 1976:61-72). Este discurso implicará el inicio de la lucha ideológica en el exterior tanto por imponer estas tesis como para reorientar la actividad de los militantes hacia el retorno.

Será Europa el campo de la lucha ideológica y política del mismo organizado respecto de las tareas para Chile y las lecciones de la gran derrota '73-'75. En Chile se debatía pero sólo de forma incipiente: *"un sector del partido en el exterior y en menor medida en el interior, empezó a criticar y cuestionar el inicio de la propaganda armada. En el interior, algunos compañeros que salieron liberados de prisión, encabezados por Rodrigo, Julio, Rubén, hoy miembros de la fracción de minoría cuestionaron ya en esa época el carácter clandestino del Partido y criticaron el accionar armado. (...) En el exterior, el revisionismo se empezaba a manifestar principalmente en la negativa de asumir el proceso de retorno"*(Aguiló 1987:6-7). Y se puede agregar, que también involucró una visión política de la derrota que acercó a un grupo de dirigentes a visiones más "gramscianas" de la política revolucionaria, de construcción de hegemonías político-culturales y de revalorización de la democracia, lo que derivó en la participación posterior de C. Ominami, G. Martner, M.Lee y A.Romero, en los procesos de la "convergencia socialista", que se vieron fortalecidos luego de la ruptura del PS entre Almeyda próximo a la URSS y la RDA, y Altamirano y Arrate cercanos a la Internacional Socialista.

El centro neurálgico de esa etapa fue la reunión del Comité Central “Germán Cortés”, realizado en La Habana, en Enero de 1978. Allí se formalizó el apoyo al llamado “Plan 78” o la “política de retorno” que significó el más grande esfuerzo político y logístico que haya realizado el MIR durante su historia, tanto por los debates, recursos y costos humanos que tuvo.

De esa reunión, Pascal, Cabieses, Valenzuela y Moreno, señalan que no hubo un gran debate sobre la nueva política, pues casi todos estaban concientes de la necesidad de contribuir a la reorganización del MIR en Chile y se estimaba que “la política de retorno” era decisiva para la sobrevivencia orgánica. Sin embargo, tanto Romero como Patricio Rivas y Marisa Matamala, participantes de la reunión, la recuerdan como un discusión tensa, con alineamientos claros y la presión sostenida del grupo dirigente para que el Comité Central aprobara la política. Romero afirma que: *“La política de retorno se planteó como una cuestión de vida o muerte del MIR, ya que era lo único que nos daba legitimidad ante nuestros aliados internacionales y nos aseguraba la ayuda material (Cuba). Ese fue el fundamento político. Si no se mandaba gente a Chile estábamos derrotados y si era así, nadie nos ayudaría”*. *“No se quiso ver si había condiciones para un retorno. Eso se dio por hecho, sin discusión. Cuando yo planteé al entonces Secretario General, que no se podía enviar gente, porque había signos evidentes de: debilidad de las estructuras en Chile y de control por parte de la DINA (...) Las posiciones en pugna, prácticamente, no se pudieron exteriorizar desde el momento en que se presentó el PCC y manifestó su apoyo a Pascal y Gutiérrez, la gente se asustó porque la amenaza era evidente, lo mínimo era que se acababa la ayuda”*(Romero 2010, Agosto). En tanto Matamala señala que a ella le cuestionaron su derecho a votar pues era CC suplente y la votación de apoyo a la nueva política se ganó por un voto. Esta situación la corrobora P. Rivas.

Resuelto el tema en el CC, el proceso se aceleró a partir del diagnóstico realizado por la misma dirección, acerca del proceso de “reanimación de masas” en la lucha contra la dictadura que se iniciaba a principios de 1978. Este argumento se estimó central, aunque hoy se evalúa como una sobrevaloración en un contexto de incapacidad de la organización de recibir la masiva cantidad de militantes disponibles para retornar (Aguiló 2010, Agosto). Pues si bien la idea de la retaguardia se implementó, ésta se hizo

“a base de un costo humano, de un sectarismo, pues si querías volver a ser mirista y ser reconocido por tus iguales, si querías volver al grupo tienes que sacrificarte y entrar a Chile y deja la familia atrás. Yo siempre tuve la sensación de que eso estaba mal, pero tampoco me podía oponer a eso, y eso quizás fue una actitud cobarde mía, porque lo que hice fue centrarme en volver (...) el retorno era un retorno coercitivo, no es que nos obligaran, porque cada uno tomaba la decisión por su cuenta, pero había una cierta presión psicológica”. Ello traerá consecuencias políticas, pues “viene una percepción bien principista como ‘nosotros vamos a ser capaces de construir fuerza y nos vamos a sacrificar, nosotros somos el motor de esto’ (...) aquí no hay intermedio, no hay una posibilidad de diálogo, con la dictadura, con la derecha, no hay posibilidad de maniobra para una negociación y eso te hace mecánico al momento del '86”(Pascal 2010).

Mientras tanto Gutiérrez exponía, en La Habana, el 19 de agosto de 1978: *"Todos estamos claros hoy, que en Chile se ha abierto una nueva fase de la lucha de Resistencia, de los combates contra la dictadura (...) la recuperación del movimiento de masas (...) y de los roces surgidos en el seno de las clases dominantes y el bloque en el poder". "El proceso de institucionalización (...) encuentra graves dificultades para realizarse sin rupturas...". "La agitación de las masas populares de la ciudad y el campo empieza a recorrer con diversidad de ritmos y modalidades, al continente entero". "La crisis política al interior de la Junta y la solución de ésta ha significado una victoria táctica de Pinochet y una reafirmación temporal de éste como cabeza del Estado y el régimen, en un marco de debilitamiento de la dictadura (...) el régimen militar ha ingresado en una nueva fase de inmovilismo y desgaste, de agudización de los conflictos internos, de impotencia para resolver las reivindicaciones económicas y políticas de un movimiento de masas en ascenso". Convocaba: "como dijera en enero nuestro Secretario General 'La faz de nuestra patria ha cambiado (...) comienza un nuevo flujo'". "Ha llegado el momento de la acción. Acción que exige contingentes cada vez más amplios de cuadros volcados a la lucha práctica. No hay otra opción para los que no quieran quedar definitivamente fuera de la historia. La tarea principal de la retaguardia es hoy preparar y organizar las fuerzas para retornar al frente, a luchar, a combatir en las filas del partido y la resistencia", pues se "...han creado una amplia retaguardia social en el propio frente, han creado mejores condiciones para la*

De un total de 538 instruidos 209 ingresan a Chile, siendo el 38,8% del total. La cifra de 1973 corresponde a militantes que estaban en el punto de instrucción al momento del Golpe.

El cuadro II, de resumen muestra que:

**RELACION GLOBAL DE MIEMBROS DEL PARTIDO QUE HAN RECIBIDO
INSTRUCCIÓN POLITICO-MILITAR Y TECNICA EN EL PERIODO
COMPRENDIDO ENTRE DIC. '73-DIC '82**

El cuadro da un total de 508 instruidos a diciembre '82

Más una iniciada en noviembre '83 con 29 militantes (3 mujeres).

24 En tareas internacionalistas. 1 muerto

37 Muertos en Chile.

14 presos.

El cuadro III, sobre los militantes y su situación

COMPAÑEROS SALIDOS DEL PUNTO DE INSTRUCCIÓN 1981 (AL 02-82)

SALIDOS	67
FRENTE	22
EUROPA	27
TAREAS EXTERIORES	11
QUEBRADOS	7
TOTAL	134

Cuadro IV.

CURSOS IMPARTIDOS Y PLAZAS DESTINADAS A C/U DE ELLOS.

TIPO INSTR	'73-'77	'78	'79	'80	'81	TOTAL
RURAL		-	71	50		121
Op. Urbano	16	10	9	45		80
BASICO COMBATE			50		27	77
RESTO	35	75	44	112	83	349
	51	85	174	207	110	627

Cuadro V.

CUADRO DE DESTINO COMBATIENTES PREPARADOS. (S/F)

ENVIADOS A CHILE	210
TAREAS ESPECIALES APOYO FRENTE	104
DESCARTADOS	92
PREPARANDO SU SALIDA	150
TOTAL	502

Cuadro VI

EVOLUCION PROGRAMA DE SALIDA DE CUADROS HACIA EL FRENTE

AÑO	HOMBRES	MUJERES	INSTRUCCIÓN	SALIDA	SITUACION
1975 Total:3	3	-	RURAL -73	DIC '75	Muertos en Argentina
1976 T: 3	3		RURAL -73	FEB-M '76	DD Argentina
1977	6		OU (4) D-C 2	'77	5 CL. 1 Q

T:6					
1978 T: 19	17	2	6DM, 3 DOC	FB-OCT 78	3 Muertos , 4 PP, 7 CL, 5 TE
1979 T:61	46	15	24 R, 11 DM, OU	'79	3 Muertos, 32 CL, 10 Q, 6 PP
1980 T:92	77	15	45 R, 7 COM	'80	10 Muertos, 25 Q, 51 CL, 2 PP, 3 TE
1981 T:67	46	21			2 MUERTOS, 7Q, 14 CL, 26 Europa.
1982 T: 9 A FEB	7	2			9 Europa

Este cuadro muestra el número de mujeres militantes incorporadas al proceso. El “Instrucción”: **O.U.**: Operativos Urbanos; **D.M.**: Dirección Militar; **COM**: Comunicaciones. Se anotaron las escuelas más significativas en número. En “Situación”, **DD**: detenidos desaparecidos; **C.L.**: en su país de exilio; **Q**: “quebrado” (renuncia a volver a Chile); **PP**: ingresados y luego presos políticos; **T.E.**: en tareas exteriores.

Como se aprecia en los datos anteriores, el MIR tenía una reserva importante de militantes para implementar una política como la desarrollada desde 1978.

Pero este alistamiento de sus fuerzas habría sido imposible sin la convergencia y apoyo de la dirección del Partido Comunista de Cuba al núcleo que ideó este Plan; apoyo, en todo caso, bastante menor al otorgado al PC chileno en instrucción de oficiales y logística. Como parte de las cuestiones ideológicas que se subordinaron en el MIR para obtener este apoyo y otros que comienzan a plantearse en el “campo socialista”, fue el abandono a las críticas a la Unión Soviética por su socialismo burocrático, autoritario y

carente de democracia, lo que también implicaba una ausencia total de explicitación de una crítica a la construcción del socialismo en Cuba. Esto cristalizó en unas debatidas “Tesis Internacionales” del MIR, que fueron aprobadas en el CC de enero de 1978 y publicadas por el Correo de la Resistencia (órgano oficial del MIR en el Exterior) en una edición especial N°5 de Marzo - Abril de 1978, bajo el nombre de “Política Internacional del MIR, Tesis fundamentales”.

En las primeras 12 tesis, el documento revisa la historia de las crisis imperialistas, la conformación del proceso de revoluciones de carácter socialista, los movimientos de liberación y la situación de América Latina. En la Tesis 13 concluirá que *“Pese a la brutalidad de la contrarrevolución, el proletariado parte de una posición de fuerza, que le permite establecer una línea de acción en la perspectiva de que la revolución proletaria y socialista se encuentra en el orden del día y representa un imperativo histórico. La existencia de los países socialistas, transformados en una de las fuerzas que impulsan la revolución mundial, contribuye a que ello sea así. Los países socialistas constituyen aliados estratégicos de las revoluciones nacionales en Chile, América Latina y el mundo entero. Ello es así porque los países socialistas representan modelos de organización económica y social realmente alternativos al capitalismo y, al mismo tiempo, constituyen puntos de apoyo material, militar y político a la revolución mundial”*. Para afirmar en la Tesis 14 que *“el MIR concibe el socialismo como el desarrollo de las fuerzas productivas, base del reino de la abundancia, y la democracia proletaria, base del reino de la libertad”*. Como se aprecia, hay un giro teórico e ideológico central, al afirmar que el objetivo de lucha es el modelo de socialismo que era criticado desde la fundación, colocándose en una posición epistemológicamente positivista y de un marxismo vulgarizado al caracterizar al socialismo desde “el desarrollo de las fuerzas productivas”; el “campo socialista” tiene ahora el carácter de “aliado estratégico”. En las Tesis 16 y 17 se crítica a la socialdemocracia por ser “contraria a los intereses tácticos y estratégicos del proletariado” aunque por su heterogeneidad se puede favorecer “toda la gama de acciones comunes”; y al eurocomunismo se le critica por su “desviación nacionalista”, sin reparar en su crítica a la falta de democracia efectiva en el “campo socialista”. En las Tesis 18, 19 y 20 el MIR se autodefine como “integrante del movimiento proletario internacional” y se propone *“la convergencia con los partidos de la izquierda revolucionaria marxista leninista y un proceso progresivo de unidad con la corriente en que se mueven los partidos y*

gobiernos de los países socialistas, así como los partidos comunistas que se declaran marxistas leninistas”, poniendo “énfasis” en la coordinación con la izquierda revolucionaria continental , “la alianza estrecha con el PCC y el Gobierno Revolucionario de Cuba, la alianza estratégica con el campo socialista, el desarrollo de una correcta política de relaciones y alianzas con los partidos comunistas latinoamericanos...”(MIR 1978)

Como se aprecia, en términos generales, lo que ocurrirá en el MIR luego de la situación caracterizada como “desastre” en 1976, será una refundación del pensamiento mirista, bajo la ausencia de prácticas democráticas, socavada su capacidad reflexiva por el aniquilamiento de parte importante de su militancia y concibiendo su identidad política revolucionaria desde la “estrategia de guerra popular”, devendrá en una organización para el combate antidictatorial, respaldada por el PCC, pero sin reflexión propia sobre los temas del socialismo, la democracia, la complejidad de las reformas pinochetistas con sus consecuencia político culturales y el rol de la política militar en ese contexto. Hacia 1983, el MIR poseía relaciones formales con el PCUS, enviando 3 destacados militantes a instrucción política y se había concretado el apoyo del PC de Viet Nam que recibió a un grupo de dirigentes, entre ellos a Pascal y Aguiló y se abrió a entregar instrucción.

A las consecuencias políticas y la muerte de una nueva camada de experimentados militantes durante el período 1978-1981, se le sumará el deterioro de la confianza política al interior del núcleo dirigente y el reperfilamiento de las visiones distintas sobre la situación del país y las políticas a desarrollar.

Así, las condiciones del MIR para actuar en la nueva etapa que comenzaba a vivir el país, no eran tan deficitarias en cuanto a su prestigio en una franja de la sociedad (universitarios, pobladores urbanos, movimientos ligados a los derechos humanos) sino más bien era la debilidad teórica y política del grupo dirigente, “los capitanes”¹⁰¹, que

¹⁰¹ Son en la vida de un partido el elemento cohesionador principal, nacional, que potencia y hace eficiente el uso de la fuerzas, posee la inventiva (dirección, perspectivas, premisas); es más fácil formar un ejército que formar capitanes, “tal es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes no tarda en formar un ejército aun donde no existe” Gramsci, A. (1972). Maquiavelo y Lenin, notas para una teoría política marxista. Santiago, Ed. Nacimiento.

llegaba debilitado, sin “fines comunes” y sin lectura compartida de la tradición acumulada.

3.2.4. *La división y dispersión.*

Hacia 1984, en medio de la convulsión social y política del país, el MIR lucía desgastado y sin capacidad real de incidencia en los acontecimientos. La dirección de la época citó a un Pleno Extraordinario del CC en ese año con el título de “Construcción, defensa y uso de la fuerza partidaria”, y en cuyas reflexiones y resoluciones encontramos solamente orientaciones sobre la seguridad interna, regularización de la estructura organizativa y sobre el centralismo democrático. Hay menciones a que “la renovación del partido no debe ser entendida como una innecesaria refundación”, que “el partido como vanguardia conductora de la lucha revolucionaria es factor decisivo para el avance de la estrategia de guerra popular y el logro de los objetivos de la revolución proletaria y popular”(MIR 1984).

Será en 1985, cuando la dirección del MIR intenta un balance de la situación nacional e interna, con una mayor profundidad. La tensa reunión en B. Aires, marcará las diferencias entre las cuatro corrientes políticas más relevantes, alineando en un bloque principal a Pascal, Valenzuela, Cabieses, junto a Aguiló y la Comisión Militar que mantienen su propuesta de “Guerra Popular” como eje de la unidad del MIR, aunque se realizan las negociaciones para flexibilizar las visiones que permitan integrar subordinadamente a la C.P. y la Secretaría Ejecutiva –ésta última el órgano de dirección en Chile- a los miembros que cuestionaban la posición oficial. El análisis político reconoce que el país vive una nueva situación en que Estados Unidos favorece la apertura democrática controlada, para impedir la “centroamericanización” del país¹⁰². También se evalúa que el campo popular no lograba tener la fuerza necesaria para provocar una “crisis por abajo” al régimen, pues la izquierda moviliza sólo a pobladores, vanguardias juveniles y sectores de derechos humanos sin que otros sectores “hagan suya las formas de lucha y organización que ésta impulsa” por lo que

¹⁰² En ese período El Salvador y Guatemala tienen fuerzas insurgentes de gran magnitud que hacen de la región, con la presencia de los sandinistas en el gobierno de Nicaragua, una zona de alta inestabilidad política y de fuerte influencia de la izquierda armada.

los “enfrentamientos se dan en espacios sociales y geográficos reducidos”, donde el MIR tiene una acotada influencia. Pero a reglón seguido, se impone nuevamente el voluntarismo de la acción pues se afirma que “se mantienen abiertas las posibilidades de generar una situación revolucionaria” y a la vez “nuestro partido enfrenta una situación de grave desgaste organizativo como consecuencia de la represión” por lo que “no se debe tensar la débil fuerza partidaria, ni concentrarlas en una o dos localidades para impulsar levantamientos”. La dirección es sometida a una dura crítica por “haber empujado a nuestro débil partido a un ritmo de intervención que lo tensionó al máximo y lo llevó al desgaste”.

Este Pleno reflejará que se comienza a entender la existencia de un camino hacia la transición empujada por la “oposición burguesa” (DC, con acompañamiento PS Arrate), al que se opone con la “estrategia de guerra popular”, a la vez que levanta una Plataforma de lucha más amplia. La valoración de la participación en el MDP es también discutida, ratificándose como un componente de la estrategia. Comienza también a darse un debate respecto del tema de la lucha armada y la experiencia que ya desarrollaba el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, pues la efectividad de éste en conjunto con la aproximación del PC chileno al MIR con su política de rebelión de masas, diluía el perfil de la organización.

El mencionado Pleno concluye con una convocatoria a la realización del IV Congreso, aquel postergado evento de inicios de los años '70, lo que tenderá a encauzar la vida política hacia la discusión interna. Se había buscado crear las condiciones normativas para zanjar las diferencias, sin embargo las confianzas estaban destruidas y las posiciones político-ideológicas eran cada vez más distantes aunque con grandes heterogeneidades internas. Es decir, la dinámica de dirigir la organización teniendo que tomar posición ante la situación política que se desarrollaba con cierta rapidez, agudizaba las tensiones internas y los procesos de construcción de una nueva mirada sobre el país se hacían imposibles. Se había puesto en juego el tema de la identidad y con ello una nueva diferencia en su seno: aquellos dirigentes que buscaban resguardar el carácter político militar de la organización para una estrategia armada y popular (los que a su vez se diferenciaban entre partidarios de la “estrategia de guerra popular” y aquellos que estaban por desarrollar la acumulación de fuerzas sociales políticas y militares buscando la “oportunidad revolucionaria”) y los otros que apostaban por una

salida política a la dictadura con apoyo armado si eso era necesario (las posiciones variaban en torno a la estrategia de “pueblo en armas” para marcar diferencias sobre la importancia de que es el pueblo y no la vanguardia la que desarrollan la lucha armada) argumentando que el MIR en su trayectoria había acumulado una tradición de lucha por la democracia y también trabajo electoral.

En 1986, el “Año Decisivo”, así definido por muchos, junto al fracaso de la internación de armas por el FPMR y del atentado a Pinochet, el MIR se debatía en la discusión interna respecto a las perspectivas de la nueva situación que se abría. Un grupo del Secretariado Ejecutivo da una entrevista a la Revista Cauce, en junio de 1986, donde señala que “al interior de las fuerzas antidictatoriales hay dos grandes estrategias en juego. Un sector que está por entrar a un proceso de negociación con el régimen para ponerle término de ese modo. Y otro que pretende llegar al derrocamiento acumulando las fuerzas sociales necesarias para ello” y agregaron que ambas estrategias podían “concertarse”; también valoraron la conformación de la Asamblea de la Civilidad, “como el momento más alto de la concertación política y social” donde “nosotros participamos activamente”. Postularon el Gobierno Provisional y la Asamblea Constituyente y afirmaron que en “este período la lucha armada es importante, pero no juega un rol principal sino que secundario”, descartando “el aniquilamiento del enemigo”, pues “las masas, organizadamente, con la movilización y la presión social van a derrocar al gobierno”; terminaron afirmando que la “vanguardia no va a derrocar la dictadura” y que las “fuerzas antidictatoriales, deben generar una fuerza militar propia”(MIR 1986-27). Esta entrevista provocará reacciones en Pascal Allende que respondió en otra entrevista donde ratificará la estrategia de lucha armada como eje del MIR.

Luego vendrá el asesinato de los miristas José Carrasco y de Gastón Vidaurrázaga en represalia al atentado de Pinochet, en Septiembre de ese año. Esta situación pondrá al MIR en la situación de división ante la forma de encarar la nueva etapa de repliegue de los movimientos sociales, destrucción de la capacidad armada de la organización y discrepancias estratégicas internas.

Quien mejor resume la situación es Aguiló al señalar en septiembre de 1987, una vez consumada la división, que los graves errores “estratégicos y tácticos” de 1973-74 y

1981-86 obligan a “dar un vuelco en 180° en lo que han sido nuestras concepciones prácticamente históricas de acumulación de fuerzas” y propone “*una profunda revolución en lo interno y externo sin lo cual es imposible llegar a materializarla como opción política y militar*” (Aguiló 1987:18). En otras palabras, el MIR estaba en una nueva etapa refundacional –abierta mucho antes- y ello requería de una revisión de las premisas básicas y un debate sobre el futuro, de los objetivos socialistas y de la democracia, para poder resolver ese presente. La división se había producido en dos estructuras organizativas (la prensa le llamó MIR histórico y MIR político), pero en éstas se hallaban muchas más posiciones que entrarían en debate en sus respectivas orgánicas en medio de la oferta transicional de participar en el Plebiscito del '88, inscribiéndose en los registros electorales para derrotar en las urnas y bajo las normas impuestas por el régimen, la oferta de continuidad de Pinochet.

Las dos vertientes principales de la división construyeron sus discursos sobre la situación del país. El “sector histórico”, Pascal, Aguiló, Cabieses, Valenzuela, entre otros, -y que tenía su influencia política en los sectores más radicalizados de la juventud poblacional urbana de Santiago-, con su diversidad interna tendieron a enfrentar la transición hacia la democracia en los marcos del itinerario pinochetista, como una forma de legitimación del régimen, de consolidación de una democracia protegida y por tanto ajena a los intereses populares y menos de la revolución proletaria. Esto implicó un repliegue del proceso, tanto por la debilidad orgánica como porque la tendencia social y política así los situaba. De alguna manera, si se considera “la correlación de fuerzas” en el país favorable a la participación en la transición, era una forma de automarginarse y no sólo un repliegue, pues se estimaba que ello implicaría la derrota total del proyecto revolucionario. Aguiló argumentó que “*leyes como la de los partidos políticos y la de los registros electorales, más que buscar una apertura democrática, están orientadas a ejercer un mayor control sobre la población, el movimiento de masas y los partidos políticos*” (Aguiló 2010, Agosto:3), que la participación en esas luchas iba a contrapelo de la estrategia de guerra popular, que tenía como tarea principal la reconstrucción del MIR, pero esta vez sin cometer los profundos errores de implementación como el haber tenido un partido semilegal o abierto de tipo movimientista, el que no era apto para una lucha contra un Estado Contrainsurgente y tampoco podía “ser funcional (es) al eje de esa estrategia de poder: la lucha armada y militar” (Aguiló 2010, Agosto:17). En definitiva la Comisión Militar del “sector histórico” buscó refundar el MIR sobre la

base de asumir que la estrategia de la guerra popular y prolongada era lo que le daba la identidad revolucionaria el MIR, en tanto esta aseguraba en su implementación la construcción de un poder revolucionario y autónomo de la burguesía. Para este sector había que “rescatar la línea programática y estratégica que históricamente a guiado a MIR”, por lo que la refundación se limitaba a volver sobre los pasos y no tropezar con las mismas piedras, aunque el país había cambiado en su estructura económica y social y sobre todo el movimiento social lo estaba haciendo en sus expectativas como en la práctica de ir a competir por la derrota electoral de Pinochet.

Esto se tradujo en que el balance que realizaron sobre los resultados del plebiscito, en una Conferencia Nacional Extraordinaria de Enero de 1989, no varió la visión que se tenía del país. *“Las clases dominantes, con la iniciativa política en sus manos, avanzan resueltamente hacia la consolidación del Estado monopólico y de Contrainsurgencia...”* y *“por otra parte, el movimiento popular y revolucionario atraviesa por una profunda crisis, que precipita también a fines de 1986, como consecuencia del fracaso de los planes y diseños estratégicos de las vanguardias que se esforzaron por conducir a las masas tras el objetivo político de derrocar la dictadura y levantar una alternativa de poder democrática, popular y revolucionaria”*. Respecto de la “transición a la ‘democracia restringida’” se señalaba como “la trampa” al presentarse “como ‘término de la dictadura y conquista de la democracia plena’, lo que un principio no es más que un cambio político formal”. Ante ello, acordaron *“desarrollar la lucha reivindicativa y política de las masas”* y *“conducir la insurgencia y organizar la lucha armada”* ya que *“adquiere gran importancia el que nos liguemos y conduzcamos las dinámicas a la lucha ilegal y violenta de masas (...) debemos retomar la conformación de Milicias de Autodefensa de la Resistencia Popular”*. Pero, por otra parte, sobre las elecciones presidenciales de diciembre no hubo acuerdo pues *“algunos compañeros sostuvieron que la posición debe ser el rechazo total a la participación”*, otros *“plantearon que se debería examinar la posibilidad de conceder el apoyo crítico del Partido a aquellos candidatos (...) de posiciones clasistas (...) próximas a nuestra plataforma programática”*.

El otro sector, el “MIR político”, que también tenía sus dirigentes históricos en Moreno y Gutiérrez, así como estructuras y dirigentes con prácticas militares, y cierta influencia en la juventud estudiantil y profesionales democráticos, tenía claro que la salida a la

dictadura en esas condiciones iba a ser política y que el MIR debía recurrir a su historia – de participación en elecciones y tareas políticas- para hacer un giro que lo colocara en el camino de la transición y buscar incidir en los acontecimientos. De ello que la argumentación tuvo otro elementos, que hacían énfasis en que *“la lucha política tomaría en el período el carácter de lucha democrática, (pues) la existencia de la dictadura no planteaba de inmediato la lucha por el socialismo. El objetivo del período era el derrocamiento de la dictadura militar y no la toma del poder (...) con una (asamblea) constituyente (...) y un gobierno que sucediera a la dictadura sería una fórmula de gobierno abierta y policlasista”* (Gutiérrez 2009:13), cuyos postulados habrían estado en el Documento de Táctica elaborado por la CP en diciembre de 1973. Aún así, en este sector la definición de la participación en el Plebiscito de Octubre de 1988 produjo un fuerte debate interno –incluido su IV Congreso, que “acordó el llamado a votar No a los inscritos” y eligió una nueva dirección- que sólo llegó a zanjarse en julio de ese año, a través de un Consultivo del CC en que el 80% de sus miembros acordó “convocar a votar NO en el próximo plebiscito”. La argumentación fue que ante *“la correlación de fuerzas desfavorable para el campo popular y revolucionario (...) se hace inevitable llamar a participar y buscar desde allí la derrota de la maniobra de institucionalización del régimen”,* tendiendo a *“desentrabar el debate en la IU (Izquierda Unida)”*, para concretar los propósitos de *“evitar que la DC se apodere del NO, logrando que la IU y las fuerzas democráticas consecuentes jueguen un rol más protagónico en la derrota plebiscitaria del régimen (...) el MIR debe trabajar por el triunfo del NO y en su seno por el predominio del NO combativo y popular”*; también se buscaba *“desarrollar el protagonismo popular”, “aprovechando los espacios políticos (...) para legitimar una camada de dirigentes sociales y políticos partidarios que serán esenciales en la lucha post-plebiscitaria”*. Aunque también se planteaban, al menos discursivamente, *“desarrollar acciones de propaganda con apoyo armado (...) que provoquen adhesión popular...(…) y construir milicias de autodefensa” para defender el No* (MIR 1988:4-7).

El proceso de rearticulación del “MIR político” sufrió otro duro golpe con el asesinato de Jeckar Neghme, en septiembre del ’89, el que lideraba por los cauces de la transición a la generación de jóvenes más radicalizados de ese proceso político. Pero las diferencias continuaron expresándose, y en abril del ’90 la propuesta “Hacia la nueva izquierda: humanista, democrática y revolucionaria”, que agrupó entre otros a Álvaro

Erazo, Paula Quintana¹⁰³, S. Vergara, J. Aguilera, M Rosales, A Riffo, I. Tapia, A. Pérez, J.L. Marré -todos con trayectorias como dirigentes estudiantiles universitarios o poblacionales-, criticaron el que luego de la división de 1986 se habían “abierto posibilidades de recuperación y rectificaciones políticas y organizativas (pero éstas) fueron asumidas de manera extremadamente conservadora” lo que retrasó el apoyo al NO; provocó “el error de no apoyar las reformas plebiscitarias del '89 y el débil apoyo y participación en la campaña presidencial opositora”, lo que demostraba que “en el MIR hay temor a actualizarse por cuanto conllevará a un camino más de ruptura que de continuidad con la mayor parte de su historia. El MIR hereje de los '60 ya no existe”. “El desempeño histórico del MIR ha generado un estigma que lo localiza socialmente ligado a una alianza radicalizada ampliamente insuficiente, a la hora de construir las mayorías populares imprescindibles para un cambio democrático y revolucionario en Chile. En consideración de lo anterior hacen pública su “voluntad de orientarnos hacia la superación del MIR” y “desarrollar una experiencia plural de refundación del proyecto socialista, humanista y revolucionario que anhelamos para Chile”(Paula Quintana 1990).

De manera sintética la gran derrota del MIR, se fraguó en alguna medida ya con el balance del triunfo electoral de Allende, que contradecía las certezas de muchos de los dirigentes sobre su imposibilidad. Las consecuencias del triunfo electoral no fueron analizadas en profundidad, y se optó por no implementar un Congreso que redefiniera la política y la estrategia, girando hacia la oferta de una “asistencia técnica” al nuevo gobierno, que implicará la formación de la guardia personal de Allende (GAP).

La falta de un debate más profundo y las urgencias de la nueva situación, hizo que Miguel Enríquez mantuviera el esquema original en la nueva fase (acciones directas de masas y preparase para el Golpe), pues se confió en que los acontecimientos confirmarían su hipótesis de base, que era la inevitabilidad del enfrentamiento armado. Por esta razón, tanto Allende como él, piensan que cuando llega el golpe es el turno de Miguel, y él supuso que el “reformismo” había sido derrotado como dirección del movimiento popular. Este error en la hipótesis básica, es una de las clave de la destrucción del MIR, pues no le permitió leer que la destrucción del reformismo era

¹⁰³ Erazo y Quintana llegarían a ministros por el partido Socialista, en el gobierno de M. Bachelet.

también la destrucción del movimiento social.

Lo que viene después es en gran medida consecuencia de esta lectura de los acontecimientos. Esa apreciación errada influirá en el aislamiento social del MIR, en la fase de represión 74-76, y le retardó su recuperación como organización, por lo que no pudo llegar en buena forma a dirigir la recomposición del movimiento social en los 80.

La “operación retorno” -fundada en cuestiones de logística- llegó a ser la máxima expresión de la despolitización de la organización al, nuevamente, decidir sin procesos democráticos políticas determinantes en la vida de la organización. El Pleno G. Cortés fue el indicador de ello.

El asesinato, encarcelamiento o dispersión de sus más importantes dirigentes e intelectuales, establecieron una visión poco compleja de los desafíos que estaban presentes para la izquierda revolucionaria, la que también había sido arrasada en Uruguay y en Argentina. Se profundizaron entonces los aspectos “técnicos” de una posición ideológica (mejorar la clandestinidad, perfeccionar la organización conspirativa, adecuarse para responder a las debilidades militares, vincularse a las organizaciones sociales para funcionalizarlas a la estrategia, etc.(Aguiló 1987; Enríquez 1998)), y no se cuestionaron los aspectos sustantivos de la estrategia revolucionaria, que debía operar esta vez en un período radicalmente distinto al que le había dado origen. Así el reforzamiento de la ideología al interior de la organización permitió justificar los errores más en una debilidad en la aplicación del “marxismo-leninismo”, que en la forma ortodoxa como se estaba aplicando; se centró la atención en los procesos de liberación de los países africanos y la guerrilla en Centroamérica, sobredimensionando las consecuencias positivas, y no en la particularidad subregional y nacional; se incorporaron políticamente los temas de la democracia y los derechos humanos como una suma a las demandas, pero no se los integró en una nueva concepción de socialismo no autoritario y burocrático, que diera continuidad a su origen antiestalinista; se convocó a la acción revolucionaria desde la ética y el ejemplo, sin incorporar criterios de eficacia política y la ética de la responsabilidad (las muertes y caídas de los militantes eran ejemplo y “costos de la lucha”, pero no se evaluaba el significado político (García 2010 :199-210)199-210).

V. Conclusiones

Se presentan las conclusiones del estudio en un plano particular para cada organización y luego otras de tipo general. En ambos casos se pretende dejar abierta la posibilidad de otras interpretaciones e incorporar más derivadas de la experiencia que desarrollaron. En este sentido lo que se plantea tiene un carácter provisional, pues además la investigación histórica sobre estas izquierdas es aún escasa y nuevos datos y actores seguirán saliendo a exponer sus puntos de vista y experiencias.

1. Específicas.

1.1. El MLN-T

La concepción de unidad social y política del pueblo, desarrollada por los Tupamaros fue decisiva para su desarrollo como también a la hora de la sobrevivencia y posteriormente en su proceso de reconstrucción. Nunca levantaron un discurso hacia el movimiento popular que los pusiera en contradicción ideológica¹⁰⁴ con las otras vertientes que convivían en aquel, sino que marcaron con sus acciones, su propia identidad y con ello su postura política ante los conflictos reivindicativos o programáticos. La construcción de “la Corriente” como expresión de la izquierda radicalizada en el movimiento social, a inicios de los ’70, tuvo sus debates con el PCU y también con el PS, pero no alcanzaron los decibeles que pudieran llevar a una ruptura de la unidad social. En esto influyó también la posición comunista de no agudizar el debate con los Tupamaros por las simpatías que éstos generaban en sectores importantes de la sociedad. Lo anterior contribuyó a que no se “ideologizara” la discusión entre “reformistas y revolucionarios” y se tendiera a construir acuerdos sobre cuestiones concretas (como lo fue la paralización ante el golpe de Estado en junio del ‘73, por ej.).

¹⁰⁴ Ideológica, en el sentido de expresar una concepción totalizadora del mundo, de un proyecto global y excluyente de otras visiones, lo que le impide dialogar. Distinta a la contradicción política que opera sobre tiempos más breves y sobre temas más acotados.

La expresión más decisiva de esta idea de sentirse parte y contribuir a la unidad social y política, fue su participación desde los inicios en el Frente Amplio, principal coalición de la izquierda y el progresismo en el Uruguay, y luego el '84 con su apoyo a la participación en las elecciones internas de la Directiva y la posterior solicitud de reincorporación plena. Esta posición le permitió ser una alternativa desde dentro de la dinámica política principal de la izquierda uruguaya, marcando diferencias y respetando –y muchas veces cediendo o tensando- las resoluciones políticas de la coalición.

Tanto por el carácter de su composición social y generacional inicial del núcleo dirigente, como por su apertura ideológica a apoyarse en un marxismo más heterodoxo, los Tupamaros desarrollaron una notable sensibilidad ante los cambios globales y locales, los que no eran negados o enfrentados con voluntarismo –sí se presentaban como obstáculos a su lucha-, sino más bien se adecuaban a ellos para gestar desde los procesos mismos una política más radical. En este sentido se podría afirmar que tenían una “estrategia reformista” con propósitos revolucionarios o dicho en términos actuales: desde la situación concreta “apalancaban” políticas con propósitos de transformación profunda. Esto se expresó claramente en 1971-1972, en la discusión que tuvo el núcleo histórico fugado de la cárcel con la dirección en funciones que los aisla y derrota internamente, cuando buscan reorientar la política y la estrategia tupamara proponiéndose negociar con W. Ferreira del partido Blanco una paz con un nuevo gobierno –Abril '72-, y luego con las FFAA para una tregua –agosto '72-. O lo fue en el giro estratégico o refundacional de 1985, cuando se encuadró en la legalidad, renunciando a implementar la lucha armada en condiciones democráticas y acepta a regañadientes el “Pacto del Club Naval” de la transición, entre el Frente Amplio, Colorados, un sector de los Blancos y las FFAA, para restituir la vieja Constitución e ir a elecciones democráticas.

Otro aspecto relevante es la relación de autonomía que construyó el MLN-T respecto de la dirigencia de la revolución cubana. La política cubana priorizó al PCU y al MRO¹⁰⁵, luego que los Tupamaros tomaran distancia de las tesis de Debray y que el PCU desarrollara una posición menos beligerante respecto de la estrategia cubana de apoyo a la revolución en Latinoamérica. La autonomía financiera y política tupamara los situó

¹⁰⁵ Movimiento Revolucionario Oriental, dirigido por un diputado que canalizaba el apoyo y los viajes a la isla de la izquierda no comunista.

en una posición de independencia, y luego con la consolidación de la ideología oficial pro soviética en el PC cubano, las diferencias se hicieron mayores ante su resistencia a declararse “marxistas leninistas”. Esta tensión, que tuvo su punto más álgido con el apoyo cubano al “seispuntismo” en la década del ‘70 – posterior a la amplia solidaridad del PCC luego de la gran derrota-, ayudó al núcleo dirigente a formular sus propias políticas sin tener que construirlas funcionalmente al “interés superior” de la revolución cubana.

Por su procedencia, los Tupamaros se configuraron después que diversos grupos de izquierda realizaran una experiencia de acciones de solidaridad con sectores sociales – especialmente con los cañeros-, en el plano de la agitación política como en el de las acciones armadas. Dichas vertientes se reconocieron y concurrieron como iguales en legitimidad y derechos a la construcción de una nueva organización política. Esto implicó la generación de una dirección sin el líder indiscutido que cristaliza en Secretario General, por lo que la autoridad de cada uno, al interior de esa dirección, se construyó cada día, con cada propuesta y, sobre todo, con la coherencia para llevarla a la práctica.

La teoría leninista siendo conocida entre sus dirigentes, no fue adoptada como “ideología oficial”, por lo que la forma organizativa no fue referida al clásico centralismo democrático, que en condiciones de una organización clandestina es básicamente la autoridad concentrada en una dirección reducida. Para el caso tupamaro se implementó una descentralización de las decisiones en base a criterios compartidos por el núcleo dirigente. No fue una organización democrática, pero tampoco una excesivamente centralizada entre los años ‘65-’73, lo que permitió que en el proceso de reconstrucción refundacional de 1984-1989 se dieran múltiples debates, amplia participación, mucha confrontación política y también varias renunciadas, sin que ello resquebrajara una organización que operaba sobre la base de la alta legitimidad de su dirección histórica, más que por la autoridad que le entregaba la doctrina del centralismo democrático.

Es relevante el que no se autodefinieron como “vanguardia de la clase obrera” o expresión de sus “intereses históricos”, pues si bien se desplegaban en la sociedad uruguayo como una “vanguardia” en el sentido de ir horadando y desnudando con

métodos de lucha armada aquellos elementos que le parecían asentaban el poder de la oligarquía, no tenían el propósito que le asignaba el leninismo a la vanguardia en el sentido de ser “consciencia en sí”, de ser aquellos que poseen una verdad con pretensión científica en la lucha social. En este caso es una vanguardia ejemplarizadora y no autoconsiderada superior a otros, lo que les permitió entender que su actividad política no debía caracterizarse por estar situados “más a la izquierda” que las otras fuerzas, sino que proponer y realizar aquello que es viable de alcanzar en las condiciones concretas que permite la fuerza acumulada en cada tiempo político. En este sentido no fueron de “extrema izquierda”, en tanto sus definiciones políticas se hacían considerando también las posiciones de los demás partidos de izquierda, pero no para situarse “más a la izquierda” sino para empujarlos tras objetivos que consideraban justos o viables; así se puede explicar tuvieron también negociaciones con militares, blancos y colorados.

1.2. El MIR

El MIR desarrolló una concepción de la unidad social y política del movimiento popular que lo situó como un “polo revolucionario” desde los inicios de su vida política. Lo central de su estrategia de legitimación ante el mundo social era el demostrar a través de las acciones directas de masas, que otra estrategia de lucha era posible para los sectores populares excluidos del “Estado de compromiso”. En este sentido, una de las tareas principales que definió fue la lucha contra la dirección reformista en el movimiento obrero, la que era considerada como un obstáculo para que éste se volcara al camino revolucionario. Esta caracterización contribuyó a “sobre ideologizar” las diferencias con el PC, tensando las relaciones tanto a nivel de sus directivas como en los frentes sociales. Es decir, los argumentos contra las políticas del PC, se hacían en relación a las implicancias que para la estrategia revolucionaria tenía, pero no se elaboraban para sumarlos a las luchas sociales concretas y desde ellas cambiar sus prácticas. Se hizo más relevante la diferencia sobre el “carácter de la revolución” o la diferencia con el “economicismo” reivindicativo, tan característico del PC, que la búsqueda de un acuerdo en torno a objetivos específicos. En este tema se nota el peso de la tradición trotskista al interior del MIR, tanto de los viejos cuadros como de la influencia sobre Enríquez y otros dirigentes.

La caracterización que el PC hacía del MIR tampoco ayudaba a resolver la cuestión, pues veía en éste al “ultraizquierdismo” o “revolucionarismo pequeño burgués” que terminaba haciéndole el juego a la derecha, en vez de considerarlo un componente político emergente de la izquierda, que pretendía expresar sectores abandonados por el sistema de partidos.

El MIR apostó, sistemáticamente en los distintos períodos, por una estrategia diferenciadora “desde fuera” de la izquierda histórica, que los captara o influyera hacia la radicalización política. El MIR pudo, pero no quiso, sumarse a la tendencia principal de gestación de la unidad social y política popular, pues tenía buenas relaciones con Allende –en su momento-, con el PS, el MAPU y la Izquierda Cristiana. Lo anterior también ayudó a que realizara una escasa valoración de la profundidad del proyecto transformador de la UP (nacionalización del Cobre, extensión de la reforma agraria, estatización de la banca, etc.), relevando más las críticas a su estrategia legalista, a la errada política militar de defensa del proceso y a su indecisión para apoyarse en el movimiento popular en el desarme de la conspiración golpista. Esto se puede apreciar al leer el balance que hace el MIR –luego del Golpe- sobre el período de la UP, como en su documento sobre la “Táctica para el período” y también en los ’80 (Aguiló 1987) o incluso en los ’90 (Pascal 2003; Gutiérrez 2009). Se aproxima a este tipo de balance la autocrítica de Carlos Altamirano respecto del proceso de la “revolución legal y pacífica” de la UP y las lecciones del golpe de Estado (Salazar 2010 :279-362)

Por otra parte, el concebirse a sí mismo, desde su Declaración de Principios, como “vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile”, se inscribió en la idea, muy divulgada en la época en los PCs y también en el PS chileno, de ser los auténticos representantes de los intereses históricos del proletariado y condensar en su orgánica la capacidad de expresarlos políticamente. Al conformarse “como una organización marxista-leninista, que se rige por los principios del centralismo democrático”(MIR 1965) y gestarse como un “partido de cuadros”, es decir de miembros seleccionados por sus capacidades políticas y compromiso revolucionario, quedaba como un destacamento ubicado por sobre y más a la izquierda que el resto de los partidos populares. Este lugar, si bien le permitió diagnosticar adecuadamente muchos de los procesos que vivía la sociedad chilena, le obstaculizó la construcción de un vínculo más profundo y extenso con el movimiento popular, a la vez que lo

funcionalizaba para sus propios planes que se suponía expresaban los intereses “estratégicos” del pueblo.

Así, el partido marxista leninista fue el modelo a desarrollar, porque si bien concurrieron a su formación diversas vertientes, sólo una iba a ser la legítima; cuestión que se concretaría entre 1967-69. La definición desde la ubicación doctrinaria –el marxismo leninismo- obstaculizó el que se pudiera desarrollar una visión y una política más desde lo nacional y sin complejos, que podría haber recreado un pensamiento marxista crítico, que se avizoraba en sus inicios. Pero en el MIR también hubo una evolución doctrinaria, que partió influida principalmente por el trotskismo –y en menor grado por el anarco sindicalismo de C. Blest- tanto en su crítica antiestalinista como de la política de lucha de clase contra clase del primer período de la Internacional Comunista, para luego ligarse al proceso de interpretación marxista revolucionaria de la teoría de la dependencia. Posteriormente, luego del golpe de Estado, retomó el marxismo leninismo, esta vez más tosco y mecánico, vinculado a la influencia que iba teniendo el PCUS sobre el PC cubano y que derivó en las vacilaciones y ambigüedades en condenar la invasión soviética a Afganistán en el ‘79 y el Golpe del General Jaruzelski en Polonia, en el ‘81. El MIR sufrió un deterioro en su capacidad de responder con audacia y flexibilidad a las distintas etapas que debió enfrentar, lo que en alguna medida está vinculado a la ortodoxia con que se asumió el “marxismo leninismo” y la escasa capacidad de construir teoría o nutrirse de ella. La adscripción a la ortodoxia “marxista leninista”; como se citó más arriba: lo alejó de aquella propuesta revolucionaria de los ‘60(MIR 1990)¹⁰⁶.

La dirección del MIR fue perdiendo capacidad para leer de manera compleja los cambios. Ayudó también a esto el exterminio de sus cuadros –cuestión más limitada en los Tupamaros- y los golpes represivos, el tipo de vínculos internacionales y las apremiantes necesidades que la organización tenía en Chile. Es decir, no se trata de una organización que no veía los cambios en el mundo y el país, sino que su lectura era muy simple, encuadrada en los parámetros de lo que había definido como su estrategia de Guerra Popular. Así, los datos relevantes, como la imposición de la Constitución de 1980, la crisis económica y social del ‘81-’84, el “Acuerdo Nacional” del ‘85 entre

¹⁰⁶ “El MIR hereje de los ‘60 ya no existe”, afirmó un sector de su juventud en 1990.

otros, no se procesaban con la profundidad y consecuencias que anunciaban, sino como obstáculos a vencer o alicientes en el camino inamovible de la aplicación de la estrategia de guerra popular transformada en identidad política sustantiva.

El MIR tuvo una escasa cultura democrática que le imposibilitó corregir errores y posteriormente no le permitió resolver las graves discrepancias que había anidado. Al interior de su dirección se desarrolló una capacidad de discusión importante, siendo M. Enríquez, el que escuchaba, elaboraba y proponía integrando las opiniones, pero siempre era el que decidía. El debate de esa dirección -“de los de arriba”- no se transmitía hacia los dirigentes medios y bases, en una situación en que existía capacidad para debatir y rebatir “en los de abajo” –dado el tipo de militancia ilustrada que tenía-, lo que devino en esa escasa cultura democrática que ayudó a la carencia de prácticas para encauzar las discrepancias por medios no autoritarios.

Otro aspecto sensible e influyente fue la relación construida con el PCC, la que transcurrió por distintas etapas. El MIR desarrolló una política de relaciones internacionales propia, que lo llevó a ser el motor en la constitución de la Junta de Coordinación Revolucionaria, JCR, hacia fines de 1972, la que luego del Golpe tuvo en el PRT-ERP su sostén principal; ellos tenían una relación distante con los cubanos (pues eran vistos como trotskistas) y de total autonomía ideológica, luego de retirarse de la IVª Internacional¹⁰⁷ a principios de los '70. Después del 11 de septiembre, el MIR tuvo formalmente siempre su dirección política en Chile, y radicó su dirección exterior en París en 1974 con Edgardo Enríquez, el que posteriormente se trasladaría a B. Aires. Con el PCC, inicialmente fue una relación de conocimiento mutuo de sus dirigentes y de aproximación. Luego vino la colaboración en los procesos de instrucción de militantes para la defensa del proceso de la UP en caso de golpe de Estado, por lo que había una convergencia de intereses pero no una identidad¹⁰⁸. La vinculación más estrecha del MIR con el PCC, se producirá con la radicación de la dirección exterior en La Habana en 1976, luego del acuerdo-apoyo del Departamento América del PCC a la “Política de retorno” que posteriormente se conocería como “Plan 78”, y que venía a

¹⁰⁷ Agrupación internacional de organizaciones políticas de orientación trotskista, que nació contra la IIIª Internacional controlada por el estalinismo.

¹⁰⁸ Martínez P, dirigente en esos años del MLN-T afirma que Fidel Castro le señaló que era crítico del MIR “por ser sectarios y cerrarles los caminos de alianza de Allende; para él Allende era el revolucionario de Chile y para él el MIR tendría que haber estado con Allende y no en contra, apoyándolo y desde allí hacer la revolución”Martínez-Platero, E. (2010). Entrevista Montevideo, Osvaldo Torres.

contrarrestar la idea de los cubanos de que “los miristas son buenos para escribir documentos pero no para tirar tiros” y, a la vez, colocaba al MIR como otro de los partidos de la izquierda chilena que recibía el apoyo –a su medida-, tal como lo hacía el MAPU dirigido por Oscar Garretón establecido allí, el PS del sector Almeyda y el propio PC chileno, los que integrarían militantes seleccionados a Escuelas de oficiales militares. Esta relación fue clave para la sobrevivencia del MIR, pero también para la línea política que comenzó a implementar desde esa etapa.

2. Generales.

El surgimiento de estas dos agrupaciones políticas no se explica si no es en referencia, al menos a dos elementos claves, sociológicamente dicho: la existencia de sociedades en crisis de sus modelos de desarrollo, lo que abre un abanico de opciones posibles en el debate nacional y su conjunción con una generación que va a transformarse en un sujeto político activo.

Serán las condiciones culturales las que orientaron el que ello cristalizara y que esa decisión política haya sido el invocar el agotamiento de la democracia liberal y legitimar el uso de las armas para resolver a favor de una salida revolucionaria la crisis evidente de las sociedades. Culturalmente se vivía una época de cuestionamiento a la sociedad de masas y el consumismo capitalista en las sociedades desarrolladas, que era resistido por las jóvenes generaciones, las que respondían con movimientos de liberación individual y/o comunitarias (ante el autoritarismo, la pacatería y la alienación); se legitimaban los procesos de cambio social y político radicales en los países pobres ante la violencia que imponían las intervenciones directas de Estados Unidos, Francia, Bélgica, Portugal y otros países en el resto del mundo; la iglesia católica aprobaba las reformas doctrinarias que la acercaban a los problemas de los más pobres y clamaba por el término de las injusticias; la guerra fría, como mundo bipolar, condicionaba las alternativas a socialismo o capitalismo, etc.. Se vivía una época revolucionaria en distintas dimensiones de la vida social, que auguraba para Latinoamérica nuevas transformaciones sociales y políticas.

La democracia de los años '60 no era capaz de contener los conflictos provocados por esa crisis. En ambos países, la resistencia por parte de las clases dominantes, a la reforma agraria, al avance del Estado en la economía y al poder de negociación de los movimientos sociales, ponía en crisis a la propia democracia. La revolución estaba puesta como una opción posible, por lo que este hecho no fue una imaginación de los “hijos de la elite”, si no que formó parte de contingentes sociales excluidos muy significativos de ambas sociedades, así como también de fracciones importantes de intelectuales, profesionales y estudiantes universitarios. El discurso revolucionario se ensambló con las fuerzas sociales que venían, en su transcurso histórico, acumulando experiencias de represión, engaños y victorias, a la par que los sectores dominantes entraban en una pugna sobre el modelo, el método y los aliados, con los cuales resolver la crisis manteniendo sus posiciones de poder.

El surgimiento de estas dos organizaciones políticas representó también un nuevo diseño del hacer política, que no era el concepto trotskista clásico de insurrección con exceso de palabras; ni tampoco el foquismo impulsado por Cuba en que bastaba un “puñado de hombres” decididos, o la guerra popular maoísta de la larga marcha de Mao Tse Tung. Hubo innovación también en lo que hoy se llamaría “marketing político”, pues inicialmente con la puesta en marcha de las acciones armadas de clara orientación propagandística les permitieron acceder a los medios de comunicación y superar en corto tiempo, el desconocimiento y la marginalidad que era una característica de los pequeños grupos revolucionarios precedentes.

Los sendos golpes de Estado produjeron una nueva realidad que puso a prueba a estas organizaciones en sus capacidades de lucha y reflexión. La tendencia hacia el capitalismo neoliberal iniciada a mediados de los '70 en Chile y que se expresaría de modos diferenciados en Uruguay y el resto del continente, promovió las reformas económicas privatizadoras, la baja de aranceles, la apertura a la inversión extranjera y el repliegue del Estado a su función guardián. Estados Unidos comenzaría a ejecutar la “guerra de baja intensidad” a objeto de derrotar a los movimientos insurgentes en Centroamérica y replegar la influencia soviética en el área. Se haría evidente el desgaste del socialismo autoritario como referente para la izquierda en la región, lo que abriría un proceso de renovación teórica y política en su seno, que asumiría el fin de la era de las

revoluciones “proletarias”, “leninistas” o de carácter socialista que habían encarnado la URSS, China, Cuba y Vietnam. Ese ciclo había concluido, pero la izquierda revolucionaria – también los partidos comunistas- de Chile y Uruguay aún no lo procesaba teóricamente. Serán los Tupamaros, y particularmente Sendic, quienes vislumbrarán aquello y adoptarán las adecuaciones políticas para la nueva situación, ya en 1985.

El fin de la era de las revoluciones socialistas, del tipo leninista, se hizo evidente con un proletariado que el capitalismo avanzado había transformado, de clase obrera eje de la industria, a trabajador subordinado de la sociedad capitalista de la información, y que en Latinoamérica se expresaba con sus formas híbridas y con alta desigualdad social, en la desarticulación de los sindicatos, el mayor peso del sector servicios y el incremento de la competitividad con los productos importados a bajo precio.

Se vivía la era de la democratización de las sociedades, el socialismo autoritario dejaba de ser el referente posible y perdía la fuerza centrípeta que había ofrecido su igualitarismo social. Y en esto también el debate en ambas organizaciones fue duro. Unos vieron en las salidas democráticas limitadas y negociadas una oportunidad para reconstruir más democracia convocando a las fuerzas sociales, mientras otras posturas vieron esos procesos como meras estrategias adaptativas de la política imperial. Nuevamente aquí los Tupamaros dieron la respuesta más efectiva al dilema, considerando sus propias fuerzas y la de sus potenciales aliados, así como la disposición popular a poner fin a la dictadura, pero no a cualquier precio.

El que se haya hecho hegemónica la visión de estar ante la oportunidad de una “democracia primaveral”, aún cuando tenía sus restricciones – menores en Uruguay que Chile- puede deberse también a que, si bien los Tupamaros no habían teorizado mucho sobre la democracia luego de la gran derrota, no es menos cierto que al no haber desarrollado una concepción de democracia alternativa quedaban más abiertos a conciliarse con la democracia liberal. En cambio el MIR había intentado generar un enfoque de democracia del poder popular, que lo alejaba de la democracia formal clásica sin caer en la idea de partido único y las “democracias populares”, postulándose próximo a la democracia directa de masas y la revocabilidad de los representantes populares, pero la debilidad de su desarrollo conceptual lo situó luego de su gran

derrota, más próximo a la idea de la “democracia popular” como antepuesta a la democracia liberal, tomando distancia con ello de los procesos de transición democrática.

Otra cuestión gravitante en la bifurcación de los caminos de estas dos organizaciones revolucionarias, fue la relación que construyeron entre lucha democrática y lucha socialista. La comprensión que la democracia es condición para la realización de un proyecto socialista y también su objetivo –en tanto el socialismo sólo es posible si es de mayorías-, la unidad de las fuerzas políticas para restaurar la democracia liberal sería una tarea básica de su estrategia. Sin embargo, la comprensión inversa de que es el proyecto socialista el único que puede instaurar la democracia y esta debe ser “popular”, plantea la inviabilidad de terminar con una dictadura si no es haciendo al mismo tiempo la revolución socialista. Este razonamiento termina en una contradicción, pues si en las condiciones anteriores más favorables de crisis de los modelos de desarrollo capitalista y de fuerte presencia del movimiento popular se había fracasado, se hacía prácticamente imposible derrocar a una dictadura convocando a luchar por objetivos de una revolución socialista. Los Tupamaros, asentados en la idea de “liberación nacional y por el socialismo” optaron en 1985, por respaldar la democratización y propusieron medidas políticas mínimas, aunque radicales, tales como la reforma agraria, el no pago a la deuda externa y la estatización del comercio exterior, intentando resolver así la vinculación entre las tareas democráticas y socialistas (Zabalza 2010:137). En el MIR se debatió una opción similar –la llamada política de Salvación Nacional- y aquella que proponía un Gobierno revolucionario en pleno proceso de transición que terminó imponiéndose, y cuyas consecuencias llevaron a la división.

El punto anterior se encadena con el rol que juegan las reformas en la lucha revolucionaria. Una apreciación general de los elementos que fundamentaban las acciones armadas tupamaras, eran cuestiones generales sobre la corrupción en el aparato estatal, las injusticias sociales o la intervención norteamericana, pero las demandas específicas siempre fueron cuestiones concretas de carácter “reformista”, es decir no implicaban en sí mismas ninguna ruptura radical con el sistema. A su vez las acciones directas de masas que impulsaba el MIR eran la solución concreta de reivindicaciones que requerían de una reforma o sólo de la voluntad política de la autoridad, como el terreno de los sin casa, el reajuste salarial o la recuperación de tierras por la reforma

agraria. Sin embargo, la lucha por las reformas se confundía con el término reformista, de tipo peyorativo en la época, que implicaba la adhesión a una estrategia de cambios graduales y no la solución radical al problema global. Esta dialéctica de lucha por las reformas y la revolución, o su símil posterior de lucha por las demandas democráticas y “gobierno democrático, popular y revolucionario”, en el caso del MIR, no lo supo resolver. Los objetivos revolucionarios se hicieron excluyentes tanto de las necesidades de populares como de los aprendizajes que habían desarrollado en distintas etapas. Este aspecto de la lucha teórica tuvo una mayor incidencia en la discusión entre el MIR y el PC chileno, tanto en los '60 sobre el “economicismo” y el “reivindicacionismo” en el movimiento obrero, como después alrededor de la tarea central propuesta por el PC de “elevar la producción” durante el período del gobierno UP y luego entre el '74 y el '80 sobre la constitución del Frente Antifascista que también incluyera a los “no fascistas”¹⁰⁹.

La violencia política armada en la concepción de estas organizaciones revolucionarias, tenía un lugar preciso. Su uso estaba condicionado al rendimiento político, por lo que la matriz conceptual dice relación a la tradición de Clausewitz, que veía en la guerra “la continuación de la política por otros medios”, más que la función purificadora de la sociedad. En este sentido, su uso político fue mejor comprendido –a la luz de los resultados- por los Tupamaros, quienes teniendo la lucha armada como componente básico de su práctica fundacional, supieron asumirla en relación a las cambiantes estrategias que adoptaron a la luz de las también cambiantes condiciones de la sociedad en la que se desenvolvían. Desde este enfoque, la lucha armada fue un instrumento de la acción política, cuestión similar para el MIR, pero en este último aparece más ligada a una forma de identidad política que distinguiría a los revolucionarios de los reformistas.

Esta cuestión fue crucial para muchos militantes que ingresaron al MLN-T durante la etapa '68-'72, pues la principal imagen pública era la de “grupo guerrillero”, por lo que los integrados al movimiento veían en la lucha armada la impronta identitaria de esta nueva organización de izquierda. Sin embargo, ello no quedó como parte de un “ethos” sino que como parte de una trayectoria política, en tanto en el MIR, con menor

¹⁰⁹ Para un estudio de la ideología y políticas del PC chileno para toda la etapa 1973-2000 véase Riquelme, A. (2009). Rojo Atardecer, el comunismo chileno entre dictadura y democracia. Santiago, Centro Investigaciones Diego Barros Arana.

experiencia de lucha armada ocurrió una “inversión ideológica”, pues no estando la práctica de la lucha armada en su origen –sino que sólo en su discurso- se transformó en un componente como si hubiese sido parte del origen y no una etapa en su desarrollo.

La violencia armada aplicada por el MLN-T y los miristas, sigue tanto condicionantes políticas como de aceptabilidad cultural. Es decir, que cuando ésta se implementó de forma “desmedida” o incomprensible para las mayorías –no necesariamente compartida, pero sí entendida por éstas- sufrieron la sanción de que su uso no les producía un incremento de su influencia política y quedaban aislados socialmente. La gradación del uso de la violencia, tiene límites diferenciados de aceptación entre distintas sociedades, según diversas variables (tradicición, legitimidad del Estado, etc.), pero también tiene una condena social y política transitoria. Efectivamente los Tupamaros fueron aislados luego de sus acciones de Abril y Mayo del '72 pero, tanto el encarcelamiento de sus dirigentes históricos durante 13 años como la defensa política realizada de su accionar armado con argumentos y abundante literatura, lograron consolidar una visión hegemónica en la sociedad uruguaya de que los Tupamaros fueron una organización que emergió como respuesta social al desgaste autoritario del sistema político, con miembros altruistas de sólidas convicciones morales, que posteriormente se transformaron en un aporte a la transición defendiendo las causas populares¹¹⁰. En este sentido los Tupamaros tuvieron un notable triunfo cultural y político, pues lograron derrotar la imagen de “extremistas” y “terroristas” que habían “destruido la democracia”, y que habían sido los principales “culpables del golpe de Estado”, según machacaba la propaganda de los militares, empresarios, grupos políticos derechistas y su prensa.

El MIR, al contrario, no logró capitalizar la resistencia desarrollada durante los 17 años de lucha, ni tampoco consiguió reivindicar la legitimidad de su esfuerzo y sacrificio militante como para lograr un reconocimiento social expresado electoralmente o de otra forma; pero ello fue producto de su propia incapacidad producida por su fragmentación¹¹¹.

¹¹⁰ Una versión crítica desde ex tupamaros se encuentra en Haberkorn, L. (2008). Historias Tupamaras. Nuevos testimonios sobre los mitos del MLN. Montevideo, Fin de Siglo.

¹¹¹ Otro caso emblemático de aislamiento y pérdida de legitimidad fue la experiencia del FPMR, parte de la política de “rebelión de masas” del PC chileno, el que inicialmente realizó importantes acciones de propaganda armada ('83-86) orientadas a conquistar la simpatía popular y que posteriormente derivaron

Toda formulación política tiene un destinatario y la pretensión de construir un arco social de fuerzas de apoyo a sus propósitos. Quien comunica busca enlazar ese discurso político con las personas, lo que lleva a que éstas construyan una representación de quienes se los ofrecen. Esto significa que un discurso es más eficiente si obtiene un anclaje social, por lo que se puede deducir que si una organización levanta el discurso del partido revolucionario del proletariado tiene como destinatario a la clase obrera, pero en el caso del MIR siendo ese su discurso en los años '60, apostaba en su práctica a vincularse a los "pobres del campo y la ciudad", a los excluidos por el Estado de compromiso; esta contradicción de partido del proletariado pero trabajando con los pobres del campo y la ciudad debe haberle restado eficacia.

Los Tupamaros, en cambio, levantaron un discurso sencillo, en términos cotidianos, pero apelando a la tradición rebelde de los independentistas y fundadores de la república, para proyectarla en un futuro revolucionario, por lo que facilitó con ello un anclaje social más amplio y transversal y no de tipo clasista.

Junto a lo anterior es preciso agregar el problema de las herramientas conceptuales o la teoría con la cual se analiza la realidad. Se puede afirmar que la definición marxista leninista, de la Declaración de Principios del MIR, fue quedando obsoleta junto a los conceptos que le eran propios (teleología en la historia, clase obrera de vanguardia, etc.) ante un capitalismo que –para el caso chileno- disolvía las industrias tradicionales y con ello el proletariado industrial y sus sindicatos, creando una amplia capa de trabajadores del sector servicios y de comercio que culturalmente se despegaban de los pobres, viéndose a sí mismos como "clase media". Esas transformaciones ("las 7 modernizaciones" de Pinochet) conllevaron la mercantilización de los bienes sociales y con eso el raquitismo de los servicios públicos de salud, educación y previsión, sin que se elaboraran los discursos apropiados para en nuevo contexto. En este sentido hubo una derrota teórica de vastas consecuencias políticas, lo que generó un discurso que sólo le hizo sentido a limitados grupos sociales golpeados por el nuevo modelo de desarrollo pero no le habló a toda la sociedad. Los Tupamaros por su parte, acallados por la prisión lograron intuir, y luego de su liberación formular, nuevas propuestas para la sociedad

en acciones descolgadas de ese propósito y más ligadas a una lógica de lucha de un aparato, que terminó sin respaldo popular.

uruguay, siendo –nuevamente- Sendic uno de sus más lúcidos exponentes, que como hemos dicho tenía formación marxista pero sin dogmatismos (propuestas como Frente Grande, Lucha contra el Hambre, etc.).

Desde esta perspectiva, los Tupamaros podrían ser considerados una vertiente de la “renovación socialista”, que se desarrolló en América Latina, en tanto por caminos propios se definieron por la construcción de mayorías para acceder al gobierno, por la valoración de la democracia liberal como el marco dentro del cual actuar políticamente, por la renuncia a la lucha armada para llegar al poder y formularon un conjunto de ideas sobre un nuevo modelo de desarrollo –dentro del capitalismo- que resolviera las desigualdades sociales y territoriales. Estos postulados lograron generar coherencia tras un proceso interno difícil. Está pendiente –tensión permanente- el que la renovación socialista tupamara no culmine en una socialdemocracia a la uruguay, con la cual Sendic había tomado distancia. “Nosotros los de izquierda debemos refundar nuestras cabezas.:Refundar no es abdicar”, como señalaba Mujica(Garcé 2006:226).

En Chile, esa renovación socialista tuvo una retroalimentación entre los intelectuales de izquierda y una fracción de dirigentes políticos socialistas y también del MAPU-OC, Izquierda Cristiana y un grupo del MIR. Pero esa renovación socialista, muy marcada por el trauma de la derrota, la experiencia eurocomunista y la fuerte influencia socialdemócrata, fue derivando -más que en una reflexión socialista que particularizara los desafíos chilenos-, en el desmontaje de sus aristas latinoamericanistas, de identificación con los movimientos sociales, de democracia participativa, para transformar la ruptura con el marxismo leninismo de la izquierda sesentista en una socialdemocratización y en muchos en una adhesión a los postulados de la economía neoliberal (Baño 1983; Pinto 1983; Salazar 2010:400-410, 421-423).

Desde otro punto de vista, cabe señalar que también en el MLN-T y el MIR hubo una decisión de poder. Es decir, se organizaron desde el campo político para “la conquista del poder”, lo que implica una idea de lo que es éste y donde radica. Operaron con la idea que el interlocutor principal es el poder político, que se expresa en la institucionalidad del Estado (y que concentra la defensa de los intereses de una clase, sea la oligarquía o la gran burguesía, según el caso) y que, obtenido éste, desde allí se podían realizar los objetivos programáticos. Esta idea, de que existe un poder central

institucionalizado, es tributaria de la tradición leninista del “Estado y la Revolución”¹¹², a la vez de la herencia de los estados de compromiso que eran el eje por donde pasaban las decisiones de la política económica, la negociación entre las clases sociales, etc. Esto tendió a “estatalizar” la noción de la actividad política incluida la participación popular, por lo que ambas organizaciones tuvieron importantes problemas para comprender a los nuevos movimientos sociales que emergían a principios de los ’80. En ambos casos, aunque discursivamente se valorizó el aporte de la sociedad civil en los procesos de democratización y profundización de ésta, la relación que tendían a establecer pertenecía al viejo criterio de restarle soberanía al movimiento social en pos de intentar “conducirlas” en el mejor de los casos o de “instrumentalizarlas” para una estrategia en el peor. Esta noción influyó en la derrota interna sufrida por el importante sector juvenil de los Tupamaros en el ’88, que presionaba por una estrategia política con mayor presencia social, así como puede servir para explicar los permanentes intentos de copar a las organizaciones sociales por parte de las “vanguardias” estudiadas. Desde otra perspectiva, la noción de lo político como espacio de todos y no sólo de los especialistas, les permitió politizar a los movimientos sociales ayudando a ampliar la democracia y situándolos como interlocutores válidos de la acción política.

Las experiencias de Tupamaros y miristas proviene de una misma tradición anclada en los ’60. Implementaron estrategias de ruptura con el orden establecido y eran portadores de proyectos políticos revolucionarios para su época; criticaron la democracia liberal por su debilidad para asegurar los derechos e intereses del mundo popular, a la vez que compartieron la idea de desarrollar un “poder militar del pueblo” como parte de una estrategia de poder. El proceso de formación de sus organizaciones se inscribía en las tradiciones modernas de la constitución de un sujeto histórico capaz de transformar las condiciones de existencia colectivas, por lo que desde su origen estuvieron ligadas a las tradiciones de la emancipación humana prometidas por el anarquismo y especialmente el marxismo, y por ende cargado de “jacobinismo”. Aún así, estas experiencias de lucha revolucionaria se pueden comprender, si se asume que Latinoamérica tiene una vinculación específica en el contexto del capitalismo mundial y los procesos de transformación política. La influencia del pensamiento más universalista del marxismo y el anarquismo en estas organizaciones, no las hizo simples seguidoras mecánicas de

¹¹² Texto canónico para la izquierda revolucionaria y que describe al Estado como la maquinaria de dominación de una clase sobre otra.

sus textos canónicos; hubo intentos serios por fundar interpretaciones particularistas que orientaran sus acciones. Unos lo consiguieron mejor que los otros, pudiendo interpretar los profundos cambios contrarrevolucionarios a los que fueron sometidos los países del Cono Sur y las consecuencias que ello tenía para el futuro.

La trayectoria de ambas organizaciones da cuenta de lo que podríamos llamar una cultura política común y de diferencias notables en la implementación de la política. La cultura política es más que un programa y una propuesta –que serían las políticas partidistas-, son las formas de cargar de significados específicos las prácticas y discursos más allá de lo propiamente político, pasando a ser modos de comunicarse, vivir y convivir, en una estructura con objetivos políticos. En la cultura común, de Tupamaros y miristas se encuentran la forma de organizar la jerarquía valórica (el repudio a la injusticia social, un rechazo a la política como “carrera” en interés personal, solidaridad con otros en la acción, etc.), el sentido comunitarista más que liberal de la acción política (donde el compromiso con una causa adquiere sentido en tanto es con otros y no una decisión solo individual), la búsqueda de ser un “hombre nuevo” que superaba el individualismo capitalista y un camino donde el sentido de misión era clave, muchas veces cargado de catolicismo. Estos elementos de una cultura de los revolucionarios del '60, estuvo marcada también por el ingreso de corrientes cristianas en ambas organizaciones, que fortalecieron el “espíritu de entrega”, el sacrificio “por la causa”, y cierto sentido de redención en la militancia. Es por esta cultura política que se puede entender la proximidad entre miristas y Tupamaros.

Sin embargo, al momento de la definición de la línea política, las diferencias entre el MIR y el MLN-T son notorias, y el peso de una cultura “principista” más marcada en el primero, llevará a una menor capacidad de maniobra política y a que, teniendo un diagnóstico relativamente acertado de la realidad, primara lo que “debía ser y hacerse” junto al voluntarismo del sujeto colectivo y no las condiciones objetivas que imponían determinadas posibilidades.

Es importante señalar también, que sus respectivas identidades políticas fueron bien distintas. Establecemos entonces una diferencia entre cultura e identidad. “Estudiar la cultura es estudiar las formas simbólicas (actos lingüísticos, acciones y artefactos materiales) a través de los cuales los individuos se comunican. La identidad es, en

cambio, algo más particular, porque implica un relato que utiliza sólo algunos de esos significados presentes en las formas simbólicas mediante un proceso de selección y exclusión. (...) [para] la construcción de una imagen narrativa” (Larraín 2005:168). Por tanto, siendo la cultura más cambiante que la identidad, ésta última también se construye políticamente (pues es una narrativa) y puede tener su propia flexibilidad para construirse, haciéndose más inclusiva de las cambiantes experiencias vividas por los sujetos, lo que permite no provocar un quiebre en la organización cuando se realizan cambios profundos en los principios, estrategias y programa.

Este elemento influyó en el determinante giro político dado por los Tupamaros que su decisión de participar con candidatos propios en las elecciones parlamentarias de 1994, pues a esa fecha ya su nueva identidad y estrategia estaba consolidada. La estrategia electoral es una resultante¹¹³, más que un percutor de su nueva política.

Para enfocar este asunto consideramos el tema de la identidad política tomando las definiciones de esencialistas, histórico estructural o discursiva (Larraín 1996:223)¹¹⁴, que permiten apreciar que para la dirección del MIR de los años '80, había elementos constitutivos “de origen” que eran los que le otorgaban esa identidad revolucionaria y que estaban en su Declaración de Principios, aunque por falta de Congresos nunca se habían actualizado a los cambios evidentes que implicó el control del MIR por la generación de M. Enríquez. Pero era la inclinación hacia ese tipo de relato, el que se había hecho hegemónico luego de la gran derrota, devaluándose aquello que también formaba parte de la práctica y cultura mirista como había sido su apoyo electoral a Allende, la participación en las elecciones complementarias de Linares el '72 y luego las parlamentarias de 1973, el impulso de los “frentes intermedios”¹¹⁵ y las discusiones sobre un potencial acuerdo con la UP, para tratar de impedir la ofensiva golpista. En este sentido prevaleció un enfoque más esencialista, ahistórico, -que siempre es de tipo conservador-, sobre los giros políticos importantes que había realizado en su trayectoria,

¹¹³ Esta es una diferencia con Garcé que afirma que “los partidos socialistas se moderan porque deciden ganar elecciones”, lo que lleva a atenuar el programa y renunciar al socialismo. Garcé, A. (2006). Donde hubo fuego, proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y competencia electoral (1985-2004). Montevideo., Ed. Fin de Siglo, pág 23.

¹¹⁴ Sucintamente, la identidad esencialista “piensa la identidad cultural como un hecho acabado”, la discursiva plantea que la identidad puede ser sostenida por un discurso “mediante la interpelación exitosa de las mayorías”, en tanto la histórico estructural la supone “en permanente construcción y reconstrucción (...) dentro de las relaciones y prácticas disponibles y de los símbolos e ideas existentes”.

¹¹⁵ FTR, MCR, FER-MUI, MPR, que posteriormente serían criticados al “abrir el partido”, por H. Aguiló.

congelando de este modo un momento de la historia mirista (aquella del año '69) como si hubiese sido la verdadera historia que había movido a los héroes y mártires de su lucha.

En cambio, el MLN-T, teniendo un origen más dramático –pues hacia inicios de 1967 ya tenían dos muertos en acciones armadas- construyó su identidad más desde la acción –que hablaban por sí mismas- y las prácticas militantes, recogiendo una apelación a la historia patria como fuente para una identidad de proyecto futuro de corte nacional y popular. Esta concepción, cercana a la histórico estructural, en gran medida, permitió realizar el giro re-fundacional sin perder cohesión y transformar –actualizando- su identidad de “guerrilleros urbanos” hacia una organización política consecuente en su lucha por representar los intereses populares (Garcé 2006:44-46,163-165).

Lo que ocurrió es que el sujeto histórico que se constituye en la promesa del cambio es transformado, cuestión que ocurre en todos los procesos políticos. Es por ello que un elemento necesario para la reflexión teórico-política, debe ser el seguimiento a los hombres y mujeres –aunque mayoritariamente los fundadores fueron hombres- de estas organizaciones. Es preciso consignar que sus trayectorias políticas son contradictorias y complejas. Es decir, no se puede describir una trayectoria unilineal en la mayoría de los casos y muchas veces se les encuentra en posiciones que pueden ser clasificadas de “izquierda” y luego “moderadas”, así como posturas “duras” para posteriormente defender posiciones “blandas”. Lo que se puede afirmar entonces, es que esos dirigentes tuvieron ante sí situaciones inéditas e inesperadas en sus proyectos de transformación revolucionaria y ante esos hechos sus posiciones no eran del todo previsibles, pues están sometidos a presiones y aspiraciones. Este tema es clave, pues sitúa a la política en el plano de lo subjetivo y sus pasiones y no sólo en una representación mecánica de un interés de clase o de una política acertada. Junto a esto hay que recordar que es también un tema del poder, pues en ambas organizaciones se constituyeron grupos de poder, cambiantes alianzas internas que desplazaban la hegemonía de determinadas líneas políticas y esos movimientos estuvieron cruzados no sólo por la racionalidad instrumental de una política, sino también por la experiencia personal, la cercanía a la muerte, la vivencia de los fracasos y la participación en los hechos armados.

En este sentido, no hay un MIR o un MLN-T, son organizaciones que cobijaron voluntades políticas que se dinamizaron, transformaron y generaron distintas formas de vivir la política, comprenderla y por tanto proponerla. Es notoria la diferencia entre el MLN- débil y aislado, del Interior del Uruguay con un orgullo por la tradición cañera, respecto de la militancia de Montevideo, urbana y eje del accionar armado en los '60; o la de un MIR fuerte, social y políticamente influyente, con dirigentes reconocidos en Concepción, a un MIR minoritario en su influencia, más centralista y centralizado de Santiago. Esto va creando formas de aprender a hacer política que contribuirán a una diversidad que se unifica tras liderazgos legitimados y aciertos políticos, pero cuando los fracasos se unen al cuestionamiento de los liderazgos, estalla la crisis. La resolución de éstas está asociada a las identidades construidas y a lo que se apela para salir de ellas¹¹⁶.

Una conclusión más general es que el proceso de adaptación a la democracia dependió más de las capacidades instaladas, en las orgánicas políticas y particularmente en los dirigentes, para leer y perspectivar las consecuencias de la nueva situación. Cuestión que incluía la comprensión del clima cultural de esa nueva época democratizadora, alejada ya de la revolución, con el estado de ánimo popular efervescente pero fatigado tanto de la violencia como de querer derrocar a sus sendas dictaduras “a cualquier precio”. La adecuación del MLN-T fue identitaria y cultural, lo que permitió el giro político en el programa y la estrategia, posibilitándoles -según su escasísima fuerza que no daba ni para liderar la transición ni oponerse a ésta- buscar el remontar su influencia política, legitimar la trayectoria de lucha desarrollada, aplicar métodos electorales usados con anterioridad, combinándolo con su insistencia en participar en una coalición política de izquierda, la que hoy está en el Gobierno con su apoyo. No es poco.

Como en otras actividades y quizás en esta más que en todas las demás, la política revolucionaria, hecha para el cambio y la contingencia y no para la administración de la cosa pública, es imprevisible. Otra discusión es qué tan revolucionarios son aquellos dirigentes que se adecuaron a la transición y desde allí re-elaboraron sus propuestas a las condiciones políticas y culturales que habían ayudado –unos más que otros- a forjar.

¹¹⁶ Recordar que el MLN-T en B. Aires, en busca de una contención desesperada a la crisis, decide elegir a los militantes cañeros fundadores, como su dirección en 1975.

Si aceptamos el criterio que no hay un concepto definitivo de Revolución y que éste es resignificado en el tiempo, la discusión queda abierta. ¿Qué tanto de la izquierda revolucionaria de los '60 tiene la actual izquierda en los gobiernos de Brasil, Argentina, Ecuador, Venezuela, Bolivia y Uruguay? ¿Qué tanto de conservadurismo y/o consecuencia hay en los viejos discursos que sobreviven en pequeños grupos denominados revolucionarios?

VI. Bibliografía.

Bibliografía

Aguiló, H. (1987). Elementos de balance y línea táctica estratégica para la actual etapa de acumulación de fuerzas. Santiago.

Aguiló, H. (2010). Entrevista. Santiago, Eduardo Arancibia y Miguel Ramos.

Aguiló, H. (2010, Agosto). Entrevista. Santiago, Osvaldo Torres G.

Aldrichi, C. (2001). La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros. Montevideo, Trilce.

Alvarez, R. (2001). Desde las sombras, una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980). Facultad de Humanidades, Departamento de Historia. Santiago, Universidad de Santiago. **Magister:** 258.

Amorós, M. (2009 julio). La DINA: El puño de Pinochet 53° Congreso Internacional de Americanistas, México DF.

Análisis, T. d. R. y. (1988). 1983-1986, La unidad frustrada. Santiago, TRA.

Arendt, H. (2004). Sobre la revolución. Madrid, Alianza Editorial.

Arendt, H. (2006). Sobre la violencia. Madrid,, Ed. Alianza.

Aricó, J. M. (2005). La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.

Arraras, A. (1999). Armed struggle, political learning and participation in democracy. The case of Tupamaros. Philosophy. Princeton, Princeton. **Doctor of Philosophy:** 477.

Baño, R. (1983). Entre el movimiento social y política: dos ideas acerca del proyecto popular alternativo. Temas Socialistas. E. Ortiz. Santiago, Vector: 85-105.

Blixen, S. (2000). Sendic. Montevideo, Trilce.

Bobbio, N. (1995). Derecha e Izquierda, razones y significados de una distinción política. Madrid, Taurus.

Bobbio, N. (2000). Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política. Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

Cabieses, M. (2010, Agosto). Entrevistas. Santiago, Osvaldo Torres G.

Campodónico, M. A. (2009). Mujica. Montevideo, Fin de Siglo.

Canalda, E. (2010). Entrevista. Montevideo, Osvaldo Torres.

Castro-Gómez, S. (1998). Geografías poscoloniales y translocalizaciones narrativas de "lo latinoamericano". La crítica al colonialismo en tiempos de la globalización. Enfoques sobre Posmodernidad en América Latina. R. F. y. R. Lanz. Caracas, Editorial Sentido: 155-182.

Comisión Interamericana de Derechos Humanos, C. (1980). "Informe Anual 1979-1980. Situación del Uruguay." from http://www.cidh.org/annualrep/79.80sp/cap.5c.htm#_ftn2.

Corales, E. T. (2006). Clotario Blest, visiones actuales de un libre pensador. Santiago, CNCA.

Correa, S. (2004). Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX. Santiago, Sudamericana.

Cultelli, A. (2006). La revolución necesaria. Contribución a la autocrítica del MLN Tupamaros. Montevideo, Colihue.

Debray, R. (1971). "Allende habla con Regis Debray." Punto Final V N° 128.

Engels, F. (1968). Anti-Dühring. México, Juan Grijalbo.

Enríquez, M. (1998). Con vista a la esperanza. Santiago, Escaparate.

Fanon, F. (1963). Los condenados de la tierra (prefacio de Jean-Paul Sartre). México, Fondo de Cultura Económica.

French-Davis, R. (2008). Chile entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad, reformas y políticas económicas desde 1973. Santiago, J C Sáez.

Garcé, A. (2006). Donde hubo fuego, proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y competencia electoral (1985-2004). Montevideo,, Ed. Fin de Siglo.

García, E. (2010). Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno. Santiago, Editorial Cuarto Propio.

Gatto, H. (2004). El cielo por asalto, el MLN-T y la izquierda uruguaya, 1963-1972. Montevideo, Taurus.

Geertz, C. (1980). Géneros Confusos. La refiguración del pensamiento social. El surgimiento de la Antropología posmoderna. C. Reynoso. Barcelona, Gedisa.

Goicovic, I. (2002). Teoría de la violencia y estrategia de poder en el MIR, 1967-1986. Medio siglo de debates tácticos y estratégicos en la izquierda chilena. 1950-2000, Santiago, Universidad de Santiago.

Góngora, M. (1994). Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX. Santiago, Universitaria.

Gramsci, A. (1972). Maquiavelo y Lenin, notas para una teoría política marxista. Santiago, Ed. Nacimiento.

Gramsci, A. (1990). La política y el Estado moderno. México, Premiá, la red de Jonás.

Gutiérrez, N. (1976). La resistencia chilena es parte de la lucha revolucionaria mundial. Correo de la Resistencia: 61-72.

Gutiérrez, N. (1978). El presente es un puesto de combate. Correo de la Resistencia: 57-80.

Gutiérrez, N. (1990). Chile en los 90. Balance y perspectivas del desarrollo de la lucha democrática y la lucha socialista. Santiago, Escaparate-INEDH.

Gutiérrez, N. (2009). Chile: Balance histórico de una lucha. Cuadernos de Análisis Político. I.

Haberkorn, L. (2008). Historias Tupamaras. Nuevos testimonios sobre los mitos del MLN. Montevideo, Fin de Siglo.

Harari, J. (1987). Contribución a la historia del ideario del MLN Tupamaros, análisis crítico. Montevideo, Plural.

Hobsbawm, E. (2008). Revolucionarios. Barcelona, Crítica.

Huidobro, E. F. (1987). Historia de los Tupamaros, el nacimiento. Montevideo, TAE.

Huidobro, E. F. (1988). Historia de los Tupamaros, los orígenes. Montevideo, TAE.

Huidobro, E. F. (2001). En la nuca, historia de los Tupamaros (acerca de la autocrítica). Montevideo, Banda Oriental.

Huidobro, E. F. (2010). Entrevista. Montevideo, Osvaldo Torres.

Junta de Comandantes en Jefe, R. O. d. U. (1980). La Subversión, las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental. Montevideo, Fuerzas Armadas Uruguay.

Kersffeld, D. (2004). Georges Sorel: apostol de la violencia. Buenos Aires, Del Signo.

Koselleck, R. (1993). Futuro Pasado, para una semántica de los tiempos. Barcelona, Paidós.

Labrousse, A. (2009). Una historia de los Tupamaros, de Sendic a Mujica. Montevideo, Fin de Siglo.

Larraín, J. (1996). Modernidad, razón e identidad en América Latina. Santiago, Andrés Bello.

Larraín, J. (2005). Migraciones, interculturalidad y patrimonio popular. Territorios en conflicto. Dibam. Santiago, Dibam.

Lechner, N. (1988). Los patios Interiores de la Democracia, Subjetividad y Política. Santiago, FLACSO.

Lechner, N. (2002). Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Santiago, Ed. LOM.

- Leicht, F. (2008). Cero a la Izquierda. Una biografía de Jorge Zabalza. Montevideo, Letraeña.
- Leiva, S. (s/f). El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización popular. Revista de Filosofía y Humanidades. Santiago.
- López, F. (2000). Abrir, impensar y redimensionar las Ciencias Sociales en América Latina y el Caribe. La colonialidad del saber: eurocentrismo y Ciencias Sociales. E. Lander. Caracas, FCSE-UCV UNESCO.
- López, F. (2010). Entrevista. Montevideo, Osvaldo Torres.
- Lowy, M. (1978). Puntos de referencia para una historia del marxismo en América Latina. El marxismo en América Latina (desde 1909 hasta nuestros días) Antología. M. Lowy. Ciudad de México, Ediciones ERA.
- Magasich, J. (1974). Acerca de la derrota del MIR. Santiago, Comité Regional Valparaíso: 11.
- Maiztegui, L. (2008). Orientales. Una historia política del Uruguay. Montevideo, Planeta.
- Marenales, J. (2010). Entrevista. Montevideo, Osvaldo Torres
- Marini, R. M. (1974). Subdesarrollo y Revolución. México, Siglo XXI.
- Martínez-Platero, E. (2010). Entrevista Montevideo, Osvaldo Torres.
- Mazzeo, M. (2002). Charlando con Pepe Mujica, con los pies en la tierra. Montevideo, Trilce.
- Mazzeo, M. (2005). MPP, orígenes, ideas y protagonistas. Montevideo, Trilce.
- Mignolo, W. D. (2003). Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. Madrid, Akal.
- MIR (1965). Declaración de Principios. Santiago, MIR.
- MIR, C. C. (1974). A un año del golpe. El Rebelde.
- MIR, C. C. (1984). Pleno Extraordinario "Construcción, defensa y uso de la fuerza partidaria": 14.
- MIR, c. m. h. u. n. i. (1990). Hacia una nueva izquierda: humanista, democrática y revolucionaria. Santiago, MIR.
- MIR, C. P. (1975). Plataforma de lucha propuesta por el MIR. Correo de la Resistencia: 63-77.
- MIR, C. P. (1975). Respuesta del MIR a la dirección del partido Comunista. Correo de la Resistencia.

MIR, C. P. (1976). Por la formación del Comité Nacional de Unidad del Pueblo. Correo de la Resistencia: 47,48.

MIR, C. P. (1978). Política Internacional del MIR, Tesis fundamentales. Correo de la Resistencia.

MIR, C. P. (1988). Boletín N° 19 a las bases del partido. Santiago, MIR.

MIR, D. N. (1976). Declaración sobre el refugio de Andrés Pascal y Nelson Guitérrez. Correo de la Resistencia: 59-62.

MIR, D. N. (1986). "Conversamos con la Dirección del MIR en la Clandestinidad." Cauce **80**.

MIR, S. I. (1978). La democracia popular único camino al triunfo revolucionario. El Rebelde: 53-64.

Mires, F. (1988). La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina. Ciudad de México, Siglo XXI.

Mires, F. (2010, agosto). Entrevista. Hamburgo, Osvaldo Torres G.

Moreno, R. (2010, Septiembre). Entrevista. Santiago, Osvaldo Torres G.

Mouffle, C. (2007). En torno a lo político. Buenos Aires, Ed. FCE.

Moulian, T. (1993). La trayectoria de una crisis. La Unidad Popular y el conflicto político en Chile. Santiago, LOM-CESOC.

Moulian, T. (1997). Chile Actual, antonomía de un mito. Sanitago de Chile.

Neuman, K. L. y. F. (1980). Teoría y sociología críticas de los partidos políticos. Barcelona, Ed. Anagrama.

Offerlé, M. (2004). Los partidos políticos. Santiago, LOM.

Palermo, Z. (s/f). "La opción decolonial." Retrieved Diciembre 2010, 2010.

Palma, D. A. y. M. (2002). El rebelde de la burguesía, la historia de Miguel Enriquez. Santiago, CESOC.

Panizza, F. E. (1990). Uruguay Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista. Montevideo, Banda Oriental.

Pascal, A. (2003). El MIR chileno, una experiencia revolucionaria. Buenos Aires, Cucaña.

Pascal, A. (2010). Entrevista. Santiago, Osvaldo Torres G.

Pascal, A. (2010, Mayo). Entrevista. Santiago.

Paula Quintana, A. E. y. o. (1990). Hacia una nueva izquierda: humanista, democrática y revolucionaria. Santiago: 4.

Pinto, A. (1983). Notas sobre consensos, disensos y conflictos en el espacio democrático popular. Temas Socialistas. E. Ortiz. Santiago, Vector: 157-171.

PS, C. C. (1974). Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria. Santiago, Partido Socialista.

Ricoeur, P. (2003). La memoria, la historia y olvido. Madrid, Trotta.

Riquelme, A. (2009). Rojo Atardecer, el comunismo chileno entre dictadura y democracia. Santiago, Centro Investigaciones Diego Barros Arana.

Rodriguez, M. A. y. D. (1990). "Crisis y cambios en la ciencia social contemporánea." Revista Estudios Sociales **65**: 9-27.

Romero, A. (2010, Agosto). Entrevista. Madrid, Osvaldo Torres G.

Ruiz, C. (2005). Democracia. Pensamiento Crítico Latinoamericano, conceptos fundamentales. R. S. A. Santiago, Universidad Católica Silva Henríquez. **I**: 115 -123.

Salazar, G. (1986). De la generación chilena del '68: ¿omnipotencia, anomia, movimiento social? . Proposiciones N° 12. Santiago, SUR.

Salazar, G. (1990). Violencia política popular en las "grandes alamedas", Santiago de Chile 1947-1987. Santiago, SUR.

Salazar, G. (2005). Construcción del Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los "pueblos", militarismo ciudadano, golpismo oligárquico. Santiago, Sudamericana.

Salazar, G. (2010). Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas. Santiago, Random House Mondadori.

Sandoval, C. (1990). MIR (Una Historia). Santiago, Los Trabajadores.

Santis, D. D. (2009). Etre tupas y perros. Buenos Aires, RyR.

Singer, A. (2002). De Rousseau al Federalista: en busca de un terreno común. Teoría y Filosofía Política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano. CLACSO. Buenos Aires, Borón A y Vita de A.

Sofía Correa, e. a. (2001). Historia del siglo XX chileno. Santiago, Sudamericana.

Suárez, F. (2008). Crisis y restructuración de la izquierda chilena en el siglo XX: el caso del MIR.

Tagliaferro, G. (2008). Adiós Robin Hood, 7 tupamaros, 40 años después. Montevideo, Fin de Siglo.

Tella, R. S. D. (1997). Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX. Santiago, Fondo de Cultura Económica.

Tironi, E. (1984). La Torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política. Santiago, Ediciones SUR.

- Torres, J. (2001). Con la derrota en la mira. Montevideo, Fin de Siglo.
- Torres, O. (2008). La violencia de los padres fundadores. Elite empresarial y las violaciones a los derechos humanos, 1973-1981. Santaigo, Editorial Forja.
- Touraine, A. (1992). Crítica de la Modernidad. Montevideo, Fondo de Cultura Económica.
- Tristán, E. R. (2006). A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973. Montevideo, Fin de Siglo.
- Urbina, G. L. y J. L. (2010). De independencias y revoluciones. Avatares de la modernidad en América Latina. Santiago, LOM.
- Valenzuela, R. (2010). Entrevistas Santiago, Osvaldo Torres G.
- Vidal, H. (1999). Presencia del MIR. 14 claves existenciales. Santiago, Mosquito Comunicaciones.
- Vitale, L. (1999). "Contribución a la Historia del MIR, 1967-1970." Retrieved 4 julio, 2010.
- Wallerstein, I. (1998). Impensar las Ciencias Sociales. Ciudad de México, Siglo XXI.
- Wolin, S. (1973). Política y perspectiva. Buenos Aires, Amorrortu.
- Zabalza, J. (2010). Raúl Sendic, el tupamaro.Su pensamiento revolucionario. Montevideo, Letraeñe.